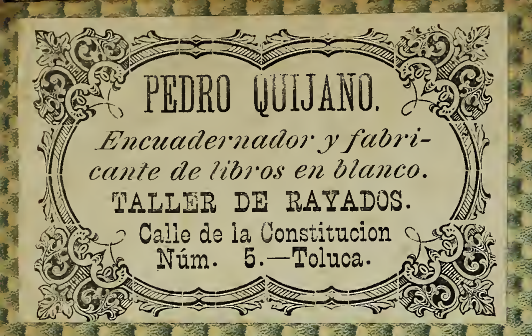
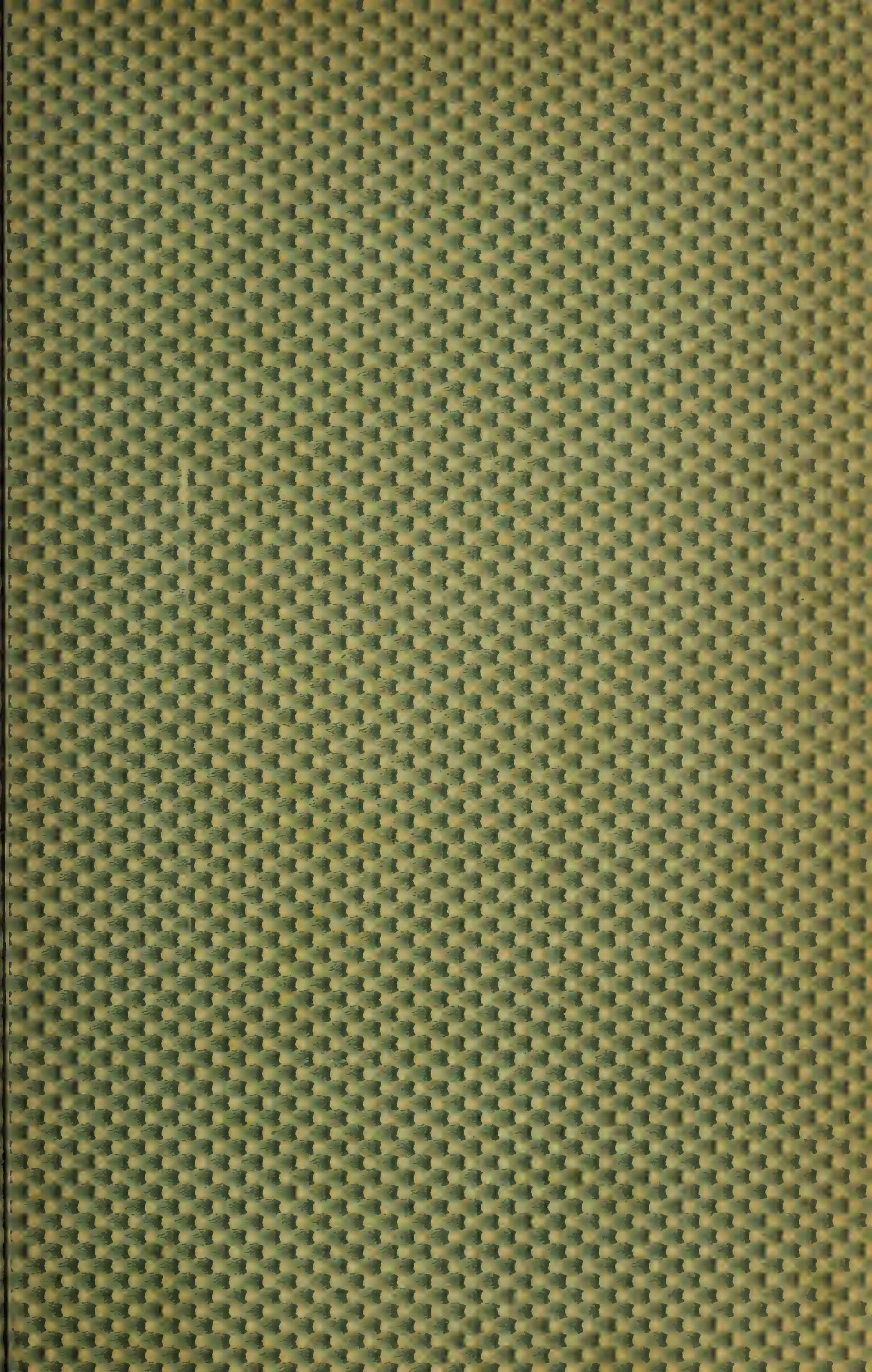



PEDRO QUIJANO.
Encuadernador y fabricante de libros en blanco.
TALLER DE RAYADOS.
Calle de la Constitucion
Núm. 5.—Toluca.


University of Florida
1853



HOMBRES ILUSTRES MEXICANOS.



S. HERNANDEZ LITOGº

LIT DE H. IRIARTE, MEXICO.

EDUARDO L. GALLO, EDITOR.

HOMBRES ILUSTRES MEXICANOS

BIOGRAFIAS DE LOS PERSONAJES NOTABLES

DESDE ANTES DE LA CONQUISTA HASTA NUESTROS DIAS

POR I. M. ALTAMIRANO, R. I. ALCARAS, J. BARANDA,
G. A. BAZ, J. CASTAÑEDA,
A. CHAVERO, A. R. GONZALEZ, J. M. LAFRAGUA, E. MENDOZA,
J. OLMEDO Y LAMA, F. ORTEGA, M. PAYNO,
I. RAMIREZ, F. ROMERO, J. SIERRA, S. SIERRA,
J. SANCHEZ SOLIS,
J. TELLEZ, P. TOVAR, E. VELASCO, J. M. VIGIL, J. ZÁRATE
Y VARIOS ESCRITORES DE LOS ESTADOS.

TOMO II.

MEXICO.—1874.

IMPRENTA DE I. CUMPLIDO, REBELDES NUM. 2.

DOS PALABRAS.

Hemos cerrado el primer tomo de los *Hombres Ilustres* con la biografía del postrer emperador mexicano, que bien merece el epíteto de *El último de los aztecas.*

Al hacerlo así, fué nuestro objeto que no quedara interrumpida la série de los hombres que fundaron y que aumentaron la monarquía creada por Tenoch, y la de aquellos en cuyas épocas cayó arruinado el imperio mexicano, ya por faltas como las que cometió Motecuhzoma II, ya por reveses de fortuna, como los que abrumaron á Cuitlahuatzin y á Cuauhtemotzin.

Queda aún de esos dias la famosa Dª Marina. Con su biografía comienza este segundo tomo; y á ella seguirán la de Xicotencatl, general tlaxcalteca; la de Xolotl, fundador de la monarquía de Texcuco; la de Netzahualcoyotl, el mas grande rey de los acolhuas, y la de Xochitl, descubridora del pulque, y famosa reina y amazona de la monarquía tolteca.

Con ella dará fin la galería de los personajes célebres de las antiguas naciones que poblaron esta parte del continente americano; y en estas biografías, y en las que les siguen, los autores cuidarán, como han cuidado en las anteriores, de referir los sucesos con exactitud, para que sean un breve curso de historia nacional; y procurarán, como hasta ahora, juzgar de los hechos y de las obras de los personajes cuyas vidas refieran, sin dejarse dominar por ninguna pasion que pueda ofuscar sus ánimos, para aplicar un criterio imparcial á aquellos hechos.

Despues de las mencionadas biografías, seguirán en este mismo volúmen las de D. Martin Cortés el Bastardo, D. Luis de Velasco el II, Sor Juana Inés de la Cruz, Ibarra, Cabrera, los Juarez, Tres Guerras, etc.; políticos, poetas, pintores, arquitectos, y hombres de otras ciencias que llamaron la atencion en la época de la dominacion colonial.

En cuanto á la edicion, será tan hermosa como hasta aquí; y creemos que el público estará satisfecho con ella, pues no solo se ha hecho lo que se le prometió, sino que se ha ido mas allá de lo ofrecido.

Motivo es este para que creamos que los suscritores seguirán dispensando su benevolencia á esta publicacion.

El Editor.



S. HERNANDEZ. LIT.º

LIT. DE IRIARTE.

DOÑA MARINA.
(la Malintzin.)



PEDRO DE ALVARADO,

(Tomado de la hist^a. de Carbajal Espinosa.)

quien en el acto mandó prender á la india, valiéndose de amenazas hasta que la hubo obligado á confesar la verdad.

Dicen los historiadores, que todavia adquirió mayores pruebas del levantamiento de los cholultecas para resolverse á hacer en ellos terrible escarmiento. Lo cierto es, que llegaron ante él dos mil indios que habia pedido para que le acompañasen en su marcha, y á quienes suponia ya la intencion de atacar su retaguardia; los hizo colocar divididos por grandes grupos en los extensos patios del alojamiento, donde los aseguró mañosamente, dice Solis, dándoles á entender que necesitaba de aquella separacion para formar los escuadrones de la manera que creia mas conveniente.

Puso despues en órden á sus soldados, bien instruidos ya de lo que debian ejecutar, y montando á caballo se dirigió á los indios, diciéndoles en alta voz, que Malintzin interpretaba con vehemencia: "que ya estaba descubierta su traicion y su castigo resuelto, y que por el rigor que empleaba comprenderian cuánto les convenia la paz que trataban de romper alevosamente."

Y dicho esto, mandó que cerrase la infantería con los indios, que aunque tenian armas y trataron de unirse para defenderse, fueron deshechos sin dificultad, escapando solamente con vida los que pudieron esconderse, ó se arrojaron por las paredes sirviéndose de su ligereza.

Así se consumó esa horrible matanza de Cholula, que inauguraba la série de crueldades sin ejemplo, que á cada paso se registran en la sangrienta historia de los conquistadores.

Es verdad que el patriotismo de los mexicanos se valió de un ardid ilícito para destruir á los soldados de Cortés; pero tambien es preciso considerar que en el estado de civilizacion que aquellos guardaban, no era posible que tuvieran conocimiento de las leyes de la guerra; y que tal vez creyesen de buena fé, impulsados por el vivo deseo de la propia conservacion, que podian usar de todos los medios posibles para aniquilar á los hombres que amenazaban destruir para siempre su libertad y su independencia.

Por otra parte, ¿acaso Cortés les manifestó desde el principio, cuáles eran sus verdaderas intenciones? ¿Tenia acaso motivos justos para hacer la guerra al imperio de Motecuhzoma? ¿No se valió siempre de la astucia y de la mentira para procurarse aliados entre los mismos pueblos que iba á subyugar, haciendo así estéril la defensa de aquellos que nunca creyeron en sus engañadoras palabras?

Pero sea de esto lo que fuere, siempre aparecerá repugnante el tipo de esa mexicana, que con tan enérgica voluntad conducia de la mano á los verdugos de su patria, por entre un rio de la sangre de sus hermanos.

Malintzin habia ya traicionado á su país, y por una consecuencia triste, tenia que ser infiel en Cholula á la amistad y ver tranquila el horrible sacrificio de dos mil de sus compatriotas.



LIT DE H. IRIARTE.

D. FERNANDO CORTÉS.

MALINTZIN.

I.

EL 12 de Marzo de 1519, la armada española á las órdenes de Hernan Cortés, llegaba al rio de Tabasco, ya conocido con el nombre de Grijalva, que se le habia dado para inmortalizar la memoria del atrevido navegante que fué el primero en surcar sus aguas. Los indios que poblaban sus riberas, y que se alentaban con el recuerdo y el ejemplo de sus armas victoriosas en Yucatan, se presentaron en son de guerra, resueltos á disputar palmo á palmo el terreno, á aquel puñado de aventureros que osaba amenazarlos.

El valor que los conquistadores desplegaron en esta empresa, la superioridad de sus elementos de guerra, la ostentacion que hacian de sus corceles, desconocidos enteramente de los indios, y las engañadoras promesas con que aparentaron que su mision era de paz, dieron por resultado que cesara como por encanto, aquella tenaz y gloriosa resistencia de los mexicanos.

Vencidos estos en sangrientos combates, era el momento oportuno para proponer la paz; y Cortés envió como mensajeros de ella, á cinco indios que habia hecho prisioneros.

Un dia de los últimos del mismo mes de Marzo, los señores principales de Tabasco, se presentaron en medio del campamento español, rindiendo grande acato y reverencia á Cortés, y trayendo en prenda de sus intenciones un presente que consistia en algunas joyas de oro, telas y otras cosas de poco valor, á lo que se agregaban veinte mujeres, entre las que descollaba una por su extraordinaria hermosura.

Esta mujer estaba llamada á desempeñar un gran papel en aquella lucha memorable. *Fué gran principio para nuestra conquista,* dice hablando de ella el viejo veterano Bernal Diaz del Castillo.

Bien sabian ya Cortés y sus soldados que el oro que codiciaban no habian de encontrarlo en el Tabasco, y que aún tenian mucho que hacer para llegar al corazon del opulento imperio de Motecuhzoma. Así es, que despues de procurar la conversion de los indios, en nombre del poderoso monarca que les enviaba desde el otro lado de los mares, levaron anclas y desplegaron sus velas al viento propicio que debia conducirlos á ese punto del golfo en que se asienta la heróica ciudad de Veracruz.

II.

La armada se detuvo en una pequeña isla que Juan de Grijalva habia bautizado ya con el nombre de San Juan de Ulúa. El tiempo era templado, la mar estaba tranquila, y una ligera brisa acariciaba las tostadas frentes de aquellos hombres de hierro. Mucho le agradó á Cortés aquel paraje, y creyó que podria anclar con seguridad á sotavento de la isla, la cual le defenderia de los nortes que soplan en estos mares durante el invierno, y algunas veces tambien hasta muy entrada la primavera.

Multitud de nativos se veian reunidos en la playa del continente, contemplando con admiracion aquellos buques que jamas habian visto y que caminaban con poca vela sobre el manso seno de las aguas.

Habíanse apenas detenido, cuando una ligera piragua llena de nativos se desprendió de la playa, y dirigióse á la embarcacion que montaba el general, y que se distinguia por estar flotando en uno de sus mástiles la insignia real de Castilla. Vinieron los naturales á bordo con gran confianza, inspirada sin duda por las noticias que habian esparcido los primeros que comerciaron con Grijalva, trayendo presentes

que consisti uven frutas, flores y adornos de oro, y que cambiaban contentos por los dijes de los españoles.

Pero el conquistador necesitaba entablar conversacion con aquellos indios, para imponerse por ese medio de la clase de imperio que gobernaba Motecuhzoma, y poder calcular si con los mezquinos elementos que contaba, le seria posible llevar á cabo la colosal obra que habia emprendido. Ademas, Cortés tenia bastante prudencia para presentarse en son de guerra, é intentaba primero someter voluntariamente aquellos pueblos á la corona de Cárlos V, alucinándolos antes con promesas engañadoras. Era preciso que la palabra del intérprete pusiera en contacto aquellas dos tan distintas civilizaciones. Sin ese precioso talismañ, ¡quién sabe cuál hubiera sido entonces el éxito de la empresa!

Acordóse luego Cortés de Juan de Aguilar, el prisionero de Yucatan, y vió burladas sus esperanzas al saber que el dialecto maya en que estaba versado, tenia poca semejanza con el azteca. Entonces se le instruyó de que la bella esclava que le regalaron los señores de Tabasco, era mexicana de nacimiento y comprendia el idioma.

Tuvo ya la clave para descifrar aquel mundo, aquella civilizacion, aquella historia.



III.

Esa mujer llegó al campamento español sin un nombre, y era preciso ante todo hacerla cristiana. Bautizáronla en el acto con el de Marina, que los mexicanos pronunciaban *Malintzin.* (1)

Habia nacido en Painala (2), pueblo de la provincia mexicana de Coatzacoalco. Su padre habia sido feudatario de la corona de México, y señor de muchos pueblos. Cuéntase

1 Sustituyendo la *l* á la *r* que no trae en su idioma, y agregando la terminacion *tzin*, que indica veneracion ó respeto, la que los españoles, para quienes su pronunciacion suave era difícil, cambiaban en *che.*

[*Alaman, en sus notas á la Historia de la conquista de México, por Prescott.*]

2 Gomara, á quien siguieron Herrera y Torquemada, dice que nació en Xalisco, y que de allí la llevaron los mercaderes á Xicalanco; mas esto es falso, pues Xalisco dista de Xicalanco mas de novecientas millas, y no se sabe, ni es verosímil, que haya habido comercio entre provincias tan distantes. Bernal Diaz, que vivió largo tiempo en Coatzacoalco y conoció á la madre y al hermano de Dª Marina, confirma la verdad de mi noticia, y dice que lo supo de su misma boca.

(*Clavijero, Historia antigua de México y de la conquista, lib. VIII.*)

que enviudó la madre y se casó despues con otro noble, de quien tuvo un hijo; y parece que el amor profesado por los esposos á este fruto de su enlace, les inspiró el infame designio de fingir la muerte de la primogénita, á fin de que toda la herencia pasara al hijo, valiéndose de este ardid, para alejar toda clase de sospechas. Habia muerto á la sazon la hija de una de sus esclavas, é hicieron el duelo como si la muerta fuese su propia hija, entregando ésta clandestinamente á unos mercaderes de Xicalanco, ciudad situada en los confines de Tabasco. Los xicalancos la dieron ó la vendieron á sus vecinos los tabasqueños, quienes como hemos visto la regalaron á Cortés.

Estaba entonces en la primavera de su vida, en todo el esplendor de su juventud; eran regulares sus facciones, y sus ojos expresivos revelaban mucho ingenio y grande espíritu. "*Era de buen parecer, y entrometida é desenvuelta,*" dice Bernal Diaz.

Fué extremada su fidelidad á los conquistadores; y su conocimiento del idioma, de las costumbres, y muchas veces de los planes de los mexicanos, la puso en aptitud de sacar á sus amigos en muchas ocasiones, de las dificultades mas embarazosas y violentas.

IV.

Primero como intérprete, despues como consejera y mas tarde como querida de Cortés, le acompañó en toda aquella célebre campaña. Referir aquí uno por uno los servicios que Malintzin prestó á los españoles, seria tanto como hacer la historia de la conquista. Como ejemplo solamente, referiremos el episodio de Cholula.

Ocupaban esta hermosa ciudad los españoles, en compañía de sus aliados los cempoales y los tlaxcaltecas. Pero la benévola acogida que les habian hecho los embajadores de Motecuhzoma y los señores de Cholula, estaba muy lejos de ser sincera. El emperador pensaba que ahí era fácil acabar de una vez con los invasores.

Así es, que poco á poco se les fueron retirando los víveres, cesó el agasajo y asistencia de los señores: los embajadores tenian conferencias misteriosas con los sacerdotes; se traslucia la irrision y la falsedad en los semblantes, y todas las señales inducian novedad y despertaban el recelo mal adormecido. En vano procuraba Cortés inquirir cuáles serian las intenciones de aquella gente.

Malintzin habia estrechado amistad con una india anciana, mujer principal y emparentada en Cholula, á quien visitaba con familiaridad. Ese dia viene esta última llena de zozobra á buscar á su amiga, y llamándola aparte misteriosamente, empezó á condolerse de su esclavitud y á convencerla "que abandonara á aquellos extranjeros aborrecibles "y se fuera á su casa, cuyo albergue la ofrecia como refugio "de su libertad."

Malintzin vió entonces corroborar los indicios que ya tenia; y fingiendo que venia oprimida y contra su voluntad entre aquella gente, aceptó el hospedaje con tanto agradecimiento, que la india no tuvo ya empacho en descubrirle su corazon, diciéndole: "que convenia en todo caso se fuese lue-"go, porque se acercaba el plazo señalado entre los suyos "para destruir á los españoles, y no era razon que una mu-"jer de sus prendas pereciese con ellos; que Motecuhzoma "tenia prevenidos á poca distancia, veinte mil hombres de "guerra para dar calor á la faccion: que de este grueso ha-"bian entrado ya en la ciudad á la deshilada, seis mil solda-"dos escogidos: que se habia repartido cantidad de armas "entre los paisanos: que tenian de repuesto muchas piedras "sobre los terrados, y abiertas en las calles profundas zan-"jas, en cuyo fondo habian fijado estacas puntiagudas, fin-"giendo el plano con una cubierta de la misma tierra, fundada "sobre apoyos frágiles, para que cayesen y se mancasen los "caballos: que Motecuhzoma trataba de acabar con todos los "españoles; pero encargaba que le llevasen algunos vivos "para satisfacer á su curiosidad y al obsequio de sus dioses: "y que habia presentado á la ciudad una caja de guerra, he-"cha de oro cóncavo, primorosamente vaciado, para excitar "los ánimos con este favor militar."

Dióle á entender entonces Malintzin que se alegraba de lo bien dispuesta que tenian la empresa; hizo todavia las preguntas necesarias hasta obtener noticia cabal de la conjuracion; y separándose un momento de ella con el pretexto de ir á recoger sus joyas, fué á dar cuenta de todo á Cortés,

V.

Se ha dicho que el grande amor que Cortés le inspirara, fué la causa principal de que faltase á sus mas santos deberes.

Cuando el conquistador la recibió como un presente de los señores de Tabasco, en compañía de otras veinte mujeres, repartió á cada capitan la suya, tocando Malintzin al caballero Alonso Hernandez Puertocarrero, primo que era del conde de Medellin. Pero es el caso, que habiendo hecho este capitan un viaje á Castilla, Cortés en su ausencia tuvo en la india un hijo, que se llamó D. Martin Cortés; quien llegó con el tiempo á disfrutar de gran consideracion, y fué hecho comendador de la Orden de Santiago, hasta que en 1568, acusado de tramar proyectos de traicion contra el gobierno, se le condenó á sufrir el tormento en la misma capital que su padre habia conquistado para la corona de Castilla.

Esta union de Cortés con la india, ha sido considerada tambien como un rasgo de política, para asegurarse la fidelidad de la intérprete, aunque sobre este particular dice gravemente el padre Solís, que: "antes cree que fué desacierto

de una pasion mal corregida, y que no es nuevo en el mundo el llamarse razon de Estado la flaqueza de la razon."

Bien sea porque Cortés ya no encontrase atractivo en sus relaciones con ella; ó lo que es muy posible, que terminada la conquista, ya no estimara de grande importancia sus servicios, el resultado fué que en 1523, durante la expedicion á Honduras, la casó en definitiva con un hidalgo llamado Juan Jaramillo.

VI.

Esta célebre expedicion, motivada por el levantamiento de Cristóbal de Olid, y que fué la última en que figuró Malintzin al lado de Cortés, nos proporciona dos rasgos que acabarán por darnos á conocer completamente el carácter de esta mujer.

Estando Cortés de paso en Coatzacoalco, mandó llamar á todos los señores de aquella provincia, para procurar su conversion á la fé cristiana, y darles seguridades de que no les trataria mal; y entonces vinieron entre ellos, la madre y el medio hermano de Malintzin. Todos los que presenciaban su entrevista con ésta, reconocieron luego el estrecho lazo de parentesco que los unia entre sí, por la extraordinaria semejanza de sus facciones.

Al ver ellos á Malintzin, manifestaron llorando el temor que tenian de que los mandase llamar para matarlos, vengándose así de la infame injusticia de que habia sido víctima. Malintzin entonces procuró consolarlos, diciéndoles que desechasen todo temor; porque cuando la entregaron á los mercaderes de Xicalanco, no habian sabido lo que hacian, y que los perdonaba de corazon. Dióles tambien joyas de oro y

ropa, encargándoles que se volviesen á su pueblo, y agregando "que Dios le habia hecho mucha merced en quitarla de "adorar ídolos agora y ser cristiana, y tener un hijo de su "amo y señor Cortés, y ser casada con un caballero como "era su marido Juan Jaramillo." (1)

Esta relacion que nos ha dejado un testigo ocular, nos revela una accion generosa que sin duda es muy digna de alabanza; pero tambien nos enseña que no fué un amor apasionado á Cortés el que la hizo olvidar sus deberes para con la patria; y que aún entonces no comprendia bien la religion cristiana que habia abrazado con tanta fé y tan grande entusiasmo. Porque no manifiesta un amor puro, quien hace gala de dividirlo entre dos hombres; y no revela conocer bien el cristianismo, quien en los momentos en que blasona de haberlo adoptado, hace mérito de ilícitos amoríos.

En esta misma expedicion de Honduras, tuvo lugar el infame suplicio del último y mas grande de los reyes aztecas, del infortunado y valeroso Cuauhtemoc. Pues bien, en esta horrible trajedia, figura tambien Malintzin; pero no haciendo uso del ascendiente que disfrutaba sobre el asesino, para que tuviera piedad del infeliz monarca, sino encomendando á Dios la víctima, y ayudándola á bien morir.

Terminada la conquista, ya no vuelve á oirse el nombre de esta mujer. No sabemos en qué datos pudo fundarse algun escritor para decir (2) que habia ido á establecerse á España, haciendo gran papel en aquella corte.

Parece cierto que su marido perteneció varias veces al Ayuntamiento de México, y que ambos vivieron tranquilamente en esta misma ciudad, en una casa que tenian en la ca-

1 Bernal Diaz del Castillo en su "Conquista de Nueva España," cap. XXXVII, quien jura haber oido él mismo estas palabras de los labios de Malintzin.

2 Apéndice al Diccionario de Historia y Geografía, publicado en México en 1856 por el Sr. Orozco y Berra, artículo "Malintzin."

lle de Medinas, y que entonces llevaba el nombre de Jaramillo; y consta que vivia aún Malintzin por el año de 1550, por un documento que obra en el libro de gobierno del virey D. Antonio de Mendoza, y en el cual se queja de que los indios de Tilantongo no le pagaban los tributos ni le prestaban los servicios á que estaban obligados; (1) ignorándose completamente el lugar y fecha en que acaeció su muerte.

1 Pueden verse estos datos en las notas á la Historia de la conquista por Prescott, escritas por Alaman.

VII.

Al leer esta historia de la conquista, que mas que historia parece leyenda fabulosa, se siente el ánimo dispuesto á dar tamaños gigantescos á los personajes que en ella figuran. Pero en vano hemos querido encontrar en esta mujer una virtud extraordinaria, una pasion elevadísima que viniera á redimirla del pecado de su traicion.

Es verdad que en medio de la gloria de que todas las mujeres célebres aparecen rodeadas, la humana naturaleza se deja ver á cada paso en ellas con sus debilidades constantes, como ofuscando el brillo de sus acciones; pero siempre hay algo de grande, algo de bello que arrebata, que entusiasma y que presta á la poesía materia bastante para crear un tipo inmortal.

Pero Malintzin casi siempre aparece repugnante, y creemos que solo prestándole proporciones fantásticas é imaginarias, es decir, falseando la historia, se la podria hacer grande.

¡Qué contraste el que forma ella en la misma nacion azteca, con ese tipo magnífico del valor, de la abnegacion y del patriotismo, que se llama Cuauhtemoc!

¡ Título mayor para su gloria, que la gratitud de los conquistadores, hubiera adquirido sin duda contribuyendo con su prestigio y su talento, á la defensa de esa patria y de esa raza que ayudó á borrar para siempre de la historia !

José Olmedo y Lama.



S. HERNANDEZ, LIT.º LIT. DE H. IRIARTE.

XICOTENCATL
(El jóven.)
(Tomado de la hist.ª de Carbajal Espinosa.)

XICOTENCATL
(EL JÓVEN)
GENERALISIMO TLAXCALTECA.

I.

MUY cerca de la ciudad de Tenoch, capital del imperio engrandecido por las conquistas de Itzcoatl, Motecuhzoma I, Axayacatl y Ahuitzotl, permanecia la república de Tlaxcallan, que jamas habia doblado la cerviz ante el poderoso vecino. Los huexotzincas y otros pueblos enemigos de Tlaxcallan, representaban frecuentemente en contra del débil, pero indomable adversario de México, y al fin lograron que se iniciase la guerra á la república, estableciendo de antemano fuertes guarniciones en la frontera de Tlaxcallan. Se impidió á la república su comercio, se le exigió el tributo que tantos pueblos pagaban, que jamas habian pagado á ningun príncipe los tlaxcaltecas, y se les dijo que de-

bian obedecer á los mexicanos como señores que eran del mundo.

Los tlaxcaltecas no encontraron medio alguno entre la esclavitud y la guerra, y se resignaron á sufrir las terribles consecuencias de ésta, antes que someterse á las humillantes condiciones que se les queria imponer. Colocaron grandes guarniciones en los límites de su territorio, construyeron fortalezas, abrieron fosos, fabricaron una muralla de seis millas de largo, y celebraron alianza con los chalcas y otomíes, acérrimos enemigos del imperio mexicano. Frecuentemente atacados por las fuerzas de éste y por otras de varios pueblos, principalmente por las de los huexotzincas, fueron vencedores ó vencidos, pero jamas sometidos al imperio; porque en el primer caso no salian de su territorio, y en el segundo, nunca fué tanta la fortuna de sus enemigos que pudieran apoderarse de la capital de la república.

Motecuhzoma II, que gobernaba el imperio, no podia soportar que rehusase prestarle obediencia un pueblo tan pequeño, y suscitaba á este muchos y potentes enemigos. Entre estos, se distinguian, como lo expresamos ya, los huexotzincas, que llegaron hasta á tres leguas de Tlaxcallan, donde murió en un combate reñido en defensa de la libertad de su patria, el valiente Tizatlacatzin, no atreviéndose los vencedores á aprovecharse de su victoria, sino que precipitadamente salieron del territorio de los tlaxcaltecas, quienes triunfaron despues de los huexotzincas en el propio país de estos, los cuales se vieron obligados á pedir auxilio á los mexicanos.

Motecuhzoma no podia rehusar el auxilio que se le pedia, toda vez que tan interesado estaba en la ruina de los tlaxcaltecas; así es que mandó á los huexotzincas un poderoso ejército á las órdenes de su hijo primogénito. Marchó el hijo de Motecuhzoma por la falda meridional del Popocatepetl; pero enterados los tlaxcaltecas del camino que llevaban sus temibles enemigos, los atacaron por retaguardia improvisamente, desbaratando á los mexicanos en un reñidísimo combate,

en el cual murió el príncipe, por cuya muerte se apesadumbró demasiado Motecuhzoma.

No renunciaba este á sus proyectos de dominar á Tlaxcallan, que por su parte, y conociendo el poder de los mexicanos, se fortificaba extraordinariamente y aumentaba sus guarniciones. Un ejército mas numeroso salió de la capital del imperio, encontró aquel al de la república, y uno y otro pelearon con encarnizamiento, siendo nuevamente vencedores los tlaxcaltecas, quienes se apoderaron de grandes riquezas que llevaban consigo los guerreros de México, y solemnizaron en su capital la famosa victoria, premiando á los otomíes que tanto habian contribuido á ella.

II.

Este último acontecimiento tenia lugar el año de 1508. Tal era la república guerrera de Tlaxcallan en la época citada. En la á que nos vamos á referir (1519), nada habia perdido de su esplendor y de su fuerza, antes bien continuaba inspirando respeto, no solo á los pueblos pequeños sus vecinos, sino al mismo imperio mexicano, su enemigo irreconciliable. En este tiempo, la república estaba gobernada por Xicotencatl, hombre de edad y experimentado en los negocios públicos; por Maxixcatzin, general del ejército tlaxcalteca, y por Tlehuexolotzin y Citlalpopocatzin; cuatro senadores y magistrados que intervenian en el gobierno, ó mejor dicho, que lo constituian. (1)

(1) No es posible conocer á punto fijo la organizacion del gobierno de la república. Los historiadores que consultamos hablan preferentemente de México, ocupándose muy ligeramente de las otras naciones, y algunos de ellos refieren tales episodios y dan crédito á verdaderas fábulas, que un buen criterio rechaza. Tenemos, pues, que limitarnos á lo que de los hechos se infiera, dejando lo demas á la crítica sana del lector.

En esta época, el conquistador Cortés habia celebrado alianza con los cempoaltecas, y aumentado su ejército con algunas tropas totonacas; y pasando por Talapan y Texotla, llegó á Xocotla, desde donde pensaba dirigirse á México. En Xocotla resolvió tomar el camino de Tlaxcallan mejor que el de Chololian, y desde allá mandó pedir permiso á los tlaxcaltecas para llegar á su capital, enviando con tal embajada á cuatro cempoaltecas, que debian exponer su mensaje al senado de Tlaxcallan, en nombre de Cortés. Lo hicieron así, y Maxixcatzin les contestó que siendo de alta importancia el negocio que los traia á Tlaxcallan, era preciso que el senado deliberase, y que la resolucion de éste les seria comunicada.

En el senado se dividieron las opiniones. Unos sostenian la de Maxixcatzin, que deseaba fueran recibidos amigablemente los españoles, y otros la de Xicotencatl (padre), que resueltamente queria la guerra, y rechazaba la creencia absurda de los totonacas respecto de que los conquistadores fuesen inmortales. Otro senador, Temiloltecatl, sugirió un dictámen que fué aprobado, proponiendo que se dijera á los extranjeros que se les concedia el permiso que solicitaban; pero que al mismo tiempo se diera órden á Xicotencatl el jóven, de salir con las tropas otomíes y de la república á cerrarles el paso. Así se hizo: los embajadores volvieron á Cortés, manifestándole que la república concedia lo que deseaba; y el jóven tlaxcalteca se encaminó inmediatamente á encontrar á los extranjeros, con un ejército cuyo número no es fácil determinar, por lo mucho que en este respecto varian los historiadores.

III.

Xicotencatl, hijo del senador del mismo nombre, que habia inclinado la opinion del senado en el sentido de la guerra, era un jóven intrépido, activo, entusiasta por las glorias militares é inteligente. Educado en los negocios públicos en virtud de la elevada posicion de su padre, orgulloso con las victorias que hacia poco obtuvo la república contra sus enemigos, y principalmente con las que la hicieron respetar hasta del imperio poderoso gobernado por Motecuhzoma, se creyó llamado á salvar á su patria de la invasion de gentes desconocidas, cuya fuerza y valor habian exagerado los embajadores cempoaltecas; y salió de la capital resuelto á cerrar el paso á los enemigos. Sobre todo, Xicotencatl tenia un bello ejemplo que imitar, un héroe á quien seguir en su gloriosa carrera, y no era posible que fluctuara entre el temor y el cumplimiento de sus deberes. (1)

(1) Permítasenos hacer aquí el elogio del héroe Tlahuicolc, general tlaxcalteca que dió gloria á su patria, y una gran reputacion militar â los soldados de la república. Este jefe, que reunia á su inteligencia y á su denuedo una gran fuerza de cuerpo prodigiosa, despues

Mientras tanto, Cortés y sus aliados, entre los cuales se encontraban los soldados mexicanos que estaban de guarnicion en Xocotla, se dirigian sobre Tlaxcallan, teniendo la fortuna de encontrar desguarnecida la muralla famosa á que antes hicimos referencia; así es que pudieron sin ningun esfuerzo evitar el primer choque de los tlaxcaltecas. Pero el mismo dia (19 de Agosto de 1519) se presentaron algunos de éstos, á quienes quiso dar alcance la caballería de Cortés, que fué rechazada. Despues se presentó un ejército como de cuatro mil hombres, que fué derrotado por los españoles. Los prisioneros tlaxcaltecas, de acuerdo con el dictámen de Temiloltecatl, dijeron á Cortés que no se pensaba en hacerle la guerra, y que de todo eran responsables los otomíes, que habian obrado por sí.

Los dos embajadores que habian quedado en Tlaxcallan,

de haber contribuido á los triunfos de su nacion sobre las tropas de Motecuhzoma, fué hecho prisionero por estos y conducido á México en una jaula, en cuya capital fué presentado al emperador. Este, á cuyo conocimiento habian llegado las hazañas de Tlahuicole, y que entre algunos vicios poseia la virtud de apreciar el mérito verdadero, no quiso llevar al suplicio ó sacrificar á sus dioses al valiente general, que era el destino de los prisioneros. Al contrario, ordenó que se diera la libertad á Tlahuicole, cuya gracia no admitió éste con el pretexto de que no podia presentarse á sus compatriotas con la ignominia de la derrota, pero solamente porque no quiso deber la vida á su enemigo. Motecuhzoma, sin embargo, no tuvo á bien hacer mal á su prisionero, sino que le dió el mando del ejército que fué á atacar á Tlaximaloyan (Michoacan), en donde el tlaxcalteca obtuvo un triunfo completo, volviendo á México con los despojos de los enemigos.

Motecuhzoma reconoció este señalado servicio, y ofreció nuevamente á Tlahuilole la libertad y el empleo de general de los ejércitos mexicanos, lo cual rehusó el célebre tlaxcalteca, diciendo al emperador que no deseaba otra cosa que la müerte antes que traicionar á su patria, con tal de que se le llevase al sacrificio gladiatorio, por ser éste mas honroso; y "viendo el rey—dice Clavijero, de acuerdo con los demas

volvieron á Cortés con el mensaje del senado, pero aun no habian concluido su relacion, cuando se dejaron ver como mil hombres que comenzaron á hostilizar á los españoles, y se retiraban poco á poco, con el fin de atraer á estos á unos barrancos donde estaba emboscado un gran número de tlaxcaltecas. El choque allí fué terrible; los conquistadores se creyeron perdidos; pero el arrojo de Cortés los salvó del peligro; salieron de aquel lugar, y en la llanura hicieron estragos las armas españolas.

Cortés comprendia cuánto perjudicaba á su pequeño ejército la guerra con Tlaxcallan, y hacia esfuerzos de todo género para que la república aceptase su amistad y su alianza, sabiendo de antemano que los tlaxcaltecas eran enemigos irreconciliables de los mexica. Con este fin dió libertad á cuatrocientos prisioneros, recomendándoles fueran á ofrecer su

historiadores—la obstinacion con que el guerrero de Tlaxcallan rehusaba todos los partidos que se le ofrecian, condescendió con su deseo y señaló el dia del sacrificio. Ocho dias antes empezaron los mexicanos á celebrarlo con bailes; cumplido el término, en presencia del rey (Motecuhzoma, llamado emperador por otros historiadores), de la nobleza y de una gran muchedumbre del pueblo, pusieron al prisionero tlaxcalteca atado por un pié en el *temalacatl*, que era una piedra grande y redonda en que se hacian aquellos sacrificios. Salieron uno á uno para combatir con él, muchos hombres animosos, de los que mató ocho é hirió á veinte, hasta que cayendo medio muerto en tierra, fué llevado ante el ídolo Huitzilopochtli, y allí le abrieron el pecho, le sacaron el corazon los sacerdotes, y precipitaron el cadáver por las escaleras del templo, segun el rito establecido."

Tal era Tlahuilole; así murió el guerrero cuyo valor y fidelidad para con su patria y aun hácia su enemigo, lo han elevado á la categoría de héroe, solo que sus hazañas no han sido apreciadas justamente porque no nació en Grecia ó en Roma; porque no fué á sentarse despues de su derrota sobre las ruinas de Cartago, ó porque no llevó el nombre de Curcio ó de Scévola, mitos quizá estos últimos, con los cuales, sin embargo, se envaneció la república romana.

amistad á los jefes de la república, pero ellos se dirigieron al jóven general cuya biografía hacemos, el cual ese dia (4 de Setiembre) se encontraba con su ejército á dos leguas del de Cortés. Xicotencatl respondió: "Si los españoles quieren la paz, que se encaminen á la capital, donde serán víctimas consagradas á los dioses," cuya contestacion consternó á los españoles.

Era el dia 5, y á la vista de Cortés se presentó el ejército de Xicotencatl, ostentando los guerreros sus penachos y demas adornos militares. El jóven tlaxcalteca sabia que faltaban víveres á los españoles, y para que éstos no creyesen que los queria vencer por hambre, les mandó doscientas canastas de *tamalli* y trescientos pavos, y les recomendó restaurasen sus fuerzas con el alimento para entrar en batalla. A poco Xicotencatl destacó dos mil hombres que asaltaron á los españoles de un modo tan violento, que forzaron las trincheras, entraron al campo de los conquistadores, y pelearon con ellos cuerpo á cuerpo.

IV.

Todos los historiadores convienen en que Xicotencatl pudo el memorable 5 de Setiembre destruir completamente á los españoles; y seguramente así se hubiera verificado, si no reina la anarquía en el ejército tlaxcalteca. Chichimeca-teuchli habia tenido una cuestion con Xicotencatl, y no queriendo éste satisfacerlo de ninguna manera, se le separó con diez mil hombres que mandaba, é indujo á otro jefe de igual número de tropa, Tlehuxolotzin, á que hiciese lo mismo. Los ódios personales, las rencillas, los celos debilitaron la fuerza de la república cuando la union era mas necesaria, y este acontecimiento facilitó, como veremos mas adelante, las paz entre los tlaxcaltecas y los conquistadores, la cual abrió á Cortés el camino de la capital del grande imperio que para desgracia de los mexicanos gobernaba entonces el supersticioso y déspota Motecuhzoma.

Pero la desercion de los dos jefes tlaxcaltecas (1) no desa-

(1) Segun algunos historiadores, Chichimeca-teuchli, no era tlaxcalteca, sino aliado de la república. Otros sostienen lo contrario con buenos datos.

lentó á Xicotencatl, que volvió á dar un combate sangriento. Los estragos que en la muchedumbre hacia la artillería española, no amenguaron la intrepidez de los que defendian sus hogares y su libertad, ni impidieron que estos pusiesen en confusion las filas contrarias y rechazasen varias veces á los españoles, á pesar de los gritos y reconvenciones de Cortés, quien con los suyos volvió á su campo.

Todo aquel dia continuaron los tlaxcaltecas hostilizando en su campo á los españoles, y entretanto Xicotencatl consultaba lo que debia hacer á los adivinos de Tlaxcallan, (1) los cuales contestaron que se atacase durante la noche á los españoles, y así lo resolvió el general; pero antes quiso conocer con exactitud el campo enemigo, el número de sus fuerzas y cuanto podia contribuir al feliz éxito del golpe que meditaba. Para lograrlo, envió á Cortés cincuenta hombres con un regalo, pero estos no disimularon sus intenciones de manera que no se apercibiese de ellas el jefe español, quien bárbaramente mandó cortar las manos á los mensajeros, que le habrian sido mas útiles teniéndolos en rehenes que mutilándolos, y haciéndoles volver así al campamento de Xicotencatl. Se dió el combate en la noche y los tlaxcaltecas huyeron, y el mismo general volvió avergonzado y confuso á la capital de la república.

(1) Los que se burlan de esta consulta de Xicotencatl, no han tenido presente que los mayores héroes de la antigüedad, incluso Alejandro Magno, fueron supersticiosos, y siguieron mas de una vez las inspiraciones de los ridículos conocedores del porvenir.

V.

Los reveses sufridos, principalmente el último, el cual fué determinado por el temor que inspiró á los tlaxcaltecas el ruido que en la noche del combate hacia el ejército de Cortés, hizo prevalecer en Tlaxcallan la opinion de Maxixcatzin, que desde un principio habia creido que debia hacerse la paz con los españoles y aliarse con ellos para combatir al imperio mexicano, con quien la república habia peleado incesantemente. El anciano Xicotencatl y el senado todo aceptaron los consejos de Maxixcatzin, y se resolvió que fuese á proponer la paz á Cortés el mismo que durante la guerra habia sido general del ejército. El valiente jóven Xicotencatl rehusó desempeñar la comision, pero tuvo que obedecer al senado, y seguido de una numerosa comitiva y llevando consigo algunos regalos, se presentó á Cortés haciéndole proposiciones de paz en nombre de la república.

Fué tal el regocijo que experimentaron los españoles por este acontecimiento, que apenas despedido Xicotencatl se celebró el sacrificio de la misa en accion de gracias á Dios.

Los cuatro jefes de la república cuyos nombres mencionamos antes, salieron á encontrar á Cortés haciéndose condu-

cir con toda la pompa y acompañamiento que requeria su alta dignidad. Los españoles murmuraban de su jefe que se obstinaba en consumar su empresa cuando habian muerto muchos compañeros de los alistados en Cuba, y cuando la mayor parte de los que estaban con él se encontraban heridos; pero alentado Cortés con las alianzas que los primeros dias de Setiembre habia celebrado con Ixtlilxochitl y con los huexotzincas, y creyendo en la fidelidad de los tlaxcaltecas, emprendió su marcha acompañado de los cuatro jefes de la república, é hizo su entrada á la capital el dia 26 de Setiembre de 1519.

Los españoles, despues de los tratados de paz con los tlaxcaltecas, y de haberse asegurado de la fidelidad con que serian guardados aquellos, salieron de la capital de la república con un numeroso ejército que esta puso á sus órdenes para hacer la guerra á los mexicanos. Cortés tomó el rumbo de Cholula, ciudad populosa segun refieren varios historiadores y afirma el mismo Cortés, cuyos habitantes eran enemigos de los tlaxcaltecas y aliados de los mexicanos. Los cholultecas recibieron á los españoles friamente, les escasearon los víveres y preparaban un movimiento contra ellos luego que sintieron el peso de las cadenas de la esclavitud. Súpolo Cortés, aunque todo exagerado por el temor y otras pasiones; dejó la ciudad para dirigirse á México, y ordenó á los suyos y á los tlaxcaltecas que se habian quedado en las orillas de Cholula, que destruyesen cuanto encontrasen en la ciudad, con excepcion de las mujeres y los niños. Los españoles y los tlaxcaltecas hicieron una mortandad horrible; estos, aguijoneados por el deseo de la venganza, y aquellos quizá sin otro estímulo que el de derramar sangre para aparecer fuertes, y tal vez para justificar que no era el deseo de convertir al cristianismo á los habitantes del Nuevo Mundo el que los traia de tierras tan lejanas, " no el anhelo de hacer felices á gentes que no conocian, como dijo tres siglos despues el inmortal Hidalgo, sino la sed de oro y de dominacion. "

Mas dejemos á un lado ese episodio que revela el *espíritu evangélico* de los bárbaros conquistadores, episodio terrible que hace estremecer de espanto á la humanidad, y que tan bien dejó descrito el ilustre obispo Las Casas, " único cordero de paz en medio de tanto lobo carnicero, " y sigamos á los tlaxcaltecas que acompañaron á Cortés. Solo diremos de paso que perecieron mas de seis mil cholultecas, y que los templos y casas de la ciudad fueron saqueados é incendiados.

Despues de la catástrofe, Xicotencal se presentó á Cortés con un ejército de veinte mil hombres, que regresó á Tlaxcallan á instancias del conquistador.

Los tlaxcaltecas que con Cortés salieron de Tlaxcallan, siguieron á éste en todo su camino. Llegaron á Tlalmanalco, á Texcoco, ciudad que tenia doble extension que Sevilla y que contaba cien mil casas, y pasando por Iztapalapan llegaron á México el dia 8 de Noviembre de 1519. Los tlaxcaltecas, segun se infiere de la descripcion que de la entrada de los españoles á la ciudad de Tenoch hacen varios testigos oculares, se alojaron en el antiguo palacio de Axayacatl, cerca del templo mayor.

La llegada de Narvaez obligó á Cortés á dejar la gran Tenochtitlan para ir á combatir contra su enemigo; mas no bien habia logrado su intento, cuando recibió mensajeros de Pedro de Alvarado, quien le decia que regresara pronto á México si no queria encontrar muertos á él y á todos los españoles. El conquistador habia reforzado su ejército con las fuerzas que trajo el vencido Narvaez, y apresuró su vuelta á México, pasando por Tlaxcallan, donde incorporó otros dos mil hombres de la república, y llegó á México el 21 de Junio de 1520. Comprendió Cortés lo crítico de la situacion, no obstante el aumento de las fuerzas, y reprendió ásperamente á Alvarado por haber sido el autor de la fermentacion que contra los españoles se hacia diariamente mas notable en México. (1) Y sus temores no eran infundados. Los dias 25 y

1 Es sabido que durante la ausencia de Cortés, mientras Motecuh-

26 del mismo mes los españoles se vieron hostilizados ruda é incesantemente, y fueron necesarios todos los esfuerzos del valor desesperado de los conquistadores y de los aliados, principalmente los tlaxcaltecas, para que los invasores de la capital no hubieran sucumbido. El mismo Cortés, cuya audacia debemos confesar en obsequio de la verdad histórica, conoció la inmensidad del peligro y dijo á Motecuhzoma que saldria de la ciudad, pero que depusiesen las armas los mexicanos. No solo esto, sino que se valió de la autoridad y la influencia que ejercia el emperador sobre los mexicanos. El débil monarca habló á su pueblo amonestándole para que dejase las armas, pero de en medio de la multitud se alzó la voz de un hombre que llamaba á Motecuhzoma débil, afeminado é indigno de gobernar á la nacion mexicana, y prosiguió el combate, que era diario. (1) Motecuhzoma murió el 30 de Junio, y los conquistadores, que no podian sostenerse en México, resolvieron retirarse con los tlaxcaltecas y demas aliados, no sin haber incendiado antes muchas casas y cometido horribles asesinatos. El 1º de Julio, en la noche, se efectuó la retirada; noche memorable, bautizada por ellos mismos con el nombre de *Noche Triste*, noche en la cual los españoles perdieron las riquezas de que habian despojado á los mexicanos, y ademas cuatrocientos cincuenta hombres, segun unos historiadores, y ochocientos setenta segun Bernal Diaz. Los tlaxcaltecas y cholultecas casi acabaron en este terrible combate, y en el no menos sangriento que se libró despues en Otompan.

El jefe español volvió á Tlaxcallan, vencido, con un ejér-

zoma y la nobleza mexicana se divertian en un baile en el patio del palacio donde el infeliz monarca se encontraba realmente preso, Alvarado y los españoles se precipitaron sobre aquellos hombres indefensos, les dieron muerte y les despojaron de las joyas que traian consigo.

Hé aquí el principal móvil de los actos de los españoles, ¡las riquezas! el principal testimonio de su amor por la religion del oro!

1 Acosta dice que quien levantó la voz fué Cuauhtemotzin.

cito reducido y con muy pocos tlaxcaltecas; pero el senado de la república le ofreció nuevas tropas para reponer sus desastres. Casi tras de Cortés llegaron unos embajadores mexicanos solicitando la union del imperio y la república para combatir á los españoles. Los senadores deliberaron largamente sobre las patrióticas proposiciones que se les hacian, y el jóven Xicotencatl fué el primero que levantó la voz en favor de los mexicanos, diciendo que la alianza con ellos era conveniente, que habia llegado la ocasion de destruir por completo á los españoles; pero prevaleció la opinion de Maxixcatzin, fiel aliado de estos. En el calor de la discusion, el senador dió un golpe al intrépido general que comprendia mejor que el magistrado los deberes de un tlaxcalteca. Xicotencatl fué reducido á prision por órden del mismo senado.

VI.

Del incidente que acabamos de referir, y de haber sido puesto en libertad Xicotencatl, segun creen algunos, por mediacion de Cortés, resultó lo que no era fácil imaginar. Xicotencatl reunió un ejército de cincuenta mil hombres, ó mas, para pelear al lado del mismo contra quien pocos dias antes queria combatir.

Por multitud de pueblos hizo correrías Cortés antes de resolverse á dirigirse sobre México, y por donde quiera lo seguian los aliados, principalmente los que estaban á las órdenes de Xicotencatl. Los españoles, despues de celebrar alianza con muchos pueblos y de haber hecho los preparativos necesarios para volver á la capital del imperio, salieron de Tlaxcallan el 28 de Diciembre con un ejército tan numeroso, que solo el tlaxcalteca mandado por Xicotencatl y otros jefes ascendia á cien mil. Con esta gran masa de hombres volvieron á México los españoles, no sin sostener combates incesantemente por donde quiera que pasaban.

Al salir de Texcoco el ejército para la capital del imperio, ocurrió un incidente que enjendró un acontecimiento funesto. Pilteuctli, jefe tlaxcalteca, fué herido por un español;

las tropas de la república se disgustaron naturalmente, y comenzaron á abandonar las filas de los españoles. Xicotencatl, caudillo indómito, y que quizá no siguió á los enemigos de su patria sino por obedecer al senado, abandonó tambien el campo; pero noticioso del hecho Cortés, mandó á Ojeda que lo alcanzase y prendiese, lo cual logró el soldado español, é inmediatamente fué ahorcado el jóven caudillo en la ciudad de Texcoco. No solo se aplicó este bárbaro castigo al general tlaxcalteca, sino que sus bienes y su familia se adjudicaron al rey de España, tal vez para hacerlo partícipe de la *gloria* que se conquistaba con un asesinato. ¡Los españoles fingieron llorar la muerte de Xicotencatl, y distribuyeron entre ellos sus vestidos que guardaron como reliquias!



S. HERNANDEZ LITº.

LIL. DE H. IRIARTE.

MUERTE DE XICOTENCATL.

VII.

Tal fué el fin del valiente general, que quizá presintiendo su desgracia, odiaba á los conquistadores desde que supo su aproximacion á Tlaxcallan.

Este hecho sugiere muchas y tristes reflexiones que nos abstenemos de consignar aquí, porque basta que se lea este episodio de la historia de la conquista, para que se subleven contra los españoles los sentimientos mas nobles del hombre. En lugar de emprender esta tarea enojosa, nos limitaremos á examinar en pocas líneas los hechos mas culminantes de Xicotencatl, para lo cual creemos que es necesario desapasionarse completamente, no dar oido á la voz de las simpatías que despierta el jóven guerrero, ni acusar á éste por haber seguido con sus tropas á los verdugos de su patria, sin estudiar detenidamente las circunstancias que precedieron á esta determinacion, que no deja de amenguar la gloria de héroe.

Hemos visto que desde el momento que se discutia en el senado de Tlaxcallan sobre el permiso que para llegar á la capital solicitaba Cortés, Xicotencatl se adhirió á la opinion de su anciano padre, pronunciada por la guerra. Seguimos

al jóven caudillo en su primer encuentro con los españoles; le vimos rechazar enérgicamente las proposiciones de paz que Cortés le hacia despues de los primeros combates; le hemos visto ofrecer víveres á sus enemigos para que éstos no atribuyesen el éxito de la batalla á otra causa que no fuese el valor de los tlaxcaltecas, y sobre todo, le contemplamos tambien poniendo en desórden completo á los conquistadores con dos mil hombres solamente, forzando las trincheras y peleando con ellos cuerpo á cuerpo y con armas desiguae s. Despues los celos de sus compañeros le impidieron obtener una victoria absoluta, y tuvo el disgusto de volver derrotado á la capital de la república, no sin haber peleado valerosamente mientras le fué posible hacerlo.

Desgraciadamente Maxixcatzin ejercia una grande influencia en el senado, y logró al fin inclinar los ánimos en favor de la amistad y alianza que Cortés solicitaba con ahinco. Y aun despues de los reveses sufridos, cuando el éxito desgraciado de los combates robustecia la opinion de aquel senador, Xicotencatl optó por la guerra, como votó por la guerra despues de haber conocido y tratado á Cortés, y cuando éste buscaba un refugio en Tlaxcallan tras la sangrienta derrota de la *Noche triste.* Pero el senado sacrificaba todo á su ódio contra México, á sus temores exajerados, al deseo de vencer y humillar al imperio, y Xicotencatl fué privado de su libertad por las mismas autoridades de la república, solo porque mas patriota que ellas queria la guerra con los españoles y la alianza con los mexicanos, para pelear todos contra el enemigo comun.

Estos hechos, revelados por todos los historiadores, están indicando que no por un acto espontáneo de su voluntad se unió despues Xicotencatl á sus enemigos. Por otra parte, el jefe á quien nos referimos no era árbitro de los destinos de su país; y cuando vemos que el anciano Xicotencatl, que no era partidario de la paz con los españoles, sucumbió tambien á la opinion contraria, es necesario creer que el general tlaxcalteca no tenia la influencia y el poder necesarios pa

ra obrar conforme á sus inspiraciones, sino que una voluntad superior á la suya, los pronósticos que conservaba la tradicion y el ódio, general en Tlaxcala, hácia los mexicanos, obligaron á Xicotencatl á militar en las filas españolas.

Y todavía hay otras razones que justifican bastante la conducta observada últimamente por el caudillo cuya biografía hacemos. Nuestros lectores saben que en los combates que Xicotencatl libró á los españoles, se distinguió por su energía, por su entusiasmo, por su valor, mientras que durante el tiempo que acompañó á Cortés al frente del ejército de la república, no refiere la historia una hazaña siquiera del jóven que tantas veces probó que sabia afrontar los peligros. Y no se diga que le faltó teatro para distinguirse, porque son muchos los combates que sostuvo Cortés antes de volver á pisar el Valle de México.

Este hecho está revelando que Xicotencatl no obró segun las inspiraciones de su conciencia al seguir á los españoles, y que obedecia á leyes y autoridades cuyo influjo y atribuciones no conocemos exactamente. Y si esto no bastara para disminuir la gravedad de la falta del caudillo, hay que advertir que los españoles juzgaron orgulloso á Xicotencatl, lo que prueba que no estaban seguros de la sinceridad de su adhesion, y que cuando vió la conducta observada por los conquistadores, abandonó el campo de éstos, lo que proporcionó á Cortés un pretexto para ahorcar al general tlaxcalteca, cuyo valor indomable y cuyos actos recientes de hostilidad á sus enemigos, no eran por cierto las prendas que buscaba el jefe español en sus aliados. La prontitud con que se procedió en contra de Xicotencatl, no obstante los señalados servicios que la república prestó á los conquistadores, está demostrando que se le temia.

Repetimos que hay muchas circunstancias que disminuyen el valor de la falta cometida por Xicotencatl en sus últimos dias, falta que ante el juicio severo de la historia amengua en algo la gloria del héroe. Pero nosotros observamos la conducta de otros personajes históricos á quienes venera

el mundo, y nos inclinamos naturalmente á encontrar razones para disculpar á Xicotencatl. Sucumbió éste á las manifestaciones del senado y de la opinion de su país, participó del ódio, general en Tlaxcallan, contra los mexicanos; pasó los límites de la obediencia debida á la autoridad y á la ley, y acompañó, aunque sin distinguirse en ningun combate, á sus antes enemigos y despues aliados; conoció su falta, sintió el peso de la esclavitud y abandonó el campo de éstos para ir al patíbulo, no por cierto como traidor á su patria, sino como reo del delito de infidelidad á los conquistadores. Todo esto, que constituye la falta á que hacemos referencia, por grave que sea, es menor que la de otros héroes que el mundo venera á pesar de sus pasiones y de sus debilidades. Menos culpable nos parece Xicotencatl siguiendo unos dias á Cortés, que Temístocles ofreciendo los recursos de su vaor y de su influencia á Xerjes, enemigo de toda la Grecia; menos que Alcibiades, que instó á los espartanos para que fuesen á hacer la guerra y á destruir á Atenas, su patria; mucho menos que Coriolano (Cayo Marcio), llevando una guerra desoladora á Roma, y poniéndose al frente de los enemigos de la ciudad de Rómulo y de Numa. Pero para que se olvide la debilidad de Xicotencatl, para que se le disculpe, e faltó nacer en Roma ó en Grecia, le faltó un Píndaro que eternizase sus hazañas, le faltaron enemigos tan célebres como Artaxerjes y Agis, le faltó una esposa como Columbia y una mujer como Virgilia que le demostrasen que obraba mal, y—permítasenos decirlo—le falta algo la indulgencia de sus compatriotas. No por eso, sin embargo, dejarán de pasar á la posteridad el nombre y las hazañas de Xicotencatl, mucho mas gloriosas éstas que grande la falta cometida por él.

Agustin R. Gonzalez.

XOLOTL,

FUNDADOR DE LA MONARQUIA ACOLHUA.

I.

LOS toltecas, nacion originaria del Norte América, que vino á establecerse desde la lejana tierra que hoy lleva el nombre del Nuevo México, al lugar en que fundaron la nueva monarquía de Tollan (Tula), nombre que llevaba aquella de donde, segun la tradicion, fueron desterrados, llegaron á crear una poderosa é ilustrada nacion, que contó cuatro siglos de existencia.

Hallábase grande y floreciente: su territorio estaba sembrado por extensas y populosas ciudades; y todo, al concluir el cuarto siglo de su formacion, parecia augurarle una larga vida.

Pero llegó una época en que faltaron las lluvias, en que la peste arrebató millares de individuos, en que faltaron los alimentos y en que sobró la muerte. Y la miseria, y el es-

panto, apoderándose de los ánimos de aquellos naturales, les hizo buscar su salvacion; y la buscaron huyendo de tanta calamidad, diseminándose por territorios no conocidos, y yendo á poblar otros países. Muchos de aquellos indios se dirigieron á Yucatan, otros á Cuahutemallan, y pocas familias se quedaron en el valle.

II.

Un siglo, ó mas, hacia que el reino de Tollan habia concluido; la tierra en que despues se alzaron el poderoso imperio azteca y el floreciente reino acolhua, permaneció deshabitada durante todo aquel tiempo; y se podia creer que jamas volveria á escucharse en aquel desierto el eco de una voz humana.

Pero un dia aparecieron en el horizonte, á las orillas de los lagos, grupos de gente que los recorrian, que los estudiaban; y esas figuras se vieron despues en las montañas, desde donde parecia que observaban el gran valle de Tenoch; y se vió en seguida que uno de aquellos hombres disparó cuatro flechas en direccion de los cuatro puntos cardinales.

Era Nopaltzin, hijo de Xolotl, primer rey de los chichimecas, quien mandado por su padre á observar el país, tomaba posesion de él en nombre de su mismo padre.



III.

Los chichimecas, como los toltecas, eran originarios de los países del Norte. Segun los historiadores, la tierra nativa de aquellas gentes, era un reino que se llamaba *Amaquemecan*. Este nombre es el solo dato que existe del orígen de aquel pueblo; pues ningun cronista, ningun historiador sabe en qué punto al Norte del país hallábase situado.

El carácter del pueblo chichimeca, á su llegada al valle, acusaba una mezcla de barbárie y de civilizacion. Mandábale un soberano, quien tenia otros funcionarios que lo representaban, y los súbditos del monarca le prestaban una ciega obediencia. Dividíanse en nobles y en plebeyos, reverenciando éstos á aquellos, y á los que se distinguian por acciones meritorias.

El arco y la flecha eran sus únicas armas; sus trajes las pieles de las fieras, y sus alimentos las raíces, las frutas y la caza.

Por toda religion adoraban al sol, á quien ofrecian como tributo la yerba y las flores de los campos.

IV.

Ignórase la causa que les obligó á abandonar su patria.

Dice la tradicion que el último rey que tuvieron en Amaquemecan dividió la monarquía entre sus dos hijos, Achcauhtli y Xolotl.

Este, no se sabe por qué, resolvió salir de la tierra de sus padres; y seguido de un gran número de los súbditos que quisieron acompañarle, se dirigió hácia el Mediodia, en busca de un lugar en donde asentar sus aduares.

Despues de diez y ocho meses de camino, durante el cual encontraron las ruinas de la nacion de Topiltzin, llegaron á asentarse sobre las de la gran ciudad de Tollan.

En ellas pasaron algunos dias, y despues continuaron su marcha hácia Cempoallan y Tepepolco.

Y desde allí fué desde adonde Xolotl mandó á su hijo Nopaltzin á explorar la tierra y á que tomara posesion de ella.

Informado Xolotl por su hijo de las circunstancias de la localidad, sabiendo que era feraz y montuosa, seguro de que allí no le faltarian alimentos para su nacion, resolvió establecerse en ella, y sentó sus reales en Tenayucan, en donde, segun los historiadores, pasó revista á su gente, contando has-

ta un millon de individuos, y dando tambien al lugar el nombre de Nepohualco, que significa numeracion.

Pasada la revista, Xolotl distribuyó su gente en las tierras de la comarca, que por esta razon se llamaron *Chichimecatlalli*, es decir, tierra de los Chichimecas.

V.

Una vez hecha la distribucion de las gentes, ordenada la fundacion de nuevos pueblos y ciudades, y establecida la corte, Xolotl ordenó á uno de sus jefes llamado Achitomatl, que fuese á reconocer el orígen de los rios que habian atravesado durante su camino.

Achitomatl emprendió su viaje de exploracion; y en Chapoltepec, y en Coyohuacan y en otros puntos, encontró algunas familias toltecas, quienes le refirieron las causas de la destruccion de aquella grande monarquía.

La desgracia de los descendientes de aquel pueblo que fué civilizado, mereció el respeto de los jefes chichimecas. No solo se abstuvieron de hacerles mal, sino que, si no humanos, hábiles políticos, contrajeron con ellos alianzas de familia, contándose entre los que se casaron con mujeres toltecas, al mismo Nopaltzin, hijo de Xolotl, quien se casó con Azcaxochitl, descendiente de Pochotl, de la casa real de los toltecas, y de los pocos príncipes que sobrevivieron á las desgracias de su patria.

La filosofía especulativa tiene este principio que no de de ser consolador: el bien produce el bien. Los chichime-

cas recogieron, y con creces, el fruto de su humana conducta con los toltecas.

Los bárbaros recien llegados al valle, usaban por todo traje, hemos dicho, las pieles de las fieras que mataban en la caza: tenian por todas armas la flecha y el arco, y se alimentaban con las raíces y las frutas que producia la tierra inculta.

Su alianza con los restos de la nacion tolteca, los sacó de ese estado de miseria. De ellos aprendieron á cultivar los campos, á extraer los metales, á fundirlos, á trabajar las piedras, á hilar y á tejer el algodon, á comer maíz, etc., etc., y de este modo progresaron y mejoraron en mucho su índole, su alimento, sus trajes, sus casas, sus costumbres.

VI.

Y esas mejoras, y esos progresos tuvieron unos poderosos auxiliares.

Ocho años despues de que Xolotl se estableció en Tenayuca, llegaron á su corte seis individuos que parecian grandes personajes, segun el séquito que les acompañaba.

Venian de una nacion del Norte, próxima, segun parece, á la de Amaquemecan, nacion cuyo nombre ignoran los historiadores; pero que Clavijero cree que era Aztlan, patria de los mexicanos; y cree que las nuevas colonias que llegaron á Tenayuca, eran las seis tribus de los nahoas de que hablan los historiadores del Anahuac.

Como de la peregrinacion de Xolotl, ignórase el motivo por que aquellos seis personajes y sus gentes buscaron nueva patria; pero Xolotl los recibió con benevolencia, y cediendo á los deseos que manifestaron de establecerse en esas regiones, les señaló tierras en donde vivir.

VII.

Pasaron otros pocos años; y un dia se presentaron en Texcuco, á donde Xolotl habia trasladado su corte, tres príncipes seguidos de un numeroso ejército de la nacion acolhua, hija de Teoacolhuacan, nacion vecina del reino de Amaquemecan.

Acolhuatzin, Chiconcuauhtli y Tzontecomatl eran los nombres de aquellos príncipes, descendientes de la noble raza de Citin.

La nacion acolhua era la mas culta y la mas civilizada de cuantas habian venido al valle, exceptuando la de los toltecas.

En presencia de tanta gente desconocida, alarmáronse los chichimecas; y no fué sino despues de grandes precauciones, cuando lograron presentarse á Xolotl, quien como dijimos, habia trasladado su corte á Texcuco, ciudad destinada á er la capital de la magnífica monarquía de los acolhuas.

Una vez delante del rey, los príncipes se inclinaron profundamente, se besaron la mano despues de haber tocado la tierra, y le dijeron:

—¡Oh gran rey! Hemos venido del reino de Teoacolhua-



Xomimilitzin, hija del Señor de Tzompanco de la Laguna, casó con un príncipe extranjero que llegó de Aztlan, y concibió á *Huitzilihuitl* en su misma patria. La montaña de tierra que representa el geroglífico, significa el nombre de la ciudad.—Este geroglífico y los otros tres de la série, están tomados de los títulos de terrenos de Tizayucan, cuyo señorío dió el Señor de Tzompanco á su hija, y en donde nació *Huitzilihuitl*.— *Tzompanco* significa: *Cabeza de las aguas* contenida contra un dique de tierra. (Traduccion libre.)

can, poco distante de vuestra patria. Los tres somos hermanos, é hijos de un gran señor; pero instruidos de la felicidad de que gozan los chichimecas bajo el dominio de un rey tan humano, hemos preferido á las ventajas que nos ofrecia nuestra patria, la gloria de ser vuestros súbditos. Os rogamos, pues, que nos deis un sitio en vuestra venturosa tierra, en que podamos vivir dependientes de vuestra autoridad y sometidos á vuestros mandatos. (1)

El rey, envanecido con ver ante su presencia á tres príncipes pidiéndole la gracia de ser sus vasallos, para lo cual habian venido de tan lejanas tierras, les prometió satisfacer sus deseos, y ordenó á Nopaltzin que mientras tanto, hiciese alojar y alimentar á los extranjeros.

1 Clavijero.

VIII.

Las hijas de Xolotl estaban ya en estado de casarse, y Xolotl, despues de haberse informado de quiénes eran los príncipes y de sus caractéres, y seguro del consentimiento de sus súbditos, llamó á aquellos un dia, y les manifestó que no solo los admitia como vasallos y les daria tierras para establecerse, sino que pensaba casar á dos de ellos con sus hijas, lamentándose de no tener otra que dar al tercero.

Los príncipes aceptaron la nueva alianza, y juraron servir á Xolotl con toda fidelidad.

Tenayuca fué la ciudad destinada para presenciar las régias bodas. Una inmensa multitud acudió á ver la ceremonia y á gozar de las fiestas con que se celebró: una inmensa multitud, decimos, y tan inmensa, que no bastó la ciudad á contenerla. Los campos de los alderredores estaban llenos de gente.

Las luchas, las carreras, los combates de fieras, los bailes, en fin, las fiestas duraron sesenta dias.

Acolhuatzin se casó con la mayor de las hijas de Xolotl, que se llamaba Cuetlaxochitl, y Chiconcuauhtli se casó con



N.º 2.

Xomimiltzin hace adoptar á **Huitzilihuitl** la carrera de las armas.

la menor. (1) Tzontecomatl, á falta de una hija del rey, tomó por esposa á Coatetl, doncella chalca descendiente de una noble casa, en la que se habian mezclado la sangre tolteca con la chichimeca.

Los vasallos siguieron el ejemplo del soberano. Mezcláronse por medio del matrimonio los individuos de las dos naciones, hasta que al fin tomaron el nombre de acolhuas, raza mas noble, que tambien impuso su nombre á la monarquía.

Nada mas que, una parte de la nacion chichimeca, no queriendo aceptar la nueva denominacion ni los nuevos usos introducidos por las naciones recien llegadas á la suya, y apasionados á la impetuosa libertad de la vida de los bosques, abandonaron el territorio de la monarquía; y sin leyes, sin estabilidad, llevaban una vida nómade, viviendo, como sus antepasados, de la caza y de las raíces silvestres, y durmiendo allí en donde la noche les sorprendia.

Mas tarde, despues de la conquista de México, esos bárbaros, unidos con los otomíes que se les asemejaban, hicieron, y durante muchos años, una guerra tenaz á los españoles.

---

1 Segun la tradicion histórica, parece que de esos príncipes venidos del país de Aztlan, descendió Huitzilihuitl, el teçuhtli que tuvieron los mexica cuando aún vagaban por Chapoltepec. La madre de este Huitzilihuitl era hija del señor de Zompanco, y venia de aquellos primeros aztecas. Casó con otro magnate del país de Aztlan, que vino al de los chichimecas, y quien, al recibirla por esposa, obtuvo de su suegro el señorío de Tizayucan, en donde nació Huitzilihuitl. Segun los geroglíficos que publicamos, se ve, 1º el lugar en donde fué concebido, (Zompanco); 2º, la época en que la madre, que se llamaba Xomimiltzin, le hace aceptar la profesion de las armas; 3º, Huitzilihuitl, general; y 4º, Huitzilihuitl, tecuhtli.

IX.

Consumadas las bodas, Xolotl dividió su reino en muchos Estados, dando el mando de ellos á sus yernos y á magnates de ambos pueblos.

Dió á Chiconcuauhtli el Estado de Xaltocan; el de Coatlichan á Tzontecomatl, y dió el de Atzcapotzalco á Acolhuatzin, de quien descienden aquellos reyes bajo cuyo despotismo vivieron tantos años los pobres mexicanos.

La paz reinaba en el reino acolhua, y la poblacion crecia, y crecia la cultura del país. Pero acaso esa misma paz y esa misma civilizacion, fueron la causa de que se despertaran pasiones adormecidas durante la época de la barbarie y de la miseria.

Xolotl era suave y humano por carácter. Uno de sus rasgos dominantes mientras reinó, era la indulgencia con que gobernaba á sus súbditos, quienes por su parte se habian siempre manifestado dóciles y sumisos á la voluntad del soberano; pero en los postreros años de su vida, para dominar á algunos rebeldes, tuvo que ser enérgico y severo; y esa energía y esa severidad, exasperaron á algunos ambiciosos de tal modo, que resolvieron asesinar á su soberano.

Quiso el rey, y lo habia manifestado, aumentar el agua de los jardines en que solia descansar de sus trabajos, y en donde se entregaba al sueño sin tomar medida alguna para seguridad de su persona.

Sabido esto por los rebeldes, levantaron un dique en el riachuelo que atravesaba la ciudad, hicieron un conducto para introducir el agua en los jardines; y á la hora en que el rey dormia, quitaron el dique con intencion de inundar aquellos sitios, y de ahogar en ellos al monarca.

Por fortuna, descubierta la conspiracion, súpola el rey, y disimuló que la sabia, y fué á la hora acostumbrada á los jardines, y se acostó en un sitio elevado en donde su vida no peligraba.

Vió entrar el agua, pero siguió disimulando, y para anonadar á sus asesinos dijo:

—Yo estaba bien convencido del amor de mis súbditos; pero ahora veo que me aman mas de lo que yo creia. Queria aumentar el agua de mis jardines, y mis vasallos realizan mi deseo, sin ocasionarme el menor gasto. Conviene celebrar esta nueva ventura.

Y mandó que se hicieran fiestas en la corte.

Y lleno de profunda cólera, partió para Tenayuca resuelto á castigar á los conjurados.

X.

Pero en Tenayuca cayó enfermo; y conociendo que iba á morir, llamó á Nopaltzin su heredero, á sus dos hijas, y á su yerno Acolhuatzin, el único que vivia de los tres príncipes acolhuas.

Una vez que los tuvo en su presencia, con el afecto tiernísimo que siempre habia profesado á su familia, les recomendó la paz, la benignidad para con el pueblo y la proteccion á la nobleza; y horas despues, en medio del llanto y de la consternacion de su familia, murió en edad muy avanzada, y despues de un reinado que segun parece duró cuarenta años.

Conocida su muerte, todos los magnates de la monarquía y una infinita muchedumbre de sus vasallos acudieron á presenciar las exequias.

Alhajado el cadáver con figuras de oro y de plata, lo sentaron en una silla de goma de copal. Cinco dias permaneció á la vista del pueblo, y luego, segun el uso de los chichimecas, quemaron el cadáver y encerraron sus cenizas en una urna de piedra, que quedó durante cuarenta dias expues-



Nº 4.

Huitzilihuitl, rey de los mexicanos.—Es preciso no confundir á este *Huitzilihuilt*, que fué rey de los aztecas, cuando estos vagaban aún por el bosque de Chapultepec, con el *Huitzilihuitl* sucesor de *Acamapichtli*, rey de los mexicanos, cuando estos estaban ya establecidos en las isletas del lago,

ta en una sala del real palacio, á donde acudia la nobleza á presentar al difunto rey la ofrenda de sus lágrimas.

En seguida, y con dolorosa solemnidad, llevaron á depositar la urna á una gruta situada cerca de la antigua corte fundada por el soberano.

XI.

Los datos tomados de varios historiadores, que nos han servido para escribir la anterior biografía, son demasiado pocos para formar un juicio analítico respecto del talento del personaje que sirve de objeto á este artículo. Con todo, si se medita bien en las dificultades que hay para que un solo hombre conduzca bajo su guía á millares de individuos, y les haga hacer un largo camino, para cambiar el lugar que los vió nacer por otro en donde van á buscar un bienestar oculto entre lo desconocido, fuerza es conceder á Xolotl la gran voluntad que caudillos como Tenoch y como Mahoma, tuvieron para dominar á la multitud en quien influyeron, para crear pueblos diversos nacidos de otros pueblos, y hacerles aceptar creencias que antes no tenian.

Ademas, por el resultado de la conducta de Xolotl, se ve que lejos de ser un mandarin vulgar, como Motecuhzoma II, fué un hábil político, puesto que supo asimilar á su pueblo los restos de la nacion tolteca, que dieron principio á la ilustracion de sus semibárbaros compatriotas, y asimilarse despues los de las naciones que, continuando el éxodo del Norte, llegaron á sus dominios en busca de otras tierras y de

otros elementos de vida; y mucho de bueno debia tener su gobierno, puesto que aquellos que venian á él, lejos de acercársele en son de guerra, se le aproximaban ofreciéndole vasallaje, y prometiéndole una lealtad que nunca se desmintió.

Sea como fuere, y á pesar de los pocos datos que existen sobre la vida de Xolotl, desde luego se conoce que perteneció á esa raza privilegiada de hacedores de pueblos, cuyos nombres no pueden menos que inmortalizarse, aunque ellos y sus creaciones hayan pasado y caido en el abismo de los tiempos.

Xolotl fué, pues, uno de esos creadores; y la nacion acolhua, su hechura, contó despues de su muerte once soberanos legítimos, entre ellos el inmortal Netzahualcoyotl; y tuvo tres largos siglos de vida, que demostraron la solidez de las bases en que la asentó su fundador.

R. R. Ramirez.



S. HERNANDEZ, LIT.º

LIT. DE IRIARTE.

NEZAHUALCOYOTL

(Tomado de la hist.ª de Carvajal Espinosa.)

NEZAHUALCOYOTL.

I.

UNO de los personajes mas notables de la antigua historia de México, es seguramente aquel de cuya biografía nos ocupamos en el presente trabajo. Los sucesos extraordinarios de que estuvo rodeada la existencia de Nezahualcoyotl, su gran perspicacia como político, su valor indomable como guerrero, sus altas miras como legislador, sus opiniones trascendentales como filósofo, y su inspiracion verdaderamente sublime como poeta, presentan al emperador chichimeca en un lugar de tal manera prominente, que con justicia ha excitado la admiracion de todos los escritores, así nacionales como extranjeros, que de él se han ocupado. Difícil es, en efecto, reunir á la vez en tanto grado, cualidades que parecen contradecirse y hasta excluirse, sobre todo, tomando en cuenta el estado social que guardaban los pueblos

del Nuevo Mundo en el siglo XVI; y si no tuviéramos el testimonio unánime de todos los historiadores, fundados en documentos irreprochables que sobrevivieron al gran cataclismo de la conquista, lugar habria á dudar acerca de la exactitud de las narraciones casi maravillosas que nos han llegado.

Teniendo que girar dentro de límites demasiado estrechos, procuraremos concretar lo mas posible los sucesos que llenan la vida extraordinaria del rey Nezahualcoyotl.

II.

Ixtlilxochitl, sexto rey de los chichimecas y padre de nuestro héroe, fué víctima de las intrigas del célebre Tetzotzomoc, jefe de la monarquía tecpaneca, cuya capital era Atzcapuzalco, y que habiendo logrado atraerse á los reyes de México y Tlaltelolco, así como á los demas príncipes aliados del emperador de Tezcoco, logró reducir á este á la última extremidad, obligándole á abandonar el asiento de su gobierno y á refugiarse en la fortificacion de Tzinacanoztoc, en donde se sostuvo durante treinta dias, contra los furiosos y repetidos ataques de sus enemigos coligados.

Al cabo de este tiempo, y viendo que no era ya posible prolongar la resistencia, Ixtlilxochitl resolvió retirarse hácia un punto llamado Tepanahuayan, como en efecto lo verificó en union del príncipe Nezahualcoyotl, y algunos otros pocos de los principales señores que le permanecieron fieles y que mandó le siguiesen. Una vez en aquel punto, reunió á sus acompañantes, y con la entereza propia de un corazon heróico, manifestóles la suprema resolucion que habia tomado, y que se reducia á sacrificar su vida en bien de sus vasallos,

pues no pudiendo continuar la guerra con probabilidades de éxito, esta solo serviria para causar irreparables daños en los pueblos, mientras que su muerte haria cesar la lucha desigual á que le habia precipitado su mala estrella.

Las palabras pronunciadas por Ixtlilxochitl en aquella ocasion solemne, revelan la grandeza de su corazon, no solo por el sacrificio que á sí mismo se imponia, sino por los elevados pensamientos que le preocupaban para el porvenir. Su principal encargo se redujo á que velasen por la vida del príncipe Nezahualcoyotl, para que con su muerte no se extinguiesen las últimas reliquias que quedaban de los ilustres monarcas chichimecas. Volviéndose en seguida al príncipe, le dijo con voz ahogada por las lágrimas: "Hijo mio muy amado, brazo de leon, y último resto de la sangre chichimeca, fuerza es dejarte para no volver á verte, y dejarte sin abrigo ni amparo, expuesto á la rabia de esos lobos hambrientos que han de cebarse en mi sangre; pero quizá con eso se apagará su enojo. Procura guardar tu vida, y entretanto que pasa mi tragedia, súbete á ese árbol, y mantente oculto entre sus ramas, y en pudiendo huir, parte á las provincias de Tlaxcallan y Huexotzinco, cuyos señores son tus deudos y de tu misma casa, y pídeles socorro para restaurar tus Estados; y si el Dios creador te lo concede, te encargo mucho la observancia de las leyes, para que á ejemplo tuyo las observen tus vasallos, á quienes has de mirar como á hijos, premiándoles sus buenos servicios, especialmente á los que en esta ocasion me han ayudado, y perdona generosamente á tus enemigos: que aunque yo conozco que mi ruina ha venido de mi demasiada piedad, no estoy arrepentido del bien que hice. No te dejo otra herencia que el arco y la flecha: ejercítalos, y debe al valor de tu brazo la restauracion de tu reino."

No tenemos necesidad de llamar la atencion sobre el alto sentido moral que revelan las palabras anteriores. La práctica de las leyes, el amor á los vasallos, el generoso perdon á los enemigos, y esto en los momentos en que quien así se expresaba era víctima de su misma piedad para con los otros;

todo, decimos, manifiesta un alma de temple superior, cuya noble influencia puede explicar hasta cierto punto las acendradas virtudes que formaron mas tarde el elevado carácter de Nezahualcoyotl.

III.

A la vez que Ixtlilxochitl se despedia en los términos que hemos visto, de su hijo y compañeros de infortunio, los enemigos, que habian advertido que salia gente de la fortificacion y se dirigia á Tepanahuayan,. destacaron en su alcance un número considerable de tropas, de manera que cuando el emperador concluyó sus encargos y recomendaciones, se hallaban ya muy cerca, y pudo verlos. Apresuróse entonces á hacer que el príncipe se escondiese entre las ramas de un árbol de capulin, y mandó á los demas que dispersándose por distintos rumbos, huyeran del peligro que les amenazaba.

Tomadas estas providencias con la precipitacion que el caso demandaba, adelantóse luego Ixtlilxochitl hácia sus perseguidores, y hablándoles con el valor de que tantas pruebas tenia dadas, les hizo entender, que si no tenia por ignominiosa la muerte que recibia en defensa de un derecho legítimo, y despues de haber apurado todos los recursos, venderia cara su vida, matando antes á cuantos traidores pudiera; y se arrojó sobre ellos con tal ímpetu, que puso á muchos fuera de combate, hasta que cubierto de heridas y agobiado por el número de sus enemigos, cayó en tierra muerto.

Algunos historiadores (Torquemada y Clavijero) refieren este hecho de distinta manera, suponiendo que Ixtlilxochitl pereció en una celada que habia preparado Tetzotzomoc, haciendo que le llamasen los señores de Otompan y Chalco, con pretexto de comunicarle un negocio de grande importancia, y dándole muerte en seguida las tropas que tenian emboscadas al efecto. Sea como fuere, la verdad es que este trágico suceso fué el principio de la série de extraordinarias aventuras que pusieron á prueba el valor, la astucia y la constancia de nuestro héroe.

IV.

Nezahualcoyotl, que estuvo presenciando desde su escondite el triste fin de su padre, bajó del árbol luego que fué de noche, y á favor de la oscuridad se entró en la sierra, con objeto de tomar veredas excusadas y dirigirse á la provincia de Tlaxcallan. Fácil es comprender lo que sufriria su grande alma al ver morir al autor de sus dias, sin poder prestarle ningun auxilio, ó sin resolverse al menos á perecer con él; y es seguro que si solo se hubiera tratado de seguir los impulsos de su corazon, no habria vacilado en adoptar este último camino, el único que le era posible en aquellas circunstancias; pero el importantísimo interes político que representaba, y las sábias recomendaciones de Ixtlilxochitl, hicieron enmudecer en él la voz de la naturaleza, aplazando su venganza para mejor ocasion.

El dia siguiente, al caminar por la sierra, encontró á un gran número de señores y gente del pueblo, que se habian ocultado para escapar de los rigores del vencedor. Entre ellos se hallaban sus dos hermanos naturales, Quauhtlahuanitzin é Ixhuezcatocatzin, valientes capitanes ambos, y sus dos sobrinos, Tecoxatzin Tzontecohuatl, y Acolmitzin. Des-

pues de abrazarlos tiernamente, derramando abundantes lágrimas, fué informado de que poco mas adelante estaban Tlacotzin, señor de Huexotla, con Tlanahuacatzin, gran sacerdote de la misma ciudad, Totomihuatzin, señor de Cohuatepec, é Izcontzin de Iztapalocan. Siendo todos ellos amigos dirigióse en su busca, juntamente con los primeros, hallando, en efecto, muestras inequívocas de simpatía por sus terribles infortunios, á que él correspondió con la gratitud y benevolencia debidas.

Comprendiendo que en aquellos momentos era imposible una reaccion en contra del usurpador triunfante, y que cualquiera resistencia no traeria consigo mas que ruina y todo linaje de desgracias, Nezahualcoyotl aconsejó á sus fieles compañeros que volviesen á sus casas, prestando obediencia al tirano Tetzotzomoc, añadiendo que por lo que á él tocaba, seguiria el camino que el Dios Creador le tuviese deparado, sin olvidar el deber que tenia de librarlos mas tarde del yugo que sobre ellos pesaba, cuando pudiese hacer valer el legítimo derecho que le asistia para recobrar la herencia de su infortunado padre.

V.

Como es de suponerse, grande fué el regocijo que recibió Tetzotzomoc al saber la muerte de Ixtlilxochitl, pero ese regocijo no fué completo al informarse de que habia quedado vivo el hijo de aquel monarca; así fué, que sin pérdida de tiempo mandó que le persiguiesen por todas partes, ofreciendo grandes recompensas al que se le presentase muerto ó vivo. Despues de esto se volvió á Atzcapuzalco, donde celebró con gran pompa sus victorias y publicó un perdon general para todos los que habian seguido la causa del emperador, con tal que reconociesen su supremo dominio, libertando de todo tributo durante un año á los vasallos del imperio y estados patrimoniales de Ixtlilxochitl, con el fin aparente de que se pudiesen recobrar de los daños sufridos en la guerra.

No bastando estas medidas á calmar el ánimo inquieto y suspicaz del tirano, apeló á un recurso que pinta por sí solo el carácter de aquel gobernante, y fué mandar cierto número de soldados que recorriesen las poblaciones del territorio conquistado, preguntando á todos los niños que encontrasen quién era su rey, y á los que contestasen que Ixtlilxochitl

ó Nezahualcoyotl, diesen muerte, mientras que colmarian de caricias y regalos á los que respondiesen que Tetzotzomoc. Esta órden, cuya barbaridad puede apenas concebirse, fué fielmente ejecutada, muriendo un gran número de niños, cuyos padres no habian tenido el tiempo suficiente para instruirlos en lo que debian contestar.

VI.

A pesar de estas medidas violentas que tenian por objeto afianzar el nuevo órden de cosas, Tetzotzomoc, como todos los usurpadores de talento, quiso dar á su dominacion una base legal, haciéndose jurar y reconocer solemnemente. A este fin despachó mensajeros que convocasen para cierto dia en su corte de Azcapuzalco, no solo á los príncipes inmediatos, sino tambien á los mas distantes, con el propósito de dar al acto toda la necesaria solemnidad. Veíase ademas comprometido á cumplir la palabra que habia dado á los reyes de México y Tlaltelolco, y á los señores de Acolman, Cohuatlican, Chalco y Otompan, de partir con ellos lo que ganase si le ayudaban en la guerra; pero deseando por otra parte, conservar íntegro el imperio, discurrió un medio que da idea de su astucia, y segun el cual los dejaria contentos, dándoles todo en apariencia, pero nada en realidad. El medio fué el siguiente.

Pocos dias antes de la solemnidad mencionada, llamó á los dichos reyes y señores y les manifestó en un discurso hábilmente preparado, que lejos de haber olvidado la promesa hecha, meditaba cumplirla con mayor ventaja para ellos;

puesto que no solo queria dividirles las tierras conquistadas, sino hacerlos igualmente partícipes de la dignidad imperial. Esto se obtendria siendo todos reconocidos como cabezas del imperio, de suerte que los demas señores les quedarian sujetos y nada se podria determinar en materia de estado sin el concurso de los siete. Por supuesto que Tetzotzomoc y sus sucesores serian siempre reconocidos y jurados por los supremos y primeros monarcas, estando pronto á dar la investidura de reyes á los de Acolman, Chalco y Otompan, que no la tenian. En cuanto al gobierno de los pueblos, el imperio se dividiria en ocho partes, dos de las cuales tocarian al jefe supremo, á quien darian cuenta los demas de todo lo que en ellas se ejecutase. Respecto de tributos y servicios personales, ya Tetzotzomoc habia librado á los pueblos por un año, segun se ha visto, reservándose el ordenar lo que se hiciese sobre este punto, una vez cumplido el plazo. En resúmen, el monarca de Azcapuzalco quedaba constituido de hecho en el único gobernante, de quien no eran los otros mas que subordinados, sin ninguna especie de autoridad propia. El arreglo, sin embargo, fué propuesto en tales términos, que los aliados aceptaron gustosos, dándose por satisfechos con aquella liberalidad inesperada.

Llegado el dia de la jura, que segun el cómputo de Veytia, fué á principios de 1419, concurrieron á Azcapuzalco los reyes antes referidos, y ademas los señores de Cohuatepec, Iztapalocan, Huexotla, Xochimilco, y algunos otros de los que tenian sus señoríos en el valle; faltando los de Tlaxcallan, Huexotzinco, Cholollan, Tepeyacac, Zatatlan, Tenamitec, Tollantzinco, y los llamados de montes afuera, así como los de mas lejanas provincias. El orgullo del tirano se sintió humillado con este desaire, y se propuso hacerles la guerra, obligándolos á que le reconociesen. No obstante, la ceremonia se ejecutó con toda la solemnidad acostumbrada por los monarcas chichimecas.

VII.

Si los colegas del nuevo emperador quedaron satisfechos, no sucedió lo mismo con los demas, ya porque unos eran partidarios de Nezahualcoyotl, y no podian ver en Tetzotzomoc mas que un usurpador, ó bien porque otros, habiendo ayudado á este en la guerra emprendida contra Ixtlilxochitl, no se consideraban suficientemente premiados. Pero lo que con particularidad disgustaba á todos, era aquella especie de gobierno múltiple, cuya verdadera significacion no alcanzaban á comprender.

No podia ocultarse este descontento á la perspicacia del emperador, así fué que mandó publicar un bando en todas las tierras de los acolhuas, haciendo saber á sus habitantes que habia sido jurado y reconocido como supremo señor, á quien debian sujetarse y obedecer en todo; quedando declarado traidor el que no se sometiese, y sujeto en consecuencia á la pena de muerte, acompañada de los suplicios con que se castigaba á esta especie de criminales. En el mismo bando hacia saber que los seis reyes con quienes habia dividido la dignidad imperial, eran los jefes inmediatos de sus pueblos respectivos para el despacho de los negocios, y termina-

ba amenazando con las mas graves penas á todos los que de cualquier modo favoreciesen la causa de Nezahualcoyotl, al mismo tiempo que ofrecia grandes recompensas al que se le entregase vivo ó muerto.



VIII.

Mientras que esto pasaba, Nezahualcoyotl en su huida habia sido perfectamente recibido por los señores de Huexutzinco y Tlaxcallan, parientes suyos; los cuales, aunque dispuestos á no seguir la causa de Tetzotzomoc, á quien no quisieron reconocer como emperador, no se atrevian á declararle la guerra, temiendo que dirigiese sobre ellos las numerosas fuerzas de que disponia. Así fué que aconsejaron al príncipe que por entonces se ocultase y permaneciese tranquilo, esperando que el emperador desarmase su ejército, luego que se creyese seguro en el trono, mientras que los señores de montes afuera irian proveyéndose en secreto de tropas y demas recursos para ayudarle en mejor ocasion.

Nezahualcoyotl comprendió sin dificultad que aquella era la única conducta que le tocaba observar por entonces, y se sometió resignado. Despues de algunos dias de permanecer en Tlaxcallan, volvió á favor de un disfraz á sus antiguos Estados y á los de los colegas de Tetzotzomoc, recorriendo las poblaciones y procurando informarse por medio de algunos parciales que le ocultaban, de la situacion que guardaban las cosas públicas. Hallábase en Tezcoco en los momentos que

se publicaba el bando de que antes hemos hablado, y cuando oyó, confundido entre la muchedumbre, el rigor que desplegaba el tirano en su persecucion, comprendió los grandes peligros que corria si acaso llegaba á ser descubierto, y sin prescindir del propósito de seguir explorando por sí mismo el estado de los ánimos, redobló las precauciones para no ser conocido de sus numerosos enemigos.

Cuéntase con este motivo una anécdota cuya version mas verosímil es la siguiente. Sabiendo Nezahualcoyotl que los chalcas estaban muy ligados con Tetzotzomoc, resolvió dirigirse á su territorio, en union de muy pocos criados, con objeto de conocer mas de cerca las disposiciones y proyectos del tirano. Sucedió, pues, que estando ya inmediato á la ciudad de Chalcoatenco, se adelantó solo, buscando donde apagar la sed que le consumia, no habiendo podido encontrar ninguna fuente. Vió entonces á una mujer, llamada Citlamiyauh, que estaba recogiendo el aguamiel de unos magueyes, y le pidió una poca. Ella le reconoció inmediatamente, y en vez de prestarle aquel humanitario servicio, comenzó á dar voces, pronunciando su nombre para que fuesen á prenderle. En vano Nezahualcoyotl trató de calmarla, y de hacerle comprender la fealdad de su accion; Citlamiyauh gritaba con mas fuerza, á fin de llamar la atencion de los campesinos; viendo, pues, que todas sus razones eran inútiles, y que su vida corria un riesgo inminente, puesto que aun cuando pudiera escapar del momento, ella instruiria á sus enemigos y les daria las señas suficientes para que le aprehendiesen, se resolvió á darle muerte, cortándole la cabeza con la macana que llevaba, y continuó su marcha por caminos extraviados.

No trataremos de calificar una accion que bastante la justifican las circunstancias en que fué cometida. El instinto de la conservacion propia, y mas que todo, las traidoras intenciones de Citlamiyauh, absuelven al fugitivo príncipe de un acto que mas que de venganza toma el carácter de defensa y de castigo. Algunos escritores, como Torquemada, han

pintado este hecho de una manera poco verosímil, suponiendo que la mujer en cuestion, á quien se da el nombre de Tziltomiauh, era una viuda principal que dió hospedaje al príncipe, y que viendo este que tenia unos plantíos de magueyes de que sacaba una gran cantidad de pulque, no solo para su consumo particular, sino para vender, estando esto último prohibido por las antiguas leyes, Nezahualcoyotl sintió tal indignacion, que no pudo contenerse y le pagó con quitarle la vida el hospedaje que habia recibido. Prescindiendo de los fundamentos históricos, es fácil conocer que este relato se conforma poco con la elevacion moral de Nezahualcoyotl, cuyo celo por el cumplimiento de las leyes no lavaria su nombre de la mancha de horrible ingratitud que se habria echado con semejante proceder.

IX.

El año siguiente (1420), concluido el plazo en que los pueblos habian sido libertados de toda contribucion, Tetzotzomoc hizo ir á su corte á todos los principales de las poblaciones, para hacerles saber el repartimiento que de ellas habia hecho entre sus colegas. Cada uno de estos, conforme á dicha combinacion, solamente podia percibir para sí la tercera parte de los tributos, quedando los otros dos tercios en favor del emperador, sucediendo lo mismo en cuanto al servicio personal. Así fué que lo que en realidad habia hecho el astuto emperador, habia sido quedarse con lo mas importante, dejando á sus pretendidos colegas una autoridad nominal, pues aun la parte que les habia dejado podia considerarse como una especie de sueldo por el trabajo efectivo que tenian en la recaudacion de los tributos.

Continuaba entretanto Nezahualcoyotl su vida errante, sin detenerse largo tiempo en parte ninguna, y recorriendo sin cesar los campos y las poblaciones, en las que tenia numerosos parciales, inclusive la misma ciudad de Azcapuzalco. Sus tios los reyes de México y Tlaltelolco, que habian hecho causa comun con Tetzotzomoc, compadecidos al fin de los in-

fortunios del príncipe, y mas que todo, disgustados de la conducta del intruso emperador, favorecian la causa del heredero legítimo, mandándole en secreto abundantes recursos para su manutencion. Mas compasivas sus tias las reinas, resolvieron dirigirse á Azcapuzalco, con el fin de hablar al tirano y pedirle la vida de Nezahualcoyotl. El viaje se hizo con la pompa que requeria el alto carácter de las solicitantes, sin escasear los ricos presentes de costumbre. Los achaques de la edad avanzada tenian ya reducido á Tetzotzomoc á tal estado, que no podia moverse por sí solo, siendo conducido en una silla preparada con algodon, en la cual le sacaban todos los dias á tomar el sol. En aquellas circunstancias las reinas se presentaron, y echándose á sus pies le pidieron con la mayor ternura la vida del príncipe, pintando con elocuentes colores sus infortunios, su inocencia, é insistiendo con particularidad en su impotencia para perjudicar al gobierno del emperador. Aquella solicitud fué hecha en tales términos, que el ánimo de Tetzotzomoc se dejó doblegar, y accedió al fin á lo que se le pedia, con la condicion empero de que residiria en la ciudad de México, de donde no podria salir sin expresa licencia suya.

X.

Aquí se presenta una nueva faz de la vida de Nezahualcoyotl. Haciendo uso del perdon concedido por el tirano, trasladóse á la ciudad de México, en donde supo conducirse con un tacto tan exquisito y tan profundo disimulo, que se captó la benevolencia de todos los que le trataban, y sin comprometerse en lo mas mínimo, ni despertar las sospechas del usurpador, consiguió adormecer á este al mismo tiempo que ensanchaba el círculo de sus partidarios.

Dos años pasó en esta situacion, al fin de los cuales las señoras mexicanas, cuyo cariño hácia Nezahualcoyotl habia aumentado al conocer sus relevantes prendas, dieron nuevos pasos para conseguir de Tetzotzomoc que extendiese los límites de la prision del príncipe. La prudencia de éste, su conducta irreprochable durante aquel tiempo, en que habia logrado hacer creer á sus perseguidores que los negocios públicos era lo que menos le preocupaba, facilitaron el éxito en gran manera: así fué que obtuvo sin dificultad el permiso de ir á Tezcoco, en donde se le dió para que habitase uno de los mejores palacios que tenian sus antepasados, concediéndosele ademas el señorío de algunos lugares pequeños, con

cuyos productos pudiera mantenerse, teniendo permiso para recorrerlos é ir de México á Tezcoco. Continuaba, sin embargo, la prohibicion de alejarse de los límites prescritos, bajo ciertas penas.

A pesar de que este proceder por parte de Tetzotzomoc, indica que no abrigaba su pecho ninguna especie de temor acerca de las dificultades que pudiera suscitarle mas tarde el heredero legítimo del trono chichimeca, parece que en el fondo de su alma existia cierto género de desconfianza, efecto de la conciencia intranquila con una usurpacion que la mas próspera fortuna no podia justificar. Esto explica dos sueños que tuvo el tirano, y que le sumieron en la mayor alarma. En uno de ellos vió un águila gigantesca que se lanzaba velozmente sobre su cabeza, y despues de llenarle de heridas le rasgaba el pecho y le sacaba el corazon y las entrañas para comérselas en seguida. La noche siguiente se le representó un enorme tigre, que le embestia con gran ferocidad, y sin poderse defender le hacia pedazos los pies.

Deja suponerse el efecto que estos sueños causarian en el ánimo supersticioso de Tetzotzomoc, quien inmediatamente mandó llamar á los adivinos para que se los explicasen. Estos, en ambos casos, fueron de opinion que así el águila como el tigre significaban el príncipe Nezahualcoyotl, quien no solo destruiria la familia del monarca reinante, sino que extenderia el exterminio á sus fieles vasallos, que era lo que indicaban los pies despedazados por la fiera. La conclusion de este funesto vaticinio se concretaba á dar muerte al príncipe, único medio de que no se realizara.

Al oir esta explicacion, que por lo demas nada tenia de forzada, Tetzotzomoc hizo comparecer á su presencia á sus tres hijos, Maxtla, Tayauh y Atlatocaycpaltzin, y á los miembros de la familia que le inspiraban mas confianza. Refirióles tanto los sueños como la interpretacion que de ellos habia recibido, y añadió que hallándose á las puertas del sepulcro, pues no esperaba ya vivir muchos dias, no se sentia con la energía necesaria para dictar las órdenes que exigia el

pronto remedio; pero que les recomendaba que luego que muriese, y cuando Nezahualcoyotl fuese á los funerales y á darles el pésame, como era natural, se apoderasen de su persona dentro del mismo palacio, y dándole muerte asegurasen la cuantiosa herencia que les legaba. Los circunstantes oyeron con la mayor atencion aquellas extrañas revelaciones, y ofrecieron cumplir al pié de la letra las órdenes del moribundo monarca.

XI.

Poco tiempo despues, sintiéndose el emperador gravemente enfermo, reunió en derredor de su lecho á sus hijos, á los principales señores de su corte, á los reyes de México y Tlaltelolco, y á los príncipes mas cercanos en parentesco. Manifestóles que estaba cercana la hora de su muerte, y que aunque segun la ley y la costumbre debia nombrar para sucesor á su hijo primogénito Maxtla, el genio altivo de éste, poco simpático para sus vasallos, le hacia preferir, á pesar del grande amor que le tenia, á su segundo hijo Tayauh, quien por su carácter dulce y humano, á la vez que recto y valiente, podria conservar la sumision y respeto de los pueblos. Tayauh, pues, seria su heredero en el reino tepaneca y en el imperio de Tezcoco, mientras que Maxtla, con la investidura de rey, recibiria el señorío de Coyohuacan. Entre estas solemnes disposiciones no se olvidó la de quitar la vida á Nezahualcoyotl, base indispensable para llevar á cabo el proyecto político de perpetuar en el poder á la familia real de Azcapuzalco.

El dia siguiente al en que pasó la escena que acabamos de describir, y que segun el cómputo de Veytia, corresponde al

2 de Febrero de 1427, murió Tetzotzomoc, uno de los personajes mas célebres de la historia mexicana, así por su valor guerrero, como por su talento y astucia en la política. Celebráronse sus funerales con la mayor pompa, cual convenia á su elevado carácter. Al cuarto dia se presentó Nezahualcoyotl, quien recibió en Tezcoco la noticia de la muerte del tirano, juntamente con la disposicion de que habia hecho ejecutores á sus herederos para que le quitasen la vida. El riesgo era inminente, y sus deudos y amigos trataron de disuadirle de que hiciese un viaje que podia considerarse como una verdadera temeridad; Nezahualcoyotl, sin embargo, con esa osadía que acompaña á los séres superiores, despreció el peligro, sin que los pronósticos de los agoreros lograsen hacerle desistir de su empresa.

Llevó para que le acompañasen á su sobrino Tzontecohuatl y á algunos criados de confianza; y despues de caminar toda la noche por la laguna, llegó al amanecer á Azcapuzalco. Sin detenerse, entró al palacio del difunto monarca, y se presentó en el salon en donde se hallaban reunidos los hijos de Tetzotzomoc y los demas señores y aliados. Todo su continente revelaba la mas perfecta tranquilidad y desembarazo; ofreció á los príncipes algunos valiosos presentes, como se acostumbraba en tales casos, y les dirigió una alocucion manifestándoles en términos escogidos la parte que tomaba en su dolor.

Tomó la palabra para contestarle el príncipe Maxtla en su calidad de hermano mayor, y luego que hubo terminado se le acercó Tayauh para indicarle en voz baja que no debia perderse la oportunidad de cumplir las órdenes de su padre; Maxtla, no obstante, se opuso, pretextando que en aquellos momentos debia dirigirse toda la atencion á la solemnidad de los funerales, en cuyo propósito influyó el resentimiento que abrigaba contra su hermano por la exheredacion de que habia sido víctima, meditando ya que Nezahualcoyotl le pudiese ser útil en la resolucion que tenia formada para recobrar sus derechos, y considerando que le era necesaria en

tal empresa la cooperacion de los reyes de México y Tlaltelolco, quienes por el cariño que profesaban á aquel príncipe, no podrian ver su muerte sin profundo disgusto. Así fué como los proyectos ambiciosos del que se creia heredero legítimo, impidieron que se cometiese un frio y cobarde asesinato.

XII.

Concluidos los funerales del emperador, regresó la comitiva al palacio; sirvióse un espléndido almuerzo, despues del cual Tlacateotzin, rey de Tlaltelolco, tomó la palabra como mas anciano, y propuso que en conformidad con la última disposicion de Tetzotzomoc, se procediese á jurar por heredero al príncipe Tayauh, poniéndole en posesion de la corona y prestándole la debida obediencia, á fin de evitar ulteriores dificultades. Inmediatamente el impetuoso Maxtla se levantó y manifestó con la mayor energía, que si habia callado ante la resolucion de su padre, habia sido solo efecto de respeto; pero que ni por un momento habia entrado en su ánimo ceder á favor de nadie los legítimos derechos que tenia á la sucesion; añadiendo que estaba seguro de que la mayor parte de los príncipes abrigaban la resolucion de apoyarle, y que pedia, por lo mismo, que antes que la reunion se disolviese, se le jurase como jefe supremo del imperio, en la inteligencia que los que se rehusasen, sentirian bien pronto las consecuencias de su indignacion.

No es menester pintar la confusion que las palabras de Maxtla produjeron; sin embargo, viendo que por él se decla-

raban los príncipes mas valientes, tuvieron que ceder los partidarios de Tayauh, contentándose con que su hermano le cediese el reino de Coyohuacan. Maxtla convino en ello, siendo inmediatamente reconocido por jefe del imperio.

Mientras que esto pasaba, y cuando á consecuencia del discurso de Maxtla, se habia producido la confusion de que hemos hablado, el prudente Nezahualcoyotl se retiró disimuladamente de la sala, comprendiendo que en su delicada posicion era peligroso tomar parte en la disputa, declarándose por alguno de los contendientes. Así fué que en el acto regresó á Tezcoco, satisfecho de haber escapado á la red que se le habia tendido. No se le ocultaba, sin embargo, que calmada la agitacion, y asegurado Maxtla en el trono, no dejaria de fijar su atencion sobre él, especialmente al observar el terreno que iba ganando en la estimacion pública. Resolvió, pues, redoblar las precauciones, manteniéndose en la apariencia con la mayor quietud posible, rodeado siempre de servidores fieles, y agitando en secreto sus negocios con mas actividad, pues preveia que no estaba lejos el momento en que fuese necesario tomar la defensiva.

La situacion del príncipe se hizo mas difícil cuando un hermano natural suyo, que le era desafecto, llamado Tlalmatzin ó Yancuiltzin, amigo de Maxtla, fué nombrado por éste gobernador de Tezcoco, reuniendo toda la jurisdiccion que se hallaba dividida entre sus antecesores. Nezahualcoyotl recibió la visita del nuevo gobernador, quien se manifestó para con él sumamente cortés y cariñoso; pero aquellas demostraciones no eran bastantes á ocultar á los ojos del perspicaz príncipe, los perversos intentos que en contra suya se abrigaban.

XIII.

El príncipe Tayauh, violentamente despojado del imperio por su hermano, segun hemos visto, aparentó resignarse, y despues de haber tomado posesion del reino de Coyohuacan, volvió á Azcapuzalco, resuelto á establecerse en la corte, á cuyo efecto comenzó á fabricar un palacio en el barrio de Atompan. Muy lejos estaba, sin embargo, de olvidar la ofensa que habia recibido, ni mucho menos de recobrar la herencia de su padre; así es que con frecuencia se trasladaba á México y á Tlaltelolco, cuyos reyes favorecian su causa, meditando en los medios para libertarse de la tiranía de Maxtla.

Cuatro meses habian pasado despues de la muerte de Tetzotzomoc, cuando una noche se hallaban reunidos tratando de su negocio favorito Chimalpopoca y Tayauh, en el palacio del primero. Allí acordaron que inmediatamente que se concluyese la habitacion que estaba construyendo Tayauh en Azcapuzalco, convidase á su estreno al emperador, y al entrar solo con él en las piezas mas interiores, tuviese prevenido un collar de flores para echárselo al cuello como era costumbre. El collar estaria dispuesto de tal manera, que podria ahorcarle fácilmente. Para llevar adelante esta in-

trigɪ, era preciso concluir cuanto antes la fábrica comenzada, y á este fin, Chimalpopoca le proporcionaria el suficiente número de operarios.

Toda esta conversacion fué oida por un enano que servia á Tayauh, y que se encontraba oculto en el hueco de una puerta. En el acto que se impuso del secreto, salió sin ser visto y se dirigió á Azcapuzalco, á donde llegó á la media noche; se hizo recibir de Maxtla, habiéndole anunciado que tenia que revelarle un negocio de la mas alta importancia, y le refirió todo lo que pasaba. Maxtla, por su parte, mandó al enano que se volviese luego á México para que nada se sospechase, y guardando un profundo disimulo resolvió tomar de sus enemigos una sangrienta venganza.

La relacion del enano quedó confirmada, cuando al dia siguiente se presentaron al emperador, Achitomatl y Tlatocacochitzin, enviados por Chimalpopoca con un crecido número de trabajadores, para concluir el palacio de Tayauh. Maxtla supo dominar la profunda cólera que agitaba su pecho, y manifestó que no tenia dificultad ninguna en conceder la licencia para que trabajasen, quedando sumamente agradecido al rey de México por aquella prueba de amistad hácia su hermano, añadiendo que tambien deseaba contribuir por su parte, para lo cual ordenó á un capitan de confianza que con cuanta gente pudiese ayudase en los trabajos, pues deseaba que la obra estuviese concluida á la mayor brevedad posible.

En efecto, los trabajos quedaron terminados en pocos dias, y Maxtla mandó decir á su hermano que él se encargaba de las fiestas necesarias para el estreno del palacio, haciendo preparar un espléndido banquete, al que fueron convidados los reyes de México y Tlaltelolco, así como otros muchos personajes principales. Sin embargo, habiendo llegado el dia señalado para la fiesta, dichos reyes se excusaron de asistir, pretextando una solemnidad religiosa en que debian tomar parte. Tayauh, resuelto á consumar el crímen, invitó á Maxtla á que entrase á su palacio, pero el segundo se rehusó, aplazando la ceremonia para despues del banquete. Sir-

vióse la comida con extraordinaria esplendidez, y luego que terminó se levantó el emperador de su asiento, y acercándose á su hermano en ademan de abrazarle, sacó un cuchillo que llevaba oculto, y dándole de puñaladas le dejó muerto á sus pies. Volviéndose luego á la concurrencia, pronunció estas palabras: "Así castiga mi justicia la traicion de un hermano que se atrevió á pensar quitarme la vida; y si esto hice con él, ¿qué haré con los demas que yo descubra cómplices en su delito?"

Inmediatamente, y antes de que los circunstantes se repusiesen de su asombro, mandó á algunos jefes de confianza que marchasen con tropas á apoderarse de los reyes de México y Tlaltelolco, previniéndoles que los pusiesen en lugar seguro y aguardasen sus órdenes. Aprehendieron, en efecto, á Chimalpopoca, que se hallaba todavia en la fiesta religiosa que le habia servido de pretexto para no asistir al banquete, y le condujeron á la cárcel de la misma ciudad, encerrándole en una estrecha jaula que servia para los reos de delitos atroces, y poniéndole bajo una guardia numerosa con la órden de que nadie le viese, y que solo se le diesen cada 24 horas muy pocas onzas de alimento.

En cuanto al rey de Tlaltelolco, luego que supo la suerte que habia corrido el de México, se ocultó tan bien que no pudieron encontrarle los emisarios de Maxtla. Habia empero tal empeño en apoderarse de su persona, que no pudo evitar que sus perseguidores fuesen informados por algunos de su mismo séquito, sobre la intencion que tenia de trasladarse secretamente á Tezcoco, en donde se consideraba mas seguro. Así fué que se aprestaron muchas canoas para darle alcance, como lo verificaron en medio de la laguna, cargando sobre la que conducia al desgraciado Tlacateotzin. Este se defendió valerosamente, hasta que al fin, el peso de los tesoros que llevaba, aumentado con el golpe de gente que le atacaba, sumergió su frágil embarcacion, pereciendo miserablemente el desdichado monarca.

XIV.

Los sucesos que dejamos rápidamente referidos, vinieron á cambiar en gran manera la faz de los negocios públicos. Maxtla veia desde luego asegurado su imperio, destruidos sus enemigos, y se sentia libre de todo temor para el porvenir. Tayauh y Tlacateotzin habian muerto; Chimalpopoca se hallaba en una jaula en donde podria hacerle perecer á la hora que quisiese; y en cuanto á Nezahualcoyotl, abrigaba la confianza de deshacerse de él sin dificultad ninguna.

El feliz éxito de sus empresas aumentó su orgullo como era natural, y mandó á las ciudades de México y Tlaltelolco á un agente de confianza llamado Chichincatl, para que reuniese á la nobleza y principales del pueblo, manifestándoles que habiendo concluido el indulto de tributos que su padre les habia concedido, él por su parte les exigiria el pago de todas las contribuciones acostumbradas antes del indulto, así como las que tuviese á bien imponerles en lo sucesivo. Chichincatl llevaba, ademas, el encargo de pasar á Tezcoco y comunicar á Nezahualcoyotl la órden de trasladarse á Azcapuzalco, para tratar ciertos negocios.

La noticia de las desgracias acaecidas á los reyes de Tlal-

telolco y México, llegó presto á los oidos de Nezahualcoyotl, quien en el acto se resolvió á ir á pedir á Maxtla la vida de Chimalpopoca. La empresa era arriesgada, pues equivalia á entregarse en manos de un enemigo poderoso, cuyas intenciones en su contra no eran por cierto un misterio; así fué que sus amigos y parientes se esforzaron por disuadirle de semejante idea, haciéndole ver que el paso que meditaba solo serviria para exponerle á perder la vida sin probabilidad ninguna de salvar la de su tio.

Entonces pudo verse todo el valor, toda la grandeza que se encerraban en el alma del jóven príncipe, al mismo tiempo que la elevacion de su espíritu sobre las supersticiones de su país y de su tiempo. Los adivinos fueron consultados, y dieron la poco satisfactoria respuesta de que le amenazaban grandes riesgos, entre ellos, tres de que difícilmente podria salvar la vida; pero si escapaba, triunfaria de todos sus enemigos, siendo, por lo tanto, necesario que se guardase de las amenazas del destino, no yendo temerariamente á buscar los peligros. A una respuesta cuyo sentido no podia ser mas tremendo, dió Nezahualcoyotl esta admirable contestacion: "Todo lo contrario pienso yo; porque si vuestra ciencia no os engaña, y me amenazan ciertamente las estrellas con esos riesgos, ni por buscarlos yo han de ser mayores, ni por procurar huirlos he de dejar de pasar por ellos; y así determino buscarlos, y salir cuanto antes de esta zozobra. Si perezco en ellos, con la vida se acaban los trabajos; y si los venzo, mas presto triunfaré de mis enemigos." Contestacion que recuerda la celebrada de César en las famosas idus de Marzo.

Púsose en camino y navegó toda la noche, llegando al amanecer á Tlaltelolco. Sabiendo que allí se hallaba Chichincatl, le buscó para verle. El emisario de Maxtla, que era muy afecto á Nezahualcoyotl, le habló de la órden que tenia para llamarle, expresando los temores que abrigaba por su vida; pero ni estas observaciones ni las que le hizo despues en Azcapuzalco un camarero del tirano, de quien se valió para que

le introdujera con el emperador, fueron bastantes para hacerle cambiar de dictámen.

Una vez en presencia de Maxtla, le dirigió la siguiente alocucion, que nos parece digna de ser reproducida: "Muy alto y poderoso señor: bien veo que vengo á ocuparos el tiempo que habeis menester para los negocios del gobierno; pero no puedo dejar de obedecer vuestro mandato, que me ha intimado Chichincatl, á pesar de los recelos que me asaltan de los peligros de la vida, y vengo á saber lo que me ordenais, logrando al mismo tiempo la ocasion de implorar vuestra clemencia en favor de la vida de mi tio el rey Chimalpopoca, quien como pluma rica servia de hermoso adorno á vuestra imperial corona, y cual piedra preciosa de oro en vuestro collar adornaba vuestro cuello, y ahora desprendida de su propio lugar, la teneis asida y apretada en vuestras manos, esperando por instantes su ruina. Aflojad, señor, la mano, y como rey piadoso, echad en olvido la venganza, y poned solamente los ojos en el triste espectáculo de un miserable anciano, que desfallecido con la falta de alimentos es ya un retrato de la muerte, trayendo á la memoria que ha gastado su vida en servicio de vuestro padre, y en procurar la exaltacion de vuestra casa."

Este razonamiento, traducido fielmente por los intérpretes, manifiesta la alta inteligencia de Nezahualcoyotl, su exquisito tacto político para tocar las fibras mas delicadas del corazon, y obligar al tirano á ceder á sus pretensiones. Maxtla, en efecto, no podia sustraerse á la especie de fascinacion que los talentos superiores del príncipe ejercian sobre él, y todo su orgullo, y todos sus proyectos de venganza, desaparecian como por encanto en presencia de Nezahualcoyotl, quien podia gozarse al ver la especie de confusion y desconcierto en que entraba su terrible rival.

Así fué como esta vez, Maxtla le contestó que solo le habia hecho llamar con el objeto de manifestarle que aunque habia dado órden para que nadie hablase á Chimalpopoca, esa órden no se extendia á él, que podia verle y consolarle,

ofreciéndole que mas tarde le pondria en libertad. Encargábale al mismo tiempo, que luego que hiciese aquella visita al rey de México, volviese á Azcapuzalco á darle razon de lo que pasara, en lugar de irse á Tezcoco. En seguida ordenó á Chichincatl que acompañase á Nezahualcoyotl á México á fin de que no encontrase ningun obstáculo para ver y hablar á Chimalpopoca.

Apenas quedó solo Maxtla, llamó á uno de sus consejeros en quien mas confianza tenia por su edad y por su adhesion, y le dijo cómo habia hecho ir al príncipe con objeto de matarle, pero que en vez de realizar su proyecto, le habia concedido que fuese á ver á su tio el rey de México. Debiendo volver, sin embargo, le consultaba sobre á cuál de los dos, de Chimalpopoca ó Nezahualcoyotl, daria primero muerte. La respuesta era sencilla, puesto que teniendo á ambos en su poder, le era fácil comenzar por cualquiera, sin que nadie osase poner resistencia á sus mandatos. Entonces quedó resuelto que al volver á Azcapuzalco se mataria al príncipe, para lo cual previno el emperador á varios capitanes que se apostasen con tropa en diferentes lugares.

XV.

Nezahualcoyotl, acompañado de su sobrino Tzontecohuat y de Chichincatl, partió para México, en donde, como lo habial solicitado, visitó á su tio Chimalpopoca, á quien encontró moribundo por la falta de alimento. Aquella entrevista conmovió sobremanera al príncipe, que procuró, aunque en vano, consolar y alentar al desgraciado monarca. Valiéndose del permiso que tenia para verle, volvió el dia siguiente, llevándole ocultos algunos alimentos; pero ya era tarde, y tuvo el dolor de verle espirar, víctima indefensa de la terrible venganza de Maxtla.

Aquel suceso, así como el desastrado fin del rey Tlacateotzin, engendró un gran descontento entre los mexicanos y tlaltelolcas, pues los principales se sentian no solo afectados por la gran crueldad ejercida contra sus respectivos monarcas, sino temerosos de correr la misma suerte, porque nada puede haber mas inseguro que la voluntad de un tirano suspicaz y caprichoso. Este descontento produjo á su vez la resolucion de sacudir el ominoso yugo que sobre ellos pesaba, y sus pensamientos se dirigieron naturalmente á Nezahualcoyotl, cuya restauracion fué considerada desde luego como una esperanza de libertad para los pueblos oprimidos.

Muerto Chimalpopoca, regresó Nezahualcoyotl á Azcapuzalco conforme á la órden del emperador, y sin hacer caso de los avisos que sus parciales le comunicaron sobre las prevenciones que contra él existian, dirigióse al palacio del emperador, habiendo dejado preparada una canoa en un lugar oculto. Maxtla se conturbó algo al saber que le buscaba el príncipe, quien se presentó sin dar muestras de la menor inquietud, y despues de referir su viaje á México y la muerte de Chimalpopoca, acabó dándole las gracias por el permiso que se le habia concedido para asistir á su tio en sus últimos momentos, y en prueba da gratitud ofreció, tanto al emperador como á la emperatriz, que estaba presente, flores y joyas de valor que llevaba consigo.

Maxtla se retiró sin decir una palabra, y poco despues recibió el príncipe un recado para que fuese á aguardarle en un jacal de carrizos, situado en los jardines del palacio, en donde tenia que hablarle. Nezahualcoyotl obedeció inmediatamente, pero no tardó en observar que se iban apostando soldados por diversas partes del jardin; entonces, comprendiendo el peligro que corria, salió por la parte posterior del jacal que daba á la tapia, y dejando á su sobrino que le acompañaba, con órden de reunírsele luego que pudiera escapar, saltó la pared y fué á caer en la plaza, que ya estaba llena de la gente armada, que solo esperaba la señal para darle muerte.

Luego que se vió libre, Nezahualcoyotl, que era agilísimo, huyó con tal velocidad que no pudieron alcanzarle los agentes del tirano, quienes al verle correr trataron de apoderarse de él, creyendo que su aprehension complaceria en gran manera á Maxtla. Este, sabiendo lo que habia pasado, sintió mucho el ver burlados sus proyectos, y mas que el príncipe los hubiese descubierto, pues aunque abrigaba la resolucion invariable de darle muerte, queria que esto fuese sin estrépito, temiendo el efecto que causaria en la opinion, pues no ignoraba que tenia un gran número de partidarios, no solo en Tezcoco, sino en Tlaltelolco y México.

XVI.

Libre ya del gran peligro en que habia estado su vida, Nezahualcoyotl se embarcó con su sobrino, que se le reunió poco despues, en el lugar excusado en que habia dejado la canoa, y se dirigió á Tezcoco. Por su parte Maxtla, irritado con el mal éxito de su empresa, trató de poner nuevos medios para dar el golpe definitivo, llamando con este objeto á Tlilmantzin, el hermano enemigo del príncipe, de quien ya hemos hablado, y el cual era muy á propósito para llevar adelante los sangrientos proyectos del usurpador.

Tlilmantzin salió, pues, para Tezcoco, bien instruido en lo que debia hacer, y que se reducia á dar un convite á Nezahualcoyotl con cualquier pretexto, para que en medio de la fiesta, un capitan disfrazado le matase, aprovechando el momento mas oportuno. El pretexto fué fácilmente hallado: se trataba de felicitar al príncipe por su buena suerte en haber escapado de las traiciones de Maxtla.

Nezahualcoyotl recibió la invitacion con su no desmentida cortesía, y ofreció asistir al festin; pero demasiado conocia al personaje que le invitaba para no descubrir en aquella demostracion una nueva red. Reunió, pues, en consulta á sus

confidentes mas avisados, para someterles el caso y escuchar su parecer; todos opinaron que no debia asistir, porque seguramente allí se encontraba oculta una traicion, de que le seria muy difícil escapar la vida. Empero la situacion del príncipe era muy delicada, puesto que habiendo empeñado su palabra, no le era posible dejar de concurrir á una fiesta que aparecia en obsequio suyo, sin romper abiertamente con sus enemigos, lo cual no era prudente ni hacedero en aquellos momentos.

Hallábase entre los consejeros un anciano que gozaba de gran fama de sabiduría, llamado Huitzilihuitl, que propuso entonces un medio tan atrevido cuanto ingenioso. Dijo que conocia á un labrador de Ahuatepec, muy adicto al príncipe, y con el cual guardaba una semejanza tan perfecta en facciones, cuerpo, voz y demas, que era imposible distinguirlos. Llamaríasele, pues, y si consentia, se le disfrazaria con las ropas de Nezahualcoyotl y se le instruiria en lo que debia hacer, mientras que el príncipe se ausentaba del lugar.

Hízose así en efecto: el labrador, con una abnegacion verdaderamente heróica, aceptó sin vacilar el peligroso papel que se le imponia, y fué á la fiesta al anochecer, imitando tan bien los modales del personaje que representaba, que todos le tomaron por tal. Comenzóse el baile, y cuando la animacion habia llegado á su colmo, se adelantó el asesino, y dando un terrible golpe al labrador, le derribó sin sentido al suelo, é inmediatamente le cortó la cabeza y partió con ella á Azcapuzalco á presentarla al tirano. Todos quedaron aturdidos con semejante suceso. Los pocos que estaban en el secreto lo disimularon completamente, y la mayor parte quedó creyendo que el príncipe Nezahualcoyotl habia sucumbido á las perversas intrigas de sus enemigos.

Xochicalcatl, este era el nombre del capitan encargado de ejecutar el crímen, llegó á Azcapuzalco y se presentó á Maxtla con la cabeza del labrador. Extrardinario fué el contento del tirano creyéndose ya para siempre desembarazado del único enemigo que le desvelaba; y deseando dar la mayor

publicidad á un suceso que venia á herir de muerte las esperanzas de sus adversarios, ordenó al dicho capitan que fuese á Tlaltelolco y á México á participarlo, llevando consigo la supuesta cabeza del príncipe para que no quedase ni la mas leve sombra de duda.

Partió, en efecto, el capitan, y llegado á México se dirigió á la casa de Izcohuatl, hermano de Chimalpopoca, bajo cuyo gobierno habia sido tlacochcalcatl, ó sea general en jefe de las armas, encargo que á la sazon seguia desempeñando, siendo considerado como el principal señor del reino. Nezahualcoyotl, que á tiempo se habia ausentado de Tezcoco, segun dijimos, se hallaba con Izcohuatl á la llegada de Xochicalcatl, y fácil es de comprender la extraordinaria sorpresa que recibiria éste al ver vivo al mismo príncipe cuya muerte iba á anunciar. De pronto no supo qué contestar cuando se le preguntó el objeto de su visita, hasta que instado repetidas veces, confesó su asombro descubriendo la cabeza que llevaba y comparándola con la de Nezahualcoyotl. Entonces Izcohuatl le dijo: "No tengo otra respuesta que darte sino que digas al emperador lo que has visto, y que el príncipe Nezahualcoyotl vive bueno y sano." A lo que agregó éste sonriéndose: "Tambien le dirás de mi parte que estoy ya bien enterado de sus traiciones; pero que tenga entendido que no podrá lograr sus intentos, porque soy inmortal, y presto le haré conocer el poder de mi brazo."

Indescriptible fué la confusion de Maxtla al recibir semejante noticia, cuyo misterio descifró bien pronto, pues Tlilmantzin, sabedor de lo que habia pasado, llegó de Tezcoco á ponerlo en su conocimiento. Entonces el asombro del tirano se convirtió en cólera, y resuelto ya á consumar su proyecto de cualquiera manera que fuese, dispuso que cuatro capitanes de su mayor confianza, entre los cuales se hallaba el mismo Xochicalcatl, reuniesen la gente mas valerosa de su ejército, y marchasen con el mayor sigilo á Tezcoco, en donde deberian dar muerte á Nezahualcoyotl, sin reparar en los medios con tal que produjesen el resultado. Los nom-

bres de los otros tres ejecutores eran Huehuetlicpic, Tlatolpicac é Ixtlahuehuequetzi. Igualmente fué mandado Tlilmantzin para que estuviese presente á la ejecucion, tomando todas las medidas necesarias para sofocar cualquier alboroto que ella pudiese suscitar.

XVII.

En los momentos en que Maxtla daba sus órdenes á los capitanes encargados de dar muerte á Nezahualcoyotl, hallábase presente un hombre de Cohuatepec, de cuyo nombre no se hace mencion, el cual siendo muy adicto al príncipe, y sabiendo que lo era igualmente su señor Tomihuatzin, partió inmediatamente á poner en su conocimiento los perversos designios del tirano. Luego que Tomihuatzin fué informado de lo que pasaba, reunió todos los caballeros que pudo y se dirigió á Tezcoco, con la resolucion de defender al príncipe contra las órdenes de Maxtla.

Hizo el viaje rodeando por Cohuatlican y Huexotla, con objeto de participar el suceso á los principales habitantes de la primera poblacion, que eran afectos á Nezahualcoyotl, á pesar de estar sometidos por una fuerte guarnicion que el emperador mantenia allí, y al señor de la segunda, que con el resto de sus habitantes habia profesado siempre declaradas simpatías en favor del legítimo heredero del trono chichimeca. De uno y otro punto salieron á unirse con Tomihuatzin muchas personas dispuestas á tomar abiertamente una actitud hostil contra Maxtla.

Luego que llegaron á Tezcoco é hicieron saber al príncipe la causa de su ida, éste, consultando los impulsos de su

valiente corazon, manifestóles que estaba resuelto á arrojar el guante al competidor, y que por lo mismo se pondria á su frente para emprender la guerra contra un hombre cuyas pasiones depravadas no reconocian límite ni freno para satisfacerse. Sin embargo, Cuauhtlehuanitzin, hermano natural del príncipe, hombre de edad madura y de grande experiencia, que se hallaba presente, fué de contrario dictámen, opinando que no debia aventurarse un golpe en vago; que no se contaba con los elementos suficientes para dar aquel paso, y que era preciso tomar tiempo para combinarlos y poder acometer con entera seguridad del éxito, una empresa que de lo contrario quedaba expuesta á fracasar sin remedio.

Las observaciones de Cuauhtlehuanitzin eran tan sólidas y tan fundadas en la verdad de los hechos, que nadie se atrevió á replicarle, rindiéndose todos á la evidencia. Nezahualcoyotl, sin embargo, no creyó conveniente emprender desde luego la fuga, sino que resolvió aguardar la llegada de los emisarios de Maxtla, pues estando instruido de la maquinacion y bastantemente acompañado, no consideraba que le pudieran sorprender y evitar la huida en caso necesario. El prudente hermano tuvo que ceder, aunque con repugnancia, á aquella atrevida resolucion del príncipe.

Para mejor disimular su intento, salió Nezahualcoyotl á jugar con sus criados de mas confianza á la pelota, en una plazoleta que habia al frente de su palacio. Era muy temprano todavia cuando llegó el traidor Tlilmantzin y se dirigió inmediatamente á saludar al príncipe, expresando el gran contento que sentia al encontrarle vivo, lo mucho que habia llorado su supuesta muerte, y la ninguna parte que habia tenido en aquel atentado, pues su objeto no habia sido otro que obsequiarle y felicitarle. Nezahualcoyotl, diestro en el arte de disimular, le contestó con la mas perfecta afabilidad, invitándole á tomar parte en su entretenimiento, á lo que se rehusó el gobernador con el pretexto de sus ocupaciones.

Ya era cerca de medio dia cuando se divisó á los enviados de Azcapuzalco: el príncipe entró entonces en su palacio,

dando órden al criado que le acompañaba de que los recibiera y se informase del objeto que llevaban. El criado, llamado Oceloxt, los condujo á la sala cumpliendo las órdenes de su amo, y allí le trasmitieron por su medio un recado, diciéndole que eran embajadores del emperador, y que iban á tratar con el príncipe de ciertos negocios de importancia. Pocos momentos despues se presentó Nezahualcoyotl acompañado de un anciano llamado Cematzin, que habia sido uno de sus ayos, y de algunos otros de los señores que habian ido á tomar su defensa; detras de él iba un gran número de criados con ramos de flores y acayetes para obsequiar á los embajadores, segun la costumbre del país. (*)

Luego que los capitanes vieron al príncipe tan bien acompañado, que no les seria posible con la gente que llevaban consumar el odioso crímen, no pudieron disimular su turbacion, y manifestaron que necesitaban estar solos para desempeñar la mision que se les habia confiado. Nezahualcoyotl contestó sin inmutarse, que siendo la hora de medio dia le parecia conveniente que primero comiesen y descansasen, y despues recibiria el mensaje; que él asistiria á la comida desde su tlahtoicacpalli, que se hallaba á la vista en el salon siguiente, y que despues de comer saldria á enterarse del negocio que llevaban. Era el tlahtoicacpalli la silla real que usaban los monarcas, y que se hallaba en la cabecera de la sala, y á cuyos lados habia muchos asientos para las personas que tenian que tratar con los reyes negocios de Estado. El uso de esta silla demuestra que aunque el príncipe habia sido privado del trono, conservaba algunos de los honores debidos á su rango. Debemos añadir que los emisarios de Maxtla aceptaron aquella proposicion, aguardando que llegase entretanto el resto de la tropa para asegurar el golpe.

(*) Dábase el nombre de *acayetes* á unos cañutos de carrizo, llenos de una pasta hecha con carbon y yerbas aromáticas, que se encendian por un lado y los daban á los huéspedes para que los tuviesen en las manos gozando de su buen olor.

XVIII.

Cuál haya sido el objeto que se propuso Nezahualcoyotl al obrar de esta manera, no es fácil definirlo, puesto que sabiendo ya el gravísimo riesgo que le amenazaba, y estando resuelto á apelar á la fuga, no se comprende que prolongase con obsequios aquella situacion que necesariamente tenia que serle fatal, puesto que era dar tiempo á que llegasen las tropas que sus enemigos aguardaban para darle muerte con toda seguridad.

"Yo sospecho, dice Veytia, que aunque manifestó condescender con el dictámen del infante Quauhtlehuanitzin que dejo referido, en su interior no depuso enteramente el suyo de resistir descubierta y declaradamente la tiranía de Maxtla, y nimiamente confiado en sus vasallos de Tezcoco, por la noticia que tuvo de la conmocion que habia habido en el suceso del labrador, que dió motivo á sus parciales y confidentes á declarar la verdad para aquietar el pueblo, se persuadió á que en sabiendo éste el designio del tirano, y viendo en su ciudad á los que iban á ejecutarle, habia de alzar el grito en su defensa, y ponerle en estado de resistir la fuerza con la fuerza, sin recurrir á la fuga."

Esta explicacion no nos parece del todo aceptable, teniendo en cuenta el carácter prudente y sagaz en extremo de Nezahualcoyotl. Nada puede haber mas incierto que el éxito de una conmocion popular, especialmente cuando hay que combatir á un enemigo que se encuentra en posesion de un poder fuertemente organizado, con las tropas y recursos suficientes para sofocar cualquier acto de rebelion. Verdad es que en aquella época los trabajos del príncipe para levantarse contra el usurpador estaban bastante avanzados; pero no es menos cierto que no habian llegado al punto de madurez conveniente para precipitar los acontecimientos, como lo indica el mero hecho de haber quedado resuelta en el consejo celebrado aquel dia, la fuga del príncipe para ponerse á salvo del golpe que le amenazaba.

Debemos advertir que Torquemada, al referir este suceso, nada dice de los avisos anteriores que recibió Nezahualcoyotl, el cual, segun esto, habria sido sorprendido con la llegada de los enviados de Maxtla, y la sola sospecha de sus intenciones le hacia obrar de aquella manera. Sea de esto lo que fuere, y admitiendo las circunstancias referidas, que parecen bien fundadas, hay que concluir con Veytia que la conducta del príncipe solo puede atribuirse á las grandes esperanzas que habia concebido de que los tezcocanos, viendo su peligro, se declarasen contra el tirano, y le pusiesen en estado de poderse defender sin huir.

XIX.

Durante la comida que se servia á los enviados de Maxtla, llegó de Azcapuzalco la tropa destinada á ayudar en la ejecucion del crímen que tanto tiempo habia estado meditando el usurpador. Nezahualcoyotl observó desde su asiento que entraron en la sala muchos capitanes que iban en busca de los que allí se hallaban; al mismo tiempo, un criado de confianza llamado Coyohuatzin, le informó de la llegada de las tropas enemigas y del reparto que de ellas se hacia en los alderredores del palacio y en diversos puntos de la ciudad. El príncipe comprendió la magnitud del peligro y dispuso ponerse en salvo inmediatamente, para lo cual mandó á Coyohuatzin que oscureciese la pieza con el humo de los braseros destinados á quemar, segun costumbre, yerbas y resinas olorosas, y que despues se parase en la puerta que conducia á la sala de los convidados, y fingiendo que sacudia su manta le ocultase por algunos momentos. Entretanto, desviando la silla, salió por un agujero que á prevencion tenia practicado en la pared, cuidando de que volviese á quedar cubierto, y se dirigió á una puerta falsa que existia á espaldas del palacio, en donde se disfrazó con ropa que le tenian

preparada sus criados, dando órden de que separados y por diversos senderos le siguiesen los señores de Cohuatepec y Huexotla, así como varios de sus principales partidarios, al bosque de Tecutzinco, hácia donde se dirigia.

Para ir con mas seguridad tomó las calles menos concurridas; notando, empero, que sus enemigos habian apostado tropas por todas partes, y que podian descubrirle fácilmente, se detuvo en la casa de Tozmantzin, uno de sus parciales de mas confianza, el cual vivia en Coxtlan, arrabal situado á la salida de la ciudad.

Mientras que esto pasaba, los enviados de Azcapuzalco acabaron de comer y aguardaban que se les llamase para tratar del supuesto negocio, sin entrar en sospechas, pues aunque al separarse de la puerta Coyohuatzin dejaron de ver al príncipe, pensaron que estaria en alguna otra parte de la sala. Sin embargo, observando que trascurria mas tiempo del necesario, y que no aparecia ningun criado de la casa, porque casi todos se habian ausentado en seguimiento del príncipe, concibieron temores de que este se les escapase, y resolvieron entrar sin que les llamara, como en efecto lo hicieron, viéndose burlados cuando mas seguros se creian de ejecutar las órdenes inícuas del tirano.

Sin pérdida de tiempo, y calculando que Nezahualcoyotl no podia estar lejos, registraron todas las casas de los que eran conocidos por su adhesion al príncipe, maltratando á los dueños de ellas para que declarasen el paradero de aquel. Deja entenderse que todas estas pesquisas fueron infructuosas; no faltó, sin embargo, quien le denunciase á sus enemigos, quienes se dirigieron en el acto á la casa de Tozmantzin, en donde habrian aprehendido de seguro al fugitivo, si no hubiese sido por la lealtad de aquel, la astucia de su mujer Matlalcihuatzin y la fidelidad de sus criados.

Todos los moradores del arrabal de Coxtlan estaban dedicados á la fabricacion de telas hechas con la fibra del maguey, llamada ixtli; Tozmatzin era el jefe de esta industria, y á su casa se iba á depositar el material necesario para dichas

telas. Cuando Matlalcihuatzin vió llegar á los soldados, introdujo inmediatamente á Nezahualcoyotl á la pieza destinada á guardar el ixtli, cubriéndole con una gran porcion que le echó encima. En vano los crueles tecpanecas golpearon é hirieron á Tozmatzin, á su esposa y á sus leales criados; todos guardaron el secreto, sin que los asesinos pudiesen lograr el hallar á su víctima, que con tanta ansia buscaban.

La gratitud del príncipe hácia sus fieles guardadores no reconoció límites; pero viendo que sin peligro no podia permanecer mas tiempo en aquella casa, se resolvió á seguir su camino hácia el bosque de Tezcutzinco, lugar de cita para sus leales partidarios. Aguardábanle, no obstante, nuevos peligros. Al subir una loma observó que una partida de enemigos tomaba el mismo rumbo, y aunque no le habian visto, apresuró el paso y llegó á un punto en donde se hallaba un hombre con su mujer cosechando chian. Manifestóles el riesgo que corria, y en el acto aquellos honrados labradores le hicieron tenderse en tierra, y le ocultaron bajo un monton de yerba. No tardaron en llegar los perseguidores, é informándose de si habian visto pasar á Nezahualcoyotl, la mujer, cuyo nombre era Cozcateotzin, respondió afirmativamente, añadiendo que parecia seguir el camino de Huexotla, y que si querian alcanzarle era preciso que marchasen muy de prisa, porque él iba con una gran velocidad.

XX.

Poco á poco se fueron reuniendo en el bosque de Tezcutzinco los señores y demas parciales á quienes Nezahualcoyotl habia citado, á fin de adoptar una resolucion en vista del aspecto crítico que habian tomado los negocios. De la conferencia allí celebrada, resultó lo siguiente: Huitzilihuitzin, partidario influente que vivia en Ostoticpac, barrio de Tezcoco, regresó á su residencia con objeto de estar pendiente de todas las operaciones de Maxtla, y ponerlas con toda prontitud en conocimiento del príncipe. Quauhtlehuanitzin, hermano de éste, deberia permanecer tambien en Tezcoco para preparar y organizar á los partidarios, ejecutando tan difícil encargo con la mayor reserva. Los señores de Cohuatepec y Huexotla con sus capitanes, así como los de Cohuatlican, volverian á sus ciudades respectivas para hacer iguales preparativos. Xolotecuhtli partiria para Chalco á hablar con Totzintecuhtli, señor de aquel lugar, para que conforme á las promesas hechas reuniese la gente necesaria y se fuese acercando á Cohuatlican contra Quetzalmaquistli, señor de la ciudad, en donde habia un gran número de tecpanecas, por haberla convertido el tirano en caja para la recaudacion de

los tributos; y por último, Tlatoltzin iria á ponerse de acuerdo con Cohuatlitlatzin y Motoliniatzin, señores de dos grandes poblaciones de Cohuatlican, para que alistasen sus tropas.

Tomadas estas disposiciones, mandó á un criado llamado Mitl, para que en union de otros villanos marchase por delante, preparándole de comer en los sitios que fueran mas á propósito, así como enramadas para dormir, puesto que no podia alojarse en las poblaciones. Otros dos criados, Colicatl y Calmimilolcatl, partieron como exploradores del camino que debia seguir el príncipe, quedando Huitziltetzin con el mismo objeto á retaguardia y á cierta distancia. Dictadas estas medidas, que manifiestan el espíritu cauto y prevenido de Nezahualcoyotl, se puso en marcha.

No tardó en recibir el errante príncipe muestras repetidas é inequívocas del afecto de sus partidarios. Al pasar cerca de Matlaometepec ó Matlallan, salió á su encuentro Teixpantzin, señor del lugar, haciéndole aceptar su hospedaje y ofreciéndole que estaba pronto á defenderle en caso necesario. De Zacaxochitlan salió Toleca á presentarle una abundante comida, y Quacoz, señor otomí de Pinolco, hizo que se alojara en su casa, previniendo todos los obsequios que pudo para que pasase la noche cómoda y agradablemente.

En Pinolco corrió Nezahualcoyotl uno de esos terribles riesgos de que solo por su buena estrella pudo escapar. Sucedió que Quacoz, reunida bastante gente armada para lo que ocurriese, y habiendo despachado espías en diversos rumbos para que vigilasen los caminos, hizo que bailasen para que el príncipe se divirtiese, colocando en medio del patio el gran tambor llamado tlapahuehuetl. Era este un instrumento formado de un tronco de árbol bastante grueso, hueco y cubierto por la parte superior con un parche, que se colocaba verticalmente sobre el suelo, en el que se apoyaba sobre unos pequeños pies labrados en el mismo tronco.

Era ya bien entrada la noche, cuando los espías llegaron á avisar que estaba cerca una tropa tecpaneca, que se diri-

gia á Pinolco. Quacoz, sin turbarse, hizo que el príncipe se ocultase inmediatamente debajo del tlapahuehuetl; puso á su gente sobre las armas, y ordenó que siguiese el baile. A poco rato llegaron los tecpanecas, y dando por cierto que allí se encontraba Nezahualcoyotl, preguntaron por él. Quacoz, fingiendo no entender la pregunta, y aparentando creer que los que llegaban eran ladrones, empezó á dar voces, excitando á los suyos á que se echasen sobre los supuestos salteadores. Hízose así, cundiendo la alarma en todo el lugar; y saliendo de sus casas los habitantes á tomar la defensa, presto pusieron en fuga á los tecpanecas, en los que causaron grande estrago. Despues de esto Quacoz redobló la vigilancia reforzando su tropa y repartiendo exploradores por todos lados, asegurando al príncipe que podia reposar sin temor de ser sorprendido.

El dia siguiente, Quacoz manifestó á Nezahualcoyotl lo inconveniente que era el que continuase en el lugar, así como que prosiguiese su camino, porque no faltaria algun traidor que en uno ú otro caso le denunciase á sus enemigos, los cuales no dejarian de volver despues del reves que habian sufrido la noche anterior. El medio de salvar la dificultad, era que el príncipe se retirase al monte, en donde le habia ya hecho construir una choza suficientemente espaciosa para que pudiera alojarse con los criados de confianza que llevaba. El ilustre fugitivo se rindió á las sólidas razones de su amigo, y se dirigió en su compañía al lugar que le estaba destinado.

En el camino observó Quacoz que el príncipe iba triste y meditabundo, y preguntándole la causa, respondió que con lo precipitado de la fuga no habia cuidado de proveer á la seguridad de sus mujeres, que quedaron abandonadas en su palacio de Tezcoco, y temia que sus enemigos hubiesen tomado en ellas una cruel venganza. El señor de Pinolco le tranquilizó, ofreciéndose á ir disfrazado para informarse de lo que hubiese sucedido, y llevarle á sus mujeres si estaban vivas. Así lo hizo, en efecto; y hallando que los tecpanecas,

preocupados con la persecucion de Nezahualcoyotl, no se habian acordado de las referidas mujeres, marchó con ellas en cumplimiento de su promesa.

Poco despues de haber vuelto Quacoz al lado del príncipe, se le reunieron su hermano Cuauhtlehuanitzin y su sobrino Tzontecohuatl, que de acuerdo con el primero, habian marchado por diferentes rumbos. Nezahualcoyotl sintió un gran placer al verlos, y juzgando pasados los peligros que le habian detenido, resolvió continuar su marcha, acompañado de una comitiva considerablemente aumentada.

XXI.

Al despedirse del príncipe, manifestóle Quacoz que no le seguia porque le era preciso quedarse en Pinolco preparando su gente para el momento oportuno, pero le dió seis hombres de confianza, de los que le habian estado asistiendo en el monte.

Al llegar cerca de Tlecuilac, un gran número de personas salió á reunírsele. Notando esto Nezahualcoyotl, aunque vivamente agradecido á aquellas demostraciones de afecto, comprendió que podian serle perjudiciales, pues servirian para llamar la atencion de sus enemigos y hacer mas fácil su persecucion; así fué que volviéndose á aquellas gentes les habló en los siguientes términos: "Fieles vasallos y amigos, ¿á dónde vais? ¿A qué padre seguís, que os ampare y defienda? ¿No me veis ir fugitivo y afligido, por montañas y desiertos, siguiendo las veredas de los venados y las sendas de los conejos, para ocultarme á la furia de mis enemigos, y que aun con todo esto no estoy seguro de que no me alcancen y descubran, y me quiten la vida, como la quitaron á mi padre, que era mas poderoso que yo? ¿No me veis huérfano y perseguido, sin saber si seré bien recibido de aquellos

cuyo auxilio voy á implorar, ó si por complacer al tirano ó no caer en su desgracia, conspirarán á mi ruina? ¿A dónde, pues, vais? ¿Cuál es vuestro designio, cuando ni yo puedo ampararos, ni vosotros podeis defenderme? Volveos, volveos á vuestras casas, donde habeis dejado desamparadas vuestras familias y haciendas; volveos á cuidar de ellas; que si el Dios Todopoderoso me ayuda para poder recobrar mi imperio, allí me servirá mas vuestra fidelidad, que no en venir á morir conmigo en estos desiertos."

La numerosa concurrencia escuchó en silencio aquel elocuente razonamiento, pero en vez de condescender á lo que el príncipe deseaba, manifestóse resuelta á seguirle en su marcha y correr la misma suerte, pues con este objeto habian abandonado sus casas y familias. Nezahualcoyotl se enterneció ante aquel rasgo de adhesion ilimitada, pero persistió en su primera idea, probando lo inconveniente de tal propósito, que solo podia servir para comprometer su causa, mientras que retirándose entonces, estarian mejor preparados para una lucha que no se haria aguardar mucho tiempo. Lo que el príncipe decia era de tal manera claro y evidente, que se resignaron por fin á volverse, quedando con él solo los que fueron considerados necesarios para asistirle. En aquella vez, para mejor persuadir á sus leales partidarios, Quauhtlehuanitzin recibió la órden de regresar á Tezcoco, lo que verificó en compañía de otros muchos.

Libre ya Nezahualcoyotl de sus empeñosos amigos, prosiguió su camino, llegando á pernoctar en el pueblo de Tecpan. Allí recibió á unos embajadores que le enviaron los señores de Chollolan, que eran sacerdotes, quienes le ofrecian un asilo en la ciudad mientras que se hacian todos los preparativos necesarios para atacar al tirano; preparativos que por lo demas estaban ya muy adelantados en la ciudad y provincia de Chollolan. Todas estas demostraciones eran otras tantas pruebas de lo favorable que era al príncipe el sentido de las poblaciones; agradeciendo empero el motivo de la embajada, se rehusó á aceptar el ofrecimiento, tanto

por la distancia, como porque deseaba llegar cuanto antes á Tlaxcallan y recorrer otros puntos para recoger los auxilios que tenia prometidos.

El dia siguiente tomó el camino de la sierra de Huilotepec, en donde pasó la noche. Desde allí envió cerca de los señores de Huexutzinco, á Coyohua y Teotzincatl, individuos de su séquito, con objeto de avisarles de su presencia en aquellos puntos, para que le prestasen el socorro que pudiesen. Al otro dia, puesto de nuevo en marcha, observó de lejos un grupo de tropas tecpanecas, que regresaban á Azcapuzalco despues de haber recorrido en su busca las provincias de Tlaxcallan y Huexutzinco. Inmediatamente, tanto el príncipe como sus compañeros, se ocultaron entre unas matas de sauco que estaban á orillas del camino. Al pasar los enemigos cerca de aquel paraje encontraron á un hombre del pueblo, á quien preguntaron por el príncipe, y recibiendo una respuesta negativa, le dijeron que si acaso le veia avisase luego, prometiéndole los grandes premios que Maxtla habia ofrecido al que le entregase. Apenas se habian retirado los tecpanecas, cuando Nezahualcoyotl salió de su escondite, y dirigiéndose al hombre le interrogó sobre si por ganar las prometidas recompensas entregaria al príncipe en caso de hallarle, á lo que contestó el campesino que nada de aquello le servia, pues allí hacian mas aprecio de la fidelidad á su legítimo soberano, que de todas las mercedes del usurpador: palabras sencillas, pero que eran un nuevo indicio de los progresos que habia hecho en todos los pueblos la causa del heredero legítimo del trono chichimeca.

Al pasar por la sierra de los tepehuas, en donde tuvo que pernoctar, todos los habitantes de los contornos se apresuraron á ofrecerle sus buenos oficios, proveyéndole de cuanto necesitaba. En Quiautepec le alcanzaron los emisarios que habian ido á Huexutzinco, llegando en seguida dos enviados de los señores Xayacamachan y Temayuhuatzin, con regalos de varias clases, y la oferta de obedecer sus órdenes en el momento que lo creyese oportuno.

El dia siguiente continuó el príncipe su viaje, y llegó al pueblo de Tlalnepanolco, perteneciente á la provincia de Tlaxcallan. Allí le aguardaba un capitan distinguido, llamado Ixtlotzin, á quien enviaron los señores de Tlaxcallan con el objeto de manifestarle que estaba pronto el auxilio para ayudarle en su empresa, lo cual habian hecho con mucho secreto, porque los tecpanecas, recelosos de que se ocultase en la ciudad, andaban disfrazados buscándole por todas partes. Para burlar estos intentos se hacia necesario que no entrase en la capital, sino que se dejase conducir por el embajador á un campo cercano, en donde le tenian preparadas habitaciones provisionales, formadas de ramas y carrizos, á las cuales no faltaba, sin embargo, nada de lo necesario. Nezahualcoyotl expresó su agradecimiento en sentidas y elocuentes frases, y siguió al embajador al sitio indicado, secundando en todas sus partes el plan de los tlaxcaltecas.

XXII.

Llegamos ya á la época mas importante de la vida de Nezahualcoyotl. Hasta aquí hemos podido admirar su resignacion, su prudencia, su profundo disimulo para sobreponerse á las situaciones mas difíciles, á la vez que ese valor tranquilo y reposado que afronta el peligro y no retrocede ni flaquea ante lo que agobia á los hombres vulgares. Sin perder de vista un solo punto el grande objeto que tenia que alcanzar, cual era reconquistar el trono de sus mayores, todos los actos de su vida se habian encaminado hácia él, no desalentándole los rigores de la mala fortuna, ni precipitando con impaciencia los acontecimientos, que por sí solos se habian venido determinando hasta el punto que tocamos de nuestra narracion. El largo estudio que habia hecho de las personas y de las cosas que le rodeaban; el perfecto conocimiento que poseia de la opinion de los pueblos, y sobre todo, el extremo en que se le habia colocado de huir para salvar una vida tantas veces y tan alevosamente amenazada, le ponian en la necesidad de obrar declarando la guerra al tirano.

Por otra parte, los sucesos se habian precipitado á medida de su deseo. Los mexicanos y tlaltelolcas, no consintien-

do en abdicar su independencia como lo pretendió el jefe de Azcapuzalco, habian elegido por reyes á Itzcohuatl y Quauhtlatohuatzin, y uniendo sus esfuerzos contra el enemigo comun, habian roto las hostilidades, emprendiendo una de esas luchas terribles en que no hay mas alternativa que la de vencer ó sucumbir en una esclavitud verdaderamente oprobiosa.

Al llegar Nezahualcoyotl al rústico alojamiento que le tenian preparado los tlaxcaltecas, lo primero que hizo fué volver á despachar á Xolotecuhtli cerca de Totzintecuhtli, señor de Chalco, para que segun se lo tenia ofrecido, se moviese con sus tropas y entrase en determinado dia (el 5 de Agosto) por el territorio de Cohuatlican, arrollando á los enemigos hasta juntarse con el ejército que el príncipe mandaria en persona, y que invadiria por Otompan, conquistando aquella provincia y la de Acolman. Xolotecuhtli recibió órden de pasar por Tezcoco y consultar aquel plan con Quauhtlehuanitzin y Huitzilihuitzin.

A la vez llegaron mensajeros de las provincias de Huexutzinco, Chollolan, Zacatlan, Tototepec, Cempohualan, Xaltocan y otras, manifestando estar prontas sus fuerzas para moverse segun las órdenes que se les comunicaran. El príncipe les previno que el dia siguiente al antes indicado, y que correspondia al 4 de Agosto, se hallasen todos en Calpolalpan, pueblo situado en los llanos de Apam, perteneciente á la provincia de Tezcoco, para penetrar por las tierras de Otompan.

Xolotecuhtli partió á cumplir su mision, y habiendo llegado á Tezcoco la comunicó á Quauhtlehuanitzin segun lo acordado. Este le dijo que no convenia que fuese á Chalco, porque el señor de aquella provincia, á pesar de los compromisos que tenia contraidos con Nezahualcoyotl, habia ofrecido á Maxtla ayudarle en su guerra contra los mexicanos. Huitzilihuitzin fué de distinta opinion, no creyendo que Totzintecuhtli faltase á su palabra solemnemente empeñada. Habia la circunstancia que Huitzilihuitzin era hermano de Atozquentzin, mujer del señor de Chalco, por lo cual recomendó

á Xolotecuhtli que antes de hablar con dicho señor manifestase á su hermana el negocio que llevaba, para que ella le ayudase en su empresa, persuadiendo á su marido al cumplimiento de su palabra.

Siguió este último parecer el enviado del príncipe, y se puso luego en camino. Al llegar á Chalco tuvo una entrevista privada con Atozquentzin, en la que le manifestó esta que era cierto el cambio operado en el ánimo de su esposo, pero que á pesar de eso le hablaria inmediatamente para ver si lograba persuadirle á que prescindiese de sus nuevos propósitos. Hízolo así en efecto, mas Totzintecuhtli se mostró inflexible, dando por razon los temores que abrigaba de que Nezahualcoyotl se uniese con su tio el nuevo rey de México, hombre soberbio y ambicioso, que una vez destruido el imperio tecpaneca, pretenderia absorber todos los señoríos independientes. A esta consideracion se agregaba la de que creia que todos sus principales capitanes preferian el partido del emperador al del príncipe.

No obstante, las instancias de Atozquentzin fueron tan vivas, que el señor de Chalco se decidió al fin á adoptar un medio, y fué el de convocar una junta compuesta de todos los principales señores de su corte, para que en su presencia compareciese el embajador de Nezahualcoyotl, y ellos decidiesen lo que hubiera de hacerse. La junta permaneció perpleja despues de haber oido el discurso del enviado, que puso en su conocimiento que su señor, secundado por muchos príncipes que señaló, se hallaba á la cabeza de un ejército que llegaba á cien mil hombres. La mayoría se inclinaba á que se diera el auxilio pedido; pero temiendo que el pueblo fuese de distinto parecer, Totzintecuhtli resolvió apelar al bárbaro expediente que se acostumbraba en casos semejantes.

En medio de la plaza principal se levantó un tablado, y en él se colocó al embajador, atado de pies y manos á un alto palo, cubriéndole con mantas. En seguida se convocó al pueblo al son de instrumentos militares, y un pregonero le

hizo saber el objeto de aquella reunion, diciendo que si se decidia el auxilio al príncipe, se desataria inmediatamente al embajador para que fuese á dar cuenta de su mision; pero que si el pueblo opinaba en contrario, se le quitaria luego la vida haciéndole pedazos. Se descubrió entonces al embajador, que con el terror que es fácil figurarse, quedó aguardando su sentencia. El pueblo no se hizo esperar mucho tiempo, pues levantando una gran voz pidió que le desatasen, manifestándose todos resueltos á tomar las armas en favor de Nezahualcoyotl.

Despues de aquella solemne declaracion, no quedaba á Totzintecuhtli mas recurso que acatarla, y recibiendo muy afable al embajador, le dijo que comunicase al príncipe que el dia siguiente se moveria con todo su ejército para seguir la marcha que se le habia indicado. Xolotecuhtli quedó tan espantado con el tremendo peligro que habia corrido, que al llegar á Tezcoco y dar cuenta del suceso á Huitzilihuitzin, no se resolvió á pasar adelante por mas instancias que aquel le hizo, arredrándole el temor de los riesgos que pudieran presentársele en momentos en que reinaba ya una grande agitacion entre los amigos y los adversarios de Nezahualcoyotl. Al ver esto, Huitzilihuitzin, aunque convaleciente de los tormentos que habia sufrido, se puso en marcha para ir á participar al príncipe la disposicion en que quedaba el señor de Chalco.

XXIII.

Mientras que esto pasaba, Nezahualcoyotl se movia ya en son de guerra conforme á los planes que habia combinado. El dia 2 de Agosto salió de su alojamiento de Tlaxcallan con la tropa y recursos que allí le habian proporcionado, y marchó sobre Calpolalpan. Su fuerza se aumentó considerablemente en las varias poblaciones que tocó de pasó, de suerte, que en la ciudad mencionada, pudo ya reunir el dia siguiente un ejército de cosa de cien mil hombres, aunque no todos estuviesen armados. En la madrugada del dia 4 se dirigió á Otompan, de que se apoderó sin resistencia, haciendo pasar á cuchillo á Quetzalcuiztli, señor de la provincia, y á muchos principales, tanto otomíes como tecpanecas.

El buen éxito de las primeras operaciones, era un feliz agüero del desenlace de una campaña, bajo todos aspectos justa. En Otompan dividió el príncipe su ejército, haciendo que los tlaxcaltecas y huexutzincas, al mando de sus respectivos jefes Cenmatzin y Tonalxochitzin, marchasen á Acolman, tomando las poblaciones que estuviesen en su tránsito, y engrosando sus fuerzas hasta donde pudieran. Por su parte, se dirigió á Tezcoco con el resto de la tropa, mientras

que á su izquierda se movian los chalcas por el rumbo de Cohuatlican, para poder apoyar sus operaciones donde fuese necesario.

En número de 10,000 hombres, los chalcas, mandados por Nauhyotl, vieron pronto duplicada aquella cifra con los partidarios que se les agregaron á su paso, y no hallaron obstáculo ninguno hasta la capital de la provincia de Cohuatlican, en donde tenian los tecpanecas una gruesa guarnicion. Defendióse con grande energía el rey Quetzalmaquiztli, pero al fin tuvo que sucumbir, pues fué desamparado de los suyos y quedó con un reducido número, con el cual prolongó la resistencia en el templo mayor, hasta que atravesado de muchas flechas cayó muerto, lo que hizo rendirse á los pocos que le acompañaban. Los chalcas prosiguieron luego su marcha hasta cerca de Huexotla.

El mismo dia que Nezahualcoyotl partió de Otompan, lle, gó en la tarde á Huexotla, cuyo señor, Tlacotzin, que le habia sido siempre adicto, salió á su encuentro, acompañado de los principales del lugar y de las tropas que tenia preparadas para ayudarle. Tocantzin y Quauhtliztli, dos hermanos pertenecientes á la nobleza, instaron al príncipe para que se detuviese á descansar en su casa; este condescendió y fué obsequiado espléndidamente; pero lo que mas agradeció, porque mas útil le era en aquellos momentos, fué una cantidad inmensa de armas de todas clases, como arcos, flechas, macanas, etc.

Apenas concluyó el convite, Nezahualcoyotl prosiguió su marcha, llegando á media noche al pueblo de Oztopolca, cerca de Tezcoco. Grande fué el número de amigos, parientes y partidarios que allí se le reunió, formando por sí solos un ejército harto crecido. Allí encontró tambien al príncipe Axayacatzin, nieto de Itzcohuatl, el rey de México, que de parte de este iba á felicitarle por su llegada, y á hacerle saber el conflicto en que se hallaban mexicanos y tlaltelolcas, sitiados por el ejército tecpaneca. Tiempo era ya de llevar á efecto la alianza que tenian celebrada anticipadamente, y

le pedia por lo mismo que le auxiliase en la grave situacion á que le tenia reducido el tirano. Nezahualcoyotl despidió al enviado de Itzcohuatl, reiterándole las promesas que le tenia hechas, y empleó el resto de la noche en tomar todas las disposiciones necesarias para el asalto de Tezcoco en la madrugada del próximo dia.

Llegada la hora, se encaminó á la ciudad el príncipe con todo su ejército en muy buen órden, y al entrar en los arrabales se encontró con una gran multitud de viejos, mujeres y niños, que echándose á sus pies y con lágrimas en los ojos, imploraron su compasion, haciéndole presente que si habian obedecido al tirano, habia sido forzados por las circunstancias, pero que nunca habian dejado de profesar hácia su rey legítimo el debido sentimiento de fidelidad. Nezahualcoyotl se conmovió profundamente ante aquella muchedumbre suplicante, y dió órden á sus soldados para que respetasen hasta al mas humilde de sus súbditos, cebando todo su furor en los gobernantes puestos por Maxtla, y en los demas tecpanecas que se habian establecido en la ciudad.

El ímpetu de aquel numeroso ejército, activamente secundado por la poblacion, fué tan enérgico, que en vano quiso oponerse la fuerte guarnicion que allí habia; y Tlilmantzin, hermano bastardo del príncipe, segun hemos dicho; Nonohualcatl, cuñado del primero, y Toxpili, pariente de Maxtla que eran los jefes de los tecpanecas, tuvieron que huir despues de una corta resistencia. La accion fué en extremo rápida, de tal suerte, que á medio dia la ciudad estaba ocupada y tranquila, y Nezahualcoyotl, despues de haber hecho su entrada triunfal entre los entusiastas víctores de una multitud alborozada, se hallaba descansando en su palacio de Cilan.

Mientras que esto pasaba, los tlaxcaltecas y huexutzincas, combinando su movimiento con el del ejército de Nezahualcoyotl, habian invadido el territorio de Acolman, talando todo el país, matando á los habitantes sin distincion de edad ni de sexo, hasta llegar á la capital de la provincia. Allí en-

contraron una fuerte resistencia por parte de la guarnicion tecpaneca que la defendia, pero la ciudad sucumbió al vigoroso ataque, pereciendo á manos de Tenalxochitzin, jefe de los huexutzincas, Teyotocolhuatzin, rey de Acolman y sobrino de Maxtla. Fué tan terrible esta invasion, que muchos lugares quedaron enteramente destruidos, y los soldados hicieron un botin enorme. Despues de esto marcharon en direccion de Tezcoco, para verificar su union con el ejército del príncipe, y darle cuenta de sus operaciones.

Nezahualcoyotl, sin embargo, ocupada ya la capital de su imperio, estaba ignorante de lo que hubiese sido de los tlaxcaltecas; así fué que apenas descansó en su palacio, y dió las órdenes necesarias para mantener el órden en la ciudad y sus alrededores, cuando en la misma tarde salió con un numeroso cuerpo de tropas á auxiliar á sus aliados, á quienes recibió en Chiautla, donde le habia alojado espléndidamente un rico partidario suyo llamado Tetlaxincatzin. Impuesto el príncipe de lo que habian hecho, y de cómo habian dejado competentes guarniciones en todos los puntos conquistados, les cedió los despojos de guerra, felicitándolos por el buen éxito de su empresa. Por lo demas, no teniendo ya necesidad de su auxilio, pues al entrar en sus Estados habia levantado un número de gente muy crecido, les manifestó que podian pasar á Tezcoco á descansar de sus fatigas, ó bien volverse á sus respectivos países, dejando solo las fuerzas que guarnecian las plazas de Acolman. Los aliados optaron por esto último, y se separaron llevando las mas cordiales manifestaciones á sus soberanos, expresando la esperanza de que continuarian prestándole su apoyo en la guerra contra el tirano, luego que organizase su gobierno.

El dia siguiente marchó para Huexotla, en donde los chalcas, concluida la conquista de Cohuatlican, se hallaban acampados. Allí habló con el general Nauhyotl, y despues de felicitar á sus tropas por su buen comportamiento, les cedió, lo mismo que á los tlaxcaltecas y huexotzincas, el cuantioso botin que habian hecho, y les permitió que se retirasen, de-

jando solo algunas tropas de guarnicion en los lugares mas importantes.

Vuelto Nezahualcoyotl á Tezcoco, convocó á los principales del imperio, y se hizo reconocer como legítimo monarca. En seguida guarneció todas sus fronteras con tropas escogidas, desde Tezontepec hasta Chiuhnautlan, y desde este punto por toda la orilla de la laguna hasta Iztapalocan. Sin perder tiempo, consagró tambien una atencion especial á restablecer la administracion pública, á crear la policía y á organizar, en suma, todos los elementos de un buen gobierno, desplegando en esto los talentos superiores del soberano, que al valor indomable del guerrero unia el génio profundo del político.

XXIV.

Quince dias habian bastado apenas para que pasasen los grandes sucesos que dejamos rápidamente reseñados, desde que nuestro héroe se vió obligado á huir de Tezcoco, á consecuencia de las intrigas de Maxtla para darle muerte. Esta circunstancia ha parecido de tal manera extraordinaria á algunos historiadores, cuya cándida credulidad se sobrepone á un sano criterio, que no vacilan en atribuirla á una especial proteccion del cielo, en favor del príncipe que nos pintan las antiguas tradiciones como el que abrigó ideas mas rectas acerca de la Divinidad. Basta, empero, recordar cuál era la situacion en que se encontraban los pueblos del Anahuac, en la época á que nos referimos, para ver que muy naturalmente se explica el asombroso éxito de Nezahualcoyotl, obtenido en tan corto período de tiempo.

Obsérvese, en efecto, que la desenfrenada tiranía del usurpador por una parte, y los trabajos de Nezahualcoyotl hábilmente preparados por la otra, habian traido las cosas á un extremo, en que la caida del primero y la elevacion del segundo, tenian que ser la doble consecuencia forzosa de tales antecedentes. El público descontento habia llegado á un

punto en que la circunstancia mas insignificante le haria estallar, como sucedió, presentándose irresistible en contra de un opresor que no podia prolongar su odioso despotismo. El rompimiento de los mexicanos y tlaltelolcas contra el monarca tecpaneca, puso á este en la imposibilidad de ocurrir con todás sus fuerzas al encuentro del príncipe chichimeca, quien encontró el camino abierto hasta la capital de su imperio, no teniendo mas obstáculos que las guarniciones que halló á su paso y que arrolló fácilmente. Todo esto demuestra de una manera satisfactoria, que las victorias obtenidas por Nezahualcoyotl, si bien de una importancia extraordinaria, están muy lejos de ese carácter maravilloso que la imaginacion de algunos historiadores ha pretendido darle.

Réstanos explicar un hecho que parece á primera vista no conformarse con la prudente prevision del príncipe, y es, que en lugar de marchar con todo su ejército á destruir al tirano de Azcapuzalco, despues de la ocupacion de Tezcoco, despide á sus aliados, y cual si ya no tuviera enemigo que combatir, se dedica á organizar la administracion de su imperio. No podia ocultársele que los mexicanos y tlaltelolcas, abandonados á sus solas fuerzas, sucumbirian tarde ó temprano, y en tal caso era fácil prever que el tirano cargaria sobre él con todos sus recursos, quedando tal vez expuesto á perder todo el fruto de sus victorias. Tampoco puede suponerse, como los mexicanos llegaron á creerlo, que un bajo deseo de venganza por los agravios que habian hecho á su padre el emperador Ixtlilxochitl, uniéndose con los tecpanecas y ocasionando su destronamiento y su muerte, le hubiese retenido en la inaccion, dándose el estéril placer de ver destruidos á los que habian tenido tan principal parte en su ruina. Un comportamiento de esta naturaleza no cabia en el alma generosa, y sobre todo, en las dotes de profundo político que caracterizan á Nezahualcoyotl. La verdad es que los mexicanos eran aborrecidos de los demas pueblos; que estos, por lo mismo, se negarian á formar causa comun con ellos, y que el príncipe, poseyendo un perfecto conocimiento de la si-

tuacion, se vió en la necesidad de apelar á sus propios recursos, levantando fuerzas en sus Estados, organizándolas y proveyéndolas de todo lo necesario, pues consideraba que tenia necesidad de ponerse en un pié respetable para combatir á los mismos que entonces eran sus aliados; maniobras todas que requerian tiempo y que explican muy satisfactoriamente esa aparente indiferencia por la suerte de tlaltelolcas y mexicanos, y por su mismo porvenir. Por lo demas, los sucesos que vamos á narrar justifican por sí solos las apreciaciones que dejamos hechas.

XXV.

La série de victorias obtenidas por Nezahualcoyotl en tan corto tiempo, dejó verdaderamente aterrado á Maxtla, quien distraido en su guerra con los mexicanos y tlaltelolcas, le era imposible oponer un ejército harto numeroso á los avances de su triunfante enemigo. Determinó, pues, acabar cuanto antes con ellos, apresurando las operaciones y multiplicando el número de sus fuerzas, para dirigir en seguida toda su atencion al que ya podia ser considerado como emperador de Tezcoco. Nezahualcoyotl, por su parte, se consagró, segun hemos dicho antes, al arreglo de sus Estados, y á levantar al mismo tiempo gran número de fuerzas, cuidado que confió á Iztlacautzin, uno de sus generales, á quien dió el señorío de Huexotla, como sucesor de su padre Tlacotzin.

Urgidos entretanto los mexicanos por el ejército tecpaneca, y temiendo que la conducta del príncipe fuese el resultado de una venganza calculada por antiguos agravios, determinaron enviarle una embajada, demandando su auxilio y pidiéndole perdon por su pasada conducta. El encargado de desempeñar esta delicada mision, fué Moteuhzuma, sobri-

no de Itzcohuatl, á quien sucedió mas tarde en el trono, recibiendo el nombre de Ilhuicamina.

Nezahualcoyotl recibió perfectamente al embajador, manifestándole las causas que habia tenido para no haber ocurrido mas pronto á ayudar á los mexicanos contra el usurpador. Comprendiendo, sin embargo, que las circunstancias eran demasiado aflictivas para estos, y no siendo todavia suficientes los recursos que habia aglomerado, tuvo necesidad de apelar de nuevo al auxilio de sus aliados, y mandó al mismo Moteuhzuma con su compañero Tepolomichin, cerca de Tochintecuhtli, señor de Chalco, para que le hiciese presente la voluntad del emperador y moviese otra vez sus fuerzas en la nueva campaña que iba á emprender. Con igual objeto despachó otros comisionados á Huexotla para que comunicasen sus órdenes á Iztlacauhtzin.

No obstante, el ódio profundo que el señor de Chalco profesaba á los mexicanos, se sobrepuso á la alianza celebrada con Nezahualcoyotl; así fué que apenas supo de Moteuhzuma el objeto de su llegada, cuando prorumpiendo en injurias é imprecaciones contra el emperador, porque en lugar de destruir á sus antiguos enemigos trataba de favorecerlos, redujo á prision á los embajadores y los mandó á Huexutzinco, revelando á los señores de aquella provincia lo que consideraba como un atentado de parte del príncipe, y recomendándoles que sacrificasen á los prisioneros que con tal objeto les enviaba.

Los huexutzincas, por su parte, se indignaron con la conducta del señor de Chalco, y le devolvieron á los embajadores mexicanos, diciendo que no encontraban en ellos un delito bastante para darles muerte. Entonces Tozintecuhtli los puso en una jaula bajo la guarda de Quateotzin, y mandó decir á Maxtla que dispusiese de la suerte de los prisioneros, creyendo por este medio infame conquistar de nuevo los favores del tirano; pero este, profundamente resentido con la conducta del de Chalco, le contestó que hiciera lo que se le antojara con los mexicanos; que por lo que á él tocaba nin-

guna necesidad tenia de sus tropas, y concluia amenazándole con que muy pronto sus valientes tecpanecas irian á hacerle sufrir el castigo merecido: justa humillacion para quien con tamaña perfidia se habia manejado. En cuanto á Moteuhzuma y su compañero, lograron salvar la vida, merced á los nobles oficios de su guarda Quateotzin, que por medio de un criado llamado Tonalhuac, les proporcionó la fuga, pagando con su cabeza aquella generosa accion.

Al llegar los embajadores escapados á Tezcoco, el príncipe se hallaba ya informado de todo lo sucedido, pues los huexutzincas, fieles aliados suyos, habian puesto en su noticia el villano proceder de Tozintecuhtli. Al mismo tiempo habia sabido Nezahualcoyotl que Iztlacautzin, en vez de obedecer sus órdenes en Huexotla, luego que le informaron que aquel levantamiento de fuerzas tenia por objeto auxiliar á los mexicanos, hizo despedazar á los emisarios que le habian comunicado dichas órdenes, y se declaró en contra del príncipe. Este, obrando con la actividad que el caso demandaba, previno á los huexutzincas y á los tlaxcaltecas, que con la mayor prontitud posible enviasen sus tropas á Tezcoco mientras que encargó á su hermano que organizase á los que permaneciendo fieles habian abandonado á Iztlacautzin, y que levantase las fuerzas necesarias para resguardar las fronteras de Huexotla, y evitar cualquiera sorpresa del jefe sublevado.

Entretanto, el señor de Chalco, viéndose solo y humillado, pues á la vez se habia atraido el enojo de Nezahualcoyotl, la indignacion de los huexutzincas y la cólera de Maxtla; viéndose ademas burlado en sus proyectos al saber la evasion de los embajadores mexicanos, convirtió por de pronto toda su ira contra el autor de ella, á quien mandó quitar la vida juntamente con su mujer, hijos y criados, lo mismo que á los guardas de la jaula, no escapando de aquella sangrienta ejecucion mas que dos hijos del desgraciado Quateotzin, un varon y una hembra, que fueron mas tarde altamente favorecidos en México por Moteuhzuma.

El de Chalco, sin embargo, trató de remediar su difícil situacion, y á este efecto mandó una embajada al príncipe, procurando disculpar su conducta por el excesivo cariño que le profesaba, y la exaltacion que le habia producido el saber que olvidado de los agravios que los mexicanos le habian hecho, se resolvia á prestarles su poderosa ayuda; pero que reflexionando despues, y viendo que su deber antes que todo era obedecer, estaba dispuesto á obsequiar sus órdenes, pidiéndole perdon por los errores cometidos. Nezahualcoyotl contestó como debia á los enviados del pérfido Tozintecuhtli, despreciando sus excusas y ofrecimientos, diciendo que para nada necesitaba de su auxilio, y amenazándole con el castigo á que se habia hecho acreedor. Despues de esto no quedó al rey de Chalco mas recurso que guarnecer sus fronteras y cortar toda relacion entre sus súbditos y los de Tezco.o.

XXVI.

Comprendiendo que no habia que perder tiempo, Nezahualcoyotl hizo que de los embajadores mexicanos volviesen Tepolomichin y Tepeuhtli á informar á Itzcohuatl de lo que pasaba, así como del pronto auxilio que le impartiria en el momento que llegasen las tropas de Huexutzinco y Tlaxcallan, conservando cerca de sí á Moteuhzuma. A la sazon ya el infante Quauhtlehuanitzin, obrando con la mayor actividad, tenia listos mas de cien mil hombres, que se hallaban en los campos de Acolman, Chiauhtla y alderredores de Tezcoco. Deseando, empero, antes de emprender ninguna operacion, conocer por sí mismo el estado que guardaban las cosas de la guerra, resolvió Nezahualcoyotl marchar á México en secreto, como lo verificó de noche, llevando solamente consigo á Moteuhzuma y unos cuantos criados de confianza.

No hay necesidad de pintar el júbilo de Itzcohuatl y Quauhtlatohuatzin con aquella inesperada visita. Sin distraerse en inútiles manifestaciones, el príncipe recorrió los puntos fortificados, se informó del número y calidad de las fuerzas, y tomó nota, en suma, de todo lo que le interesaba saber. Des-

pues de esto quedó acordado con los reyes de México y Tlaltelolco, el siguiente plan de campaña.

Reunidas las tropas auxiliares, Nezahualcoyotl enviaria á México 250,000 hombres, combinando los movimientos en estos términos: los mexicanos y tlaltelolcas, al mando de sus reyes respectivos, embestirian directamente las fronteras de Azcapuzalco, mientras que Moteuhzuma con 100,000 hombres marcharia por Tlacopan; el príncipe Tlacaeleltzin con otros 100,000 atacaria una fortificacion que tenia el enemigo en el punto en que se unen los rios de Azcapuzalco y Tlalnepantla, y el mismo Nezahualcoyotl con el resto de sus fuerzas, desembarcaria á la falda del Tepeyacac, y proseguiria destruyendo todas las poblaciones que habia á las orillas de dichos rios hasta Azcapuzalco. Este movimiento debia ser simultáneo, para lo cual, el príncipe haria saber su desembarque por una gran luminaria puesta en el cerro de Quauhtepec, contiguo al Tepeyacac. Se dejaria ademas una fuerte guarnicion en Culhuacan, á fin de impedir cualquiera accion de los xochimilcas, aliados del señor tecpaneca.

Conferenciaba todavia Nezahualcoyotl con Itzcohuatl y Quauhtlehuanitzin, cuando llegaron unos espías á noticiar que Maxtla tenia preparado un ejército de 300,000 hombres, al mando de un valiente general, llamado Mazatl, para atacar dentro de tres dias las ciudades de México y Tlaltelolco. Esta noticia hizo que se apresuraran las operaciones, pues se comprendió la ventaja de llevar la guerra al país enemigo, en vez de aguardar el ataque; y en consecuencia, el príncipe prometió que aun cuando no hubiesen llegado las tropas aliadas, mandaria el dia siguiente el mayor número que pudiera, para que á los dos dias muy temprano (el 12 de Febrero de 1428, segun el cómputo de Veytia), se desarrollase el plan que dejamos referido.

Al regresar Nezahualcoyotl á Tezcoco, encontró que habian llegado ya las tropas huexutzincas, mandadas por sus mismos señores, así como las de Chollolan, Tepeyacac y otras provincias, que juntas formaban 300,000 hombres, faltando

solo las de Tlaxcallan. Inmediatamente dispuso que en la madrugada del siguiente dia se moviese todo el ejército hácia México, para lo cual habia preparado de antemano el suficiente número de canoas. Cuando el enemigo observó desde la ribera de la laguna, aquella multitud de guerreros, se apresuró á ponerlo en conocimiento de Maxtla, quien apenas podia dar crédito á lo que le decian; llamó empero á su general Mazatl, ordenándole que reuniese sus tropas y marchase á impedir el desembarco; mas las fuerzas de Tezcoco, en vez de empeñar ninguna accion, se dirigieron á la costa oriental de Tlaltelolco, en donde saltaron en tierra sin obstáculo alguno.

El dia siguiente muy temprano partió Nezahualcoyotl con el resto de la fuerza, que pasaba de 50,000 hombres, y al salir el sol desembarcó á la falda del Tepeyacac, mandando encender la grande hoguera en el cerro de Quauhtepec, para anunciar su llegada á los mexicanos como se habia convenido. En el acto que estos observaron la señal, atravesaron en canoas un corto espacio de la laguna, atacando á los tecpanecas por tres lados, y con tal ímpetu, que no pudieron estorbarles el desembarco. Empeñada la accion en las costas de Azcapuzalco, se luchó con igual valor y encarnizamiento por ambas partes, hasta el extremo de que segun la expresion de los historiadores, corrieron arroyos de sangre.

A cosa de medio dia llegó Nezahualcoyotl, que al moverse desde Tepeyacac, habia tomado todas las poblaciones que hallara á su paso, obligando al enemigo á desampararlas, y guarneciéndolas con gente suya. Los tecpanecas se replegaron con su jefe Mazatl, que resistia los ataques de mexicanos y tlaltelolcas. Estos, haciendo un esfuerzo supremo, lograron desalojar á los primeros de una zanja y una trinchera que tenian cerca de Petlatalco, pero reponiéndose los tecpanecas cargaron sobre los mexicanos, obligándolos á retirarse hasta orillas de la laguna, en tal confusion, que ya se creian definitivamente derrotados.

En aquellos críticos momentos llegaron á reforzarlos Ne-

zahualcoyotl y Tlacaeleltzin por la derecha, y por la izquierda Moteuhzuma, que conforme al plan combinado, habia invadido por Tlacopan, cuyo señor, Totoquiyauhtzin, aunque pariente de Maxtla, favorecia secretamente la causa del príncipe chichimeca, y se rindió despues de un ligero simulacro de defensa. Estos oportunos auxilios restablecieron la moral entre mexicanos y tlaltelolcas, quienes atacaron de nuevo al enemigo, quitándole su antigua posicion, y obligándole á replegarse á otra trinchera fortificada que tenia en Mazatzintamalco.

La llegada de la noche hizo suspender el combate, retirándose los beligerantes á sus respectivas posiciones. Mazatl resolvió encerrarse en la fortificacion de Mazatzintamalco, que era una zanja bastante profunda, guarnecida de un alto parapeto, que circunvalaba toda la extensa ciudad de Azcapuzalco. El ejército tecpaneca que allí se defendia, llegaba al enorme número de 300,000 hombres.

El dia siguiente todo el ejército aliado se movió en busca del enemigo, llevando un contingente de mas de 400,000 hombres, á pesar de las pérdidas sufridas en los combates anteriores, y las fuertes guarniciones que quedaron en las posiciones conquistadas. Ese considerable número se explica, porque á la sazon se habian incorporado ya las tropas tlaxcaltecas y las de otras partes.

Al observar la fuerte posicion de los de Azcapuzalco, los aliados resolvieron no empeñar una accion violenta, sino poner sitio para cortarles todo recurso exterior y emprender frecuentes asaltos segun fuese conveniente; de esta manera, el resultado final, aunque algo tardío, era mas seguro. Dividióse, pues, el ejército en cuatro partes iguales, ocupando los alderredores de la ciudad en los siguientes términos: al Oriente, los reyes de México y Tlaltelolco, teniendo su retaguardia apoyada por la fortificacion de Petlatalco, y conservando expedita su comunicacion con México por la laguna: al Norte, el príncipe Tlacaeleltzin, al abrigo de las posiciones tomadas; al Sur, Moteuhzuma, estableciendo su base en

Tlacopan; y por último, al Poniente el mismo Nezahualcoyotl, que escogió el rumbo mas peligroso, pues tenia á su espalda todo el reino tecpaneca, y por lo mismo, no contaba con apoyo ni retirada libre en caso de un reves, mientras que era preciso desplegar una constante vigilancia á fin de impedir los auxilios que por aquel lado pudiesen llegar al enemigo. Cada uno de estos diversos cuerpos, extendieron sus líneas por derecha é izquierda, de manera que tocándose mútuamente, la plaza quedó completamente sitiada y sin esperanza de recibir ningun auxilio exterior.

XXVII.

Establecido el sitio en derredor de la fortaleza de Mazatzintamalco, comenzó una série de combates entre sitiados y sitiadores, pues los primeros hacian diarias y frecuentes salidas al campo de los aliados, trabándose multitud de luchas parciales en que corria la sangre con profusion. Las pérdidas, sin embargo, eran de mucha mayor trascendencia para los tecpanecas, puesto que estando reducidos á un cerco riguroso, en que no les podian entrar socorros de ninguna clase, se veian en la imposibilidad de reponer las bajas que sufria su ejército, mientras que los aliados recibian constantemente refuerzos, que les llegaban de los puntos mas distantes.

Comprendiendo Mazatl que de continuar así las cosas su derrota final era indefectible, persuadió á Maxtla á que mandase mensajeros á Coyohuacan, Xochimilco, Quauhtitlan, Tepotzotlan y otros gobiernos amigos, así como á las principales poblaciones del reino, para que reuniesen el mayor número posible de tropas, y situadas determinado dia en Tenayocan, marchasen sobre los sitiadores, á la vez que los e

la plaza harian una salida, atacando al mismo tiempo al enemigo por el frente y por la retaguardia.

Este hábil movimiento estratégico quedó perfectamente combinado, pues los emisarios del monarca tecpaneca lograron burlar la vigilancia de los sitiadores, y desempeñaron su encargo con toda puntualidad. Por su parte, los gobiernos amigos y las ciudades del reino desplegaron una grande actividad en obsequiar las órdenes referidas, de tal suerte que el dia prefijado se halló en Tenayocan un ejército de mas de 200,000 hombres, pronto á ejecutar la combinacion antes dicha.

No obstante, Nezahualcoyotl y demas jefes de los sitiadores, tuvieron noticia á tiempo por medio de sus espías del movimiento proyectado, poniéndose luego sobre las armas para resistir el ataque. Desde el momento que Mazatl divisó las fuerzas auxiliares, dispuso la salida de todo su ejército, como en efecto lo verificó, trabándose un combate sangrientísimo, pues por ambas partes lucharon con el valor de la desesperacion. La batalla comenzó al amanecer y duró toda la mañana, hasta que poco despues del medio dia se encontraron Moteuhzuma y Mazatl, que al punto se acometieron con un furor sin igual. Aquella singular contienda duró algun tiempo, pues ambos caudillos tenian bien sentada su reputacion de valientes guerreros, pero al fin el príncipe mexicano, mas favorecido de la fortuna, logró acertar un golpe en la cabeza al general tecpaneca, dejándole muerto en el acto.

Aquel sangriento suceso vino á ser decisivo para el triunfo de los aliados; pues á la vez que enardeció su valor, los tecpanecas, viendo muerto á su general, desmayaron completamente y quedó consumada su derrota. Ya entonces, Nezahualcoyotl, al frente del ejército victorioso, penetró en la abandonada fortificacion, ocupando á Azcapuzalco despues de un sitio de 114 dias, haciendo una horrible carnicería en los vencidos, cuyos bienes fueron entregados á sus soldados como botin de guerra.

El tirano Maxtla, que segun parece no estaba por el valor á la altura de su soberbia, se habia abstenido de tomar parte en las operaciones de la guerra, permaneciendo en su palacio, y fiando quizás demasiado en la pericia de su general y en la decision de sus tropas; pero en el momento que se vió perdido, en vez de correr á ponerse al frente de sus soldados para participar de su mismo destino, y alcanzar al menos una muerte gloriosa en el campo de batalla, se sintió poseido de un terror pánico insuperable, y corrió á esconderse en un temaxcalli. Sus enemigos le descubrieron sin mucha dificultad y le llevaron á la presencia de Nezahualcoyotl; este mandó que le condujeran á la plaza, hizo que se arrodillara y le dirigió una série de cargos por sus crueldades y traiciones, así como por los muchos males que con su despotismo habia causado. Maxtla no procuró excusarse siquiera, sino que sometiéndose al rigor de su suerte, excitó á su vencedor á que le matara. El príncipe entonces le hirió con su macana dejándole sin vida; dispuso luego que se le sacara el corazon y se esparciera su sangre á los cuatro vientos, y haciendo llevar una gran cantidad de leña, se levantó una hoguera en la cual fué colocado el cuerpo por el mismo Nezahualcoyotl y los reyes, que estuvieron presentes hasta que el fuego consumió el cadáver de Maxtla. De esta manera quiso el príncipe dar un público testimonio del respeto que merecia la dignidad real, aun cuando el que la llevara se hubiese hecho acreedor á los mas crueles castigos.

Este importante suceso tuvo lugar el dia 6 de Junio de 1428.

XXVIII.

La muerte de Maxtla y la destruccion del imperio tecpaneca, fué el grande y doble suceso que afianzó sobre sólidas bases el poder de Nezahualcoyotl. Su preparacion y consumacion forman el mejor testimonio de los extraordinarios talentos del príncipe chichimeca, quien poseyendo el raro arte de disimular, de tener paciencia, vió venir de lejos los acontecimientos, supo desorientar á sus enemigos, ponerse al abrigo de sus perversas maquinaciones, burlarlos en seguida y convertir en provecho de su causa el descontento de los pueblos y los errores de sus tiranos. El destronamiento y muerte del autor de sus dias, aquella catástrofe sangrienta que le dejó humillado y proscrito, eran hechos que tenia constantemente en la memoria, aguijoneando su valor, inspirándole una constancia á toda prueba para llegar al fin á reconquistar derechos que se identificaban con el bienestar de sus súbditos, que aun en los dias mas prósperos del usurpador, le profesaron esa adhesion sin límites que abrigan los pueblos por aquellos caudillos en quienes ven cifrada la esperanza de su libertad.

De sentirse es que Nezahualcoyotl hubiese abusado cruel-

mente de su victoria; pero es preciso tener en cuenta que en el desarrollo moral que habian alcanzado en su época los pueblos del Nuevo Mundo, todavia se hallaban muy lejos de esas ideas humanitarias que son el fruto de una civilizacion harto avanzada. Puede decirse, sin embargo, que aun cuando nuestro héroe cediese en gran parte al torrente de feroces preocupaciones de la sociedad en que vivia, su alta inteligencia estaba muy por encima de los bárbaros instintos de venganza, que á cada momento estallaban en manifestaciones horribles, buscando su satisfaccion á costa de inauditas crueldades. Esta verdad la vemos comprobada en multitud de hechos, que forman la historia del personaje mas grande sin duda alguna entre los antiguos pobladores del Anahuac.

Durante dos dias y dos noches la ciudad de Azcapuzalco fué entregada á la furia de los vencedores, quienes la saquearon é incendiaron, pasando despiadadamente á cuchillo á sus habitantes, sin distincion de edad ni de sexo. El príncipe cedió á sus tropas los despojos de los vencidos, destinó la ciudad para mercado de esclavos, y dió en seguida las órdenes necesarias para marchar y concluir la conquista de los tecpanecas.

Movióse el ejército dividido en los cuatro cuerpos de que hemos hablado, y se dirigió desde luego á Tenayocan, antigua capital de los chichimecas, y una de las principales ciudades del reino. Despues de algunos dias de resistencia fué tomada por los aliados, haciéndole sufrir un castigo igual al de Azcapuzalco. La misma suerte tuvieron Tepanohuayan, Toltitlan, Quauhtitlan, Teoloyocan y todas las demas poblaciones situadas al Norte hasta Xaltocan, en cuya campaña se empleó el resto del año. Llamándole empero la atencion los sucesos de Tezcoco, determinó Nezahualcoyotl suspender por entonces la conquista, dejando fuertes guarniciones en los puntos que juzgó necesario y volviendo con su ejército á México. Despidió una parte de las tropas aliadas, colmándolas de elogios y de presentes, y manifestándoles que no

tardaria mucho tiempo sin que de nuevo emplease su ayuda para acabar de someter á los príncipes rebeldes.

En la capital de los aztecas los triunfos sobre el enemigo comun fueron celebrados á fines de aquel año con una pompa inusitada, en que no escasearon los sacrificios humanos, corriendo con profusion la sangre de millares de cautivos. Aunque al príncipe repugnaban aquellas prácticas de horrible fanatismo, asistió á las ceremonias por mera condescendencia con sus aliados y amigos. Justamente agradecidos los mexicanos, quisieron jurar á Nezahualcoyotl por gran chichimeca tecuhtli y heredero legítimo del trono de Tezcoco, pero el príncipe se negó á ello, emplazando aquella solemnidad para cuando acabase de reducir á la obediencia á los que con motivo de la rebelion de Huexotla, se habian sublevado, lo mismo que los restos del reino tecpaneca.

XXIX.

En efecto, mientras que la victoria habia ceñido con gloriosos laureles las sienes de Nezahualcoyotl en los campos de Azcapuzalco, el traidor Iztlacautzin, ayudado activamen, te de Tlilmantzin y Nonohualcatl, habia extendido la sublevacion de Huexotla á una gran parte del imperio chichimeca, apoderándose de la capital y levantando un gran número de fuerzas. El príncipe no desconocia la importancia de aquellos sucesos, pero disimulando la inquietud que le causaban tomaba parte en todos los regocijos de los mexicanos, dejándoles aun entrever la idea de quedarse á vivir entre ellos, para lo cual deseaba construir un suntuoso palacio.

Los mexicanos aceptaron con gusto semejante idea, apresurándose á obsequiar sus deseos y reuniendo todos los materiales y trabajadores necesarios para la obra. Nezahualcoyotl escogió á Chapoltepec, haciendo en él un bosque que abasteció de abundantes animales de caza. Los autores chichimecas le atribuyen las albercas formadas en aquel poético sitio, así como un acueducto de mampostería para surtir á la ciudad de México.

En medio de estas aparentes distracciones no olvidaba un

solo momento la situacion de sus Estados. Deseoso de evitar en cuanto fuese posible las desastrosas consecuencias de una nueva guerra, mandó mensajeros á los jefes sublevados, manifestándoles la buena disposicion en que se hallaba para perdonarles sus errores, siempre que volviesen sobre sus pasos y se sometiesen, y ofreciéndoles que satisfaria todas las quejas justas que tuvieran y olvidaria su conducta pasada, pero que seria inflexible si acaso persistian en llevar adelante sus perversos designios. Aquellos nobles ofrecimientos fueron no obstante inútiles; los sublevados contestaron con suma arrogancia, fiándose en el gran número de tropas que tenian dispuestas, y dando por razon la alianza del príncipe con los mexicanos, á quienes cordialmente detestaban.

Al recibir aquella soberbia contestacion, vió Nezahualcoyotl que era inevitable apelar á la fuerza de las armas. Marchó, pues, sin dilacion en la primavera de 1429, llevando consigo un considerable ejército compuesto de chichimecas, mexicanos y tlaltelolcas, acompañándole los reyes Itzcohuatl y Quauhtlatohuatzin, y los príncipes Moteuhzuma, Tlacaeleltzin y Axayacatzin, así como otros muchos valientes capitanes.

El embarco de las tropas se verificó de noche en Tlaltelolco, y el dia siguiente muy temprano llegaron á Tezcoco. En el acto dispuso Nezahualcoyotl atacar la ciudad; pero los enemigos estaban prevenidos y resistieron el empuje del ejército aliado. El combate se prolongó todo el dia, y al llegar la noche cada uno de los beligerantes se fortificó en los puntos que ocupaba. Esta operacion se repitió por siete dias consecutivos, durante los cuales los agresores avanzaban muy lentamente en la ocupacion de la ciudad. Por último, habiendo llegado de México un refuerzo considerable, el ataque se emprendió con gran vigor, y viendo Iztlacautzin y sus compañeros que no era posible prolongar mas tiempo la defensa, apelaron á la huida, metiéndose con el resto de sus tropas á la sierra de Tlaloc.

Inmediatamente se destacaron tropas en persecucion de

los fugitivos, cuyos jefes escaparon sin embargo, y Nezahualcoyotl ocupó con los reyes y príncipes su palacio de Cilan. El pueblo entonces ocurrió á implorar su clemencia, haciéndole presente que no habia secundado á los rebeldes ni habia dejado de permanecer fiel á la obediencia jurada. El príncipe se mostró bastante benigno para con sus súbditos, ordenando que se respetasen las vidas y los bienes de los habitantes, y lo unico que hizo para ostentar su poder victorioso fué quemar algunos templos, en lo que era guiado, lo mismo que en Azcapuzalco, por la idea de destruir aquellos focos de una superstición contra la cual se rebelaba su grande alma, pues no tenia mas creencia religiosa que la de un supremo autor de todo lo creado.

Dos dias permaneció en Tezcoco para poner algun órden en la administracion pública. Dirigióse en seguida á Huexotla, que ocupó despues de haber vencido una ligera resistencia, y la abandonó al saqueo de sus tropas. Otro tanto hizo con Cohuatlican, Cohuatepec y otras poblaciones de menos importancia, situadas al Sur hasta Iztapalocan. En todas ellas dejó bien establecida su autoridad por medio de suficientes destacamentos; puso guarniciones en las fronteras de las provincias enemigas de Cuitlahuac y Xochimilco, y sin continuar por entonces las operaciones sobre los pueblos del Norte, porque los aliados deseaban ya volverse á sus hogares, regresó á México, en donde fué recibido en medio de las mas entusiastas demostraciones de júbilo.

Los triunfos obtenidos no eran bastantes para satisfacerle mientras que hubiera enemigos que combatir. De México envió embajadores á Tacopaintzin, señor de Xochimilco, proponiéndole la paz, mediante el reconocimiento de su suprema autoridad; pero este, que habia sido aliado fiel y constante amigo de Maxtla, se negó á todo avenimiento, contestando con la mayor insolencia á las pacíficas proposiciones que se le hacian. Entonces Nezahualcoyotl se movió con su ejército compuesto de tropas de su imperio y de tlaxcaltecas que

habian ocurrido á su llamado, desembarcando frente á Culhuacan.

Hallábase la ciudad de Xochimilco cercada por un foso profundo y lleno de agua. El príncipe dispuso que cada uno de sus soldados llevase consigo un haz de yerbas, los cuales sirvieron para llenar el foso en el lugar que le pareció mas conveniente, facilitando de esta manera el paso á sus tropas. Los defensores de la ciudad, que aunque superiores en número estaban muy lejos de igualar el valor y pericia de sus contrarios, desmayaron enteramente al ver allanado un obstáculo que creian insuperable, y no opusieron séria resistencia al ejército, que penetró hasta la plaza arrollando todo lo que hallaba en su camino. Entonces Tacopaintzin pidió á grandes voces que se suspendiera el combate, manifestando deseos de hablar á Nezahualcoyotl; éste le recibió, y despues de oir sus protestas de sumision, le perdonó la vida, mandó que se respetase á los vencidos, é imponiéndole un tributo anual volvió á México, en donde fué objeto de nuevas ovaciones por la no interrumpida série de victorias que habian coronado sus armas.

Estos sucesos tuvieron lugar á fines de 1429.

XXX.

La emulacion por una parte, excitada por los triunfos obtenidos por Nezahualcoyotl, y la gratitud por otra, puesto que su poderosa ayuda habia libertado á los mexicanos de la ruina cierta con que Maxtla los amenazara, despertó en estos el deseo de contribuir con su contingente á la campaña que tenia todavia que emprender el príncipe para someter á los rebeldes de su imperio. Reunióse á este efecto el senado mexicano, y acordó que se levantasen tropas que marcharan con el afortunado caudillo en busca de nuevos enemigos que vencer y nuevas glorias que conquistar. Esta medida encontró la mas cordial aprobacion de Itzcohuatl, quien aunque no veia con buenos ojos el rápido engrandecimiento de su sobrino, temiendo que cediese mas tarde en perjuicio de su pueblo, y no le pesaba por lo mismo verle envuelto aún en dificultades que no carecian de importancia, supo muy bien disimular sus verdaderos sentimientos, apresurándose á secundar la resolucion del senado, y excusándose de no haberla propuesto antes por temor de que se le tratase de parcial, atendidos los vínculos de parentesco que le unian con el príncipe.

Quiso empero Itzcohuatl como buen político, sacar partido de aquella forzada deferencia, y con tal objeto propuso que se ofreciese á Nezahualcoyotl el auxilio necesario para que completase la sumision de los rebeldes que aún existian en sus Estados; pero que para satisfacer los intereses legítimos de todos, se pactase que las demas conquistas que se hiciesen se dividiesen por igual entre ambos monarcas, extinguiendo la especie de señores feudales que existian, y siendo dichos monarcas depositarios de la autoridad suprema, de tal suerte que no se pudiese resolver ningun negocio de gobierno sin el concurso de los dos. Nezahualcoyotl aceptó la propuesta por la necesidad que tenia del auxilio mexicano, pues él no estaba por la extincion de los señores, y solo puso por condicion que se le jurase como cabeza del imperio, de la misma manera que se habia hecho con sus antecesores, condicion que admitieron sin reparo Itzcohual y el senado, atendiendo á que en cambio de una simple ceremonia, obtenia el rey azteca una participacion efectiva en el gobierno.

Hechos estos arreglos, se dictaron las providencias necesarias para levantar las tropas mexicanas que debian concurrir á la completa pacificacion del imperio chichimeca. Por su parte, los tlaltelolcas, que seguian en todo el impulso de sus vecinos, se apresuraron á poner su contingente de fuerzas á disposicion de Nezahualcoyotl. Este ocurrió como otras veces al auxilio de sus antiguos aliados de Tlaxcallan y Huexotzinco, quienes no se hicieron sordos á aquel llamamiento, y organizaron un ejército de 10,000 hombres que se halló en México á principios de 1430.

Dispuesto todo para emprender las operaciones, concertóse entre Nezahualcoyotl é Itzcohuatl el plan que debia seguirse, y que consistia en trasportar el ejército por agua al territorio de Tezcoco, en donde formado en un solo cuerpo mandado por ambos soberanos, marcharia con toda la rapidez posible á la conquista de las provincias sublevadas. Hízose así, en efecto, verificándose el trasporte en una sola noche y poniéndose luego en movimiento. Al llegar á Cohua-

tlican, á dos leguas de Tezcoco, el enemigo salió á su encuentro, trabándose un combate que duró algunas horas, y cuyo desenlace fué funesto para los rebeldes, que á pesar de su denuedo para luchar, tuvieron que ceder el campo al ejército aliado.

Continuóse la marcha el dia siguiente, por el rumbo del Norte, efectuándose un nuevo combate, igualmente funesto para el enemigo, cerca de Nepohualco. Más séria fué la batalla que tuvo lugar despues en un puente situado en el rio Papalotlan, entre Aculhuacan y Chiautla. El enemigo defendia el paso en gran número; pero tras una reñida contienda, en que la sangre corrió con profusion por ambos lados, los adversarios tuvieron que ceder el campo, retirándose al territorio de Chiautla.

En Acolman hubo que vencer mayores dificultades: hallábase allí un ejército considerable, de que formaban parte algunos de los mas valientes tecpanecas que se habian salvado de la catástrofe de Azcapuzalco. Mandaba su ejército el señor de la ciudad, llamado Ochpancatl. La posicion de la ciudad era bastante ventajosa; pues rodeada de la laguna, solo tenia dos entradas perfectamente guarnecidas. Despues de tres dias de luchas constantes, los aliados lograron tomar estas, penetrando luego en la ciudad, cuya poblacion, segun la bárbara costumbre de aquellos tiempos, fué completamente exterminada, salvándose solo las mujeres y los niños.

Un dia se detuvo allí el ejército para descansar, prosiguiendo despues su marcha, y tratando con el mismo rigor las ciudades rebeldes que se hallaban á su paso, entre las cuales solo opusieron alguna resistencia Tecoyocan, Tepecpan y Chiunautlan. Tomóse luego el rumbo del Este, y fué ocupado Teotihuacan, á pesar de tener una buena guarnicion. No fueron mas felices Quauhtlanzinco, Acapoxco, Otompan y otros lugares de menos importancia, que fueron castigados en proporcion á la resistencia que hicieron.

En vista de estos sucesos, Cempohualan y Aztaquemecan mandaron embajadores á Nezahualcoyotl, declarándose so-

metidos, implorando la clemencia del vencedor y ofreciéndole regalos de víveres, conducta que les valió el escapar de los rigores de la guerra. Otro tanto hicieron Ahuatepec, Tepepolco, Apan y otras poblaciones que habian permanecido fieles al príncipe, á quien obsequiaron ámpliamente, felicitándole al mismo tiempo por sus dilatados triunfos. Estas circunstancias hicieron perder del todo el ánimo á los sublevados, cuyos jefes se pusieron en salvo por medio de la fuga, cesando enteramente toda resistencia.

El ejército entonces, despues de haber dejado fuertes destacamentos en las poblaciones mas principales, se dirigió por el rumbo del Oeste, llegando hasta la provincia de Tepotzotlan. Tocó en su camino á Tezontepec, Temascalapan, Xaltocan y Teoloyocan, sin tener ya necesidad de batir á un solo enemigo, pues en vista de los importantes sucesos que en tan corto tiempo se habian consumado, salian los habitantes al encuentro de los vencedores, haciendo toda clase de demostraciones para manifestar su adhesion. Así siguieron los aliados hasta Quauhtitlan, de donde regresaron á México, siendo recibidos con el mayor entusiasmo.

XXXI.

Concluidas la conquista del imperio tecpaneca y la reduccion de los sublevados chichimecas, concluidas tambien las grandes fiestas públicas con que aquellos importantes acontecimientos fueron solemnizados, procedióse á dar cumplimiento al pacto celebrado entre Itzcohuatl y Nezahualcoyotl, que como se recordará contenia como puntos principales, la destruccion de los señores independientes y el reparto de las tierras conquistadas, entre los monarcas chichimeca y mexicano, que reasumirian la autoridad suprema.

Hemos dicho que Nezahualcoyotl repugnaba la idea de destruir á los señores; sin embargo, no trató de hacer prevalecer su opinion; empero, la influencia de una de sus concubinas, á quien los autores llaman Matlalzihuatzin, hija de Totoquiyauhtzin, señor de Tlacopan, y que por su hermosura y talentos ejercia un grande imperio en el corazon del príncipe, persuadió á este á que asociase á su padre en el gobierno, quedando en posesion de sus dominios, los que serian aumentados con una parte del territorio tecpaneca.

Habia la circunstancia de que Totoquiyautzin reunia una

gran capacidad política al valor probado de un guerrero distinguido, habiendo sido ademas amigo del príncipe, á cuyo triunfo sobre Maxtla contribuyó eficazmente, facilitando el paso al ejército que mandaba Moteuhzuma, segun dijimos antes. Estas cualidades fueron hechas saber por Nezahualcoyotl ante el senado mexicano al presentar su proyecto, que fundó ademas en la conveniencia de que fuesen tres en lugar de dos las personas que depositaran la suprema autoridad, para que hubiera quien decidiese las cuestiones en caso de diferencia, y en la necesidad de que subsistiese la monarquía tecpaneca, digna de conservarse por su antiguo lustre.

El discurso de Nezahualcoyotl, pronunciado con todas las precauciones oratorias que acostumbraba el príncipe, fué recibido en silencio por el senado; pero Itzcohuatl tomó la palabra, y aceptando las indicaciones sobre triunvirato y sobre conservacion de la monarquía tecpaneca, rechazó la idea de que se le confiriese aquella dignidad á Totoquiyauhtzin, fundándose en las mismas razones que el príncipe habia hecho valer, puesto que era pariente de los tiranos Tetzotzomoc y Maxtla, á quienes habia sido traidor, no pudiéndose en consecuencia fundar ninguna confianza en su conducta futura. Siguióse á esto un debate entre ambos soberanos, en que el príncipe que poseia las dotes de un hábil orador, acabó por convencer á Itzcohuatl para que adoptase su dictámen.

Se formó, pues, el gobierno que debia hallarse á la cabeza del imperio, de los reyes de Tezcoco y de México, y del señor de Tlacopan, á quien se dió la investidura de rey de los tecpanecas, agregando al territorio de este último la quinta parte de las tierras conquistadas, y dividiéndose el resto con igualdad entre los dos primeros. Acordóse tambien, que aun cuando los tres monarcas mencionados constituian la suprema autoridad, de tal suerte que nada podia hacerse sin el concurso de ellos, Nezahualcoyotl era superior en dignidad sobre sus colegas, debiendo ser jurado y reconocido como tal, en la ciudad de México, con todas las solemnidades que acostumbraban sus antepasados.

Celebróse, en efecto, esta coronacion con un fausto extraordinario, á mediados de 1431. Grandes preparativos habian sido hechos con anticipacion, enviándose correos en todas direcciones, hasta las costas de ambos mares, invitando para aquel acto á los señores y personajes mas notables. Las ceremonias fueron las acostumbradas en semejantes casos, solo que en lugar del rey tecpaneca, fué el de México el primero que saludó á Nezahualcoyotl con el título de gran chichimecatl tecuhtli, habiendo puesto sobre sus hombros una manta muy fina, adornada de diversos colores, y en la cabeza la corona que los emperadores acostumbraban llevar.

Procedióse en seguida al reparto de las tierras conquistadas, segun el pacto celebrado. Para esto, tiraron una línea de Sur á Norte, desde el cerro de Cuexcomatl, al Sur de México, hasta el territorio de Tototepec al Norte. Dicha línea corrió por entre Iztapalocan y Culhuacan, atravesó la laguna de Chalco, en cuyas orillas se clavaron estacas muy altas que sirviesen de mohoneras, por entre Natívitas y Xochimilco, atravesando despues el terreno que ocupa la laguna de Tezompanco, siguiendo por este pueblo y Citlaltepec. Toda la parte de dichas tierras, al Este de la línea, quedó agregada á Tezcoco, y la del Poniente se dividió entre México y Tlacopan, dándose á este último el territorio de Mazahuacan y otros pueblos, que se calculó que formarian la quinta parte convenida.

Siguieron desde aquel tiempo gobernando los tres monarcas en todos los negocios generales relativos al imperio. D. Fernando de Alva cita con este motivo un canto popular llamado xopancuicatl, que todavia en su época cantaban los mexicanos en sus fiestas, y que traducido por él mismo dice así: "Dejaron memoria en el universo los que ilustraron el imperio de México, y aquí en Anahuac los reyes Nezahualcoyotl y Moteuhzuma, y en Tlacopan Totoquiyauhtzin: de verdad que será empresa eternizada vuestra memoria, por lo bien que juzgásteis y regísteis en el trono y tribunal del Dios Creador de todas las cosas." Por lo demas, los menciona-

dos reyes eran del todo independientes en el gobierno de sus respectivos Estados.

Entretanto, Iztlacautzin, el antiguo señor de Huexotla; Motoliniatzin, de Cohuatlican; Ochpancatl, de Acolman; Totomihua, de Cohuatepec; Tlilmantzin, hermano bastardo de Nezahualcoyotl, y Nonohualcatl, cuñado de este último, todos los cuales habian sido jefes de la sublevacion de Tezcoco, habian vuelto á la capital, en donde permanecian ocultos. Viendo, sin embargo, que no podian mantenerse en aquel estado, determinaron acogerse á la clemencia del emperador, que todavia se hallaba en México, enviando mensajeros que implorasen su perdon y le presentasen algunos regalos. No fueron inútiles aquellas muestras de arrepentimiento: Nezahualcoyotl las recibió con benignidad, y mandó decirles que no saliesen de Tezcoco, á donde pronto volveria, estando dispuesto á otorgarles algunas mercedes.

En efecto, aunque contento en la capital de los mexicanos, resolvió el emperador regresar á sus Estados, impulsándole á ello razones de alta política, muy fáciles de comprender. Itzcohuatl, que lo deseaba en su interior y aun se lo aconsejaba, fundándose en la conveniencia pública, dió aparentes muestras de sentimiento cuando llegó la hora de despedir á su ilustre huésped. Mas sincero era el cariño que la poblacion le profesaba, y el senado, los nobles y mucha gente del pueblo, fué á acompañarle en el viaje que hizo por la laguna.

La nobleza y el pueblo chichimeca, recibieron con las mas entusiastas demostraciones de júbilo al emperador, que desembarcó cerca del bosque de Acayacac. Nezahualcoyotl observó inmediatamente que faltaban en la concurrencia los jefes de la rebelion á quienes habia perdonado, y preguntando la causa de que no se hallasen presentes, se le respondió que confundidos por la magnitud de su delito, á pesar de la clemencia con que habian sido tratados, no se habian atrevido á comparecer ante su soberano, y ausentándose de la ciudad se habian dirigido á la provincia de Tlaxcallan.

Nezahualcoyotl, que deseaba dar una muestra de su magnanimidad, mandó luego á Coyohua, uno de los personajes de su acompañamiento, á que fuese en pos de los fugitivos para persuadirlos á que volviesen, empeñando su palabra de que solo recibirian favores de su imperial munificencia. Coyohua cumplió fielmente las órdenes que habia recibido; pero Ixtlacautzin y sus compañeros se rehusaron á volver, manifestando que no era la desconfianza en las promesas del soberano la que los obligaba á persistir en su propósito, sino el remordimiento del crímen que habian cometido, cuyo recuerdo les hacia preferibles el destierro y la privacion de los honores á que estaban acostumbrados por su rango. Solo Motoliniatzin regresó mas tarde á sus Estados. En cuanto á Totomihua, señor de Cohuatepec, envió con Coyohua á sus dos hijos Ayocuantzin y Quetzaltenolotzin, poniéndolos bajo la proteccion de Nezahualcoyotl, y recomendándoles la fidelidad á su soberano.

XXXII.

Vamos ahora á hablar de un suceso sobre el cual guardan silencio Torquemada y Clavijero, y que el editor de Veytia pone en duda, suponiendo con visos de justicia que este autor lo tomó de los historiadores aculhuas, dispuestos á ponderar las hazañas de Nezahualcoyotl. Por lo que á nosotros hace, nos sentimos inclinados á esta opinion, porque en efecto, el hecho que vamos á referir, no nos parece muy conforme con el carácter altamente prudente y circunspecto de nuestro héroe, incapaz de moverse al impulso de una verdadera susceptibilidad de amor propio. La inverosimilitud sube de punto, si se considera que Itzcohuatl dió pruebas en toda su vida de una franquéza y de una sinceridad que en nada se hermanan con los ruines arrebatos de una envidia vulgar, á lo que hay que agregar el profundo cariño que abrigaba por el héroe chichimeca, y los grandes motivos de gratitud que le tenian obligado para con él. Sea de esto lo que fuere, y hechas las debidas reservas, véase el suceso tal como lo refiere Veytia.

Al regresar á México el senado y los nobles que habian ido á acompañar á Tezcoco al emperador Nezahualcoyotl,

Itzcohuatl, celoso de aquellas demostraciones, no pudo disimular su disgusto, que expresó con palabras vehementes, diciendo entre otras cosas que su sobrino le era inferior como guerrero. No tardó mucho en saberlo el emperador, quien indignado sobre todo de que se pusiese en duda su valor, mandó inmediatamente á dos caballeros de Tezcoco para que anunciasen al rey de México la causa de su enojo, haciéndole saber al mismo tiempo que se preparase á la guerra, pues dentro de diez dias iria con su ejército á probarle que merecia la corona que llevaba.

Itzcohuatl trató de satisfacer á Nezahualcoyotl, procurando explicar las palabras que en su concepto habian sido maliciosamente interpretadas, y para acabar de desarmarle, sabiendo la inclinacion que tenia el emperador al bello sexo, le mandó 25 hermosas jóvenes, escogidas entre las principales familias mexicanas. Aquel tentador regalo, que en cualquiera otra circunstancia habria dejado muy contento á nuestro personaje, solo sirvió para aumentar su enojo, pues le pareció ver en él un nuevo insulto, tratándole de afeminado. Así fué que sin haber tocado á las jóvenes las hizo volver á los tres dias á México, colmándolas de presentes, y anunciando de nuevo su primera resolucion para que Itzcohuatl se apercibiese á la guerra.

Viendo este que la cosa no tenia remedio, convocó al senado é hizo llamar á los reyes de Tlacopan y Tlaltelolco, á quienes adhirió á su causa, persuadiéndolos de que el triunfo del emperador seria la ruina de ellos. Formóse, en efecto, apresuradamente un numeroso ejército para recibir á Nezahualcoyotl, que con suficientes tropas desembarcó el dia señalado en las faldas del Tepeyacac, marchando inmediatamente, y yendo solo y á corta distancia de sus fuerzas. Hé aquí la curiosa descripcion que de su vestido hace Veytia:

"Iba gallardamente adornado á su usanza, vestido de un sayo de armas primorosamente labrado de diversos colores, que le cubria desde el cuello á la cintura, quedándose las mangas mas arriba del codo: de la cintura á las rodillas des-

cendia un tonelete curiosamente tejido de rica y vistosa pluma: llevaba por casco la piel curada de la cabeza de un coyote, por cuya boca descubria el rostro, y en las orejas naturales de la fiera, dos borlas rojas de algodon, insignia de la caballería de tecuhtli. Llevaba en los brazos y muñecas braceletes y pulseras de oro, guarnecidas de pedrería, y otros semejantes en las corvas y pantorrillas. Las plantas de los caclis ó sandalias eran de oro macizo, afianzadas con cordones rojos, y repartidas en el cuerpo por el pecho y la espalda muchas joyas de oro y pedrería. Empuñaba en la mano diestra una macana, y en la siniestra embrazaba un escudo de piel curada, guarnecido de plumas, y en su centro por divisa pintada la parte genital de una mujer."

Este último y raro detalle, supuesta su realidad, es atribuido por Bustamante, con alguna apariencia de razon, al lance de las 25 jóvenes que le regaló Itzcohuatl, y á la fuerza de ánimo que tuvo para sobreponerse á los placeres sensuales.

En Tlaltelolco encontró al ejército mexicano al mando de su rey; y colocado á cierta distancia, de donde podia ser oido, dirigió á este la palabra afeándole su conducta, y excitándole á entrar en singular combate, pues no era justo que se derramase la sangre de sus súbditos por una cuestion meramente personal, proponiéndole que el que diera muerte á su contrario, se coronaria por supremo monarca de la tierra. Itzcohuatl trató de disculparse otra vez, procurando desvanecer lo que atribuia á una verdadera calumnia, pero Nezahualcoyotl insistió en que la contienda se decidiese por las armas, dando órden á sus tropas para que acometiesen en el acto.

Comenzóse la lucha, pero no habia pasado mucho tiempo, cuando la muerte de un famoso capitan mexicano, llamado Ichtecuachichitli, produjo el desórden en el ejército de Itzcohuatl. Entonces este mandó suspender la batalla, enarbolando una manta blanca en un asta bastante elevada, y envió una comision de cuatro senadores ancianos para que pidie-

sen la paz al emperador, invitándole á que pasase á la ciudad. Nezahualcoyotl se manifestó deferente á lo que se le pedia, con la condicion de que los reinos de México, Tlaltelolco y Tlacopan le pagarian anualmente un tributo en reconocimiento de su supremacía. Despues de esto entró con su ejército á la ciudad de México, en donde fué recibido con las mayores demostraciones de alegría por parte de todos los habitantes.

Al tercer dia hizo que se convocase al senado, y en presencia de este, de los reyes, príncipes y nobles de los reinos aliados, presentó el emperador las siguientes proposiciones: Los reyes de México, Tlacopan y Tlaltelolco, le mandarian anualmente 100 fardos de mantas blancas, con cenefas de pelo de conejo, teñidas de diversos colores (20 mantas componian cada fardo); 20 fardos de mantas reales, que eran las que usaban los reyes en las fiestas públicas; y otros 20 de mantas esquinadas de dos colores, para los bailes. Dos rodelas de colores con divisas de pluma amarilla; dos penachos de la misma pluma, y dos pares de borlas de igual materia para atar los cabellos. Se repartiria este tributo entre las ciudades de México, Tlaltelolco, Tlacopan, Azcapuzalco, Tenayocan, Tepotzotlan, Quauhtitlan, Toltitlan, Hecatepec, Huexotitlan, Coyohuacan, Xochimilco y Cuexcomatitlan. Por lo demas, esta nueva carga en nada alteraria el carácter de los reyes de México y Tlacopan, en su calidad de colegas del emperador, y el de Tlaltelolco seria conservado en su trono. Respecto de los demas señores, cuya extincion habia repugnado á Nezahualcoyotl, este exigia que se repusiesen en sus dominios, escogiéndose en sus mismas familias quien sustituyese á los que no quisieran volver.

Tanto el senado como los demas asistentes accedieron á las exigencias del vencedor; solo Itzcohuatl combatió la idea de restablecer á los señores, fundándose en razones políticas de bastante peso, pero que Nezahualcoyotl combatió hábilmente, acabando por triunfar como era de esperarse de la situacion ventajosa en que se hallaba colocado. En virtud

de este arreglo volvieron á sus Estados 14 señores del reino de Tezcoco, 9 de México y 7 de Tlacopan, pertenecientes al antiguo reino tecpaneca. En cuanto á la cobranza del tributo quiso el emperador que se hiciese directamente por un caballero de su corte, llamado Cailotl.

XXXIII.

Hablemos ya del gobierno de Nezahualcoyotl, de su legislacion y de su fausto, cosas que todos los autores que de él se han ocupado, así nacionales como extranjeros, han descrito con positiva admiracion, por la gran sabiduría que manifiestan sus leyes y disposiciones políticas, y por la magnificencia de una corte deslumbradora. La reposicion de los señores en sus antiguos Estados, fué una medida que causó la mejor impresion en los pueblos, que temian la demasiada concentracion del poder como una tendencia á la tiranía. Por otra parte, resuelto á echar un velo sobre lo pasado, el emperador se esforzó por que volviesen los antiguos jefes de la rebelion, ofreciéndoles cuanto podia para inspirarles una confianza ilimitada; de ellos, sin embargo, solo acudió á su llamado Motoliniatzin, señor de Cohuatlican, que se habia retirado á Tezmolocan, en la provincia de Huexutzinco. En cuanto al señorío de Huexotla, fué dado á Tlanoliatzin, hijo mayor de Iztlacautzin, habiéndose este rehusado á abandonar su retiro de Tlaxcallan.

Hé aquí la restitucion que hizo de señoríos: el de Tepetlaoztoc á Cocopintzin, el de Acolman á Motlatocazomatzin

primogénito de Teyolcocohua, que habia muerto; el de Tepecpan á Tencoyotzin; el de Chiuhnautlan á Tetzotzomotzin; el de Tolantzinco á Tlaloliutzin; el de Quauhchinanco á Nautecatzin; el de Xicotepec á Quetzalpaintzin, y el de Teotihuacan á Quetzalmemalitzin, por muerte de su padre Huetzin. En este último lugar puso ademas un tribunal, bajo la direccion de su señor, para que conociese y sentenciase todas las causas relativas á los nobles. Restableció el señorío de Otompan y lo dió á Quecholtecpantzin, estableciendo en su capital otro tribunal para los plebeyos. A un hijo suyo, llamado Quauhtlatzacuilotzin, dió la ciudad de Chiauhtla con otros pueblos; á Ayocuantzin y Quetzaltecolotzin, hijos de Totomihua, señor de Cohuatepec, concedió tierras en este territorio; reservándose la capital, que puso bajo su dominio directo, lo mismo que Iztapalocan y algunos otros pueblos al Sur, y Papalotlan, Xaltocan y otras ciudades al Norte.

Es de advertir que ninguno de estos señores recibió el título de rey, aunque algunos lo hubiesen tenido antes, y que todos quedaron obligados á pagar un tributo, si bien pequeño, por mero reconocimiento, siendo considerados como grandes del imperio, y obligándose cada uno por medio de un homenaje particular.

El resto del territorio del imperio, con sus ciudades y pueblos, fué dividido por Nezahualcoyotl en ocho provincias, en cada una de las cuales habia un recaudador, encargado de recoger los comestibles con que debian contribuir por cierto número de dias para el gasto de la casa imperial. Hé aquí las provincias por su órden, con el nombre de los recaudadores y el número de dias respectivo:

1ª La corte de Tezcoco con sus barrios y aldeas, al cargo de Matlalaca. 70 dias.

2ª Atenco, que se extendia desde el territorio de la corte hasta la orilla de la laguna, y se componia de 11 poblaciones. Recaudador, Tochtli. 70 dias.

3ª Tepepolco, formada de 22 poblaciones, bajo la direccion de Coxcox. 70 dias.

4ª Axapochco, compuesta de otras 11 poblaciones. Jefe, Tlematzin. 45 dias.

5ª Quauhtlatzincopon, 27 lugares y por recaudador Ixtl. 65 dias.

6ª Acatepec, á cargo de Quauhtecolotl. 45 dias.

7ª Tetitlan, que comprendia las ciudades de Cohuatepec, Iztapalocan, Tlapacoyan y otras muchas, bajo la direccion de Papalotl. Esta provincia, lo mismo que la siguiente, no tenia obligacion de contribuir para los gastos de la casa imperial, pues entre los seis primeros estaban repartidos, segun se ha visto, los 365 dias del año.

8ª Tecpimpan, formada de ocho poblaciones, al cargo de Quauhtencohua.

Ahora, para que se tenga idea de lo que importaba el gasto de la casa imperial, nada nos parece mejor que trascribir el siguiente pasaje de Torquemada: "Se gastaban cada año de solo maíz, dice este historiador, cuatro millones, y novecientas mil y trescientas fanegas (número por cierto excesivo, y aun increible, si para haberlo de escribir, no tuviera en mi poder la cuenta cierta de esta verdad, escrita en los libros de su gasto, y autorizada por un nieto suyo, que despues de cristiano se llamó D. Antonio Pimentel.) De cacao (que es la almendra que se bebe) se gastaban dos millones, y setecientas cuarenta y cuatro mil. De gallinas y gallos, que en Castilla se llaman pavos de las Indias, de siete á ocho mil, sin otras muchas carnes de venados, conejos, liebres, codornices, y otras aves y animales que comian. Tres mil y doscientas fanegas de chile y tomate, que es la especia con que guisaban la comida. De otro chile mas pequeño, muy picante (que llaman chiltecpin) doscientas y cuarenta fanegas; mil y seiscientos panes de sal, que son del tamaño de una ogaza de pan de Castilla. Chia, frijol, y otras muchas legumbres, en tanta abundancia, que parece patraña y mentira; pero al que lo leyere certifico que no es de las que en comun lenguaje llaman de las Indias; porque aunque es veddra que algunos mentirán, yo me precio de decir verdad en lo

que escribo, y hiciera alevemente si no lo dijera, pues no es libro de caballerías este, donde se toma licencia para sacar de quicio las cosas, y aun para mentir en todo, sino historia donde todo lo que digo es verdadero y digno de toda fé humana."

Para concluir este punto de nuestro trabajo, haremos mencion del reparto que habia hecho de los terrenos para su cultivo, sistema que se presta á sérias consideraciones, pero que son agenas de este lugar. En cada pueblo habia un lote de 1,200 varas en cuadro, destinado al rey ó señor del Estado, que llevaba los nombres de tlatocatlali, tlatocamili é itonatlintlacatl, palabras que incluian la idea de tierra, sementera ó cosechas del señor. Estas lotes eran cultivadas bajo el direccion del calpixque, especie de agente de policía, que sañalaba los trabajos diarios, y los productos se destinaban en su totalidad á la manutencion del señor.

Otras suertes de tierras estaban dedicadas al gasto de fábrica de los palacios señoriales, y se denominaban tecpatlantli, que es lo que significa la palabra. Por último, una tercera clase de terrenos pertenecian á la comunidad, con el nombre de calpollali, destinados á pagar los tributos, consagrándose el resto del producto á los vecinos del pueblo, segun las necesidades de cada uno. Fuera de estas propiedades nacionales, digámoslo así, existian las pertenecientes á los nobles que estaban libres de pagar tributos.

Debemos advertir que este sistema fué seguido por los reyes de México y Tlacopan en sus respectivos Estados.

XXXIV.

Incompleto seria este trabajo, si no habláramos, aunque con la mayor brevedad posible, de la organizacion que dió Nezahualcoyotl á la administracion de justicia, ese elemento indispensable en toda sociedad medianamente organizada, y que es, sin duda alguna, el mejor termómetro para medir el adelanto de un pueblo. Debe observarse en este punto, que el hijo de Ixtlilxochitl no hizo mas que seguir los sábios ejemplos de sus antepasados, cuidadosos del bien de sus súbditos, y que al restablecer en el trono tezcocano á la dinastía chichimeca, aquel hombre ilustre tuvo que destruir con la tiranía creada por Tetzotzomoc, las prácticas bárbaras introducidas á su sombra. Dejando empero á un lado estas circunstancias que solo apuntamos, pasemos á dar una idea de los tribunales establecidos por Nezahualcoyotl.

Hallábase en primer lugar, el gran tribunal de justicia, residente en Tezcoco, el cual conocia en apelacion de las sentencias que en negocios tanto civiles como criminales, pronunciaban los tribunales inferiores que existian en las provincias. Componíase el primero de un presidente y 23 consejeros, de los que 4 eran nobles, cuatro naturales de Tezco-

co y 15 de las ciudades principales del reino. Por lo demas, todos debian estar adornados de honradez, inteligencia y rectitud, cualidades necesarias para desempeñar tan alto encargo. Este tribunal ejercia sus funciones todos los dias, excepto los festivos, desde muy temprano en la mañana, hasta la tarde. Los jueces interrumpian sus tareas para comer de la casa imperial. No tenian sueldo fijo, sino que á cada uno se les daba conforme á sus necesidades, gratificándoseles cada 80 dias con un obsequio extraordinario, segun su comportamiento.

Habia un segundo tribunal, al que podria darse el nombre de consejo de instruccion pública, pues tenia por objeto la educacion de la juventud; el exámen, aprobacion y permiso para ejercer á los que querian dedicarse á alguna profesion; la revision de las obras tanto científicas como artísticas, y todo, en suma, lo que se relacionaba con estas importantes materias. Este tribunal se reunia todos los dias lo mismo que el anterior; no tenia un número fijo de miembros, pues el emperador nombraba para él á todas las personas que se distinguian por sus conocimientos en las ciencias ó en las artes. De cuando en cuando concurrian los tres jefes del imperio para oir cantar poesías, recitar historias, examinar alguna invencion y premiar á los autores, para cuyo fin habia en la sala una gran cantidad de objetos de todas clases, mas ó menos valiosos.

No menos importante que los anteriores era el consejo de guerra, destinado á fijar, como lo indica su nombre, los casos en que debia hacerse una guerra ofensiva ó defensiva, á cuyos debates asistian siempre los jefes del imperio. A él estaban tambien sujetos los embajadores en lo relativo al desempeño de su encargo. Este cuerpo se componia de un presidente y 21 ministros: el primero era siempre algun general ilustre; en cuanto á los demas, 3 pertenecian á la nobleza, 3 eran ciudadanos de Tezcoco, y el resto de las otras provincias. No estaba obligado á funcionar todos los dias, sino solo cuando se trataba de algun asunto militar.

Habia otro consejo que tenia por objeto la hacienda, compuesto como el de justicia, de un presidente y 23 miembros, escogidos en los mismos términos. Reuníase este tribunal diariamente, y se ocupaba de todo lo relativo á la recaudacion de tributos, cuentas de los administradores, distribucion de los frutos, etc.

Sobre todos estos tribunales habia un supremo consejo, formado de 14 ministros, que eran grandes señores del imperio, con quienes se consultaban todos los negocios de gobierno. El salon en que se reunia constaba de 3 divisiones: en la cabecera de la primera habia un fogon que no se apagaba ni de dia ni de noche. A la derecha del fogon y sobre gradas, se levantaba un trono que llevaba el nombre de teochicpalpan, ó tribunal de Dios; delante habia un sitial, encima del que, al extremo derecho, una rodela de plumas y oro, una macana, un arco y una aljaba con flechas, una calavera y sobre ella una pequeña pirámide de piedra verde, que algunos suponen esmeralda. Al lado izquierdo del sitial habia un monton de piedras preciosas, y la flecha de oro que hacia las veces de cetro; y en medio se veian tres mitras ó medias tiaras, una de las cuales era de oro y pedrería, otra de pluma y otra de algodon y pelo de conejo de color azul. A la izquierda del fogon habia un trono mas bajo sin sitial, que ocupaba ordinariamente el emperador.

En la segunda division se hallaban seis sillas: en las tres de la derecha se sentaban por su órden los señores de Teotihuacan, Acolman y Tepetlaoztoc, y en las tres de la izquierda los de Huexotla, Cohuatlican y Chimalhuacan. En la tercera division estaban las ocho sillas restantes, tomando asiento á la derecha los señores de Otompan, Tolantzinco, Quauhchinanco y Xicotepec, y á la izquierda los de Tepechpan, Teyocan, Chiuhnantlan y Chiauhtla.

En todos estos tribunales habia una especie de escribanos y de alguaciles; llamaban á los primeros amatlacuilo, esto es, "el que pinta en papel," y á los segundos topile. Existian, por último, abogados y procuradores, teniendo los pri-

meros el nombre de tepantlatoani ó el que habla por otro, y los segundos el de tlanemiliani.

La administracion de justicia era bastante expedita, pues un pleito seguido por todas sus instancias, no podia durar mas de 80 dias, sin que por esto se negasen á los reos ó litigantes, todos los recursos necesarios para hacer valer sus derechos. Los jueces ponian un especial cuidado en averiguar la verdad, examinando testigos á quienes juramentaban bajo pena de muerte, dando á las partes el tiempo conveniente para que sus abogados los defendiesen. Vése, en fin, que las nociones jurídicas que solo pueden alcanzarse cuando las sociedades han adquirido un desarrollo harto adelantado, eran conocidas de aquellos pueblos, en que Nezahualcoyotl aparece como el Solon de la nacion chichimeca.

Fuera de los tribunales ó consejos de que hemos hablado, habia reuniones diarias de otros funcionarios, que tenian por objeto hacer averiguaciones sobre determinados negocios que les señalaba el emperador, y para llevar los mensajes del soberano. Constantemente asistian al palacio á fin de estar expeditos para cumplir las órdenes que se les comunicasen, y cuando salian de la corte se les proveia de todo lo necesario, así en criados como en bastimentos y demas. Los tribunales de provincia daban cuenta al emperador y al supremo consejo cada cuatro meses, de todos los negocios que en aquel tiempo habian despachado, y de los que tenian pendientes de resolucion. Los de Tezcoco hacian lo mismo cada doce dias, consultando al monarca los casos difíciles que se ofrecian. En todo esto se ve el génio eminentemente político y organizador de Nezahualcoyotl, quien lejos de abusar de la suprema autoridad que ejercia, se consideraba como el padre de sus pueblos, como el protector del pobre y del desvalido, como el dispensador de la justicia y el guardian vigilante de los intereses públicos.

Debemos añadir para completar las noticias anteriores, que Nezahualcoyotl, convencido de que las mejores institu-

ciones y las mas sábias leyes, son estériles en sus resultados, si su ejecucion no es confiada á personas probas é inteligentes, puso un cuidado especial en el nombramiento de los magistrados que formasen los consejos y tribunales que dejamos referidos, encargando su presidencia á cuatro de sus hijos, cuyos nombres, conservados por los historiadores, son los siguientes: Ichantlatohualtzin presidia el tribunal supremo; Xochiquetzaltzin, el de artes y ciencias; Acapipioltzin, el de guerra; y Ecuhuehuetzin, el de hacienda. De esta manera, no solo daba una gran respetabilidad á aquellas corporaciones, colocando á su frente á miembros tan allegados de su familia, sino que los estrechos vínculos que con él le ligaban añadia un nuevo empeño en el ejercicio de sus funciones, uniendo así á las exijencias de una moral severa, las consideraciones de una política elevada.

XXXV.

Extraño de nuestro propósito seria hablar de la legislacion chichimeca en general, considerada como la mas perfecta entre las naciones de Anahuac. Nezahualcoyotl se encontró con un cuerpo de leyes y disposiciones harto adecuada para satisfacer las necesidades de sus pueblos; no contento, empero, con seguir servilmente las huellas de sus antecesores, dictó un gran número de reglamentos y medidas de toda clase para castigar severamente los crímenes y atender al buen órden de sus Estados. Los historiadoros hablan de 80 leyes expedidas por Nezahualcoyotl. Veytia, examinando este punto con su escrupulocidad acostumbrada, señala las siguientes, que nos parece oportuno reproducir:

1. Al señor de vasallos, si se rebelase contra el emperador, pudiendo ser habido muriese en público cadalso aplastada la cabeza con una porra, y se le confiscasen sus Estados.
2. Al traidor al soberano, fuese noble ó plebeyo, pena de muerte, roto á golpes por las coyunturas saqueada su casa por el pueblo, y arrasada, confiscadas sus tierras, y sus hijos esclavos hasta la cuarta generacion.

3. Al general ú otro oficial militar, que acompañando al rey en campaña le desamparase, pena de muerte, degollado.

4. Al soldado que faltase á la obediencia á su jefe, ó desamparase el puesto en que se le ponia, ó volviese la espalda al enemigo en campaña, ó diese paso ó favor á alguno de ellos en tiempo de guerra, pena de muerte, degollado.

5. Al que usurpase á otro el cautivo que hizo ó algun despojo, muriese ahorcado, y la misma pena al que cediese á otro el cautivo que hizo.

6. Al noble de otro país, cautivado en guerra, si lidiase con cuatro soldados, que para este efecto se destinasen, y los venciese, quedase libre, y pudiese volverse á su patria; pero que si fuese vencido muriese sacrificado en el templo de Huitzilopuchtli, dios de la guerra.

7. Al noble vasallo del imperio, que habiendo sido cautivado huyese de la prision y se volviese á su país, pena de muerte, degollado; pero si no venia fugitivo, sino libre, por haber lidiado y vencido allá á algunos soldados ó capitanes, fuese recibido con mucho honor, y premiado del emperador. El plebeyo cautivado, aunque volviese fugitivo, fuese bien recibido y premiado.

8. Al que acogiese, amparase ó encubriese algun enemigo en tiempo de guerra, fuese noble ó plebeyo, pena de muerte, despedazado en medio de la plaza, y entregados sus miembros á la plebe para juguete ó irrision.

9. A los embajadores que no desempeñaban su encargo segun las órdenes é instrucciones que llevaban, ó se volvian sin respuesta, pena de muerte, degollados.

10. Los jueces á quienes se averiguase haber admitido cohechos muriesen degollados, si el cohecho fuese de entidad, y si fuese de poca monta quedasen despojados del empleo, y los trasquilasen en público mercado.

11. La adúltera y el cómplice si fuesen deprehendidos por el marido en el delito, muriesen apedreados, y para la justificacion fuese bastante la denuncia del marido; si este no los deprehendiese en el delito, sino que por sospechas los acusase á los jueces, y se averiguase ser cierto, muriesen

ahorcados; y si el adúltero matase al marido ofendido, muriese asado en medio de la plaza, y rociado con agua y sal.

12. A las que sirviesen de terceras ó alcahuetas para con mujeres casadas, pena de muerte, ahorcadas, aunque no se hubiese seguido el delito.

13. La mujer noble, que se diese á ramera, muriese ahorcada.

14. A los sacerdotes que debian guardar castidad, si se les averiguase incontinencia, pena de muerte.

15. A los sométicos pena de muerte, el agente atado á un palo y cubierto de ceniza, quedase sofocado, y el paciente sacadas las entrañas por el orificio.

16. Al hijo que levantase la mano para su padre ó madre, y de algun modo les injuriase, pena de muerte y exheredado, para que sus hijos, si los tuviese, no pudiesen suceder en los bienes de los abuelos.

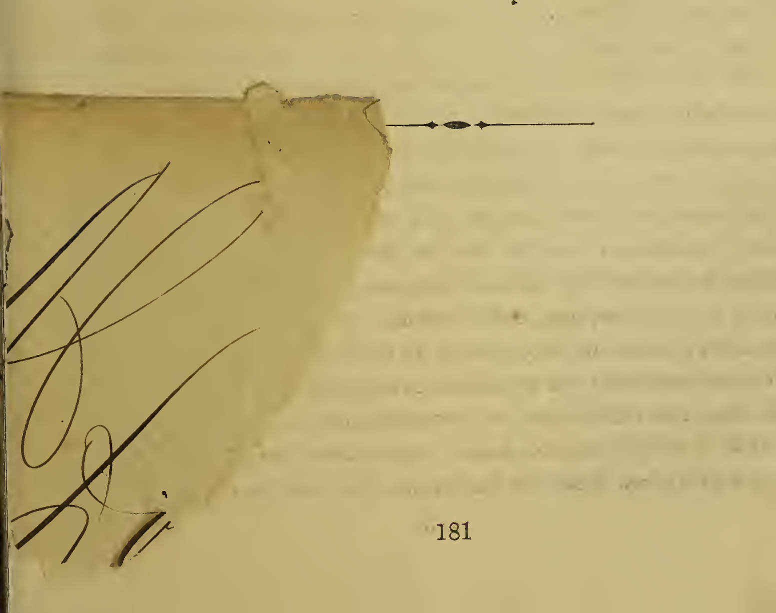
17. Que así mismo pudiese el padre exheredar al hijo que fuese cobarde, cruel, ó desperdiciado.

18. Que el marido pudiese repudiar á la mujer floja, y descuidada en los ministerios de su casa, ó si fuese inquieta ó pleitista, y así mismo pudiese ella separarse del marido.

Crueles son, si se quiere, las disposiciones anteriores, pero no puede negárseles un fondo de justicia y de sabiduría, que las hace entrar en un digno paralelo con las legislaciones antiguas que la historia nos ha trasmitido. Un alto sentido moral se revela en todas las concepciones del gran rey: su odio á la mentira llegaba á tal grado, que castigaba con la muerte á los historiadores que se atreviesen á adulterar en sus pinturas la verdad de los hechos. Merece tambien particular mencion el cuidado especial que puso en la conservacion de los bosques, estableciendo graves penas para los que destruyeran un árbol fuera de los límites señalados. Ni se contentaba solo con publicar leyes profundamente meditadas, sino que velaba por su cumplimiento, mezclándose disfrazado entre el pueblo, para cerciorarse por sí mismo de sus necesidades, para oir las quejas que contra su gobierno

pudiera haber, y satisfacer las exigencias justas ó bien castigar las transgresiones de la ley.

Cuéntase con este motivo que una vez vió á un niño á la entrada de un bosque, recogiendo las ramas secas que por sí solas se desprendian de los árboles, y tratando de persuadirle que penetrara en el bosque, en donde hallaria bastante leña que llevar á su casa, el niño se rehusó obstinadamente, por mas seguridades que el emperador le diera de que nadie le veria y de que el hecho por lo mismo quedaria oculto. Este incidente le hizo conocer que sus leyes eran fielmente obedecidas, y convencido á la vez de la miseria de sus súbditos, mandó ampliar los límites en que los pobres pudieran proveerse de un artículo tan necesario para la vida. Estos rasgos pintan por sí solos el elevado carácter del monarca chichimeca, quien si fué grande en la guerra y en la política, no lo fué menos en la administracion de sus Estados y en el establecimiento de leyes sábias, propias para producir en sus pueblos toda clase de bienes.



XXXVI.

Lo que hemos dicho acerca de los gastos de la casa imperial, es bastante para dar una idea del fausto de la corte chichimeca. No obstante, para completar el cuadro en este particular, parécenos oportuno reproducir la siguiente relacion que hace Ixtlilxochitl de la mas bella residencia de Nezahualcoyotl. Hé aquí el curioso pasaje:

"De los jardines, el mas ameno y de curiosidades fué el bosque de Tezcolzinco; porque ademas de la cerca tan grande que tenia, para subir á la cumbre de él, y andarlo todo, tenia sus gradas, parte de ellas de argamasa, parte labrada en la misma peña; y el agua que se traia para las fuentes, pilas y baños, y los caños que se repartian para el riego de la flores y arboledas de este bosque, para poderla traer desde su nacimiento, fué menester hacer fuertes y altísimas murallas de argamasa, desde unas sierras á otras, de increible grandeza; sobre la cual hizo una targea hasta venir á dar á lo mas alto del bosque, y á las espaldas de la cumbre de él.

"En el primer estanque de agua estaba una peña, esculpida en ella en circunferencia los años desde que habia na-

cido el rey Nezahualcoiotzin hasta la edad de aquel tiempo; y por la parte de afuera, los años en fin de cada uno de ellos, así mismo esculpidas las cosas mas notables que hizo, y por dentro de la rueda esculpidas sus armas, que eran una casa que estaba ardiendo en llamas, y deshaciéndose; otra que estaba muy ennoblecida de edificios; y en medio de las dos un pié de venado, atada en él una piedra preciosa, y salian del pié unos penachos de plumas preciosas; y asímismo una cierva, y en ella un brazo asido de un arco con unas flechas, y como un hombre armado con su morrion y orejeras, coselete y dos tigres á los lados, de cuyas bocas salian agua y fuego, y por orla doce cabezas de reyes y señores, y otras cosas que el primer arzobispo de México D. Fr. Juan de Zumárraga, mandó hacer pedazos, entendiendo ser algunos ídolos; y todo lo referido era la etimología de sus armas.

"Y de allí se partía esta agua en dos partes, que la una iba cercando y rodeando el bosque por la parte del Norte, y la otra por la parte del Sur. En la cumbre de este bosque estaban edificadas unas casas á manera de torre, y por remate y chapitel estaba hecha de cantería una como manera de maseta, y dentro de ellas salian unos penachos y plumas, que era la etimología del nombre del bosque; y luego mas abajo, hecho de una peña, un leon de mas de dos brazas de largo con sus alas y plumas, estaba echado y mirando á la parte del Oriente, en cuya boca asomaba un rostro que era el mismo retrato del rey, el cual leon estaba de ordinario debajo de un palio hecho de oro y plumería. Un poquito mas abajo estaban tres albercas de agua, y en la de en medio estaban en su bordo tres damas esculpidas y labradas en la misma peña, que significaban la gran laguna, y las ramas las cabezas del imperio; y por un lado (que era hácia la parte del Norte) otra alberca, y en una peña esculpido el nombre y escudo de armas de la ciudad de Tolan, que fué cabecera de los tultecas; y por el lado izquierdo, que caia hácia la parte del Sur, estaba la otra alberca, y en la peña esculpido el escudo de armas y el nombre de la ciudad de Tenacocan, que fué la cabecera del imperio de los chichi-

mecas; y de esta alberca salia un caño de agua, que saltando sobre unas peñas salpicaba el agua, que iba á caer á un jardin de todas flores olorosas de tierra caliente, que parecia que llovia con la precipitacion y golpe que daba el agua sobre la peña. Tras este jardin se seguian los baños, hechos y labrados de peña viva, que con dividirse en dos baños eran de una pieza; y por aquí se bajaba por una peña grandísima de unas gradas hechas de la misma peña, tan bien grabadas y lisas, que parecian espejos; y por el pretil de estas gradas estaba esculpido el dia, mes y año, y hora en que se le dió aviso al rey Nezahualcoiotzin de la muerte de un señor de Huexotzinco, á quien quiso y amó notablemente, y le cogió esta nueva cuando se estaban haciendo estas gradas.

"Luego consecutivamente estaba el alcázar y palacio que el rey tenia en el bosque, en los cuales habia entre muchas salas, aposentos y retratos, una muy grandísima, y delante de ella un patio, en la cual recibia á los reyes de México y Tlacopan, y á otros grandes señores, cuando se iban á holgar con él, y en el patio se hacian las damas y algunas representaciones de gusto y entretenimiento. Estaban estos alcázares con tan admirable y maravillosa hechura, y con tanta diversidad de piedras, que no parecian ser hechos de industria humana. El aposento donde el rey dormia, era redondo; todo lo demas de este bosque, como dicho tengo, estaba plantado de diversidad de árboles y flores odoríferas, y en ellos diversidad de aves, sin las que el rey tenia en jaulas, traidas de diversas partes, que hacian una armonía y canto, que no se oian las gentes. Fuera de las florestas, que las dividia una pared, entraba la montaña, en que habia muchos venados, conejos y liebres, que si de cada cosa muy particular se describiese, y de los demas bosques de este reino, era menester hacer historia muy particular."

XXXVII.

Entre las dotes mas notables de Nezahualcoyotl, se encuentra su predileccion por la poesía, hasta el extremo de perdonar la vida á un reo condenado á muerte por haber hecho una bella composicion en que se despedia del mundo. El emperador chichimeca era ademas poeta, y los autores hablan de 60 himnos que compuso, y que desgraciadamente se han perdido en su mayor parte, no quedando mas que los fragmentos de dos que reproducimos en seguida. Parece que el primero fué hecho despues de la toma de Azcapuzalco, y el segundo en las fiestas que hizo con motivo de su matrimonio con una princesa de Tlacopan. En ambas composiciones son notables la profundidad del pensamiento, las consideraciones filosóficas que le inspira la instabilidad de las cosas humanas, la profunda melancolía de un corazon ardiente que halla el vacío en todas partes y que busca con ansia la felicidad en un órden de cosas superior á los fenómenos que hieren los sentidos.

Véase la primera de dichas composiciones, que se encuentra en un manuscrito atribuido á Ixtlilxochitl y que hace parte de la coleccion formada por el padre Vega en tiempo del

virey Revillagigedo, de donde lo tomó para publicarlo por primera vez D. Cárlos María Bustamante:

"Oid con atencion las lamentaciones que yo el rey Nezahualcoyotl hago sobre el imperio, hablando conmigo mismo, y presentándolo á otros por ejemplo. ¡O rey bullicioso y poco estable! ¡Cuando llegue tu muerte serán destruidos y deshechos tus vasallos! veránse en oscura confusion, y entónces ya no estará en tu mano el gobierno de tu reino, sino en el Dios Criador y Todopoderoso. Quien vió la casa y corte del anciano Tetzotzomoc, y lo florido y poderoso que estaba su tiránico imperio, y ahora lo ve tan marchito y seco, sin duda creyera que siempre se mantendria en su ser y esplendor, siendo burla y engaño lo que el mundo ofrece, pues todo se ha de consumir y acabar. Lastimosa cosa es considerar la prosperidad que hubo durante el gobierno de aquel viejo y caduco monarca, que semejante al saúz, animado de codicia y ambicion, se levantó y enseñoreó sobre los débiles y humildes. Prados y flores le ofreció en los campos la primavera por mucho tiempo que gozó de ellos; mas al fin, carcomido y seco, vino el huracan de la muerte, y arrancándolo de raiz lo rindió y hecho pedazos cayó al suelo. Ni fué menos lo que sucedió á aquel antiguo rey Cotzaztli, pues ni quedó memoria de su casa y linage. Con estas reflexiones y triste canto que traigo á la memoria, doy vivo ejemplo de lo que en la florida primavera pasa, y el fin que tuvo Tetzotzomoc por mucho tiempo que gozó de ella. ¿Quién, pues, habrá por duro que sea, que notando esto no se derrita en lágrimas, puesto que la abundancia de las ricas y variadas recreaciones son como ramilletes de flores, que pasan de mano en mano, mas al fin todas se deshojan y marchitan en la presente vida? ¡Hijos de los reyes y grandes señores! considerad lo que en mi triste y lastimoso canto os manifiesto cuando refiero lo que pasa en la florida primavera, y el fin y término del poderoso rey Tetzotzomoc! ¿Quien (repito) viendo esto será tan duro é insensible que no se derrita en lágrimas, pues la abundancia de diversas flores y bellas recreaciones, son ramilletes

que se marchitan y acaban en la presente vida? Gocen por ahora de la abundancia y belleza del florido verano, con la melodía de las parleras aves, y liben las mariposas el néctar dulce de las fragantes flores...... todo es como ramilletes que pasan de mano en mano, que al fin se marchitan, y acaban en la presente vida."

La segunda composicion, fué publicada por Granados el siglo pasado, en su obra intitulada *Tardes Americanas*, acompañando el texto otomí en que parece que la escribió originalmente su autor. Su entonacion es enteramente igual á la anterior, é iguales tambien el pensamiento que domina en ella y su intencion filosófica. Héla aquí:

"Son las caducas pompas del mundo como los verdes sauces, que por mucho que anhelen á la duracion, al fin un inopinado fuego los consume, una cortante hacha los destroza, un cierzo los derriba, y la avanzada edad y decrepitud los agobia y entristece: siguen las púrpuras las propiedades de la rosa en el color y la suerte: dura la hermosura de estas, en tanto que sus castos botones avaros recogen y conservan aquellas porciones que cuaja en ricas perlas la Aurora, y económica deshace y derrite en líquidos rocíos; pero apenas el padre de los vivientes dirige sobre ellas el mas ligero rayo de sus luces, les despoja su belleza y lozanía, haciendo que pierdan por marchitas, la encendida y purpúrea color con que agradablemente ufanas se vestian. En breves períodos cuentan las deleitosas repúblicas de las flores sus reinados; porque las que por la mañana ostentan soberbiamente engreidas la vanidad y el poder, por la tarde lloran la triste cadencia de su trono, y los repetidos parasismos que las impelen al desmayo, la aridez, la muerte y el sepulcro. Todas las cosas de la tierra tienen término, porque en la mas festiva carrera de sus engreimientos y bizarrías, calman sus alientos, caen y se despeñan para el hoyo. Toda la redondez de la tierra es un sepulcro; no hay cosa que sustente, que con título de piedad no la esconda y entierre. Corren los rios,

los arroyos, las fuentes y las aguas, y ningunas retroceden para sus alegres nacimientos: aceléranse con ansia para los vastos dominios de Tluloca (que es Neptuno), y cuanto mas se arriman á sus dilatados márgenes, tanto mas van labrando las melancólicas urnas para sepultarse. Lo que fué ayer no es hoy, ni lo de hoy se afianza que será mañana. Llenas están las bóvedas de pestilentes polvos, que antes eran huesos, cadáveres y cuerpos con alma, ocupando estos los tronos, autorizando los doseles, presidiendo las asambleas, gobernando ejércitos, conquistando provincias, poseyendo tesoros, arrastrando cultos, lisongeándose con el fausto, la magestad, la fortuna, el poder y la admiracion. Pasaron estas glorias, como el pavoroso humo que vomita y sale del infernal fuego de Popocatepec, sin otros monumentos que acuerden sus existencias que las toscas pieles en que se escriben. ¡Ah! ¡ah! y si y› os introdujera á los oscuros senos de esos panteones, y os preguntara, que ¿cuáles eran los huesos del poderoso Achalchiuhltanetzin, primer caudillo de los antiguos Tultecas; de Necaxecmitl, reverente cultor de los dioses? Si os preguntara ¿dónde está la incomparable belleza de la gloriosa emperatriz Xiuhtzal, y por el pacífico Tolpiltzin, último monarca del infeliz reino tulteco? Si os preguntara, ¿que cuáles eran las sagradas cenizas de nuestro primer padre Xolotl; las del munificentísimo Nopal; las del generoso Tlotzin, y aun por los calientes carbones de mi glorioso, inmortal, aunque infeliz y desventurado padre Ixtlilxochitl? Si así os fuera preguntando por todos nuestros augustos progenitores, ¿qué me responderíais? Lo mismo que yo respondiera: *Indipohdi, indipohdi:* nada sé, nada sé, porque los primeros y últimos están confundidos con el barro. Lo que fué de ellos, ha de ser de nosotros y de los que nos sucedieren. Anhelemos, invictísimos príncipes, capitanes esforzados, fieles amigos y leales vasallos; aspiremos al cielo, que allí todo es eterno y nada se corrompe. El horror del sepulcro es lisonjera cuna para el sol, y las funestas sombras brillantes luces para los astros. No hay quien tenga poder para inmutar esas celestes láminas, porque como

inmediatamente sirven á la inmensa grandeza del Autor, hacen que hoy vean nuestros ojos lo mismo que registró la pretericion y registrará nuestra posteridad."

Como un objeto de curiosidad insertamos á continuacion dos versiones métricas que se encuentran en el manuscrito á que antes hemos hecho referencia; la primera publicada en el apéndice á la traduccion de la Historia de Prescott, y la segunda de que no tenemos noticia que haya sido impresa hasta ahora, y que creemos por lo mismo ser los primeros en darla á luz. Debemos advertir que ambas se hallan sumamente incorrectas; que la primera ha sido reproducida con todos sus defectos en el apéndice á Prescott, teniendo ademas añadidas varias estrofas que no hemos podido encontrar en el manuscrito. Por nuestra parte, hemos procurado restablecer el texto como debió ser escrito, pues por pocas que hayan sido las dotes poéticas del traductor, no parece posible que incurriera en errores de tamaña magnitud. Hechas estas advertencias, véanse las referidas versiones:

1

Un rato cantar quiero,
Pues la ocasion y el tiempo se me ofrece;
Ser admitido espero,
Si intento lo merece;
Y comienzo mi canto,
Aunque fuera mejor llamarle llanto.

Y tú, querido amigo,
Goza la amenidad de aquestas flores;
Alégrate conmigo;
Desechemos de pena los temores,
Que el gusto trae medida,
Por ser al fin con fin la mala vida.

Yo tocaré cantando
El músico instrumento sonoroso,

Tú de flores gozando
Danza, y festeja á Dios que es Poderoso;
Gocemos de esta gloria,
Porque la humana vida es transitoria.

De Culhuacan pusiste
En esta noble corte, y siendo suyo,
Tus sillas, y quisiste
Vestirlas; donde arguyo,
Que con grandeza tanta
El imperio se aumenta y se levanta.

Oyoyotzin prudente,
Famoso Rey y singular Monarca;
Goza del bien presente,
Que lo presente lo florido abarca;
Porque vendrá algun dia
Que busques este gusto y alegria.

Entónces tu fortuna
Te ha de quitar el cetro de la mano;
Ha de menguar tu Luna,
No te verás tan fuerte y tan ufano.
Entónces tus criados
De todo bien serán desamparados.

Y tan triste suceso
Los nobles descendientes de tu nido,
De príncipes el peso,
Los que de nobles padres han nacido,
Faltando tu cabeza,
Gustarán la amargura de pobreza.

Traerán á la memoria
Quien fuiste en pompa á todos envidiada,
Tus triunfos y victoria;
Y con la gloria y magestad pasada
Cotejando pesares,
De lágrimas harán crecidos mares.

Y estos tus descendientes,
Que te sirven de pluma y de corona,
De tí viéndose ausentes
De Culhuacan extrañarán la cuna,
Y tenidos por tales
Con sus desdichas crecerán sus males.

De esta grandeza rara,
Digna de mil coronas y blasones,
Será la fama avara;
Solo se acordarán en las naciones,
Lo bien que gobernaron,
Las tres cabezas que el imperio honraron.

En México famosa
Moctezuma, valor de pecho indiano,
A Culhuacan dichosa
De Nezahualcoyotl rigió la mano;
A Tlacopan la fuerte
Totoquilhuastli le salió por suerte.

Ningun olvido temo
De lo bien que tu reino dispusiste,
Estando en el supremo
Lugar, que de la mano recibiste
De aquel Señor del mundo,
Factor de aquestas cosas sin segundo.

Goza pues muy gustoso,
Nezahualcoyotl, lo que agora tienes;
Con flores de este hermoso
Jardin corona tus ilustres sienes:
Oye mi canto y lira
Que á darte gustos y placeres tira.

Los gustos de esta vida,
Sus riquezas y mandos son prestados,
Son sustancia fingida,
Con apariencias solo matizados;

Y es tan gran verdad esta,
Que á una pregunta me has de dar respuesta.

¿Y qué es de Cihuapántzin
Y de Quantzintecomtzin el valiente,
Y de Conahuátzin;
Que es de toda esa gente?
Sus voces, ¡ahora acaso,
Ya están en la otra vida, este es el caso!

¡Ojalá los que agora
Juntos los tiene del amor el hilo,
Que amistad atesora,
Viéramos de la muerte el duro filo!
Porque no hay bien seguro,
Que siempre trae mudanza lo futuro.

2

Tiene el florido verano
su casa, corte y alcázar
adornado de riquezas,
con bienes en abundancia.
Con disposicion discreta
están puestas y grabadas
ricas plumas, piedras ricas
que al mismo sol aventajan.
Allí el precioso carbunclo
de sus hermosas entrañas,
sin dar lugar una á otra,
luces de ciencia derrama.
Allí el diamante estimado
de fortaleza le estampa,
con aquesta, y con sus visos
vivas centellas levanta.

Aquí se ven ofreciendo
las lucidas esmeraldas
del galardon de sus obras
mil floridas esperanzas.
Luego topacios se siguen
que á la esmeralda se igualan,
pues el galardon promete
de la celestial morada.
Aquesto es lo que de reyes,
de príncipes y monarcas
en pechos y corazones
se imprime, encierra y esmalta.
La ametista con el aire,
significando las ansias
del rey para sus vasallos,
de los gustos la templanza.
Todas estas piedras ricas
con vestiduras tan varias
¡oh Padre, oh Dios infinito,
adornan tu corte y casa!
Estas piedras que al presente
con mil amorosas trazas
yo, el rey Nezahualcoyotl,
he juntado aunque prestadas,
son los príncipes famosos,
á uno Axayacatzin llaman,
al otro Chimalpopoca
y Xicomatzintlamata.
Hoy poco regocijado
de sus fiestas y palabras,
y de los demas señores
que aquí con ellos se hallan,
solo siento que por breve
goza de este bien el alma;
pero siempre lo que es gusto
con facilidad se pasa.

La presencia me recrea
de estas águilas lozanas,
de estos tigres y leones
que á mil mundos espantaran,
estos que por su valor
eterna memoria alcanzan,
cuyo nombre y cuyos hechos
eternizará la fama.
Solo agora gozo y uso
piedras ricas como varias
que me sirvieron de lustre
en mis sangrientas batallas.
Hoy, á príncipes tan nobles,
sombra de la indiana patria,
mi voluntad os festeja,
como puede los alaba.
Parece que respondeis,
del alma son muestras claras,
como vapor que de piedras
preciosímas se exhala.
Oh rey Nezahualcoyotl,
oh Moctezuma monarca,
con vuestros blandos rocíos
vuestros vasallos se amparan:
pero al fin vendrá algun dia
que amaine aquesta pujanza
y todos aquestos queden
en orfanidad amarga.
Gozad, poderosos reyes,
esta magestad tan alta,
que hoy ha dado el Rey del cielo,
con gusto y placer gozadla;
que en esta presente vida,
de esta máquina mundana
no habeis de imperar dos veces;
gozad porque el bien se acaba.

Mirad que el futuro tiempo
siempre promete mudanza;
tristes de vuestros vasallos
porque tienen de gustarla.
Veis aquí los instrumentos
cercados con las guirnaldas
de mil olorosas flores;
gozad pues de su fragancia.
Y pues hay paz y concordia
de amistades hoy enlazan
unos con otros asidos;
hoy regocijad con danzas;
para que en un breve rato
de piedras tan estimadas
gozen príncipes y reyes....
....
que para tanta nobleza
la voluntad os consagra
el rey Nezahualcoyotl
juntandoos hoy en su casa.

XXXVIII.

Pocos son los hechos que de Nezahualcoyotl se refieren despues de haber ocupado definitivamente el trono de sus padres; teniendo, por otra parte, necesidad de concluir este trabajo, que ha tomado mayores proporciones de las que creimos al principio, haremos mencion solamente de dos sucesos que son referidos con algunas variantes por los historiadores, y en los cuales, especialmente en el segundo, si se supone un fondo de verdad, se hace preciso reconocer que la imaginacion ha mezclado una gran dosis de esas ficciones propias de la leyenda.

Los soberanos de Tezcoco podian tener muchas concubinas, pero una sola esposa legítima; Nezahualcoyotl, cuyo corazon no era nada insensible á los placeres del amor, permaneció sin casarse hasta una edad bastante avanzada, dándose por motivo de esto el desengaño que sufrió en su primera pasion, pues la princesa que le estaba destinada en secreto, se casó con otro hombre, y llevado despues el negocio á los tribunales, el matrimonio subsistió por haberse probado que al celebrarse, los contrayentes ignoraban aquella circunstancia.

Desde entonces el príncipe sintió una melancolía profunda, de que procuraba distraerse viajando. En uno de estos viajes fué hospedado por el señor de Tepechpan, segun unos, y segun otros, por uno de sus generales llamado Temitzin que vivia en Tlatelolco. A la hora de comer sirvió á Nezahualcoyotl una jóven, desposada, aunque no casada todavia con el dueño de la casa, á la cual Torquemada nombra Matlalzihuatzin y la supone hija del rey de Tlacopan, mientras que otros dicen que era de la sangre real de México y próxima parienta del monarca tezcucano. Este se enamoró luego perdidamente de ella, y para obtenerla apeló al medio infame de mandar á su prometido á una guerra contra una provincia rebelada, que algunos pretenden ser Tlaxcallan, recomendando á dos gefes de su ejército que le pusiesen en el sitio mas peligroso del combate para que muriese, como en efecto sucedió, casándose despues con el objeto de su amor.

No para aquí la divergencia. Las bodas se celebraron con extraordinaria pompa, durando las fiestas 80 dias. Unos dicen que al año tuvo un hijo, el príncipe Nezahualpilli, que le heredó despues en el trono; otros, entrando de lleno en el terreno de lo maravilloso, cuentan que durante varios años su matrimonio fué estéril, como si el cielo hubiese querido castigar el crímen del monarca. Que este, afligido de no tener descendencia legítima, consultó á los sacerdotes, los cuales le dijeron que aquello procedia de que habia descuidado el culto de los dioses, y únicamente podia remediarse por medio de sacrificios humanos. Aunque con repugnancia, Nezahualcoyotl condescendió en que se practicase aquella bárbara costumbre; pero viendo que era infructuosa, y sintiéndose en extremo irritado, prorumpió en estas palabras: "Estos ídolos de palo y de piedra, que ni oyen ni sienten, mucho menos pueden haber formado los cielos, la tierra y al hombre, dueño y señor de todo esto. Algun Dios omnipotente y desconocido es el criador de todo el universo. Solo él puede consolarme y socorrerme." En seguida se retiró á su palacio de Tezcutzinco, en donde permaneció ayunando y ha-

ciendo oracion por 40 dias, al fin de los que tuvo una vision que le aseguró que sus votos habian sido escuchados, y le prometió el hijo que le nació despues.

Este ayuno es atribuido por otros historiadores á una derrota que sufrió el ejército tezcocano por los chalcas, cuyo señor, que parece haber sido el mismo Totzintecuhtli de quien hemos hablado, se rebeló contra el emperador. Segun esta version hubo la misma consulta con los sacerdotes, los mismos consejos de estos y el mismo desengaño, pues en vez de triunfar sobre los rebeldes, el de Chalco sorprendió á dos hijos de Nezahualcoyotl y á dos nobles mexicanos, que segun algunos eran hijos del mismo Moteuhzuma Ilhuicamina, que á la sazon ocupaba el trono de México, y el bárbaro aprehensor les dió muerte y despues saló sus cuerpos, colocándolos en los cuatro rincones de una sala, en donde servian para sostener las hachas con que se iluminaba. La derrota del cruel chalca fué obra del jóven príncipe Axoquentzin, hijo del emperador, que apenas contaba 17 años, siendo anunciado el hecho por una vision sobrenatural á un criado de Nezahualcoyotl y al mismo príncipe, quien penetró al campo enemigo y sacó al jefe rebelde, llevándosele prisionero sin que sus parciales pudieran evitarlo.

Vése, pues, aquí cierta confusion y cierta inverosimilitud que hacen difícil establecer la verdad de los hechos. Mucho antes de la boda de Nezahualcoyotl se habla de una concubina suya, hija del rey de Tlacopan, la que ejercia un grande influjo por su hermosura y talentos sobre el ánimo de su dueño, hasta el extremo de haberle decidido á elevar á su padre al rango de tercer colega del imperio. ¿Era esta la misma Matlalzihuatzin con quien se casó mas tarde? ¿Son dos hijas del rey de Tlacopan, llevando diferentes nombres? Sin tener la pretension de discutir estas relaciones, hemos expuesto simplemente los diversos datos que sobre ellas existen, dejando al lector el cuidado de apreciarlos y de darles el valor que merecen. Es natural que el elemento de lo maravilloso, que no es posible aceptar sin una suma reserva, se

haya mezclado á la historia de un personaje tan ilustre y que representó un papel tan importante en los sucesos de su época. El historiador, sin embargo, por duro que sea despojar á la leyenda del prestigio de la poesía, tiene que marchar sobre un terreno mas positivo, si es que quiere llegar sinceramente á conclusiones precisas que puedan satisfacer á una razon despreocupada.

XXXIX.

Por los años de 1470, Nezahualcoyotl, que tenia ya una edad bastante avanzada, sintió que su fin se aproximaba. Hacia ya cerca de medio siglo que ocupaba el trono tezcucano, y durante aquel largo período habia elevado á su pueblo á un alto grado de esplendor, mediante la sábias leyes que dictara, y la profunda y organizadora política que en todos sus actos se revela. Deseoso de afianzar para el porvenir la suerte de sus súbditos, convocó á aquellos de sus hijos que le inspiraban mayor confianza, á los principales consejeros, á los embajadores de México y Tlacopan, y al único hijo legítimo que debia sucederle, Nezahualpilli, que á pesar de ser todavia muy niño, pues apenas contaba ocho años, daba ya muestras de una inteligencia precoz.

Despues de abrazar tiernamente al príncipe, le vistió las insignias reales; recibió luego á los embajadores, y cuando se despidieron hizo que el niño le repitiese la parte sustancial de la conferencia. En seguida le dió todos los consejos que podia comprender, consejos sanos y sencillos que mas tarde sirvieron á su sucesor. Recomendóle con especialidad el culto del "Dios no conocido," y la prohibicion de los sa-

crificios humanos, manifestando el dolor de no haber sido digno de conocerle, al mismo tiempo que la esperanza de que las generaciones futuras fuesen mas afortunadas. Luego se dirigió al hijo que habia escogido para regente, encareciéndole el alto puesto que iba á desempeñar, haciendo los oficios de padre y estando obligado á dirigir los pasos del príncipe hasta que estuviese capaz de gobernar por sí solo.

En aquellos momentos solemnes exhortó á sus hijos á que viviesen como hermanos, siendo fieles al nuevo monarca. Viendo que los circunstantes daban muestras del profundo dolor que aquella escena les causaba, exclamó Nezahualcoyotl: "No me importuneis con lágrimas y ociosas lamentaciones. Entonad cantos de alegría y mostraos valerosos: que no lleguen á creer las naciones que he subyugado, que sois menguados y cobardes, sino que piensen por el contrario, que uno solo de vosotros basta para someterlos al vasallaje." Palabras verdaderamente notables y que muestran la elevacion de aquel espíritu, que conservaba toda su entereza á las puertas mismas del sepulcro. No obstante, su rostro se cubrió de lágrimas al dar el último adios á sus hijos; pero sobreponiéndose inmediatamente les mandó que saliesen de su aposento, y quedando solo, dió órden á sus guardias que no dejasen entrar á nadie. Poco despues espiró, á los 72 años de edad y 43 de reinado.

"Son tantas las cosas que hizo este príncipe, dice D. Fernando de Alva Ixtlilxochitl en su *Historia Chichimeca*, que es nunca acabar en infinito. Quiero especificar algo mas sus echos, porque hay tanto de pintado, y escrito de los que primero se pusieron á escribir, que no hay Historiador que no trate de él muy especificadamente mas que de otro Señor ninguno, aunque sean de otros Reinos, que son como los rios que todos van á parar en la mar, y así todos los historiadores de la Nueva España, pintaron las historias de los Reyes, y Señores naturales, concluyendo todos en poner los heróicos echos de este Príncipe, el cual para concluir acerca de su valor, y guerras que hizo, se dira en suma por no detener-

nos mas, de lo siguiente. El mató doce Reyes con el Rey Maxtla, Monarca de esta tierra, por sus propias manos. Hallándose personalmente en treinta y tanta batallas sobre diversas partes, y jamas fue vencido, ni herido en ninguna parte de su cuerpo con ser el primero en batallar. Era ligerisimo y animoso sobre manera. Tenia grandes ardides en la guerra. Sugetó cuarenta y cuatro Reynos, y Provincias fuera de todo lo referido, que fueron las siguientes: Quauhnahuac, Tlalhuic, Quauhchinanco, Xicotepec, Pahuatla, Iyauhtepec, Tepexco, Atlacayocan, Chalco, Itztzocan, Tepeaca, Tecalco, Teohuacan, Quauhyxtlahuacan, Cuetlaxtlan, Yohualtepec, Quauhtoxco, y la gran Toxpan que contiene siete Provincias, Toxtepec, Tziuhcohuac, Tlapacoyan, Tlalcozuauhtitlan, Tlaltlauhquitepec, y Mazahuacan, con otros muchos Pueblos, y Lugares, Cohuixco, Oztoman, Cuezatlepec, Izcateopan, Telxahualco, Coctepec, Tlamacolapan, Chilapan, Quiyauhteopan, Ohuapan, Tzompahuacan, Cozamaloapan, y las Provincias de la Quexteca, que son Pamoco, Tlahuitolan, Coxolitlan, Acatlan, Apiaztlan, Tetlcoyoyan, Otlaquiztlan, y Xochipalco, y para la sugecion, y cobramiento de estos lugares enbio á sus hijos por Generales, cuarenta y tres Infantes, y cuatro con el Príncipe Tezauhpiltzintli, que habia de heredar, y lo mandó matar su Padre porque fue muy sobervio, y demasiado de belicoso, aunque en las mas de estas guerras, y conquistas tubo por acompañados á los Reyes de México, y Tlacopan, como estaba tratado entre ellos al tiempo que Nezahualcoyotzin hizo la particion con su tio el Rey Ixcohuatzin, y con Totoquihuaztli de Tlacopan.

"Fue este Rey uno de los mayores sabios que tubo esta tierra, porque fue grandisimo Filosofo, y Astrologo, y así juntó á todos los Filosofos, y hombres doctos que halló en toda esta tierra, y andubo mucho tiempo especulando divinos secretos, y alcanzó á saber, y declaró que despues de nueve Cielos estaba el Criador de todas las cosas, y un solo Dios verdadero, á quien puso por nombre Tloque Nahuaque, y que habia gloria donde iban los Justos, e Infierno para los

malos, y otras muchisimas cosas, segun parece en los cantos que compuso este Rey sobre estas cosas, que hasta hoy dia tienen algunos pedazos de ellos los Naturales. Tambien dijo que los Idolos eran demonios, y no Dioses, como lo decian los Mexicanos, y Culhuas, y que el sacrificio que se les hacia de hombres humanos, no era tanto porque se les debia hacer, sino para aplacarlos que no les hiciesen mal en sus personas, y Haciendas, porque si fueran Dioses amarian sus criaturas, y no consintieran que sus sacerdotes los mataran, y sacrificaran, y así vedó á los Mexicanos que sacrificaran á sus hijos, los cuales de cinco hijos que tenian sacrificaban el uno de ellos, y les mandó que ya que sacrificaban fueran de los que eran habidos en las guerras de esclavos, y así señaló á Tlaxcalan, y Huexotzinco para este efecto, y para que los mancebos se enseñaran, y probaran sus ánimos, porque de otra manera les era muy trabajoso por tener las conquistas muy remotas.

"Fue hombre de gran gobierno, y justiciero porque castigaba cualquiera delito con mucho rigor, especialmente á las personas de calidad, y que habian de dar ejemplo á las demas, y así castigó á muchos Señores, hijos, y deudos suyos. Mandó por todos sus Reinos, y Señorios inviolablemente guardar ochenta leyes, y él hizo, y confirmó otras de sus pasados, entre los cuales los mas graves delitos eran los siguientes, el traidor, el pecado contra natura, el adulterio, el hurto, y el pecado de la omicidia.

"Asímismo fue muy misericordioso, caritativo con los Pobres, Viejos, Viudas, y enfermos, que todas sus rentas las gastaba en darles de comer, y sustentarlos y no se habia de sentar á comer hasta que los Pobres hubiesen comido, y los años esteriles, y de hambre mandaba abrir sus graneros para todos sus Vasallos, especialmente los que tenian necesidad. Era muy gratisimo, y pagaba muy bien á los que le servian así en las guerras, como en otras cosas, haciéndoles grandes mercedes conforme á la calidad de sus personas."

Este resúmen de la vida del grande hombre, escrito por

su nieto, nos ha parecido importante pàra dar fin á nuestro trabajo. En la extension que á este hemos dado, no era posible que cupieran todas las consideraciones á que se presta un personaje de la importancia de Nezahualcoyotl, que sintetiza, por decirlo así, el desarrollo político á que habian llegado los admirables pueblos del Anahuac. Las grandes virtudes, la vasta inteligencia del monarca tezcocano, son suficientes por sí solas para labrar una fama imperecedera; pero cuando á eso se agregan la extraordinaria influencia que ejerció sobre sus compatriotas, las singulares aventuras que corrió en su larga vida, la multitud de pueblos que sometió y la sábia política con que supo gobernarlos, entonces la admiracion crece de punto, y se comprende bien el entusiasmo que todos los historiadores de México han sentido por él, así como las leyendas que la imaginacion ha forjado en derredor de su nombre.

El espíritu sistemático de los sacerdotes católicos que primero se ocuparon de la historia de la América recien conquistada, creyó hallar á cada paso la confirmacion de sus principios religiosos, en hechos y predicciones que se ligaban con su modo de ver particular. La vasta erudicion de Clavijero no le impidió dar crédito á la maravillosa profecía de Papantzin. Nada tiene, pues, de extraño que se haya pretendido hacer de Nezahualcoyotl una especie de David, aplicándole en todas sus partes la historia de los amores del rey israelita con la bella Betsabé; ni que se le hayan atribuido aspiraciones semejantes á las de San Agustin cuando buscaba al verdadero Dios, poniendo en boca del hijo de Ixtlilxochitl la prediccion del próximo advenimiento del cristianismo.

Dejando á un lado esa clase de elucubraciones que no consiente un criterio mas depurado para juzgar de la verdad histórica, vemos en Nezahualcoyotl una inteligencia cuya elevacion le puso encima de las preocupaciones que le rodeaban, comprendiendo fácilmente la barbárie de los sacrificios humanos, la vanidad del culto de los ídolos, y desper-

tándose á consideraciones trascendentales sobre la causa primera de todo lo que existe. En este sentido puede decirse que Nezahualcoyotl profesó el deismo puro; que fué un espíritu fuerte, un libre pensador, usando el lenguaje moderno; que sus ideas filosóficas estaban en abierta contradiccion con las de los sacerdotes de su país, sacerdotes que, fuerza es decirlo, menos bárbaros y audaces que los de otras religiones mas avanzadas, no pretendieron hacer recaer sobre él el anatema de heregía, turbándole en la quieta y pacífica posesion de su imperio. Estas solas consideraciones bastan para que el monarca de Tezcoco merezca toda nuestra preferencia, pues mas que al guerrero, al político y al sábio, amamos al filósofo que busca la verdad al traves de las preocupaciones que le cercan, y que trabaja por que su pueblo dé un paso adelante en el camino de la humanidad y la justicia.

J. M. Vigil.

D. MARTIN CORTES.

I.

EL año de 1564 fué nombrado alguacil mayor D. Martin Cortés, hermano de padre del marques del Valle é hijo de D. Hernando y de la célebre Doña Marina, á cuyo amor y despejada inteligencia debió el conquistador el buen éxito alcanzado en muchas de sus empresas. La Nueva España estaba gobernada por D. Luis de Velasco, primer virey de este nombre, cuya administracion dulcificó un poco á los oprimidos mexicanos las amarguras de la esclavitud, y cuya muerte, acaecida el dia 31 de Julio del mismo año, llenó de consternacion y de luto á los agradecidos corazones de los antes dueños del inmenso territorio que se extendia desde California y Texas hasta Chiapas y Yucatan. El generoso virey habia dicho varias veces á aquellos de sus compatriotas que deseaban que los indígenas sufrieran todo el rigor de sus amos, que *mas importaba la libertad de los indios*

que las minas de todo el mundo, y que no para henchir de oro las arcas de la corona debian ser atropelladas las leyes divinas y humanas.

Naturalmente con semejante conducta el virey se atraia las simpatías de los mexicanos, á cuyo alivio tendian las muchas providencias por él dictadas; la gratitud pública le habia llamado *Padre de la patria*, y el mismo cabildo eclesiástico de México escribió á Felipe II manifestándole el sentimiento que todo el pueblo habia hecho por la muerte del virey, recomendándole al hijo de este para sucederle en el gobierno de la Nueva España, y anunciándole los peligros y dificultades que surgirian del triste acontecimiento en la administracion pública, en lo cual no se equivocaron. Al gobierno dulce y paternal de Velasco y de su predecesor D. Antonio de Mendoza, sucedió el de la audiencia, compuesta de los oidores D. Gerónimo de Orozco, D. Pedro Villalobos y licenciado Zeynos, los cuales fueron el juguete de la arbitrariedad y tiranía del visitador Valderrama, cuya vuelta á España celebraron, no porque creyesen que sin la presencia de aquel mejorarian la situacion del país, sino para gobernar ellos, que no eran mejores que el odiado visitador á quien los mexicanos llamaron el *molestador de los indios.* Los tres oidores gobernaron cruelmente durante los seis últimos meses del año de 1564 y todo el de 1565; los mexicanos soportaban apenas tanto despotismo y arbitrariedades tantas; las violencias de aquellos no reconocian límites, y todo un pueblo oprimido y esquilmado devoraba en silencio sus lágrimas. Sin embargo, el siguiente año de 1566 debia ser mas funesto aún para los mexicanos; el absolutismo de aquella trinidad implacable debia hacerse sentir con mas rigor que antes, debia sellarse con sangre el fin de su dominacion inhumana y cruel.

II.

D. Martin Cortés, marques del Valle é hijo del conquistador y de Dª Juana de Zúñiga, y hermano de padre de D. Luis y de D. Martin, cuya biografía hacemos, habia regresado á México, que era su patria. Educado entre los libres flamencos, como observa un historiador, se habia separado bastante de las costumbres de la época, principalmente de las que dominaban en la Nueva España, á donde es preciso suponer que no habian venido por aquel tiempo los hombres mas ilustrados de la península. La fama, que divulgaba, exagerando algunas veces, las riquezas de México, atraia al suelo conquistado á la audacia y á la avaricia; el deseo de oprimir y especular era el móvil de los actos de la mayor parte de los colonos, y para probar esto basta recordar que Cárlos V dictó varias providencias en favor de los mexicanos, y que el mismo Felipe II, que por cierto no se distinguió por sus sentimientos humanitarios, sancionó medidas semejantes á las de su predecesor. Para un solo Bartolomé de las Casas existian centenares de tiranos que esquilmaban y oprimian al pueblo á pesar de las pocas voces que se levan-

taban en pró de la humanidad y de la civilizacion cristiana ultrajadas.

El marques del Valle era alegre, espléndido en sus gastos, amigo de las masas, á quienes favorecia y á las cuales no trataba con el rigor que acostumbraban los españoles: la auréola de una popularidad adquirida con semejante conducta y con sus prodigalidades, circundaba á D. Martin, y de ella participaban hasta sus amigos, que eran muchos. Entre estos se distinguian Alonso Gonzalez Dávila, jóven intrépido, inteligente y poco amigo de los dominadores de México; el dean de la catedral D. Juan Chico de Molina y D. Luis y D. Lorenzo de Castilla, D. Lope de Sosa, D. Juan de Guzman, D. Fernando de Córdova, D. Francisco Pacheco, Hernan Gutierrez Altamirano, Alonso Estrada y sus hermanos, Diego Rodriguez Orozco, Antonio de Carbajal, Juan de Valdiviezo, D. Juan de Guzman, Bernardino Pacheco de Bocanegra, Nuño de Chavez, Luis Ponce de Leon, Juan de Villafaña y Juan de la Torre. Todas estas personas eran de la nobleza.

Por una desgracia siempre lamentable para los hijos de Cortés, la esposa del marques del Valle dió á luz dos gemelos, y quiso este que se solemnizase espléndidamente el bautismo de sus hijos. Opulento D. Martin, dueño de millares de vasallos y de una multitud de pueblos, dió á la fiesta que meditaba un carácter verdaderamente régio. El 30 de Junio de 1566 fueron llevados á la catedral los gemelos; el dean los bautizó y fueron padrinos D. Luis de Costilla, y su esposa Dª Juana de Sosa. Para esto se construyó préviamente un corredor que unia al templo citado la casa del marques, (1) y al volver por él los hijos de D. Martin tuvo lugar un gran torneo entre doce caballeros nobles.

En medio de la plaza mandó levantar un bosque por el cual corrian venados, liebres y otros animales de caza, á quie-

(1) D. Martin Cortés vivia en una de sus casas del Empedradillo, que están al costado derecho de Catedral.

nes daban muerte los amigos de D. Martin y levantaban los mexicanos flecheros, apostados en diversos lugares; y en la puerta principal de la casa de este se colocaban un buey asado, muchas aves domésticas y de monte y pipas de vino para el pueblo. El dia se pasaba en juegos de cañas, convites, torneos y otros espectáculos, y la noche en cenas, bailes, etc. Esta fiesta se prolongó por seis ú ocho dias, al cabo de los cuales D. Martin, sus hermanos y sus amigos fueron conducidos á la casa de Alonso Gonzalez Dávila, ubicada en la primera calle del Reloj, á un baile dispuesto por el jóven amigo íntimo del marques del Valle. En este baile algunos amigos de Cortés se vistieron del mismo modo que al verificarse la conquista de la ciudad de Tenoch se vestia la nobleza mexicana; se representó el recibimiento que hizo Moctecuzoma II á D. Hernando Cortés; se colocó en el cuello del marques una cadena de oro, y no contentos con esto los alegres convidados, Alonso Gonzalez Dávila puso una corona de laurel en la cabeza de D. Martin y otra en la de la marquesa Dª Ana Ramirez de Arellano, diciendo: *¡Qué bien están estas coronas á vuestras señorías!* Pasóse del baile á una cena, y en los muchos bríndis que se repitieron, se inició la idea de proclamar rey de México al marques del Valle. Todavia se pasaron otros dias de alegría y de convivialidades, como diriamos hoy, y en una de estas, el dean D. Juan Chico de Molina colocó en la cabeza de D. Martin una taza de oro, exclamando como Alonso Dávila: *¡Le está muy bien á su señoría!*

III.

Todos estos acontecimientos que acabamos de referir llegaron á conocimiento de la audiencia; los oidores tenian algunos espías que les informaban de todo, y por estos supieron que los conspiradores amigos del marques del Valle habian señalado para proclamar á este rey de México, el dia 13 de Agosto del mismo año de 1566. (1)

Segun se desprende de lo que dicen todos los historiadores, principalmente Torquemada, que refiere extensamente los sucesos, el marques y sus amigos meditaban dar el golpe de mano de una manera segura. El dia 13 de Agosto se celebraba el aniversario de la conquista; de San Hipólito salia una especie de procesion que acompañaban los oidores, el ayuntamiento, etc., y todos estos debian pasar por la calle de Ta-

(1) Se dijo en aquella época que uno de los delatores habia sido D. Luis de Velasco, hijo del virey del mismo nombre, que fué despues virey tambien; pero segun los historiadores que consultamos, no habia sido así. Lo cierto es, como veremos adelante, que Velasco era regidor aquel año, y la audiencia le ordenó llevar á sepultar al convento de San Agustin á los cuerpos de los decapitados hermanos Dávila.

cuba y salir á la del Empedradillo, precisamente á la esquina de las casas de D. Martin Cortés. En esta esquina debia estar preparado un navio con gentes armadas, las cuales debian quitar el estandarte al alférez real, dárselo al marques, que apareceria montado á caballo, y matar á los oidores y á cuantos rehusaran proclamar como rey de México á D. Martin Cortés, el marques del Valle.

Todo esto lo supo la audiencia oportunamente y se apresuró á obrar. Mandó un recado al marques diciéndole que se habian recibido algunos despachos del rey, que solo en presencia de aquel podian abrirse, y D. Martin acudió al llamamiento de los oidores, que habian apostado tropa para aprehenderlo en la misma sala de la audiencia. Al ser aprehendido el marques, diciéndosele que por traidor se procedia en su contra, empuñó su daga y dijo: *no soy traidor ni los ha habido en mi linaje;* pero reflexionando que era inútil la resistencia, entregó las armas y fué conducido preso á las casas del ayuntamiento.

Inmediatamente se procedió en contra de todos los conspiradores. El dean fué preso en la torre del arzobispado; Alonso y Gil Gonzalez Dávila (este último acababa de llegar á México), D. Luis Cortés, que era entonces justicia mayor, y su hermano D. Martin, hijo de Dª Marina, fueron llevados á la cárcel. Luego se dió órden de prision en sus propias habitaciones á todos los amigos del marques que mencionamos arriba, bajo pena de muerte al que desobedeciera. Se registraron todos los papeles de los reos y se comenzó á proceder en su contra.

IV.

Pero los procedimientos de los tiranos son terribles. Sin que se hubiera formado un proceso propiamente dicho, sin todas las formalidades que establecen las formas tutelares de la ley, los hermanos Alonso y Gil Gonzalez Dávila fueron condenados á la última pena. En vano estos apelaron al rey; no se les oyó; en vano la ciudad intercedió por aquellos desgraciados, primeros mártires de la independencia mexicana; no se atendió á la voz de la conciencia pública. El dia 3 de Agosto á las siete de la noche fueron sacadas las víctimas de la prision en que tan poco tiempo habian permanecido, conducidas en mulas al cadalso que se levantó frente á la casa del cabildo, y degolladas por la mano del verdugo. Los cuerpos de los infelices fueron llevados á San Agustin por D. Luis y D. Francisco de Velasco, y las cabezas de los decapitados clavadas en una picota. El pueblo manifestó de mil maneras su disgusto por la aplicacion de una sentencia bárbara, y los oidores, que comprendian la indignacion pública originada por la tiranía de la audiencia, doblaron las guardias y apostaron patrullas para que impidiesen la reunion del pueblo.

Pasada la noche de la ejecucion y los primeros dias siguientes sin que se hubiese verificado un levantamiento popular contra la audiencia, como temia esta que sucediese, los oidores continuaron el proceso contra todos los demas acusados, y hubieran ellos sacrificado mas víctimas si con los sucesos á que últimamente nos referimos no coincide la llegada á Veracruz del virey D. Gaston de Peralta, marques de Falces.

V.

El nuevo virey llegó á México el dia 19 de Octubre del mismo año de 1566; se avocó el conocimiento de la causa y dispuso que pasasen á España á sincerarse de los cargos que se les hacian, D. Martin Cortés, marques del Valle, el dean Chico de Molina, D. Luis, hermano del primero, y un sacerdote franciscano, y puso en libertad á las personas presas en sus propias casas.

Los oidores reprobaron naturalmente la conducta observada por el virey, y recurrieron al gastado recurso de la calumnia. Acusaron á D. Gaston ante Felipe II, de ser partidario del marques, y de querer como este hacerse rey de la Nueva España. El rey español dió crédito á tales acusaciones, puesto que nombró jueces pesquisidores á los licenciados Muñoz, Carrillo y Jaraba, quienes partieron inmediatamente para México, en donde recibieron el gobierno el primero y el segundo por haber muerto el tercero. El marques de Falces se volvió á España provisto de los documentos que necesitaba para sincerarse.

El sanguinario Muñoz se avocó el conocimiento de la causa contra los conspiradores; encarceló á muchas personas

notables; mandó construir unos calabozos que conservaron mucho tiempo su nombre, y sentenció á la pena de degüello á D. Pedro y D. Baltasar Quesada y á Baltasar Sotelo; mandó ahorcar á Gonzalo Núñez y Juan Victoria, quienes habian sido criados de Alonso Gonzalez Dávila. No contento con esto, y con el fin de descubrir la verdad por el medio inícuo que han empleado los tiranos, Muñoz mandó dar tormento á los hermanos D. Fernando, D. Bernardino y D. Francisco Bocanegra, y aunque ni de esta manera arrancó confesion alguna á las víctimas, estas fueron desterradas á Oran como lo habian sido á España Pedro Gonzalez, hijo del conquistador Andres de Tapia, Oñate y otros muchos.

El país estaba profundamente conmovido con tanta tiranía, sobre todo la capital, que habia visto derramar la sangre de tantas personas respetables, en el patíbulo, que lamentaba la desgracia de muchos hombres que sufrieron el destierro, el tormento ó la confiscacion de bienes. Los mismos que representaban alguna autoridad, los que habian sido mas leales al rey de España, temblaban á la vista de los atentados cometidos por un déspota sediento de sangre y de riquezas, y no podian menos que temer que tambien en ellos se saciara el ódio profundo de un malvado que no reconocia mas leyes que las que le dictaban sus caprichos salvajes.

VI.

Todos estos acontecimientos tenian lugar durante el año de 1567, y aun no se satisfacia el instinto feroz del odiado visitador. Muñoz habia reservado otra víctima para consumar su obra execrable de muerte y desolacion.

El humano marques de Falces habia libertado á muchos de la muerte y de la prision, esmerándose en ser generoso con el marques del Valle y su hermano D. Luis; pero no sabemos por qué causas nada habia hecho en favor de D. Martin Cortés, hijo de Dª Marina y hermano tambien de aquellos. D. Gaston habia dicho que no pondria la mano sobre unos hombres á cuyo padre debia la corona de España la adquisicion de tantos reinos, y sin embargo, D. Martin, quizá por ser hijo de una mexicana, no disfrutó de las mismas consideraciones de que fueron objeto D. Luis y el marques.

D. Martin continuaba viviendo en México, donde representaba á su hermano el marques; muchos de sus amigos habian ido al patíbulo ó al destierro, y él no podia esperar nada favorable. ¡El hijo de D. Hernando Cortés y de Dª Marina fué tambien sentenciado á un tormento horrible!

Atóse á D. Martin al potro del tormento; se le sujetó bár-



LIT DE H. IRIARTE.

TORMENTO DE D. MARTIN CORTES.

baramente la cabeza, y en esta posicion se vaciaba agua abundantemente en la boca del mártir. El inícuo Muñoz presenciaba el suplicio é instaba á su víctima para que hiciese las revelaciones que aquel deseaba, y á cada respuesta negativa de D. Martin, exclamaba furioso el verdugo: *¡Otro vaso de agua!* Los mismos ejecutores de la inícua sentencia manifestaban á Muñoz que ya no podria soportar el reo, sin morir, mayores torturas; pero aquel repetia: *Otro vaso,* y hasta que no comprendió que el desgraciado D. Martin sucumbiria antes que hacer una confesion que lo deshonrara, el tormento cesó, cuando ya era imposible que sufriera mas la víctima.

El espectáculo atroz debia tener algo que lo hiciera todavia mas repugnante. D. Martin Cortés era caballero de Santiago, y por lo mismo se llevó para que presenciasen el tormento á otros dos caballeros, D. Francisco de Velasco, hijo del virey que tanto abogó por los mexicanos, y el obispo de Puebla, D. Antonio Morales. ¡El uno estaba allí prestándose á desempeñar un papel que jamas habria aceptado su generoso padre, y el otro demostraba con su conducta que le hacia cómplice de tantas infamias, que en los lábios de él y en los de los sacerdotes que se le parecen, son una mentira, un sarcasmo la mansedumbre y la caridad cristianas!....

VII.

Tanta iniquidad, tanto atentado hicieron temer á los mismos españoles residentes en el país, quienes participaron á Felipe II lo que pasaba en México, y le manifestaron que perderia tan rica colonia si continuaba gobernándola el visitador. A pesar de la tiranía de Muñoz se hicieron representaciones en este sentido al rey, quien mandó para sustituir á aquel en el gobierno á los licenciados Villanueva y Vasco de Puga, que habian sido destituidos antes del cargo de oidores por el visitador Valderrama.

Los nuevamente nombrados llegaron á México el año de 1568, y presentándose luego á la audiencia con las órdenes que traian contra Muñoz, trataron con ella de la manera con que debian manifestárselas, y no habia un oidor que quisiera encargarse de hacerlo. Tanto temor inspiraba el asesino, que hubo necesidad de que los mismos conductores de los pliegos del rey comunicasen á aquel la resolucion suprema, acompañados del secretario Aburto.

Muñoz se encontraba en el convento de Santo Domingo, á donde se habia retirado á pasar la Semana Santa, y allá se dirigieron los encargados de notificarle la órden del rey. En

la madrugada del miércoles 14 de Abril se leyó la cédula real á Muñoz, quien contestó que obedecia. El visitador salió el mismo dia rumbo á Veracruz sin mas compañero que el Dr. Carrillo, único que participó de la desgracia del verdugo de Nueva España; se embarcó en aquel puerto y llegó á la metrópoli con el marques de Falces, que casualmente le acompañó en todo el viaje. Refieren los historiadores que el rey recibió bien á D. Gaston de Peralta, cuya conducta no reprobó, y que sin querer escuchar ninguna excusa de Muñoz, le dijo: *Te mandé á gobernar y no á destruir.* Afectado el ex-visitador se retiró á su casa, en donde á la mañana siguiente se le encontró sentado, con una mano sobre la mejilla y ya sin vida.

VIII.

Mientras esto sucedia en la vieja España, llegaba á la nueva el virey D. Martin Enriquez, en 1569. El 5 de Noviembre del año anterior habia regresado á México el marques del Valle. Enriquez dió su libertad á los presos que dejó encarcelados el visitador, y D. Martin volvió á ver á los pocos amigos que tuvieron la fortuna de que Muñoz hubiera dispuesto de corto tiempo para hacerles sufrir la muerte ó el tormento.

La colonia española y mas aún los mexicanos, amaban á los hijos de Cortés, cuyas grandes riquezas fueron á veces empleadas en favor de los hijos del país. El lujo que gastaba el marques le concitaba enemigos entre los españoles, pero le proporcionaba amigos y partidarios entre sus compatriotas. Engreidos él y sus hermanos con la popularidad de que gozaban, intentaron en compañía de sus amigos, que eran muchos, independer á México de España, cuya generosa y patriótica tendencia á la libertad les costó bien caro. D. Martin, hijo de Dª Marina, sufrió el tormento, como he-

mos visto; á D. Luis se le confiscaron los bienes, (1) el marques fué desterrado, y los tres hubieran muerto, como los hermanos Gonzalez Dávila y otros, si no viene con tanta oportunidad la real cédula contra Muñoz, y si antes no cuentan los hijos del conquistador con la proteccion de D. Gaston de Peralta. El pensamiento de la independencia de México nació poco despues de la conquista; los primeros mártires de aquella fueron los que tomaron parte en la conspiracion del marques del Valle, á cuya memoria debemos conservar un recuerdo de gratitud y de respeto. Ya veremos como el sentimiento de libertad no llegó á extinguirse en nuestra patria, al referirnos á otros episodios de la época de la dominacion española en las biografías que seguirán á esta.

(1) No dicen los historiadores si durante el vireinato de Enriquez ó despues, se devolvieron sus riquezas á D. Luis y á D. Martin, el hijo de Doña Marina. Nosotros suponemos que sí, porque los hermanos Cortés continuaron viviendo en medio del lujo y de la opulencia.

IX.

Unas cuantas palabras para concluir.

En la introduccion á "Los Hombres Ilustres Mexicanos," dijimos que nuestras biografías vendrian á ser una historia de México, y hemos cumplido hasta donde es posible con este compromiso. Nos ocupamos de una época mejor que de un personaje, como lo hacemos hoy, tanto por aquella causa, como porque para ciertos estudios biográficos suelen proporcionarnos pocos datos los historiadores. Respecto del hijo de Dª Marina, hemos encontrado muy poco en los autores que consultamos.

No es de extrañarse, pues, que no fijemos el dia del nacimiento de D. Martin Cortés ni el de su muerte; ignoramos esto; solo hemos notado que despues de los sucesos referidos ninguno de los hijos del conquistador figuró en los puestos públicos. Respecto de los amigos de ellos, solo nos encontramos con el nombre de Luis Ponce de Leon, quien perteneció al ayuntamiento de 1580. Sin duda los recelosos conquistadores no creyeron deber confiar, despues de la conspiracion que fracasó, de ninguno de los que se habian manifesdo poco contentos con la dominacion extranjera.

Sin embargo, los historiadores nos pintan á D. Martin Cortés amable, melancólico, apacible y de un bello aspecto personal. Era enfermizo, y á pesar de hallarse quebrantada gravemente su salud á la llegada á México de Muñoz, fué llevado al potro del tormento á expiar de una manera digna y honrosa, puesto que el dolor y la desesperacion no le arrancaron ningunas revelaciones, el supuesto delito de amar la independencia de su patria. Se nos olvidaba decir que D. Martin sufrió, como su hermano D. Luis, la pena de la confiscacion de sus bienes y que fué desterrado á España, en donde "murió á poco tiempo á consecuencia de sus martirios y pesares," pesares y martirios que han hecho grata su memoria en el corazon de cuantos quieren la autonomía y la libertad de México, por cuya causa se sacrificó el hijo de Dª Marina.

AGUSTIN R. GONZALEZ.

BARTOLOMÉ DE MEDINA.

I.

EL descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo cambiaron por completo la faz de la civilizacion y del comercio. No solo la maravillosa aparicion de un nuevo continente, las variantes que recibió la ciencia en sus textos y dogmas, fueron el producto de la intuicion y audacia de Colon, de los viajes de Vespucio y del valor de los conquistadores, sino que las hermosas y variadas producciones de las comarcas descubiertas, su riqueza natural, dieron á la nacion que las conquistara una importancia repentina y deslumbradora; su comercio aumentó, se despoblaron sus ciudades para venir á poblar las colonias, y la sed de oro y de fantásticas aventuras, trastornando los cerebros, trajo á estos países á los fundadores de una nueva sociedad, cuyo destino habia de variar tanto con el curso del tiempo.

Uno de los ramos de mayor explotacion despues de la conquista fué la minería; preocupaciones vulgares hicieron que los colonos se dedicaran casi exclusivamente á la extraccion del oro y de la plata, viendo con descuido la de otros minerales como el fierro, el plomo y el mercurio, y tambien aunque en menor escala la agricultura, de modo que á los pocos años de consumada la conquista, ya se habian fundado importantes poblaciones cerca de los minerales y en sitios que llevaron el nombre de *reales* mas tarde.

II.

En uno de estos sitios, en el *real* de Pachuca, fué adonde en 1557, y bajo el gobierno del virey D. Luis de Velasco, se hizo el famoso descubrimiento llamado *amalgama mexicana*, que se usó desde entonces en todas las haciendas de beneficio de metales del continente. Descubrimiento fué este que cambió la faz de la minería mexicana, que llevó el nombre de Nueva–España hasta los últimos confines del mundo, y que inmortalizó el nombre de su autor, Bartolomé de Medina, humilde minero de Pachuca.

Pocos ó casi ningun dato tenemos acerca de la vida de este hombre, lo cual no es raro si se observa que vivia en una sociedad que empezaba á formarse y en una época de la que tenemos noticias tan confusas, que aun se duda de la fecha en que segun el arzobispo Lorenzana, tomó posesion del mando el virey que por entonces gobernó la Nueva–España.

Consta en algunos documentos oficiales, entre ellos en un *Memorial dirigido al Sr. D. Felipe IV;* en la *real cédula expedida en Valladolid en* 4 *Mayo de* 1559, y en el *Informe al Exmo. conde de Salvatierra, virey de México, sobre el beneficio descubierto por el capitan Pedro Mendoza y Pedro García de Tapia,* que

entre todos á los que se atribuyó la invencion de la *amalgamacion de patio y por crudo,* el verdadero inventor fué el minero mexicano Bartolomé de Medina, y que los demas ó fueron sus imitadores ó los que introdujeron su método en las otras colonias españolas del Nuevo-Mundo.

Mas en estos documentos oficiales nada se encuentra relativo á la vida íntima de Bartolomé de Medina, nada sobre sus primeros ensayos, sobre sus estudios, sobre esas meditaciones cuyo conocimiento y cuya narracion ponen siempre de relieve esos grandes caracteres que en épocas determinadas traen un invento, un principio ó un dogma para el mejoramiento físico ó moral de las sociedades. Que la utilidad del procedimiento que se llamó amalgamacion mexicana, ó de Medina, fué conocida por sus mismos contemporáneos, lo prueba la prontitud con que fué adoptado en todos los países del nuevo y viejo continente, pues el canónigo Enrique Garcés, que en 1566 empezó á beneficiar las minas de Huancavelica, lo usó, y Fernandez de Velasco lo introdujo en el Perú en 1571, segun afirma Humboldt en su *Ensayo político sobre la Nueva-España* (Lib. IV cap. XI.)

No podia pasar de otro modo, porque era aquella una época en la que los inventos científicos no tenian gran valor en un país como España, que cifraba toda su gloria en las hazañas de la guerra, sino por la utilidad que traian; útil pareció el descubrimiento del minero de Pachuca, y todos los que se dedicaban á la explotacion de las minas lo adoptaron, sin cuidarse tal vez del inventor, como no se cuidaron tampoco los reyes de España de los descubridores y de los conquistadores de estas regiones, sino de aprovechar los inmensos productos que traian á la corona su conquista y su descubrimiento; tal era el carácter distintivo de la España de entonces.

III.

Curioso seria saber los detalles de la existencia de Bartolomé de Medina, el rango que ocupó en la naciente colonia, y la vida que llevaba en el Real de Pachuca; pero todo está envuelto en la sombra de los primeros tiempos de la Nueva-España.

Que su orígen era español y su familia originaria de Andalucía, se comprende por el apellido de Medina que llevaba, que en árabe quiere decir ciudad, y por la época en que figura en la historia científica de nuestro país. Probablemente era ó descendiente ó allegado de los primeros que pisaron nuestra tierra despues de consumada la conquista; en cuanto á su vida pública, si la tuvo, se pierde en la carencia de documentos de aquella época. Nosotros creemos entrever, no tanto por su permanencia en Pachuca y su dedicacion á un trabajo no comun á los grandes señores, sino por el hecho de que todos los historiógrafos de la colonia que hemos consultado, apenas lo citan como por acaso al citar su invento, que la existencia de Bartolomé Medina se deslizó en aquella medianía de la que el poder español jamas permitió salir á los criollos.

En cuanto á la historia oficial de su invento, es decir, de los honores que pudo traerle, solo hay un medio de averiguar la verdad que no está á nuestro alcance, y es consultar los *archivos de Indias*, en los cuales deben existir curiosos é importantes datos para la historia de México en el siglo diez y seis.

IV.

La amalgamacion en la época en que Medina explotaba las minas de Pachuca, debia hacerse conforme al procedimiento de los indios, y el mismo tal vez que indica Plinio en su libro XXXIII, que consistia en frotar los minerales con sal marina antes de someterlos á la accion del fuego; y hacemos esta última suposicion porque generalmente ciertos métodos y ciertos procedimientos de la industria y de las artes, tienen por maestra á la naturaleza, que los enseña en todas las latitudes á hombres que empiezan á caminar por la vía del perfeccionamiento y de la industria.

Cómo empezó Medina sus investigaciones, cómo hizo sus primeras experiencias, de qué medios se valió, hé aquí lo que no podemos decir; lo cierto es que la *amalgamacion*, tal como él la empezó á practicar y de la que fué autor, demuestra en él una suma de conocimientos, de ingenio y aun de espíritu de empresa y de economía, que lo hacen bastante notable para la época en que vivia.

En cuanto á lo que se reducia el método de Medina, vamos á explicarlo en breves palabras para aquellos de nuestros lectores que no hayan visitado una hacienda de beneficio.

La amalgama no es mas que un nombre especial de las ligas ó combinaciones químicas de los metales entre sí, en que entra el mercurio. En la *amalgamacion mexicana* se llega al resultado de la liga sin recurrir al fuego y reduciendo los minerales á polvo muy fino, el cual se humedece, se le mezcla con sal marina y se le extiende en el enlosado de los grandes y hermosos patios de las haciendas de beneficio. Dispuestos así los minerales se les agrega cal, pirita de fierro ó tequesquite (*carbonato de sosa*) para calentar la masa, y despues de algunos dias se le agrega azogue y se hace caminar sobre el todo hombres ó mulas.

El azogue se agrega á la plata y no queda ya mas que hacer la destilacion en unos toneles á propósito, en donde queda depositada la plata sólida, que no necesita mas que fundirse para emplearla en los diferentes usos á que está destinada.

Este método dió orígen á las haciendas de beneficio, y segun dice el conde de Santiago en su *Descripcion de la ciudad de Zacatecas*, á los cinco años, es decir, en 1562, ya se contaban en aquella zona minera treinta y cinco haciendas donde se *manipulaban minerales con el azogue.*

V.

"El procedimiento inventado por el minero de Pachuca, dice Humboldt, es una de aquellas operaciones químicas que siglos hace se practica con cierto buen éxito, sin que las personas que sacan la plata de su mineral por medio del azogue, tengan el menor conocimiento ni de la naturaleza de las sustancias de que se sirven, ni del modo particular de su accion"....

"El método de Medina tiene la gran ventaja de la sencillez; pues no exige construccion de edificios, ni máquinas, ni apenas fuerza motriz. Con el mercurio y algunos arrastres se puede, en la amalgamacion por patio, extraer la plata de todos los minerales secos, cerca del tiro de donde se les saca y en medio de un desierto, con tal que el terreno esté bastante igual para sentar las tortas. Pero tiene el inconveniente de ser lento y de causar una gran pérdida de azogue, y como este se divide extraordinariamente, y se trabajan á un tiempo millares de quintales de minerales, no se puede recoger el óxido y el muriato de mercurio que arrebatan las aguas del lavadero."

Tal es en compendio la opinion de Humboldt sobre este

procedimiento inventado en los primeros tiempos de la colonia por un habitante de la Nueva-España; defectos tuvo el invento de Medina; pero si se recuerdan el atraso, la ignorancia y el descuido profundo de aquella época y del país que nos conquistó, no se puede menos que admirar el ingenio, y mas que el ingenio las tendencias del hombre cuyas noticias biográficas hemos querido compilar.

Grande honra ha sido para la ciencia mexicana el invento de la amalgamacion, tal como la hemos descrito y como se ha practicado desde 1557 en nuestras haciendas de beneficio; México fué, gracias á él, la primer nacion americana cuyo nombre brilló por un descubrimiento científico, porque bueno es notarlo, nadie llamó al procedimiento de Medina procedimiento español, y aun los mismos peninsulares le daban constantemente el título que indica el país donde se descubrió. Así, pues, si mas tarde otras naciones del continente han superado á México en el número y grandeza de sus inventos, ninguna ha podido disputarle la honra de haber sido la primera en el camino del perfeccionamiento moral y físico, ya teniendo antes que las demas una imprenta, ya perfeccionando la elaboracion de los metales, ya presentando el curioso espectáculo de las sublevaciones periódicas contra el gobierno español, ya decretando antes que ninguna otra la abolicion de la esclavitud, y dando el grandioso ejemplo de romper con las tradiciones del pasado y de ajusticiar á los emperadores.

"La historia, dice Victor Hugo, es un eco del pasado en el porvenir, un reflejo del porvenir sobre el pasado," y bajo estas dos faces que se considere la historia de México, siempre se llenará de orgullo el pecho de sus hijos, y en medio de esa dulce satisfaccion entrará en mucho el recuerdo de ese apóstol de la ciencia mexicana, que conocemos y citamos con el modesto título de *El minero de Pachuca.*

GUSTAVO BAZ.

D. LUIS DE VELASCO,

EL SEGUNDO,

Virey de México.

I.

NO nació en nuestro suelo el hombre cuya biografía vamos á escribir, y esta circunstancia deberia obligarnos á no comprenderla en este libro destinado á dar á conocer los hombres ilustres de México. Vamos á exponer, empero, las razones que hemos tenido presentes para colocar á D. Luis de Velasco el segundo entre las mejores y mas culminantes figuras históricas de nuestra patria. En la larga série de vireyes, que por espacio de tres centurias representaron en este país la autoridad de los reyes españoles, descuella D. Luis de Velasco entre todos como el gobernante que mostró hácia la raza conquistada la mas profunda y constante solicitud, jamas desmentida en las dos veces que ejerció el mando supremo en la sometida y esclavizada colo-

nia. Solicitud y cariño tanto mas apreciados por la posteridad, cuanto que forman gran contraste con la tiranía y altivez de los vireyes que antecedieron inmediatamente á su gobierno y de los que rigieron á la nacion mexicana en el curso del siglo décimo sétimo.

Ademas, D. Luis de Velasco el segundo, hijo del virey del mismo nombre y cuya memoria fué siempre venerada por los conquistados, recibió su educacion en México, y este hecho explica suficientemente su afeccion por el país que luego gobernó en nombre del monarca español. La educacion es una segunda naturaleza que imprime sus huellas indelebles en el corazon humano, así como el solo hecho de nacer en determinado país no es mas que un incidente sin trascendencia en la vida del hombre, si esta vida ha de seguir su curso en otro suelo y en medio de otros hombres.

D. Luis de Velasco, trasladado á México casi en la infancia cuando su padre vino á suceder en el vireinato á D. Antonio de Mendoza, llegó á considerar á este país como su patria querida, de modo que en las dos veces que desempeñó el gobierno, los mexicanos se sintieron orgullosos de que un hombre que consideraban paisano suyo fuera el llamado á regir sus destinos. Todas las crónicas de ese tiempo precisan este hecho, y añaden que el virey mismo considerábase tambien mexicano y no español. Tales son las razones que nos han guiado para colocar á D. Luis de Velasco el segundo entre los hombres ilustres de México. Atiéndase á las preocupaciones que existian á fines del siglo XVI contra los desdichados descendientes del pueblo conquistado; atiéndase tambien al orgullo que cegaba á los conquistadores, que no se conformaban ni con la idea de que eran iguales como hombres á los vencidos, y valorícese luego el noble proceder del hombre que hemos colocado justamente en este libro al lado de las glorias mas puras de nuestra patria.

II.

Tormentoso y asaz revuelto fué el período en que gobernó á la entonces llamada Nueva-España el virey D. Alvaro de Zúñiga, marques de Villa-Manrique. Desde 1585 hasta fines de 1589 en que abandonó el mando supremo de la colonia, pocos momentos de tranquilidad gozó esta última, dividiéndose la opinion de los colonos entre el virey y las órdenes religiosas, omnipotentes en aquella época, y cuyos abusos trató de corregir aquel con ánimo levantado y enérgico. Desgracias de otro género tuvo que sufrir el marques de Villa-Manrique, y que contribuyeron poderosamente á violentar su caida del alto puesto que ocupaba. En 1587 apareció en las aguas del Pacífico el célebre pirata inglés Drake, quien despues de haber saqueado algunos pueblos cercanos á las costas del mar del Sur, se dirigió al cabo de San Lúcas, que se halla situado en la extremidad meridional de la Península de California, para acechar en aquella latitud al galeon de Filipinas, que año por año y cargado de inmensas riquezas se dirigia á México, procedente de las colonias españolas del Asia. No tuvo que esperar mucho tiempo el audaz y afortunado filibustero, y abordando al codiciado galeon hizo pre-

sa de sus tesoros y abandonó á la tripulacion que lo montaba en las áridas playas de la California. Este desastre, que en vano trató de reparar el marques de Villa-Manrique apenas llegó á su noticia, disponiendo que saliese de Acapulco una expedicion marítima en persecucion del pirata inglés, fué explotado á su tiempo en la corte de España por los enemigos del virey, y sobre todo, por los agentes que allí tenian las corporaciones religiosas.

Como si estas causas no bastaran para producir agitaciones en la colonia y empeorar la posicion de Villa-Manrique, en 1588 surgió entre este y la audiencia de Guadalajara enojosa controversia acerca de cuestiones de jurisdiccion, que encendiéndose mas cada dia, obligó al virey á hacer alarde de su fuerza enviando tropas á que tomasen posesion de los pueblos cuya jurisdiccion le disputaba la audiencia. Próximo estuvo el momento de una sangrienta pelea, pues refieren los historiadores de la época que llegaron á avistarse los soldados enviados desde México por el virey, y los que por su parte habia levantado la audiencia de Nueva-Galicia para defender su causa. Un avenimiento tuvo lugar sin embargo antes de que llegaran á las manos, y el virey, con mengua de su autoridad y prestigio, hubo de cejar al fin en sus pretensiones, empeorando con esta última debilidad su poco firme y combatida posicion.

Tantas causas aglomeradas en su daño y desfiguradas por sus enemigos, hubieron de perder al fin á Villa-Manrique en el ánimo del suspicaz y tétrico Felipe II, quien creyendo á su colonia envuelta en los horrores de la guerra civil, destituyóle del vireinato enviando á fines de 1589 para sucederle á D. Luis de Velasco, hijo del virey del mismo nombre que siguió en el gobierno de Nueva-España á D. Antonio de Mendoza, por cuya razon y para distinguirlo de su padre fué llamado el nuevo virey, D. Luis de Velasco el segundo.

III.

Hemos dicho que D. Luis de Velasco el segundo habia llegado á México siendo virey su padre, y recibiendo aquí su educacion, lo que contribuyó á desarrollar en él un profundo amor por este suelo, que desde entonces consideró como si fuera su patria. Diversos cargos desempeñó en este país antes de su partida para España, entre otros el de corregidor en Zempoala y el de regidor en México, capital de la colonia. Creese que un disgusto ocurrido entre él y el marques de Villa-Manrique, poco tiempo despues de la llegada de este á México, le obligó á embarcarse para España, abandonando con tristeza la tierra que veia como propia y en la que habia trascurrido la mayor parte de su vida, tierra que guardaba tambien los huesos de su padre y en la que se mecieron despues las cunas de sus hijos.

Cuando Felipe II determinó remover al marques de Villa-Manrique, del alto cargo de virey de Nueva-España, D. Luis de Velasco acababa de llegar de Florencia, adonde habia desempeñado con satisfactorio suceso la dignidad de embajador español en la corte de los duques de Toscana. Ninguno como él pareció mas apropósito al severo y temido mo-

narca para suceder á D. Alvaro de Zúñiga en la administracion de la mas rica y opulenta de las posesiones hispánicas, "teniendo ademas el rey en consideracion, dicen las cróni-"cas, las repetidas instancias de los mexicanos para que le "nombrase virey, y sabiendo tambien el grande amor que "profesaba á México." Nombró, pues, Felipe II virey á D. Luis de Velasco, previniéndole que marchase sin dilacion á tomar posesion de su cargo, y advirtiéndole que cuidara de desembarcar en otro punto del litoral que no fuese el puerto de Veracruz, en donde tal vez el marques de Villa-Manrique tendria muchos y decididos partidarios, pues los enemigos de este en la corte de Madrid, habian de tal manera abultado las rencillas que le habian dividido de la audiencia de Guadalajara, que Felipe II creia firmemente que la colonia era presa de la guerra civil y que el virey D. Alvaro de Zúñiga se habia rebelado contra su autoridad soberana.

IV.

Al espirar el año de 1589 llegó D. Luis de Velasco á Tamiahua, punto de la costa del Seno mexicano distante setenta leguas al Norte del puerto de Veracruz, é informándose de que sin riesgo alguno podia desembarcar en este último punto, á él dirigió su nave, efectuando su arribo en los primeros dias de 1590. Bien pronto pudo conocer Velasco cuán desfiguradas habian llegado á la corte de Madrid las noticias de Nueva-España, pues si bien fermentaban las pasiones contra D. Alvaro de Zúñiga, ni la colonia era presa de intestina contienda, ni el marques de Villa-Manrique habia pensado rebelarse nunca contra la autoridad de su soberano.

El 25 de Enero de 1590 tuvo lugar la entrada del nuevo virey á la capital de la colonia, despues de haber conferenciado en Acolman con el de Villa-Manrique. Conformes están los historiadores de aquella época en afirmar que las fiestas y la urbana pompa que desplegó la capital en la entrada de Velasco, superaron á las ceremonias con que se acostumbraba festejar hasta entonces la toma de posesion de un nuevo virey. Júbilo grande era para los mexicanos la llegada de un hombre á quien consideraban compatriota suyo, y que

revestido de tan extensa autoridad no podria menos que impartir su poderosa proteccion á los descendientes del subyugado imperio mexicano.

No tardaron en realizarse las esperanzas que hizo concebir el nuevo gobernante. Apenas tomó posesion de su cargo, dedicó toda su atencion al exámen de las mas urgentes necesidades que aquejaban á sus gobernados, resuelto á aplicar vigorosísimo remedio á todos los abusos que se habian introducido con el trascurso del tiempo en la administracion pública. Cordura y patriotismo llevaron impresos sus actos primeros, justificando á los ojos del pueblo la favorable opinion que de él se habia formado, y dándole á conocer tambien como digno descendiente del virey del mismo nombre. Pocos meses despues de su entrada á México mandó que se abriesen las fábricas de sayales y paños establecidas en tiempo de D. Antonio de Mendoza y las cuales se habian cerrado luego, interesados los comerciantes españoles en no tener competencia alguna para la venta de los efectos que importaban de la madre patria. Una fuerte y tenaz oposicion se levantó inmediatamente ante esta utilísima medida, como se levanta siempre que los intereses privados se sienten heridos, aunque sea para beneficiar al mayor número de los habitantes de un pueblo. Despues de la grita que se elevó en los primeros momentos contra la benéfica disposicion de Velasco, recurrieron los comerciantes españoles á frívolos y especiosos pretextos, procurando por este medio aplazar la ejecucion de la órden vireinal. En vano fueron, empero, sus reconvenciones y su injustificable resistencia: firme Velasco en la resolucion que habia tomado, ni se rindió á los halagos, ni cejó ante las amenazas, y arrollando toda clase de obstáculos previno que se impondrian severísimas penas á aquel que pusiese dificultades á la ejecucion de su providencia. De este modo, el monopolio recibió terrible golpe y tuvo principio desde entonces la industria propia de la colonia.

Ancho campo ofrecióse luego á la habilidad política de D.

Luis de Velasco en la conquista pacífica de la nacion chichimeca, que intentó y hubo al fin de llevar á cabo con éxito feliz y completo. Restos de aquellas naciones que hundió en el polvo el hierro de los conquistadores, eran los chichimecas que se refugiaron hácia el Norte huyendo del general y pavoroso naufragio. En esas vastas llanuras que se extienden al Norte y al Noroeste de Zacatecas, y que forman hoy parte de los Estados de Durango y Coahuila, buscaron la libertad y la vida independiente los belicosos y frugales chichimecas, á quienes en vano trataron de reducir los anteriores vireyes, estableciendo presidios y esforzadas guarniciones en las fronteras de Nueva-España que con ellos confinaban. Villa-Manrique tenia pendiente, al bajar del poder, una negociacion entablada con uno de los jefes de la nacion rebelde, con el objeto de procurar su sumision. A Velasco, su sucesor, cupo, empero, la gloria de obtenerla y de consolidar con hábil política una paz tan necesaria á la vida de la colonia y á la prosperidad de los establecimientos españoles de Zacatecas.

En 1591 México presenció la llegada de los embajadores chichimecas que vinieron á proponer la paz en nombre de su nacion, fijando solamente como condicion indispensable para someterse, que se les diera anualmente la carne suficiente para abastecer al pueblo que los habia enviado. Recibió Velasco con sumo agasajo á los embajadores chichimecas y concediéndoles lo que pedian, firmó al punto el tratado, no sin introducir en este la cláusula de que recibiria la nacion sometida á cuatrocientas familias tlaxcaltecas, las que pasado algun tiempo marcharon en efecto á su destino bajo la direccion de algunos religiosos franciscanos, formando luego cuatro colonias que reconociendo por centro á Zacatecas, fueron despues San Luis Potosí, Mesquitic, San Andres y Colotlan.

V.

No obstante que habian trascurrido setenta años despues de la caida del imperio mexicano, vagaban por los montes y las serranías los otomíes y mexicanos sin doblegarse al yugo de la vida civil á que en vano quisieron obligarlos diversos vireyes. Apremiado Velasco por las órdenes del rey de España para que tratase de que los aborígenes dispersos formaran poblaciones, quiso antes de cumplirlas oir el dictámen de los curas y de varias personas distinguidas por *su juicio y cordura*, dicen las crónicas de la época. Tal reunion aconsejó al virey que no intentara la formacion de las congregaciones, si para ello era necesario el empleo de la fuerza, pues era de temerse que se provocara una rebelion en los descendientes del pueblo conquistado. Quiso, sin embargo, D. Luis de Velasco ensayar la medida creyendo exajerado el temor que manifestaron los de su consejo, y al efecto dió las órdenes convenientes para que los indios que vagaban en las sierras vecinas á la capital, fueran obligados á formar poblaciones. Pronto quedó convencido el virey del grande é invencible amor que aquellos hombres profesaban á su vida independiente. Hallan sus emisarios á un indio otomí viviendo

con su familia en una choza que habia construido en medio de un bosque: notifícanle la órden del virey, oblíganle á que les siga y dícenle que debe trasladarse con su familia á otro lugar que va á ser convertido en pueblo; el otomí, sin responder á los enviados de Velasco, entra desesperado á su choza, quita la vida á su compañera, da muerte á sus hijos, mata á los animales que criaba, quema los miserables y escasos utensilios de su pobre albergue y termina por arrancarse á sí mismo la existencia ahorcándose de un árbol. Deplora Velasco, al saberlo, tan lamentable suceso, y lejos de persistir en su propósito primero, suspende las órdenes que tenia dadas respecto al proyecto de las congregaciones; y hace mas aún, representa enérgicamente al rey de España y le manifiesta con entereza los inconvenientes que traeria á la prosperidad de la colonia el cumplimiento de una disposicion inhumana que chocaba abiertamente con los sentimientos mas caros de los conquistados, y le pide que deje al tiempo operar un cambio que ninguna ley puede efectuar sin crueldad ni despotismo brutal.

VI.

El título mejor que posee D. Luis de Velasco para la gratitud de la posteridad, es sin duda alguna la rara energía que siempre desplegó en favor de los indios, oprimidos y vejados de mil maneras por todos los agentes de la administracion colonial. En vano los reyes de España habian expedido infinitas medidas para dulcificar la suerte del pueblo vencido; en vano varios vireyes intentaron llevar á cabo esas supremas disposiciones; tal era la avidez de la mayor parte de los españoles, que esas órdenes reales y que esas humanitarias intenciones del delegado del monarca quedaban siempre sin efecto. Necesitábase, para cortar los abusos sin cuento que diariamente se cometian en los tribunales, para hacer cesar las vejaciones que en ellos sufrian los miserables indios, una alma superior y un elevado carácter, vaciado en el molde de los grandes hombres, rectos y justos. D. Luis de Velasco se sintió capaz de poner un dique á tantas infamias, y durante el año de 1592 logró remediar los muchos males que en este sentido aquejaban á los indios, á quienes consideró siempre como compatriotas suyos. Renovó al efecto la ley dada por su padre en 1554, que disponia fueran sentenciados los

pleitos que no pasaran de diez pesos en el tribunal de los vireyes, y luego se ocupó en fijar los honorarios de jueces, escribanos y demas agentes que intervenian en los negocios de los indios, cuyos salarios debian tomarse del medio real que cada tributario pagaba anualmente, conformándose en todo esto á lo prevenido en la real cédula del 15 de Octubre de 1591. Respiraron al fin los indios al verse libres de aquel cúmulo de gabelas y extorsiones que hacian pesar sobre ellos los encargados de impartir justicia, y acudieron con gusto al tribunal del virey, que fiel á sus principios, administraba justicia en los negocios de su competencia, con rectitud y sin demoras inútiles.

Estas medidas, que llevaron el sello de la justificacion y de la mas acrisolada abnegacion, pues para plantearlas tuvo Velasco que arrostrar con infinitos obstáculos, que chocar con muchos intereses, y que sufrir amargas decepciones, no distrajeron su ánimo ni su inteligencia de otros elevados asuntos. En el mismo año que quedó reformada la administracion de justicia, procedió el virey á la organizacion del tribunal del Consulado, erigido desde el vireinato de D. Lorenzo Suarez de Mendoza, conde de Tendilla, dándole Velasco todo su esplendor y dotándole de un prior, dos cónsules, juez de alzadas y apelaciones, y demas oficiales. Debe México á esta época del gobierno de Velasco la formacion de la Alameda, magnífico paseo y el mejor que cuenta hoy la capital de la República, construido en 1593, sobre el terreno conocido en aquellos dias con el nombre de *Tianguis de San Hipólito.* Tambien se fundó entonces por los cuidados y solicitud del virey, el establecimiento de caridad llamado *Hospital Real.*

VII.

Sufria la colonia en 1595 la humillacion de la servidumbre, aunque suavizada esta en lo posible por un gobierno clemente, ilustrado y recto, cual era el de D. Luis de Velasco, y ocupábase el virey de ensanchar los ya vastos terrenos de Nueva-España, proyectando enviar una expedicion al mando de Juan de Oñate para que conquistase el extenso país que despues recibió el nombre de Nuevo-México, y que entonces se llamaba *reino de Quivira*, cuando llegó á Veracruz en Setiembre de aquel mismo año D. Gaspar de Zúñiga y Acevedo, conde de Monterey, nombrado por Felipe II virey de Nueva-España en sustitucion de Velasco. La corte de Madrid, satisfecha de los importantes servicios que este último habia prestado durante su gobierno, le nombraba virey del Perú, puesto que se consideraba superior al de la misma clase en México. Velasco, despues de dar posesion al conde de Monterey, tomó el camino de Acapulco para dirigirse á su nuevo destino, acompañándole por una larga distancia los miembros de la audiencia, los del ayuntamiento y muchos amigos que deploraban sinceramente su partida. De acuerdo están los historiadores de la época en afirmar que no sin derramar abundantes lágrimas, se alejó Velasco de un suelo que le fué tan querido.

VIII.

Siete años gobernó en el Perú D. Luis de Velasco, al cabo de los cuales, en 1602, tornó á México, cansado de los negocios públicos y deseando pasar el resto de sus dias en medio de sus amigos y parientes y en el suelo que habia adoptado como suyo. No es de este lugar referir los hechos de su administracion en el Perú, y bástenos decir que ellos justificaron en aquel país la fama de que llegó precedido.

Prueba tambien indudable de que gobernó en aquella colonia con entero beneplácito de la corte de España, fué su promocion por segunda vez al vireinato de México. En efecto, en Junio de 1607, residiendo D. Luis de Velasco en sus posesiones de Atzcapotzalco, recibió la real cédula en que se le ordenaba por Felipe III que recibiese el mando de la colonia de manos de D. Juan de Mendoza y Luna, marques de Montes-Claros.

Entró á ejercer D. Luis de Velasco el poder por segunda vez en una edad avanzada, y aunque el peso de los años natural era que hubiese amortigado su proverbial actividad, no fué así, sin embargo, con grande aplauso de los mexicanos que recibieron la noticia de su nombramiento con sinceras manifestaciones de entusiasmo.

Pronto hubo de ocupar toda su diligencia en una grande obra que tendia á salvar de los horrores de la inundacion á la ciudad de México, opulenta ya en aquella época, y que un año tras otro sufria el peligro de desaparecer para siempre bajo las hinchadas aguas de los lagos. En ese mismo año de 1607, la abundancia de lluvias hizo salir de madre las lagunas, sin que pudieran impedir la inundacion las obras provisionales mandadas construir por el marques de Montes-Claros.

Pensó Velasco que era llegado el momento de cortar el mal de raíz, no oponiendo á la inundacion débiles y pasageros diques, sino emprendiendo el desagüe de las lagunas por medio de un canal que arrojase sus aguas al rio de Tula. Pero obra de tal magnitud requeria tales gastos y tanta prudencia para erogarlos útilmente, que durante la segunda mitad de 1607 no se emprendió cosa alguna, empleando el virey este período en consultar á los ingenieros y hombres competentes que residian por aquel tiempo en la capital, así como en combinar la manera de reunir la crecida suma de dinero que semejante empresa requeria.

Ya en los últimos dias de ese mismo año, y adoptado el plan que debian seguir las obras del desagüe, dióse principio á ellas con toda la pompa y la ceremonia oficial que se usaban en aquellos tiempos, en que la Iglesia unida estrechamente al Estado, intervenia en todos los asuntos civiles. Cantóse una solemne misa en Huehuetoca, y acto continuo empuñando Velasco una azada dió la señal de que comenzaban los trabajos.

Durante los años de 1608 y 1609 avanzaron con grande actividad las obras del desagüe, no alcanzando á cubrir los gastos que ellas erogaban los fondos municipales ni aun las rentas de la corona que Velasco habia destinado á este objeto. Preciso fué al virey arbitrar extraordinarios recursos con que hacer frente á tamaña dificultad, y al efecto gravó las propiedades de la ciudad con el uno por ciento sobre su valor, habiendo producido esta contribucion la suma de trescientos cuatro mil pesos, cubriéndose el impuesto por todo li-

naje de personas y corporaciones, menos la de los franciscanos, que en esta vez como en otras dió muestras de mezquino egoismo.

Obstáculos de índole diversa presentáronse luego á la actividad y solicitud que habia desplegado Velasco en esta colosal empresa. Un hábil matemático, llamado Juan Sanchez, miembro de la Compañía de Jesus, fué el primitivo autor del plan que se trazó para realizar el desagüe, habiéndose conformado los primeros trabajos á las indicaciones del jesuita. Otro ingeniero llamado Enrico Martinez, de cuyos talentos hablan siempre con caluroso encomio los cronistas de la época, quedó asociado, por órden del virey, al P. Sanchez. Pronto surgieron desavenencias entre ambos ingenieros, que contribuian á debilitar el impulso que imprimió D. Luis de Velasco á una obra en cuyo término estaba fincada la salvacion de la ciudad. Tales diferencias tuvieron punto con la retirada del jesuita Sanchez, quedando al frente de la direccion de los trabajos el ingeniero Enrico Martinez.

El desagüe del Valle, que aun hoy mismo no puede llevarse á cabo, fué emprendido con entusiasmo por el virey Velasco en una época de inmenso atraso para las ciencias y con menos elementos de los que hoy se pueden emplear. Quedó, como un recuerdo de su gobierno, el famoso canal de Huehuetoca, que cegó despues el trascurso del tiempo y la incuria de los vireyes que le sucedieron en la administracion de la Nueva-España.

IX.

En el año de 1609 hubo de sofocar Velasco una rebelion, que acaudillada por un negro llamado *Yanga*, levantó su bandera en las serranías y bosques que rodean á Córdova, en el que es hoy Estado de Veracruz. Confusas como son las noticias que de esa rebelion nos han trasmitido las crónicas, bastan, sin embargo, para juzgar su orígen con toda probabilidad de acierto. Hostigados los esclavos que servian en aquellas haciendas, por el trato cruel é inhumano que de sus señores recibian, hubieron de apelar al sagrado derecho de la insurreccion, y alzáronse en armas, refugiándose en los inextricables y fragosos bosques que se hallan situados en esa parte de nuestra patria. Apenas supo Velasco que habia estallado la revuelta en las montañas de la provincia de Veracruz, hizo salir de México una fuerza de seiscientos soldados bajo el mando de D. Pedro Gonzalez de Herrera, con órden de atacar y someter á los rebeldes. Despues de varios encuentros en que salieron airosas las tropas del virey, pidieron indulto los esclavos, y D. Luis de Velasco, lejos de exterminarlos como debia esperarse del espíritu de su época y de la política que observaron siempre en idénticos casos los representan-

tes del rey de España, se apresuró á concedérselos y les otorgó el permiso de fundar en las cercanías de Córdova un pueblo que se llamó San Lorenzo. Pocos casos ó ninguno como este se registran en la historia de los demas vireyes que gobernaron á México.

Por esta época recibió Velasco el título de marques de Salinas, que le concedió la corte de España como premio de sus distinguidos servicios en el Perú y la Nueva-España, "merced que todo México aplaudió," añade Betancourt en su obra intitulada *Tratado de la ciudad de México,* pues que los mexicanos, acostumbrados á considerar como paisano suyo á D. Luis de Velasco, sintieron lisongeado su amor propio con la distincion que aquel recibió de su monarca.

X.

Sus últimas disposiciones en la segunda vez que desempeñó el vireinato se enderezaron á aliviar la suerte de los indios, agobiados bajo la inmensa pesadumbre de la esclavitud. Ya hemos dicho que á pesar de las reiteradas órdenes de la corte de España, en que se mandaba dulcificar la desgraciada condicion de los indígenas, estos gemian bajo durísimo yugo. Al principio del siglo XVII el conde de Monterey, uno de los mas despóticos y arbitrarios mandarines que rigieron á México mientras fué colonia de España, recibió una real cédula por la que se establecian determinadas disposiciones acerca del tratamiento que debia darse á los indígenas. Empero, este virey era el menos á propósito para realizar las grandes reformas que en este sentido exigian, no solo la humanidad sino los intereses bien entendidos de la madre patria. Contentóse con llevar á cabo algunas de las disposiciones contenidas en la real cédula y suspendió la práctica de las demas avisando á la Corte, que de plantearse, traerian grandísimos trastornos sobre la colonia.

Acometió D. Luis de Velasco la empresa que desdeñó el conde de Monterey, y para alcanzar un éxito completo arro-

lló todos los obstáculos que amontonaron en su camino los intereses heridos de los españoles. Obtuvieron, en fin, los vencidos una situacion mas bonancible que la que hasta allí tuvieran. Dispuso Velasco que á los indios de los *repartimientos* se les diesen víveres y ropa á precios moderados, imponiendo severísimas penas á los que hiciesen lo contrario. Previno que cesaran los crueles castigos á que se les condenaba por la mas ligera falta; reglamentó los *repartimientos*, señalando el jornal que debian recibir los indios de aquellos que los ocupasen, los trabajos en que debian ser empleados, el tiempo que habian de trabajar diariamente, quitándoles las faenas duras como las de las minas; y procuró en todo suavizar la suerte de una raza infeliz á quien noventa años de ruda servidumbre habian hundido en la mas abyecta y deplorable situacion.

Ocupábase el virey con empeñosa diligencia en mejorar la suerte de los indígenas cuando recibió en 1611 el nombramiento de presidente del Consejo de Indias, alto puesto con que quiso recompensar el monarca español los distinguidos servicios prestados por D. Luis de Velasco en Nueva-España y el Perú. Forzoso fué á este abandonar la patria que habia adoptado, y sentido sinceramente por la poblacion entera de la colonia se embarcó por Veracruz el mes de Junio de 1611, con direccion á España, donde murió algun tiempo despues respetado de todos y mereciendo su nombre y sus hechos un lugar muy distinguido en la historia.

XI.

Tal fué D. Luis de Velasco el segundo, á quien hemos creido digno de figurar entre los hombres ilustres de nuestra patria. Para apreciar debidamente sus virtudes preciso es remontarse á aquellos tiempos en que él vivió y gobernó en México; tiempos de dura opresion en la misma España; dias en que el derecho, que irradia hoy sobre los pueblos cultos de la tierra, apenas si brillaba para la conciencia de escasos y esforzados pensadores. Velasco, nacido en España pero educado en México, adopta á este suelo por patria. Elevado al vireinato, lejos de enorgullecerse por haber nacido en la tierra de los conquistadores y dueños de la colonia, hace gala de su amor profundo por la tierra de los esclavos y los oprimidos. Bajo un régimen puramente autocrático, á cuya sombra muchos de los vireyes de México solo trataron de acumular inmensas riquezas, Velasco, al contrario, pensó en algo mas noble y elevado, en gobernar segun los eternos principios de la justicia, de la equidad y de la clemencia. Bajo su administracion dió principio la industria de la colonia, recibió duros golpes el monopolio de los comerciantes españoles, ensancháronse los límites de Nueva-España, embelleció-

se la capital del país, fundáronse poblaciones en los confines del territorio nacional, y los indios sintieron, en fin, que se aligeraba el peso de sus cadenas. Por eso México independiente, México libre y dueño de sus gloriosos destinos, coloca hoy con justicia en la larga lista de sus hijos ilustres el nombre de D. Luis de Velasco el segundo.

JULIO ZÁRATE.

LOS PINTORES JUAREZ.

I.

UNA dolorosa perplejidad se apodera de la mente del escritor, cuando se ve obligado á penetrar casi á tientas en una de aquellas épocas pasadas en que, tales tinieblas se agrupan al rededor de unos cuantos conocimientos imperfectos, que parece que el campo de la historia se encuentra envuelto en un crepúsculo. Unos cuantos rayos de luz esparcidos aquí y allá no son bastantes para dar una idea perfecta de los objetos; y á medida que las formas se confunden en la penumbra, las proporciones aumentan ó disminuyen segun el estado que en aquellos momentos guarda el ánimo del espectador.

Tal es lo que en este instante acontece al autor de las presentes líneas. Las épocas de calma son tan desfavorables para el historiador, como los climas salubres para los médicos; y así como éstos consideran cual una tierra de promision los

lugares en que las enfermedades se ceban mas en los habitantes, aquel respira solo en la atmósfera sangrienta de los campos de batalla ó en el ambiente viciado de las intrigas palaciegas y de los enredos diplomáticos.

Solo á la calma profunda, á la paz sepulcral en que vivia una sociedad que, por espacio de cerca de tres siglos, parecia haber bebido en las aguas del Leteo, puede atribuirse esa oscuridad densísima, que cubre la historia de México bajo el automático gobierno vireinal. Consultando las crónicas de aquel tiempo, lo único que en el espacio de varios años viene á veces á romper la monotonía de los ayuntamientos entrantes y salientes, de la llegada de la Nao de China ó de la salida del pendon en el dia de San Hipólito, es la procesion de una nueva imágen por las calles de la capital, algun terremoto que, á pesar de los estragos que causa, lleva el nombre de un santo del almanaque, ó la llegada de un virey que abriga las mismas buenas intenciones de enriquecer que su predecesor, que al morir deja bajo pliego cerrado instrucciones á la audiencia, para que sus entrañas sean trasportadas á la metrópoli en un frasco lleno de espíritu de vino, y el resto de sus cenizas enterrado en la iglesia de un convento, en un lugar bastante accesible para que cada fiel se procure la inmensa satisfaccion de pisotear cadáver á aquel á quien en vida era preciso hablar con la cabeza descubierta.

II.

Poco hay que decir de aquellos tiempos, felices, si la felicidad es un don negativo; y el Padre Cavo es un digno historiador de ese gran convento llamado Nueva-España, cuya aristocracia del talento la formaban unos cuantos frailes domínicos ó franciscos, la del dinero los mercaderes del Parian, y la del nacimiento algunos mineros que compraban un título de conde ó de marques, pagando en oro un volúmen igual al humo de la vanidad que llenaba sus cerebros de advenedizos.

Y si en el mundo de la política reinaba tan sepulcral silencio, ¿qué sería en las sublimes regiones del arte, en el que, para elevarse, es necesario que el espíritu se encuentre preocupado por alguna de esas sensaciones de malestar que experimentan las grandes almas no comprendidas, de alguna de esas vagas aspiraciones que acometen á la mente presa de los impuros lazos de la tierra?

En aquella época, la sociedad mexicana se encontraba en el estado de ánimo de un hombre que acaba de hacer una buena comida, y que se entrega, con el cerebro entorpecido y con el alma paralizada, á la beatitud extática de una lenta

digestion. En esa paz profunda, en esa calma absoluta, no se veia en el cielo de la idea un solo relámpago que anunciase la tempestad del alma. Las necesidades no existian; no siendo conocidos los goces, no era posible notar su ausencia; el pasado era tranquilo, el presente sereno, el porvenir sin nubes; ¿qué se podia, pues, esperar de sublime de una sociedad que dormia con la misma tranquilidad que un propietario que tiene su casa asegurada de incendios?

Si alguna alma elevada, *rara avis in terra*, intentaba despertar del letargo en que yacia, el indiferentismo que en derredor de ella reinaba la volvia á adormecer; y si su actividad se sentia contrariada, no tenia otro recurso que lanzarse, en vez de al espacio sin límites de la idea, al campo mezquino y estrecho de las especulaciones pecuniarias, que ofrecia por única recompensa al hombre emprendedor los medios para vivir, en medio de la riqueza, con la misma miseria que un mendigo.

III.

Era verdaderamente aquella una existencia menos que material, porque ni los goces mismos que el culto á la materia produce, podian existir. Ricas vajillas de plata y oro para tomar en ellas malos alimentos; palacios suntuosos mas desnudos en su interior que una boardilla; joyas de inmenso valor haciendo un contraste con los vestidos viejos; carrozas grandes como templos en las que entraban sus dueños sin saber á dónde ir. ¿Era esto vida, acaso? Volvamos la vista hácia la esfera moral. Habia, es cierto, universidades, colegios, en los que el principal deber de los estudiantes era cubrir sus delgadas formas con el traje talar, su cabeza con el negro bonete del hijo de Loyola, y despues de diez ó doce años de llevar tan ridículos disfraces, sabian, con ayuda de unas cuantas definiciones teológicas, lo necesario para blasfemar de Dios impunemente; con algunas distinciones escolásticas, lo suficiente para volver lo blanco negro y lo negro blanco; y con varias leyes casuísticas del Dijesto, lo preciso para desnudar á toda luz al género humano. El pensamiento no estaba muerto, porque ni siquiera nacia aún.

Es tan exacto el cuadro que acabamos de trazar, que, aun

hoy dia, resentimos los tristes efectos de la pésima educacion clerical que se dió á la Nueva-España. Mucho tenemos que caminar en busca de un hombre de verdadera ciencia en cuya mente haya anidado algun pensamiento profundo, alguna idea general, algun punto de vista nuevo. Y á cada paso encontramos, por el contrario, abogados muy sábios en el derecho romano que no tienen la menor nocion de las instituciones que nos rigen, que ni siquiera conocen la ortografía de su idioma; sacerdotes que con leer mal en latin se disculpan de no saber la lengua española, que por todo estudio religioso han leido el Breviario, y que suben al púlpito con el mismo aplomo que Bossuet y Massillon, ignorando del todo quiénes han sido Massillon y Bossuet. La educacion escolástica solo puede producir especialistas en ciencias inútiles para la humanidad.

En semejante atmósfera de ignorancia ¿cómo era posible que el arte, reflejo de todo pensamiento elevado, de toda idea generosa, hijo de la observacion y de los adelantos literarios y científicos, pudiese, no diremos progresar, pero ni siquiera nacer? El arte, expresion del ideal, no puede vivir en una sociedad sin ideas; y con dolor tenemos que confesar que las bellas artes en México bajo el régimen colonial nunca fueron mas que una pálida copia de las artes españolas.

Los artistas mexicanos no obraban por inspiracion, porque nada en su patria podia inspirarles pensamientos grandiosos; sino por imitacion, adoptando como bueno todo lo que en la metrópoli era tenido por tal.

IV.

Dejando á un lado los obstáculos morales que se oponian en la Nueva-España al desarrollo de los estudios estéticos, habia otros materiales, digámoslo así, que en gran parte cooperaban á que el arte nunca pudiese poner un pié sólido en nuestro país. No era posible que los grandes artistas españoles y flamencos, cuya posesion se disputaban las cortes soberanas de Europa, pasasen á un país nuevo, en donde un público de ignorantes advenedizos no podia ser un apreciador digno de sus obras inmortales. Si algunas producciones de ellos encontramos en México, generalmente eran obras de pacotilla, ejecutadas á toda prisa por encargo de ricos particulares ó de alguna comunidad religiosa. En ellas no habia inspiracion propiamente dicha. Siempre imágenes de santos para oratorios ó para altares; imágenes que, las mas veces, no expresaban otra idea que la que su vulgar piedad inspiraba á las personas que mandaban ejecutarlas. El artista no habia puesto en ellas de su propia cosecha, mas que el lienzo y los colores: la idea era agena; la inspiracion, la vida, la chispa sagrada que Prometeo infundiera al hombre y con la que éste hace que su alma se refleje en sus creacio-

nes, se encontraba ausente. Tales eran las fuentes en que los artistas mexicanos se veian obligados á beber.

Es cierto que algunos pintores españoles, atraidos por la codicia, vinieron á nuestra patria, trayendo consigo algunas tradiciones de las escuelas de que acababan de desertar. Pero estas tradiciones eran incompletas: al pasar de súbito de una atmósfera en que el arte se ostentaba en todo su esplendor á otra en que era absolutamente desconocido, sus ideas estéticas sufrian un trastorno completo: era otro aire, otra luz, otra vida, otras ideas, otros tipos: y si á esto se añade que los pintores venidos á México estaban muy lejos de ser verdaderos maestros, pues, difícilmente, si lo hubieran sido, habrian abandonado su patria, se comprenderá desde luego cuán pobres lecciones debieron dar, y qué clase de artistas pudieron formar con ellas.

Todo esto que decimos no es una crítica de los pintores mexicanos cuyas biografías nos proponemos escribir: simplemente manifestamos las causas que les impidieron elevarse á la altura á que por su talento eran acreedores; y no dudamos que la mejor disculpa para sus errores son estas causas mismas.

Pero antes de entrar en materia y, puesto que á pesar de la diversa senda que tomó la llamada escuela mexicana de pintura, es hasta cierto punto hija de la española, hagamos á grandes rasgos un estudio sobre el estado en que el arte se encontraba en España en el momento en que apareció entre nosotros: estudio que nos servirá al mismo tiempo, como de una especie de introduccion á la série de biografías artísticas que es nuestro intento escribir.

V.

El inmenso fulgor del Renacimiento se iba apagando ya. De aquella actividad febril, de aquella exhuberancia de vida que brotaba de todos los poros del cuerpo social, solo quedaban aquí y allá algunos grandes espíritus inflamados aún en la divina llama en que se habia abrasado el siglo XVI. La siguiente centuria habia sabido conservar lo conquistado en el período anterior; pero estaba muy lejos de poseer las mismas dotes creadoras que éste. ¿A qué debe atribuirse esta brusca paralizacion del Renacimiento? En nuestro concepto, á ninguna otra causa que á la Reforma. El Renacimiento era una revolucion pagana; y, si hubiese continuado con el mismo vigor por la senda que al principio se trazó, la humanidad habria vuelto á los tiempos mitológicos, y el culto que comenzaba á tributarse á la materia en lo alto del Vaticano, habria terminado por extenderse por el mundo entero. A la Reforma cupo la gloria de haber derribado á Epicuro del pedestal que la locura humana le levantara. Sometiendo á su ley á los reflexivos pueblos del Norte hizo retroceder el materialismo ante sus doctrinas profundamente ideales; y aterrados en el Mediodia los sacerdotes ca-

tólicos al escuchar su poderosa voz, arrojaron lejos de sí las rosas del festin; y, oponiendo, como un poderoso dique á la marcha siempre creciente de las nuevas ideas religiosas, la Inquisicion y la Compañía de Jesus, lograron, por medio del espanto y del rigor, hacer retroceder á esa fraccion de la humanidad que aun permanecia á sus órdenes á los tiempos ascéticos y piadosos de la Edad Media. En España especialmente, fué en donde el sistema defensivo adoptado por Roma obtuvo un éxito completo. La sombría imaginacion clerical extendió sobre aquel hermoso país el fúnebre velo de los terrores religiosos. A la idea de la muerte y de las penas eternas, la conciencia humana se habia estremecido, y el alma, acometida al menor escrúpulo por locos terrores, habia concluido por tener horror no solo á la materia, sino al pensamiento, no solo al pensamiento, sino á la vida misma. El acto mas sencillo de la existencia era considerado como un pecado mortal; y el fraile, desde lo alto del púlpito ó en el fondo del confesonario, infundia en los fieles la idea de que era una ofensa á Dios todo aquello que no favoreciese á sus ministros. Si á esto se añade que el fanatismo ayudado por el espionaje y la delacion se habian convertido en ley; que la Iglesia y el Estado se habian unido para tiranizar al pueblo con mas impunidad; que el hijo, el padre, la esposa, eran otros tantos enemigos domésticos de todo el que tenia la desgracia de no creer, se verá que se puede describir el estado moral de la España en los tres siglos anteriores al presente, con estas siete palabras muy diferentes de las que pronunció el Cristo en el Calvario: "¡Con el rey y la Inquisicion, chiton!" Se comprenderá entonces cómo el Catecismo era el resúmen de los conocimientos humanos.

VI.

No era posible que el arte fuese el único que levantase la frente en medio de aquella atmósfera de ascetismo que envolvia y sofocaba los ramos todos de la actividad del hombre. El arte no podia expresar otras ideas que las de la sociedad en que vivia; y encontrándose cercado, acosado por todas partes, emprendió su vuelo hácia el único punto por donde una puerta se le abria: hácia el cielo. Aunque nacido en el Renacimiento, el arte español nunca ha sido hijo de él. La robusta inspiracion pagana no cabia en aquellos pechos sobrecogidos de espanto ante el siniestro resplandor de las hogueras del Santo Oficio; y, abandonando los artistas, casi sin conocerlo ellos mismos, las tradiciones de las nuevas escuelas, ciegas idólatras de la forma, volvieron insensiblemente á los tiempos en que una humilde escuela, refugiada en las montañas de la Umbria y en la falda occidental de los Apeninos, hacia palpitar los corazones piadosos con sus creaciones llenas de misticismo y de fé. La escuela de Fra Angélico de Fiesole es, en verdad, la fuente en que la escuela española se inspiró. Parece al contemplar sus obras, que sus pintores se limitaron á poner en práctica las

órdenes del segundo concilio de Nicea: "La santa Iglesia católica pone en obra todos nuestros sentidos para atraernos á la penitencia y á la observancia de los mandamientos de Dios; ella se esfuerza en inspirarnos, no solamente por el oido, sino por la vista, el deseo que tiene de perfeccionar nuestras costumbres."

Aquellos artistas eran unos verdaderos creyentes, que hacian con sus pinceles la propaganda de la fé, como los misioneros con el crucifijo. Fieles depositarios de las tradiciones religiosas, sin preocuparse por la vida mundana ni por la ciencia, permanecian firmes en su devocion y en su ideal religioso, sin que las mas claras manifestaciones del realismo pudiesen conmoverlos. Con excepcion de tres ó cuatro génios que, como Velazquez, abrieron otra senda á su inspiracion, la mayor parte de los pintores españoles consagraron sus talentos exclusivamente á los asuntos religiosos. Sus obras eran exquisitas por el sentimiento religioso que en ellas reinaba. La belleza inmaterial se manifestaba en todo su esplendor: eran obras de fé, éxtasis del alma, adoraciones y no pinturas. Como el Angélico, deben de haberse arrodillado antes de comenzar sus trabajos, y, al representar al Nazareno pendiente de la cruz, sus ojos deben de haberse bañado en llanto.

Con semejantes ideas estéticas, era imposible que la belleza y la naturalidad de la forma representasen el principal papel. No era aquella la inspiracion viril de la Grecia ó de la Italia: era la uncion religiosa que habia construido la catedral de Colonia, unida al fanatismo que levantara el Escorial.

Al ser trasplantado á México, el arte español no cambió. Las mismas costumbres, idénticas ideas y un fanatismo mas exagerado quizá, reinaban en la colonia: y por consiguiente el arte, con las mismas condiciones de vida y mayores obstáculos para su desarrollo, á saber, un pueblo nuevo, falto de educacion y aislado del mundo entero, era preciso que tuviese las mismas cualidades y los mismos defectos en la Nueva

que en la Vieja España. Y como, por otra parte, los buenos modelos que imitar faltaron en nuestra patria, como á fuerza de paz y de bienestar el espíritu no se fijaba en otra cosa que en la satisfaccion de las necesidades materiales, resultó, como forzosa consecuencia, que los pintores mexicanos ni tuvieron la habilidad de ejecucion de los españoles, ni tributaron al ideal ese culto delicado que era el carácter distintivo de la escuela que se proponian seguir.

VII.

Hechas estas reflexiones, que á la vez que, como un juicio crítico de la escuela mexicana de pintura, pueden ser consideradas como una disculpa de los errores en que incurrió, entremos de lleno en la tarea que nos hemos impuesto.

Ante todo, debemos hacer advertir á nuestros lectores que estos estudios, en su mayor parte al menos, no son ni pueden ser verdaderas biografías. Los datos históricos relativos á muchos pintores mexicanos y en especial á los que son objeto del presente artículo, faltan absolutamente; pero como los hechos de la vida de un artista son verdaderamente sus producciones, esperamos que el que pase su vista por las presentes líneas, quedará satisfecho con saber cuáles son las principales obras que tal ó cual pintor ejecutó, y el mérito artístico que se les puede conceder.

No seremos nosotros los que perdamos el tiempo en inútiles conjeturas, para averiguar si el introductor de la pintura en México fué Rodrigo de Cifuentes, Cristóbal de Villalpando ó Fray Pedro de Gante. Bástenos saber que en la aurora del siglo XVII existia ya en esta ciudad un pintor español de gran reputacion llamado Baltasar de Echave. Es-

te artista, de gran talento, puede ser legítimamente considerado como el padre de la pintura mexicana; y simplemente con examinar las obras que de él nos han quedado, basta para conocer que los pintores que le sucedieron no hicieron otra cosa que seguir por la senda que él les trazara.

El que alguna vez haya visitado las galerías de pintura de la Escuela Nacional de Bellas Artes, debe haber sentido atraidas sus miradas hácia tres ó cuatro cuadros de un estilo dulce, tranquilo, sereno como las aguas de un estanque en donde retrata sus profundidades el cielo azul. Aquellas obras tienen que ser hijas de la fé, de un sentimiento religioso, llevado hasta el éxtasis y la contemplacion. Indudablemente, sus autores no pueden haber sentido palpitar su corazon por ninguna pasion mundana, su alma jamas ha sido víctima de los terribles embates de una tempestad moral. Aquellos cuadros nada tienen que recuerde las tremendas visiones apocalípticas de Miguel Angel, ni el espíritu enérgico y sombrío del Españoleto. Son una vaga aspiracion hácia la futura vida, son esos dulces sentimientos que nacen del arrobamiento divino, son la imágen de Mignon presa de la nostalgia del cielo, son las obras de los Juarez, en fin.

VIII.

Dos eran, Luis y José, discípulos, segun por el estilo se puede descubrir, de Baltasar de Echave, y existentes ambos en el décimo sétimo siglo. He aquí lo único que de ellos se sabe, ignorándose absolutamente si fueron parientes. Del primero, de Luis, tenemos un texto de D. Cárlos de Sigüenza y Góngora, en el "Paraíso Occidental," lib. I, cap. IX, en que refiriendo que el retablo grande de Jesus María costó nueve mil pesos, añade: *precio que no parecerá excesivo á quien haya regalado la vista con la inimitable suavidad de sus pinturas, en que se excedió á sí mismo el mexicano Luis Juarez, pintor excelente, y uno de los primeros de aqueste siglo.* La pintura del retablo tuvo lugar en 1621. Segun el Sr. Couto, "Diálogo sobre la historia de la pintura en México," desde algunos años antes ejercia ya el arte, pues el cuadro que representa la Aparicion del Niño Jesus á San Antonio tiene fecha de 1610.

Luis Juarez fué un pintor de gran mérito, si se atiende á la época en que vivió y á los grandes obstáculos que se le presentaban para que llegase á la perfeccion. Es cierto que falta en sus cuadros el dibujo correcto, que los pliegues que

pinta son duros, que los paños carecen de aire; pero en cambio, el colorido se acerca algo al de la escuela sevillana, y el sentimiento exquisito, el idealismo sentido que domina sus obras, hacen que de buena voluntad se le perdonen todos sus errores.

Sus principales cuadros son, ademas del San Antonio, de que hemos hablado ya, la *Aparicion de la Vírgen á San Ildefonso*, *El desposorio de Santa Bárbara*, *La Ascension del Señor*, y *La Oracion del Huerto*, en la que se independió un poco de su primer estilo, y que parece ser su obra capital.

IX.

De José Juarez tenemos aún menos datos que de Luis, y solo sabemos que fué posterior á éste en algunos años, pues un cuadro suyo tiene fecha de 1653. Este era un artista sumamente superior al otro del mismo apellido. En sus obras se vé un estudio mas concienzudo del modelado, mejor colorido, mayor conocimiento en la composicion y mas naturalidad en las actitudes.

Seis cuadros se conservan de él, la mayor parte de sumo mérito, siendo de notarse entre ellos el que representa á los *Santos Niños Justo y Pastor*, y la *Vision celestial de San Francisco.*

Por lo demas, es tan asombrosa la semejanza de estilo en los dos Juarez, que, sin peligro de engañarse, se puede asegurar que, si nó hermanos por la naturaleza, lo fueron á no dudarlo por el arte.



S. HERNANDEZ LITOG.º LIT. DE H. IRIARTE.

LA ORACION DEL HUERTO

Pintura de Luis Juarez

X.

Antes de concluir, haremos una ligera análisis de los cuadros de estos dos pintores que se representan en las litografías adjuntas al texto.

"La Oracion del Huerto," de Luis Juarez, cuadro del tamaño natural, que se encuentra en la galería de pinturas de la antigua escuela mexicana de la Academia Nacional de Bellas Artes, es una obra de gran mérito y en la que, como dijimos antes, el pintor se independió un poco del estilo dominante entre los artistas de aquella época. Aunque no es original la idea, el pintor ha impreso en ella la huella de su génio, y ha dado á las figuras cierto aire de originalidad y de dulzura, que hace que su obra se distinga á la simple vista de las de los maestros españoles é italianos què trataron el mismo asunto. La composicion es sencilla, feliz: sentidas las figuras y bien comprendidos los personajes. El dibujo, aunque correcto, es algo duro: los paños tienen esos pliegues fuertes, recortados, que los hace parecer como de papel: el modelado casi no existe, defecto muy comun en los pintores mexicanos, que trabajaban de memoria y sin copiar modelo alguno: el color es bellísimo y lleno de verdad.

El "San Antonio" del mismo autor, pertenece á la escuela mística que, á pesar de sus mil defectos, no se puede negar que causa en el espectador una impresion profunda. Mediano colorido, poco dibujo, ningun conocimiento verdadero de la forma: en cambio, un sentimiento exquisito, una dulzura infinita: el alma que se lanza hácia el cielo y Dios poniéndose en comunicacion con el hombre. El niño Jesus que aparece al santo es una figura llena de gracia y de idealismo.

Pasemos á José Juarez.

Dos cuadros copiamos de él: "Santos Justo y Pastor," y la "Vision seráfica de San Francisco."

El primero es sin duda alguna la mejor obra de la escuela mexicana de los siglos XVII y XVIII: composicion elevada, dibujo grandioso y sentido, color admirable. En el rostro de los niños está perfectamente caracterizada la inocencia, y la figura del ángel que se inclina es digna del pincel de Rafael.

No haremos los mismos elogios del San Francisco: aunque la composicion es regular, el dibujo correcto y el colorido bastante bueno, el artista no estuvo tan feliz como en el cuadro anterior: aquella es una obra espontánea, inspirada, verdadera hija del génio: el San Francisco es estudiado, calculado, se buscó en él, mas que el sentimiento, el efecto. Sin embargo, la figura de María presentando á su hijo respira una dulzura y una poesía infinitas.

XI.

Tales fueron las obras de los dos primeros artistas mexicanos dignas de consideracion; y, á pesar de la falta de verdadera originalidad que en ellas se nota, y de los muchos defectos de que adolecen, no se puede negar á los Juarez un lugar muy elevado entre los hombres ilustres mexicanos.

FRANCISCO G. COSMES.



JUAN RUIZ DE ALARCON.

DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.

I.

DON JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA descendió de aquel famoso y valiente caballero Perran Martinez de Ceballos, que conquistó su apellido de ALARCON enarbolando la bandera de la cruz el 30 de Noviembre de 1117, en la fortaleza de *Alarcon*, levantada sobre altísimos y escabrosos peñascos y casi rodeada por el Júcar.

El rey D. Alfonso el Bueno al darle aquel apelativo, concedióle tambien á perpetuidad la alcaidía de aquel castillo, y dióle por armas tres fajas negras en campo de plata, orladas con dos órdenes de jaqueles de oro y rojo, que eran las de los Ceballos; mas Alfonso VIII les añadió una nueva orla con ocho aspas de San Andres, doradas y en campo azul, que eran una alusion al dia en que fué tomado Alarcon. Ese escudo recibió un nuevo ornamento con una cruz de fuego floreada de oro, que recibió el Ceballos como recompensa

por su conducta en la célebre batalla de las Navas de Tolosa.

De ese Perran Martinez de Ceballos, decimos, fué descendiente el famoso ingenio dramático cuya biografía vamos á escribir, valiéndonos para nuestro propósito de la obra del literato español Fernandez Guerra y Orbe; obra que fué premiada por la Academia española é impresa á sus expensas; obra que tiene curiosísimos detalles de sucesos acaecidos en los dias en que floreció ALARCON, y en la que, con una riqueza admirable de erudicion y de juiciosa crítica, manifiesta el autor las causas que influyeron en el mayor ó menor éxito de las comedias del poeta, y en los sentimientos que dominaban en su alma al tiempo de escribirlas.

II.

Dedúcese desde luego por las laboriosas investigaciones hechas por el Sr. Guerra y Orbe, que Alarcon no nació en Tasco como hasta ahora se ha creido, sino en la ciudad de México, segun se ve por los documentos siguientes, que son las certificaciones de estudios y grados hechos y obtenidos por Alarcon en Salamanca, desde el año de 1600 al de 1602.

"D. Matías García Martin, Doctor en jurisprudencia, Abogado de los tribunales nacionales y secretario general de la Universidad literaria de esta capital.—Certifico: Que en el libro de matrícula de la Universidad de Salamanca, que dió principio en 24 de Noviembre de 1599 y concluyó en 29 de Agosto de 1600, al fólio ciento, se lee el encabezamiento siguiente: "*Estudiantes y bachilleres que dijeron ser en la facultad de leyes de este anno de mil quinientos noventa y nueve en mil seiscientos.*" En la lista de alumnos matriculados en la expresada facultad al fólio ciento seis vuelto, se lee: "*Juan Ruiz de Alarcon, natural de México en la Nueva-España,* 2º *Bcta á* 25 *de Octubre de* 1600." Asímismo certifico que en el libro de bachilleramientos en todas facultades que empezó en 22 de Abril de 1598 y concluyó (segun se expresa en la carpeta del

mismo) en el año de 1605, al fólio sesenta y ocho se lee lo siguiente: "*Sant Lucas de* 1600.—*Bachilleramiento en Canones de Juan Ruiz de Alarcon* NAL. DE MEXICO *en la Nueva-España. Trajo sus cursos de México.—En Salamanca, á veinticinco dias del mes de Octubre de mil y seiscientos años y á la hora de las nueve de la mañana, el Doctor Diego Espino de Caceres, Catedratico de prima de Canones, dio y concedio el grado de Bachilleramiento en Canones al dicho Juan Ruiz de Alarcon. Testigos el licenciado Alonso Sotillo de Mesa y Alonso Davila y Juan Perez de Mendiola y Diego Hurtado Bedel é yo Bartolome Sanchez, Notario y Secretario.*—En igual forma certifico: Que en el mismo libro de que se ha hecho mérito, al fólio ciento sesenta y cuatro, se halla el acta de Bachilleramiento en leyes, cuyo tenor literal es como sigue: "*San Lucas de* 1602.—*Bachilleramiento en leyes de Juan Ruiz de Alarcon,* NATURAL DE MÉXICO *en Indias, Bachiller en Canones por Salamanca*.—En Salamanca, á 3 dias del mes de Diciembre de 1602 años, á la hora de las dos de la tarde, el Doctor Juan de Leon, Doctor en leyes y Catedratico de prima de Canones, dio el grado de Bachilleramiento en leyes al dicho Juan Ruiz de Alarcon. Testigos Gregorio Fernandez de Toledo y Diego Hurtado y Gregorio de Robles, Bedeles é yo el dicho Secretario."—Estas certificaciones de Bachilleramientos están firmadas y rubricadas por Bartolomé Sanchez, Notario Secretario.—Y en cumplimiento de lo dispuesto en la órden de la direccion general de Instruccion pública de tres del actual, y de lo acordado por el señor Rector, expido la presente, visada por el mismo, sellada con el de esta Universidad y firmada por mí, en Salamanca á catorce de Diciembre de mil ochocientos sesenta y uno.—DR. MATIAS GARCIA MARTIN.—Vº Bº BELESTA. (Al márgen, el sello en blanco de la Universidad de Salamanca.)"

En la fé de Bachilleramiento en Canones, se lee lo que sigue:

"yo Bartolomé Sanchez, notario público apostólico etc. etc. etc.... doy fé y testimonio verdadero á los que el presente

vieren como en la dicha ciudad de Salamanca .... el Dr. Diego Espino de Caceres cathedrático de prima de Canones dio y concedio el grado de bachilleramiento á D. Yoan Ruiz de Alarcon, NATURAL DE LA CIUDAD DE MEXICO de la nueva españa etc."

Y mas adelante:

"Otro sí yo el dicho notario y secretario doy fe que en la dicha ciudad de Salamanca ..... el Dr. Juan de Leon Doctor en leyes y cathedratico de prima de Canones dio y concedio el grado de Bachilleramiento en leyes por esta Universidad al dicho bllr Juan de Alarcon NATURAL DE LA CIUDAD DE MEXICO *en la nueva españa etc.*"

Como se ve, en aquellos tres certificados y en los títulos de bachiller en cánones y en leyes, se dice de Alarcon, *natural de México en la Nueva-España, en Indias*, y no *natural de Tasco en la Nueva-España*, como sin duda se habria dicho en caso de que el gran poeta hubiera nacido en el último punto; y á mayor abundamiento, para afirmar esa opinion, hay otro documento que tambien publica el Sr. Guerra y Orbe, y es el informe del Consejo Real de las Indias acerca de los méritos de Alarcon, emitido á 1º de Julio de 1625. En el se leen las siguientes palabras:

...."parece por PAPELES que tiene presentados, estudio en Salamanca, el año de 602, y se graduo en aquella Uniuersidad de Bachiller en canones y leyes, y hauiendo vuelto á la ciudad de México, DONDE ES NATURAL, rreciuio en aquella Uniuersidad el grado de Licenciado en leyes etc....."

Y mas adelante, uno de los méritos que aduce el Consejo en favor del poeta, es que "*su padre fue uno de los mineros de las de Tasco de lo que rresulto aumento á la rreal hazienda ....*"

Esta circunstancia de que su padre se radicó y fué minero en Tasco, y la de que allí naciera D. Pedro, hermano del poeta, dieron, sin duda, orígen para creer que D. JUAN RUIZ DE ALARCON nació en aquel pueblo; pero para nosotros, eso no pasa de ser una induccion, mientras que es una prueba que él se haya presentado á la Universidad de Salamanca

como *natural de México* en Nueva España, y no *natural de Tasco* en la Nueva-España; prueba cuyo peso aumenta, cuando el Consejo de Indias dice que presentó *papeles* por donde parece, es decir, aparece; es decir, consta, que estudió en Salamanca y se recibió de abogado en México, *donde es natural.* ¿Cuales fueron esos papeles? Sin duda que tanto al claustro de la Universidad de Salamanca como al Consejo de Indias, ademas de los certificados de estudios, debe haber presentado la fé de bautismo; porque sin ella no le habrian recibido para estudiar, ni menos para ser empleado: pues demasiado se sabe que en aquella época, tanto en España como en México, y acaso todavia en España, y hasta hace algunos años en México, uno de los documentos que se exigian á los que pretendian estudiar, era la fé de bautismo, no solo para saber la edad del pretendiente, sino, en aquellos tiempos en España y en México, para atestiguar que profesaba la religion católica, y para probar la limpieza de su sangre, que ni los herejes, ni los descendientes de moros, ni de judios, ni de otra mala casta, podian obtener los grados literarios ni los empleos del Estado.

Hé ahí las razones que tenemos para asegurar como aseguramos, que D. JUAN RUIZ DE ALARCON nació en la ciudad de México; y de nuestra opinion es el literato español Guerra y Orbe, quien escribió su obra en España, en donde floreció ALARCON; y quien dice que éste, en todos los documentos de su carrera, en los rótulos de sus versos y en sus instancias de pretendiente, repitió sin descanso que era natural de México.

Para dejar esa circunstancia tan clara como la luz del mediodia, tuvimos la idea de hacer buscar en las parroquias de esta capital, la fé de bautismo del vate corcovado; pero tropezamos con la dificultad de no saber á punto fijo el año de su nacimiento; y aunque ese inconveniente puede salvarse, registrando los libros de actas de bautismo de los últimos veinte años del siglo XVI, nuestras tareas no nos han permitido dedicarnos á ese trabajo. Esperamos, sin embargo, con-

sagrarnos á él; y acaso al fin de este volúmen, publicaremos la fé de bautismo, que diga la edad y el lugar del natalicio del gran poeta.

Mientras tanto, hijo de Tasco ó de la capital de la república, en último resultado, es mexicano; y nosotros, mexicanos tambien, nos enorgullecemos de contar entre nuestros compatriotas, al poeta que inspiró á otro poeta *frances* la primera *comedia francesa*, y que creando la comedia moral, hizo tomar otro giro á la accion civilizadora del teatro.

III.

No se tienen datos seguros para fijar los años que tenia ALARCON cuando comenzó sus estudios, pero debe haber sido durante su segunda infancia cuando entró á cursar en la Universidad de México.

Despues de haber dado muestras de su notable inteligencia en el estudio de la gramática, se matriculó en la facultad de cánones, ganando en los tres primeros años *Decreto, Decretales* y *Sexto,* con cuyos conocimientos quedó apto para pretender el título de Bachiller.

Resuelto á recibir ese grado en la Universidad de Salamanca, emprendió su viaje á la península en la flota del Perú y tierra firme, mandada por el capitan Francisco Coloma; y despues de una travesía de tres ó cuatro meses, desembarcó en Sevilla, desde donde se dirigió á Salamanca que era el punto objetivo de sus deseos.

Presentóse al claustro universitario, entregó los certificados que daban crédito á sus estudios; y habiendo probado sus conocimientos en diez exámenes que duraron mas de media hora cada uno, recibió el grado de bachiller en cánones, segun hemos visto, el 25 de Octubre de 1600. Matriculóse

inmediatamente en la facultad de leyes, y dos años despues, el 3 de Diciembre de 1602, recibió en la misma Universidad el grado de bachiller en leyes.

La asiduidad en los estudios no le abandonó, y los dió por concluidos el 24 de Junio de 1605.

Entonces tropezó con uno de esos obstáculos tan frecuentes en la vida del estudiante. Hallábase pobre, y no tenia con que sufragar los crecidos gastos que debia costarle su grado de licenciado. Resolvióse, por tanto, á ir á Sevilla, en donde, ademas de encontrarse con relaciones de familia, podia ejercer su profesion al lado de algun notable abogado de aquella época.

Tres años permaneció ALARCON en Sevilla, abogando en la Real Audiencia, y conquistándose una reputacion envidiable, de hombre instruido y honrado; y de muy buenas costumbres.

En aquellos dias comenzó á mezclarse en el movimiento literario de la época, y es de suponerse que asistiera á las academias del Duque de Alcalá, y á las del veinticuatro Arguijo; pero en lo que no cabe duda es en que perteneció á la Academia que bajo el modesto nombre de *cofradía*, fundó y dirigió D. Diego Jimenez de Enciso, y de que concurrió con sus *cofrades* á las fiestas de San Juan de Alfarache, el 4 de Julio de 1606.

En esas dos fiestas campestres á las que asistieron muchos literatos de buen humor, fué nombrado *presidente* Diego de Colindres, *secretario* el inmortal autor del Quijote, *fiscal* RUIZ DE ALARCON, *mantenedor* Jimenez de Enciso, y *repostero* Alonso de Camino.

El programa de aquel paseo se componia de un *torneo*, una *comedia* y un *certámen literario;* y los asuntos que se señalaron para este, fueron *un elogio á las almorranas*, á la *esgrima*, á la *sopa en vino; consolar á una dama que le sudaban las manos*, describir la *primavera* y el *invierno*, celebrar al *arraez del barco*, ponderar los *trabajos de los poetas*, la *pereza*, el *cuida-*

do del mantenedor, los *habladores*, y finalmente, glosar un pié con dos sentidos.

En ese certámen tomaron parte D. Diego Arias de la Hoz, Andres de la Plaza, Roque de Herrera, Lorenzo de Medina, Juan Bautista de Espinosa, Juan Antonio de Ulloa, el licenciado Gayoso, Miguel de Cervantes Saavedra, Juan de Ochoa, Hernando de Castro, D. Diego Jimenez de Enciso y D. JUAN RUIZ DE ALARCON; y de todas esas composiciones, las de los cinco últimos fueron las mas razonables.

Despues, como hemos dicho, de tres años de permanencia en Sevilla, y de haberse hecho notable por su talento y por su honradez, ALARCON se embarcó para su patria, y el 5 de Abril de 1608 zarpó de Cádiz el navío en que se dirigia hácia el mundo de Colon.

El viaje fué feliz. Una vez en la capital, en los cinco primeros dias del mes de Febrero de 1609, se presentó á la Universidad de México pidiendo ser recibido de abogado, cuyo título obtuvo el dia 21 del propio mes y del propio año, título que le fué concedido por unanimidad de los veintiun examinadores.

Desde esa época permaneció ALARCON en su ciudad natal, estudiando siempre y procurando obtener una cátedra en la Universidad, con cuyo fin se opuso en cuanta oportunidad se le presentó, teniendo el sentimiento de no haberla obtenido, por mala fortuna; pero no porque se le reprobasen los ejercicios, que, todo lo contrario, fueron vistos con admiracion. Despues de muchos contratiempos literarios, que adunados con su pobreza le hicieron prescindir de sus aspiraciones, abandonó la idea de graduarse de doctor; y, cansado el destino de serle tan adverso, fué empleado por la Real Audiencia, en donde supo hacerse notable por su talento, por su elocuencia, por su instruccion y por su rectitud, viéndose distinguido por el Acuerdo, que en distintas veces le confirió importantes y delicadas comisiones.

Su honradez, su prudencia, su infatigable celo y su enérgica imparcialidad le atrajeron el afecto de D. Luis de Ve-

lasco el segundo, marques de Salinas, que á la sazon era virey de la Nueva-España; y la amistad que le tomó este potentado, valió al poeta, que, á pesar de su joroba le nombrara teniente de corregidor de la ciudad de México (1610.)

Y quiso entonces la suerte que se ausentara el corregidor, y ALARCON entró á sustituirlo, y se manejó con tal pureza, con tal imparcialidad, que mereció la reputacion de juez íntegro, y que acreciera el afecto que le profesaba el virey, quien, dice el Sr. Guerra y Orbe, que no estaba contento sin verle á su lado cada dia.

Tal era la posicion que guardaba nuestro poeta, cuando plugo al rey de España, Felipe III, nombrar á D. Luis de Velasco el segundo, presidente del Consejo de Indias, en premio de los muchos y grandes servicios que habia hecho á S. M. ALARCON, ambicionando mejorar de situacion, se resolvió á marchar otra vez á la península, creyendo que presentándose bajo el escudo del marques de Salinas, podria obtener algun empleo en la corte que asegurara su porvenir. No sabia que su doble joroba era un impedimento para alcanzar una de las primeras magistraturas, por perjudicar ese defecto á la autoridad que debe representarse en aquellos puestos. (1) Llegado á España, emprendió una verdadera peregrinacion en el camino de los pretendientes, y solo despues de *doce años* de penurias y de gestiones, logró en 17 de Junio de 1626 que se le nombrase relator interino, esto es, supernumerario, del Consejo de Indias, empleo que se le dió en propiedad el 13 de Junio de 1633, en cuyo puesto permaneció hasta el dia de su muerte, que acaeció el 4 de Agosto de 1639, como se ve por el siguiente documento, que copiamos de la obra del Sr. Guerra y Orbe:

"Como teniente mayor de cura de la parroquia de San Sebastian de esta corte, certifico que en el libro octavo de difuntos de la misma, al fólio trescientos cuarenta y nueve vuelto, se halla la siguiente partida.—"D. Juan de Alarcon, relator del Consejo de Indias, calle de las Urosas, murió en cuatro

(1) Opinion del Consejo Real de Indias.

de Agosto de mil seiscientos treinta y nueve años; recibió los santos sacramentos, y testó ante Lúcas del Pozo, su fecha en primero de este mes; dejó quinientas misas de alma, y por albaceas al licenciado Antonio de Leon, relator de dicho Consejo, y al capitan Reinoso, en la calle de la Magdalena: deja á los pobres de esta parroquia cincuenta reales; pagó de fábrica cuatro ducados."—Concuerda con su original al que me remito.—San Sebastian de Madrid, y Marzo diez y seis de mil ochocientos cuarenta y siete.—Juan Felipe Bolaño."

[Documento obtenido y publicado por el Sr. Hartzenbusch.]

IV.

¿En dónde y en qué tiempo comenzó á escribir ALARCON sus comedias?

Esta cuestion ha preocupado á muchos eruditos escritores españoles; y despues de muchas investigaciones y de muchos estudios comparativos con los acontecimientos históricos realizados durante la vida del poeta, teniendo presentes las ediciones que él hizo de sus obras, la primera parte en 1628, en Madrid, la segunda parte en 1634, en Barcelona, las que sueltas corrian impresas ó citadas; descartando las que se le atribuyeron, restableciendo los títulos de algunas, y restituyéndole las que le habian robado, el Sr. Hartzenbusch fija de este modo el órden cronológico en que el inmortal giboso compuso sus comedias:

El *Desdichado en fingir*..........	Escritas por los años de 1599.
La *culpa busca la pena*..........	
La *Cueva de Salamanca*..........	
La *Industria y la suerte*..........	Escrita por los años de 1600.
Quien mal anda en mal acaba....	Escrita hácia el año de 1602.

El *Semejante á sí mismo*.........	Anterior al año de 1616.
La *Prueba de las promesas*......	Anterior á *Todo es ventura.*
La *Verdad sospechosa*...........	Escrita antes del 31 de Marzo de 1621.
Los *Favores del Mundo*.........	Representadas antes del 21 de Enero de 1622.
Las *Paredes oyen*..............	
Mudarse por mejorarse (1)......	
Todo es Ventura...............	
Hazañas del marques de Cañete...	Impresa en 1622.
Siempre ayuda la verdad.......	Impresas en 1627.
Cautela contra cautela..........	
Ganar amigos..................	Escritas antes del 25 de Enero de 1631.
El *Exámen de Maridos*.........	
No hay mal que por bien no venga.	Escritas antes del año 1634.
Quién engaña mas á quién.......	
Los *Empeños de un engaño*......	Impresas en 1634.
El *Dueño de las estrellas*........	
La *Amistad castigada*..........	
La *Manganilla de Melilla*.......	
El *Anticristo*..................	
El *Tejedor de Segovia*..........	
Los *Pechos privilegiados*........	
La *Crueldad por el Honor*.......	

De todas esas obras tuvimos la idea de hacer un detenido estudio; pero reflexionándolo mejor, comprendimos que era un trabajo colosal para nuestras fuerzas; que, por imparcial que pudiera ser nuestra opinion, siempre podrian atribuirse nuestros elogios á espíritu de patriotismo; y que, por lo mismo, lo mejor que debiamos hacer era publicar, como

(1) Con el mismo título, y despues que ALARCON, escribió una comedia su contemporáneo D. Fernando de Zárate.

lo hacemos, si no íntegros, sí en parte, los juicios críticos que escritores españoles, franceses y alemanes, han hecho de las producciones cómicas del génio mexicano.

En esos escritos se verá analizado el espíritu que dominó en lo general en las composiciones de Alarcon; se verá que su idea inspiradora fué no solamente entretener, sino *enseñar divirtiendo*; se verá que su originalidad y su lenguaje, fueron muy superiores á los de los autores dramáticos de su tiempo; y, en fin, se verá la justicia que los extranjeros han hecho al *corcovado*.

A ellos, pues, cedemos la palabra.

V.

D. Juan Eugenio Hartzenbusch, español:

CARACTERES DISTINTIVOS DE LAS OBRAS DRAMATICAS DE D. JUAN RUIZ DE ALARCON.

Al principiar el segundo tercio del décimosétimo siglo, cuando aun vivia frey Lope Félix de Vega Carpio, y ya gozaba D. Pedro Calderon de la Barca (1) celebridad, justamente adquirida con alguna de sus mejores comedias, el teatro español, admiracion de la Europa culta, habia llegado á la cumbre de su prosperidad, al período mas brillante de gloria. El drama nacional, produccion espontánea del suelo, árbol magestuoso, cuyo ramaje habia crecido sin probar casi los filos de la crítica, daba copiosísimos frutos, aunque no siempre bien maduros y saludables. En las desahogadas dimensiones de la forma dramática establecida por Lope, cabian y entraban de hecho todos los elementos del drama grie-

(1) Calderon nació el año 1600, cuando ALARCON debia ya de haber escrito algunas comedias. (Nota tomada de D. Alberto Lista y Aragon.)

go y latino, indistintamente mezclados: lo patético lo mismo que lo ridículo; la sublimidad de Sófocles y el gracejo plautino, juntos en una accion fingida, como en la vida real se juntan á cada paso la grandeza y la pequeñez humanas, el placer y el dolor, la risa y el llanto. Bajo el nombre genérico de *comedia,* que significaba entonces *fábula dramática ó drama,* lo mismo se comprendia una composicion histórica, grave en la mayor parte de sus escenas, como un poema en que todo era inventado y alegre. Título de *comedia* llevaban los poemas dialogados cuyos protagonistas eran la reina Ester y los reyes D. Rodrigo y D. Pedro, lo mismo que *La moza de cántaro, El desden con el desden* y *La villana de Vallecas:* toda produccion dramática era llamada *comedia* en teniendo tres actos. Aparte pues del auto sacramental, que si llevaba esa denominacion seria porque constaba de una jornada sola, habia en el teatro español dos especies principales de comedia: la de capa y espada, y la histórica, tradicional ó mística, sagrada y profana. En ambas especies de dramas y sus variedades, el punto de partida para el autor era generalmente uno, porque todos consideraban el teatro de la misma manera: le tenian por el verjel de la poesía nacional, no por una cátedra facultativa; por un lugar donde se proporcionaba al público un recreo lícito; y en agradando, la obligacion estaba cumplida. No codiciaban nuestros antiguos dramáticos el renombre de filósofos, de moralistas, de maestros del pueblo: creyendo que la enseñanza moral era inseparable de la religiosa, dejaban que los sacerdotes aleccionasen á los fieles desde el púlpito; y solo tomaban aquel grave carácter en los dramas devotos, porque allí la doctrina emanaba directamente del asunto. La comedia moral, aquella que pretende inculcar en el ánimo de los espectadores una máxima saludable y útil, ya por medio de la representacion de un carácter principal, ya por la accion combinada de todas las figuras comprendidas en una fábula, muy raras veces aparecia en la escena española, donde se moralizaba por casualidad mas que de intento. Nuestro drama era una no-

vela caballeresca; el caballero español adoraba, despues de Dios, en su honor, en su rey y en su dama; y sabido es que las exigencias del honor, las del vasallaje y la galantería no van siempre conformes á la ley evangélica ni á las de la recta razon y justicia. En ley de justicia, Sancho Ortiz de las Roelas no debia matar á Bustos, por mas que un rey se lo mandara; Sancho Ortiz no era el verdugo de Sancho el Bravo. En ley de justicia, García del Castañar no debia resolverse á quitar la vida á su inocente esposa, aunque la galantease un hombre que García se figuraba ser el rey D. Alfonso XI; debia defenderla en lugar de matarla. En ley de justicia, aquel Ursino Colona, aquel anciano que introduce Calderon en la comedia titulada *Con quien vengo vengo*, no debia tomar parte en un desafío que le ponia en el caso de cruzar la espada con su propio hijo; pero Sancho, García del Castañar y Ursino Colona eran caballeros antes que todo; Sancho y Ursino habian dado una palabra, y les era forzoso cumplirla, aunque el uno tuviera que sacrificar la mujer que amaba, y se expusiera el otro á recibir la muerte de manos de su hijo ó á dársela. García no estaba ligado con palabra ninguna; pero peligraba su honra; y no pudiendo asegurarla con la muerte del seductor, la queria preservar de la mas leve mancha, inmolando á la consorte virtuosa en quien no habian hecho mella las seducciones. Celosos creyentes, súbditos entusiastas, caballeros pundonorosos, enamorados idólatras eran en general todos los galanes de nuestras comedias antiguas, porque estas cuatro pasiones ó afectos eran los que animaban á la sociedad española: la dama era amante, con preferencia á todo; sagaz, artificiosa y resuelta muchas veces, dulce y tierna otras, discreta siempre. Viejos alentados, hermanos tutores, criados locuaces, y un gracioso, agudísimo por lo comun é impertinente con frecuencia, completaban los personajes que de ordinario aparecian en una fábula escénica, tejido maravilloso de lances de amor, lleno de astucias y tropelías, de disfraces, escondites y cuchilladas; cuajado todo de madrigales y epigramas, odas y rasgos épicos; y esto lo mismo en las obras

de argumento contemporáneo que en las que abrazaban épocas anteriores; lo mismo en las de argumento español que en las de personajes extranjeros. Las edades bíblicas, las fabulosas, las antiguas y la media, todas eran iguales para nuestros poetas cómicos: judíos y griegos, cartagineses y turcos, babilonios é indios occidentales, todos en el teatro eran españoles con ropilla y con ferreruelo, valientes y discretos, enamorados y católicos: el teatro español en el siglo XVII, como los españoles del siglo, era constantemente, si no escuela de la mas severa moral, escuela del honor, del ingenio y de la galantería. Tal se ostentaba en las obras de Lope, prodigiosas por su número, notables por la facilidad de la expresion y la ternura de los afectos; en las de Calderon, el primero en la combinacion de la trama y en la grandeza de los conceptos; en las de Tirso de Molina, sin igual en el donaire malicioso; en las de Moreto, que heredándolos en vida á todos, los superaba en regularidad y gracejo urbano. A estos cuatro ingenios seguian otros muchos que, sin rayar tan alto, han dejado, no obstante, alguna obra que se acerca en mérito á las de aquellos cuatro colosos, alguna que tambien las iguala. Rojas, Mira de Améscua, Montalban, Guillen de Castro, Mendoza y otros ciento enriquecian diariamente la escena española, y á veces con joyas de imponderable estima, de perpétua duracion.

En medio de esta prodigalidad de ingenio, de esta caudalosísima corriente de poesía, ¿no se echaba menos algo en los teatros de España? Sí: el erudito debia sentir la falta de la tragedia, el filósofo buscaba, y no hallaba sino vez rarísima, la comedia moral. La tragedia, tal como la trazaron los griegos, no era á propósito para un país cuya sociedad no estaba organizada como lo estuvo Grecia, ni habia asimilado su gusto al de aquella nacion por medio del estudio constante de sus escritos; pero la comedia, en que se pinta, no precisamente al caballero ni al hombre de tal siglo ó de tal país, sino en general al hombre, podia ya echarse menos, podia y debia intentarse en nuestra península en el siglo de los úl-

timos Felipes de Austria. Ya fuese por instinto, ya porque buscando la variedad en los asuntos, se habia de tropezar con asuntos morales, alguna vez habian dado los autores dramáticos anteriores á Lope, y los de su tiempo guiados por él, tal ó cual muestra del drama que corrige las costumbres riendo; pero ninguno de los cuatro escritores de primer órden, ninguno de los muchísimos que seguian su escuela, se habia dedicado con preferencia y ahinco, á la comedia moral, reservando para ella los mejores recursos, las galas mas ricas de su entendimiento. Un hombre oscuro, traido de Indias á España (como otros iban de España á las Indias) por el deseo de mejorar su fortuna, emprendió y consiguió lo que por falta de voluntad, intencion ó peculiares disposiciones, no fué dado acabar á Lope, á Tirso, á Calderon de la Barca, ni aun á Moreto, el gran perfeccionador de invenciones ajenas. Este hombre, que preparó desde España el advenimiento de Molière, del poeta cómico por excelencia, fué *Don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza.*

Para deslindar por qué série de observaciones, por cuales estudios, por qué conjunto particular de circunstancias, por qué impulsos del corazon fué conducido á la gloriosa, pero difícil tarea de censor del siglo en las tablas, era necesario saber punto por punto la vida de *Don Juan Ruiz de Alarcon*: así comprenderíamos el autor conociendo el hombre; pero por desgracia, poquísimas son las noticias que de él han llegado á nosotros, y hasta que sucesivos y venturosos hallazgos, que hay motivo de esperar, den luz mayor sobre los hechos de este varon insigue, forzoso será buscar su fisonomía moral en sus escritos, y contentarnos con ella. ¡Bien hermosa resulta por cierto, compensando con ventaja los defectos corporales del individuo! Porque lo primero que de *Alarcon* se sabe, lo que no se puede dudar, pues consta de una porcion de escritos de índole nada caritativa, es que el infeliz *Alarcon* era pequeñuelo, feo, y corcovado por la espalda y el pecho; el año de su nacimiento se ignora; su patria fué Tasco, en la Nueva España. Trasladado á Sevilla, luego á Madrid, y alar-

gándose mucho el término de las pretensiones que traia, le obligó á escribir ese ordinario móvil de los ingenios desvalidos, aquello que Baltasar Gracian calificó de *sexto sentido del hombre*, la necesidad: el año 1621 ya le habian representado ocho comedias á lo menos, entre ellas la famosa de *Las paredes oyen*, una de las mejores suyas, una de las mejores que se han escrito. En 1628 era relator del consejo de Indias, y en el desempeño de aquella plaza continuó hasta el año 1639, en que falleció á 4 de agosto, siendo feligres de la parroquia de San Sebastian, como lo fueron Cervantes y Lope, y teniendo su morada no lejos de la iglesia, en la sombría calle de las Urosas. Su familia era ilustre, su educacion debió ser esmerada; su carácter, si correspondia en efecto al que principalmente domina en sus obras, noble debió ser y benigno, veraz, pundonoroso y firme; exquisito su gusto, su experiencia de mundo, grande. La coleccion de sus comedias forma un tratado de filosofía práctica, donde se hallan reunidos todos los documentos necesarios para saberse gobernar en el mundo, y adquirir el amor y la consideracion de las gentes: allí se muestra lo que debe hacerse y evitarse para ser hombre de bien y de sabiduría. *Alarcon* sale al encuentro al inexperto viandante de la vida, y para que el espectáculo del mérito pospuesto y la medianía ensalzada no le sorprenda y le llene el corazon de miserable envidia, le presenta sin hiel y con verdad un cuadro de las raras combinaciones de la suerte, en la comedia titulada *Todo es ventura*. Para que no desmayen las ambiciones legítimas, los deseos justos de mejorar de destino, hace ver en seguida al jóven emprendedor en *La industria y la suerte*, que tal vez aquella vence á esta y neutraliza su influjo. Ya el hombre, gracias á su actividad bien dirigida, goza el bien que anhelaba; preciso es advertirle ahora que la prosperidad humana es de poca dura, y que el paso continuo del bien al mal es acá en la tierra ley invariable de todos tiempos: tal es la leccion que ofrece el argumento de *Los favores del mundo*. Pero esta ley puede parecer dura y cruel á nuestra comprension limitada; conviene

pues dar la sábia razon de esas inevitables alternativas, que es lo que hace ó pretende *Alarcon* en la amenísima fábula de *No hay mal que por bien no venga.* Sin embargo, el deseo del bien es connatural al hombre: ¿qué medios tiene de asegurar ese bien, ó de recobrarle una vez perdido? El ejercicio de las grandes virtudes, cuyo modelo vivo descuella en el protagonista de *Ganar amigos,* en el de *Los pechos privilegiados,* en *El dueño de las estrellas,* y en aquellos dos rivales tan generosos de *Antes de que te cases mira lo que haces.* ¿Qué vicios hacen odioso al hombre en la sociedad, le frustran sus mas vehementes deseos, y le traen tal vez su ruina? El apetito ciego, el interes personal, que desatiende los compromisos del honor; la ingratitud, la detraccion, la mentira: temas desenvueltos en *Mudarse por mejorarse, Las paredes oyen, La prueba de las promesas, El desdichado en fingir, Los empeños de un engaño, La verdad sospechosa.* Para completar el sistema doctrinal de *Alarcon,* las amargas y dolorosísimas consecuencias generales del vicio están consignadas en otras dos comedias, *La culpa busca la pena,* y *Quien mal anda en mal acaba.* El resto de las composiciones de *Alarcon* hoy conocidas, que no pasa de diez, pertenece á la escuela de Lope: las hay de enredo, las hay heróicas, de espectáculo y de mágia; pero en todas ellas alguna idea útil brota, y si se oculta, vuelve á salir cual manantial intermitente; las máximas sanas abundan, y al cabo ningun escritor dramático nuestro compuso, como él, mas de la mitad de sus obras con fin instructivo; ninguno se dedicó de propósito, como él, á este género de poesía fructífera, madura; ninguno dejó, como él, modelos de la comedia de carácter, modelos imitados despues por extranjeros y nacionales, y nunca excedidos. Así pues el primero y mas notable rasgo que distingue á *Don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza* como poeta cómico es la moralidad, la filosofía.

Moralista entre hombres de imaginacion, claro es que esta circunstancia habia de dar á sus obras un realzado sello de originalidad. Por eso el doctor Juan Perez de Montalvan,

en el libro que tituló *Para todos*, escribe, mencionando las comedias de *Alarcon*, estas palabras: "Las dispone con tal novedad, ingenio y *extrañeza*, que no hay comedia suya que no tenga mucho que admirar y nada que reprender; que despues de haberse escrito tantas, es gran muestra de su caudal fertilísimo." La novedad que Montalban admiraba en las comedias de *Alarcon*, novedad que llegaba para él hasta la *extrañeza*, no podia consistir en la trama ni en los lances, porque en esto cada autor se esforzaba á ser nuevo; tenia que nacer principalmente de que *Alarcon* pintaba caractéres morales entre poetas que solo reproducian caractéres caballerescos; tenia que nacer de que *Alarcon* aspiraba á corregir entre poetas que solo se proponian deleitar.

De la novedad, de la diferencia del fin, habia de resultar con precision diferencia, y por consiguiente novedad, en la inventiva ó eleccion de los argumentos y en la manera de ordenarlos. A disposicion de todos los autores cómicos se hallaba en *El Conde Lucanor* la célebre conseja del Mago de Toledo; y sin embargo, nadie sino *Alarcon* pudo introducirla atinadamente en las tablas, porque á todos pareció sin duda mas doctrinal que caballeresca, y no eran de moda en aquel tiempo los dramas doctrinales. A disposicion de todos estaba el rasgo admirable de Garci-Ruiz de Alarcon, que en el punto de ir á matar á un enemigo suyo, detuvo el golpe al oir á su víctima encomendarse á la Vírgen; pero solo su descendiente, *Juan Ruiz* el corcovado, era capaz de fundar en aquella accion de piedad cristiana el filosófico pensamiento que se desenvuelve en *Los favores del mundo*. Escritores modernos han asegurado que la comedia de Lope de Vega titulada *El premio del bien hablar*, sugirió á *Don Juan de Alarcon* la idea para *Las paredes oyen:* lo cierto es que la comedia de Lope de Vega es puramente de enredo, y la de *Alarcon* de carácter; pero es ademas igualmente cierto que la de *Alarcon* ya estaba escrita y coleccionada por los años de 1621, al paso que la de Lope, cuya coleccion principió en 1604, no aparece incluida allí hasta el tomo XXI, dado á luz en 1635,

el año mismo de la muerte de Lope: las probabilidades de originalidad están á favor de *Alarcon*. El introdujo otra grande novedad para su época, modificando el personaje del criado cómico ó gracioso, quitándole el carácter filosófico-bufon con que de ordinario se le representaba, y reduciéndole á ser un sirviente de confianza. Como en las obras de *Alarcon* entraba la filosofía por base, no habia necesidad de ponerla en boca de un personaje inferior; como el gusto de *Alarcon* era mas escrupuloso que el de sus compañeros de arte, le repugnaba una figura que ofendia repetidas veces la ley del buen gusto; como *Alarcon*, en fin, buscaba la verdad en sus obras, y el gracioso, tal como solia introducirse, no era personaje verdadero, sino convencional, queríale nuestro autor en las tablas como venia á ser en el mundo. Esto lo habian conocido ya y dicho varios dramaturgos; *Alarcon* lo dijo y lo puso en práctica. La brevedad de los diálogos, el cuidado constante de evitar las repeticiones, y la manera singular y rápida de cortar á veces los actos, acaban de diferenciar completamente las obras de *Alarcon* de las de todos nuestros dramáticos contemporáneos suyos.

Ahora bien: aunque es loable empeño en un poeta cómico pretender enmendar las costumbres; aunque es preciosa prenda la originalidad en el poeta cómico; no obstante, ni la una ni la otra cualidad, ni ambas juntas, forman cabal un autor dramático bueno. Por la simple enumeracion de los asuntos en que se ocupó *Don Juan Ruiz de Alarcon*, se ha visto que era filósofo; falta saber si sus obras, inspiradas por la filosofía, cumplian con las condiciones del arte; si morales en su fin y originales en sus medios, contenian caractéres bien ideados y desenvueltos; si estaban diestramente trazadas y bien escritas; si caminaban á su fin con oportunos medios, con movimiento é interes hábilmente graduados; si son, en fin, buenas comedias. Justo es confesar desde luego que el título de alguna promete mas de lo que la obra cumple, como sucede en *La culpa busca la pena* y en *No hay mal que por bien no venga;* en otras el pensamiento filosófico se desarrolla en

una fábula sobrado novelesca y recargada de incidentes, en medio de los cuales desaparece aquel pensamiento, como sucede en la de *Ganar amigos*, que sin embargo es bellísima. De cualquier modo que sea, tiene *Alarcon* dos comedias de carácter, que son: *Las paredes oyen* y *La verdad sospechosa;* tiene otras cuatro de pensamiento filosófico más ó ménos grave, que son: *Los favores del mundo*, *La prueba de las promesas*, *Mudarse por mejorarse* y *Todo es ventura;* seis producciones que, tomando en cuenta la época en que fueron escritas, y aun sin tomarla con respecto á las dos primeras, colocan á *Don Juan Ruiz de Alarcon* en tan elevado puesto como el que ocupa el mayor ingenio cómico. Las lecciones morales que se propuso Molière en *El misántropo*, en *El avaro* y en *El hipócrita*, no las dió con tan acertado tino como el que tuvo *Alarcon* en su *Maldiciente* y su *Mentiroso*. El murmurador don Mendo y el embustero don García se hacen odiosos, ridículos é infelices por efecto del vicio á que se abandonan; el misántropo de Molière no puede ser odioso ni aun ridículo, porque siendo hombre de virtud y valor, queda siempre bien puesto en el concepto de los espectadores, y la mayor dicha que puede acontecerle es que le desaire una mujer voluble. El Avaro no recibe por su avaricia mas castigo que un susto, de que sale bien pronto. El Hipócrita, conocida ya su hipocresía de todos, arrostra con descaro las miradas de sus víctimas, y si pierde el fruto de sus viles artimañas, no es por haber sido hipócrita durante algun tiempo, sino por haber sido antes un malvado famoso, cuyos crímenes habian llegado á noticia del rey de Francia. Ademas, avarientos, misántropos y embelecadores tan exagerados como los de Molière, pocas veces, por fortuna, se ven; maldicientes y mentirosos como los de *Alarcon* los ha habido y habrá mientras no mude su sér en otro la flaca naturaleza del hombre: son pues mas verdaderos los tipos del poeta español, y es mas aplicable, y por ello mas útil, la censura del vicio.

Esto en cuanto á los caractéres; en cuanto á la manera de manejarlos, en cuanto al mérito artístico del cuadro respec-

tivo en que figuran, no debiendo aquí hacerse análisis de cada pieza (por no repetir lo que al fin del tomo hallará el lector), creo que bastará referir la opinion que de algunas han formado jueces irrecusables. Corneille, que tradujo en parte, y en parte imitó, *La verdad sospechosa,* solia decir que daria dos de sus mejores composiciones por haber inventado el original, que era lo que mas le agradaba de cuanto habia leido en nuestro idioma. Molière confesaba que *La verdad sospechosa,* imitada por Corneille, era la obra donde habia conocido la verdadera comedia. Voltaire principia el prólogo que puso al *Menteur* de Corneille, diciendo que los franceses nos deben la primera comedia, lo mismo que la primera tragedia, que ilustró á la Francia. Monsieur de Puibusque llama inapreciable tesoro á lo que halló Corneille en la obra de nuestro americano. El señor Adolfo Federico de Schack, á quien debe Alemania dos volúmenes de piezas del teatro español traducidas, y despues una apreciabilísima historia de nuestra literatura dramática, sostiene, despues de hacer grandes elogios de *Alarcon,* que no tiene comedia que no se distinga con ventaja. El autor de *Edipo,* el de la oda á la beneficencia, el Curioso Parlante y el cantor de Guzman el Bueno han dicho de *Alarcon* lo que verá el lector á continuacion de este discurso, y me exime de entrar ahora en pormenores prolijos. Los caractéres ya citados del maldiciente y el mentiroso, el del cortesano y benévolo don Juan de Mendoza, en quien tal vez se retrató *Alarcon* á sí propio, con su nombre, apellido y fealdad; la doña Inés en *El exámen de maridos;* el Tejedor de Segovia; los protagonistas de *Ganar amigos, Los favores del mundo* y *El dueño de las estrellas;* algunas de sus damas, como la Leonor de *Mudarse por mejorarse;* alguna criada como la Celia de *Las paredes oyen;* muchos criados, como el Tello de *Todo es ventura,* que es realmente el héroe; aquel don Domingo de Don Blas, por cuyo bienhechor egoismo se podria dar toda la virtud humanitaria de muchos: estos y otros personajes de *Alarcon* tienen en sus comedias fisonomía propia, varia y bella; ni se parecen en-

tre sí, ni pueden equivocarse con figuras creadas por otros autores. Feliz en la pintura de los caractéres cómicos para castigar en ellos el vicio, como en la invencion y desarrollo de los caractéres heróicos para hacer la virtud adorable; rápido en la accion, sobrio en los ornatos poéticos, inferior á Lope en la ternura respecto á los papeles de mujer, á Montero en viveza cómica, á Tirso en travesura, á Calderon en grandeza y habilidad para los efectos teatrales, aventaja sin excepcion á todos en la variedad y perfeccion de las figuras, en el tino para manejarlas, en la igualdad del estilo, en el esmero de la versificacion, en la correccion del lenguaje.

Principiaba ya este á viciarse cuando escribia nuestro *Alarcon:* algo le tocó del contagio, como era inevitable componiendo para el teatro, donde, si se ha de agradar, forzoso es acomodarse en cierto modo á los usos ó abusos corrientes; pero era sobrado firme *Alarcon*, era su juicio muy sólido para sacrificar del todo su fé literaria al mal gusto que iba cundiendo. Quien tenia valor para estampar en el prólogo de la primera parte de su *Teatro*, dirigiéndose al vulgo: "Allá van esas comedias.... si te desagradaren, me holgaré de saber que son buenas," no podia correr la suerte de Jáuregui, tan puro en su traduccion de *Aminta*, y tan gongorino despues en su *Orfeo*. Dijérase que *Alarcon*, diariamente alimentado con la sana y sabrosa lectura de nuestros poetas del siglo XVI, no acertaba por fortuna suya, sino rara vez, á remedar la vana afectacion de los cultos: ¡ojalá que nada se le hubiese pegado!.......................................

....

Ahora bien, este autor filósofo, original, correcto, buen dramático, ¿qué estima, qué concepto mereció á su siglo? Vimos ya que Montalban hizo de él honorífica mencion en su *Para todos;* Nicolás Antonio le pone en muy alto predicamento en su *Biblioteca;* Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* le consagró unos versos encomiásticos, cuyo último pensamiento es muy comprensible; pero el propio Montalban, el mismo Lope, y con ellos Quevedo, Góngora, Tirso de Molina, Mira de

Améscua y otra porcion de autores buenos y malos, hicieron al infeliz *Alarcon* blanco de una sátira, que á primera vista parece la mas encarnizada y absurda que pudo imaginarse. Consérvase una letrilla de Quevedo ó Góngora contra *Alarcon;* se conservan trece décimas de los autores antes indicados, entre quienes vuelve Quevedo á contarse; consérvase ademas algun epígrama suelto y una porcion de seguidillas, todo encaminado á poner á *Don Juan de Alarcon* en ridículo. Allí se le aplican los apodos de camello enano, cohombro, monaza vieja, galápago, poeta zambo, poeta entre dos platos, coco, tilde, esquilon de ermita, costal de huesos, nadador con calabazas, cara de buho, cuerpo de rana y pasatiempo de todos; allí ademas le llaman corneja y ave de rapiña; allí se le dice que no ha escrito en su vida cosa buena, y que *Las paredes oyen* y *Mudarse por mejorarse* se han de llamar *comedias de Alarcon* para su descrédito. No hay que indignarse: por fortuna se halla en las seguidillas una expresion que aclara el misterio; dícese en una de ellas que *Alarcon* "tiene por amigos hombres de cordelejo"; se dice así mismo en una décima que "se le esperaba y habia faltado"; de lo cual y de otros indicios se infiere que todo era una especie de burla ó vejámen de los que se usaban en las academias ó certámenes literarios, tan frecuentes á la sazon en España. Celebráronse en Madrid unas fiestas de toros y cañas, cuya memoria quiso perpetuar el duque de Cea en un poema descriptivo: encargó á nuestro poeta la descripcion; y él, que probablemente escribia despacio, porque sus obras no son muchas, y revelan todas meditacion y detenimiento, recurrió para que le ayudaran á sus amigos don Antonio Mira de Améscua, Luis de Belmonte, Anastasio Pantaleon, y cierto don Diego, que no se sabe si seria Muget, Figueroa ó cual, porque no consta el apellido. Salió, como aseguran los autores, de las décimas y era de esperar, muy malo el poema de los cinco (*); y en estas circustancias hubo de haber una academia,

(*) Fueron (á lo que yo he podido entender) las que se hicieron

tertulia ó reunion literaria notable en Madrid, á la cual, debiendo concurrir, no asistiria *Alarcon:* falta que presumo fué castigada con las trece décimas, la letrilla y las seguidillas epigramáticas; ó con las décimas por lo menos, que en efecto parecen hechas de repente y en comunidad; todas son desaliñadas, muchas pecan de oscuras, y una de ellas consta de once versos: distraido estaria el señor doctor que la compuso. En las obras de Pantaleon se halla un vejámen dado en una academia, en el cual, despues de haber hecho espantosas caricaturas de los que entraron en el concurso, tildando á uno de ellos de puerco y á otro de vicioso, termina la sátira advirtiendo que todo ha de entenderse como dicho de burlas: una burla de estas debió ser la que se le hizo á *Don Juan Ruiz de Alarcon* en las coplas de los trece; burla en la cual se cargaria mas la mano, por ir dirigida á un hombre á quien no se apreciaba mucho como poeta, y que por sus imperfecciones físicas estaria acostumbrado á oir necedades, así como por su carácter á despreciarlas. Autorizan la última conjetura los siguientes versos de *Las paredes oyen,* en que se manifiestan las razones que impiden al hombre de miramiento contestar á una injuria con otra:

¿Satirizas?—No conviene;
Que esto solo puede hacer
Quien no tiene qué perder,
O que le digan no tiene;
Pero yo, ¿cómo querias
Que predique sin ser santo?

en obsequio del príncipe de Gáles á 21 de Agosto de 1623, segun refiere Leon Pinelo en su historia manuscrita de Madrid. «A estas fiestas (dice) sacó á luz sesenta y siete octavas el licenciado *Don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza* como de su grande ingenio.»—Si en una obra de sesenta y siete octavas trabajaron cinco escritores, no podian tocarle muchas á uno; por eso dice Lope con sobrada razon en su décima, «que es tambien cosa cruel echarle la culpa á él de lo que la tienen tantos.» A pesar de todo, Pinelo, como se ve, alaba el poema. Yo no he podido haberle á las manos.

¿Qué faltas diré, si hay tanto
Que remediar en las mias?

Alarcon, por lo que dan á entender estos versos, debia ser de carácter pacífico, lo cual bastaba para que se le atreviesen; debia vivir retirado, y sobraba con esto para que se le juzgara con rigor: á quien no se ve, mal se conoce; todas las injusticias que se hacen los hombres, al juzgarse en el trato civil, nacen por lo comun de no conocerse.

Verdaderamente los contemporáneos de *Alarcon* no podian tasar bien el mérito especial de aquel hombre. Sus comedias debian producir poco efecto en el público, porque sus bellezas no eran muy perceptibles para él, y sus defectos (de los cuales ya es razon decir algo) no eran de los que entónces fácilmente se perdonaban. Era *Alarcon* escritor único en su género, y así sus obras habian de tener algo de aquella estrañeza que apuntó Montalban, la cual amortiguaria el brillo de las bellezas, poniendo de realce las faltas. Ya hemos visto que los argumentos de sus fábulas eran graves por lo comun: primer inconveniente para que una obra guste á gentes que lo primero que buscan en el teatro es divertirse. Sus graciosos no eran bufones: otro inconveniente gravísimo para aquel tiempo; sus enamorados eran poco discretadores y no muy pendencieros, por lo cual parecerian frios; sus damas (y esta sí que era realmente falta crecida) pecaban tal vez de egoistas y prosáicas, por lo cual en varias comedias de *Alarcon* flaquea tambien el interes. Introducia mucha accion en sus dramas, la llevaba con rapidez, variaba á cada paso el lugar de la accion, y de ello resultaba que el espectador no le tomaba gusto. La repugnante situacion de un hombre luchando con una señora, y el odioso carácter de la mujer que tercia en daño del honor de otra, no son raros en las obras de nuestro poeta filósofo, poco filósofo en esta parte. Añádase á lo dicho una versificacion mas limpia que música, una locucion mas exacta que pintoresca; y dígase si no era preciso que un auditorio acostumbrado al tono enfático y campa-

nudo de muchos autores estimase poco las comedias de *Don Juan Alarcon*, por lo mismo que entendia sus pensamientos perfectamente. "Esto es trivial (exclamaria el descontentadizo mosquetero que tiranizaba el patio de la Cruz y del Príncipe); estos son conceptos de poeta de primera tonsura; no es esto lo que merece los bravos y palmadas de un auditorio culto."

Hoy no es así: para nosotros todo el teatro antiguo español desde Lope acá ofrece un viso, un tinte, un colorido de antigüedad casi uniforme: objetos distantes entre sí, vistos de léjos aparecen en un mismo plano. La posteridad ha empezado á resarcir, á premiar á *Alarcon;* la extrañeza que le perjudicó para su siglo, no lo es para el nuestro; ántes cabalmente de todos nuestros antiguos dramáticos, *Alarcon* es el que mas se avecina á la comedia moderna; por *Alarcon* es en mi concepto por donde se ha de principiar el estudio del antiguo teatro español. Nos desagradará en él en primer lugar todo aquello que es efecto del gusto viciado ó poco escrupuloso de la época; pero en ningun otro autor se encontrará menos prominente ese vicio, menos grave esa falta de escrúpulo. Formábanse nuestros antiguos dramáticos una cronología, una civilizacion y una geografía imaginarias para escribir sus dramas históricos, y gustaban de colocar la accion en países remotos. *Alarcon* muy pocas veces eligió argumentos fuera ó léjos de España, y en los asuntos españoles que pertenecen á las edades medias no cometió tantos ni tan absurdos anacronismos como otros: *Alarcon*, conocedor de sí mismo y conducido por un instinto de buen gusto excelente, se empleaba en lo que mejor entendia, y vislumbraba á lo menos lo que debia hacerse. Españoles son los griegos que pinta en su *Amistad castigada* y en *El dueño de las estrellas;* coetáneos suyos son los personajes de *No hay mal que por bien no venga* y *La crueldad por el honor*, que pertenecen á los siglos IX y XI; pero en *La prueba de las promesas* y *La cueva de Salamanca*, todo ó la mayor parte es bastante sincrónico. Nos desagradará tambien la liviandad no escarmentada de alguno de sus personajes de segundo órden, y alguna, aunque muy ra-

ra vez, una expresion mal sonante á nuestros oidos; pero así, y no mas que así, era la cultura de aquella época, y sobre poco mas ó menos tal parecerá la época actual á las edades futuras. Nos desagradará la fisonomía comun de sus segundos galanes y muchas de sus damas; nos entristecerá desagradablemente, por ser caso de inquisicion, su bien escrita comedia *Quien mal anda en mal acaba;* perdonarémos la del *Anticristo* por lo atrevido del pensamiento, y *La manganilla de Melilla* por el buen carácter de Vanegas; leeremos sin enfado *La industria y la suerte*, *El semejante á sí mismo*, *Los empeños de un engaño*, *El desdichado en fingir*, *La culpa busca la pena*, *La amistad castigada*, *La crueldad por el honor* y *El dueño de las estrellas*, y aun la misma *Cueva de Salamanca;* sonreiremos gratamente con *Todo es ventura* y *La prueba de las promesas*. *Mudarse por mejorarse*, *No hay mal que por bien no venga*, y *El exámen de maridos* nos arrancarán la risa á cada escena: risa que se trocará ya en pasmo, ya en dulces lágrimas, al ver aquel don Fadrique de *Ganar amigos*, tan noble y virtuoso, que salva de la muerte al que le habia muerto un hermano; aquel Rodrigo Villagómez de *Los pechos privilegiados*, que tan alto concepto tenia de la dignidad real y de sí propio, que no podia imaginar que un monarca se valiera de él para una accion fea; aquel terrible Tejedor de Segovia, aquel amabilísimo Garci-Ruiz de Alarcon, sufriendo constante las vicisitudes de la suerte, cual inmoble peñasco en medio de la mar agitada. Y cuando sonaren en nuestros oidos las sentidas y rigorosas quejas del padre que echa en cara al hijo el degradante vicio de la mentira; cuando veamos á una jóven hermosa refugiarse al amparo de un caballero poco favorecido de la suerte y la naturaleza, huyendo como de una víbora de un amante murmurador, mentiroso de la especie mas abominable, porque la mentira del hablador atolondrado puede ser inofensiva, y la del maldiciente es sangrienta; entónces ¿qué escritor dramático, qué hombre nos parecerá, no superior, no igual, pero ni comparable siquiera al calumniado, al desatendido y olvidado *Ruiz de Alarcon?*

Ninguno, porque en el templo de Talía solo él descuella como campeon de la verdad, de la clemencia, del agradecimiento, de la entereza, de toda virtud.

Conmovido el corazon, complacido el entendimiento, halagado el gusto con las bellezas que abundan en el teatro de *Alarcon*, ¿deberá, podrá el crítico reparar mucho en las formas de aquel teatro? No: la cuestion de formas ya está decidida; las del antiguo drama español fueron lo que las circunstancias de la época permitian: con esa forma se han escrito excelentes obras; no despreciemos un instrumento útil. El precepto de *una accion sola en un lugar y un dia*, utilísimo para muchos asuntos escénicos, no es aplicable á todos; nuestros poetas antiguos le desatendieron mil veces con poca necesidad; mil veces tambien obraron juiciosamente en desatenderlo. A falta de estudios clásicos han atribuido muchos esa licencia de nuestros poetas; los ingleses y alemanes del siglo pasado y el presente, muy versados en aquel estudio; los franceses, y tras ellos nosotros, despues de haber ensalzado la ley de las tres unidades, hemos vuelto á la forma establecida por Lope, considerando, como él, esencial para el drama la unidad de accion, y dependientes de la accion las unidades de lugar y de tiempo. Esto practicó *Alarcon* en sus comedias, quebrantando la de lugar con muchísima frecuencia, y limitándose en la de tiempo á dos dias en alguna pieza, á cuatro ó cinco en otra, á una hora sola en *La prueba de las promesas*. Mucho se ha censurado la mezcla de géneros en el teatro español antiguo: *Alarcon* afortunadamente nos ofrece mas de un modelo de la comedia terenciana, de la comedia pura; *Alarcon* es el clásico de nuestro teatro antiguo. De las otras composiciones suyas, que pertenecen al género mixto, llamado unas veces tragicomedia, tragedia urbana otras, drama sentimental despues, y hoy lisa y llanamente drama, no hay ya que decir, habiéndose hecho tantas y tan vigorosas defensas de este género al vindicar á nuestro teatro antiguo, cuyo caudal se compone de dramas principalmente: el drama, la mezcla de lo festivo y lo patético, está en la natu-

raleza, y puede estar en el arte, que la imita, por lo cual desde Menandro acá en todos los teátros del mundo ha habido dramas. Drama es *El cable* (*Rudens*), de Plauto; drama *Los cautivos;* drama *La Suegra* (*Hecyra*) de Terencio, y en el mismo *Anfitrion* el personaje de Alcumena pertenece al drama. Un drama fué la primera obra de mérito que produjo el clasicismo en España: *El delincuente honrado;* la primera obra y la última de nuestro gran clásico Moratin, *El viejo y la niña* y *El sí de las niñas*, tienen escenas puramente de drama; si quisiéramos proscribir el drama de los españoles, no nos quedaria teatro. Apreciamos pues los buenos dramas de *Alarcon* lo mismo que sus buenas comedias, porque todas las bellezas artísticas deben apreciarse. *Alarcon*, dotado de imaginacion menos viva que sus competidores, pero por lo mismo extraviándose menos; inferior en fecundidad, pero mas vario, y por lo mismo mas original y mas nuevo; superior en luces á muchos, en gusto, correccion y filosofía á todos, es en mi concepto, si no tan gran poeta dramático–lírico–caballeresco como Lope, Calderon, Tirso y Moreto, igual á ellos como escritor dramático de costumbres, y los excede como autor dramático de carácter. Si este juicio pareciere demasiado atrevido, fácil me será conciliar todas las opiniones, evitando un paralelo difícil. *Alarcon* cultivó un género que no era el de Lope: no comparemos cosas desemejantes; conservemos á Lope su templo donde reciba adoraciones del mundo entre Shakespeare, Schiller y Goethe, Moreto, Calderon y Tirso de Molina; pero en el templo de Menandro y Terencio, precediendo á Corneille y anunciando á Molière, coloquemos el ara de *Alarcon* como ara de alianza, como vínculo entre el romanticismo antiguo y los clásicos modernos, entre el *Romancero* y el *Gil Blas*, entre el siglo de Cárlos V y el de Luis XIV. Allí, lejos de los que le injuriaron de burlas ó veras, podrá *Alarcon* recibir el incienso que le es debido, sin que ofendidas y envidiosas se agiten en sus plintos las marmóreas efigies de sus competidores.

FABIO FRANCHI, *italiano:*

ESSEQUIE POETICHE, *ovvero Lamento delle muse italiane in morte del signor Lope de Vega* (tomo XXI de las obras sueltas de Lope, Madrid, 1779, pág. 57).

Rogamos á vuestra magestad (á Apolo) mande á media dócena de sus luminares que busquen cuidadosamente á *Don Juan de Alarcon,* y le encarguen que no olvide el Parnaso por la América, ni la ambrosía por el chocolate, sino que escriba muchas comedias como la del *Mentiroso* y la del *Exámen de maridos,* en la cual se examinó de doctísimo artífice; pues no habrá otro mejor en el teatro, como haga que algunos de sus segundos actos acaben con mas vigor su carrera.

D. FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA, *español.*

Despues de elogiar la comedia titulada *La verdad sospechosa,* dice:

Se conoce que ese feliz ingenio atinó cumplidamente con el fin que debe proponerse un autor cómico; y en otra composicion suya, intitulada *Las paredes oyen* (mucho menos conocida que *La verdad sospechosa,* pero que puede servirle de pareja), se ve censurado con mucha facilidad y donaire el vicio de un jóven maldiciente: este carácter, mas propio de la verdadera comedia que el que descubre *El mal hombre,* que tantos elogios ha valido á Gresset, se halla desenvuelto con arte y maestría, presentando este drama una leccion muy provechosa, pues un mozo dotado de cualidades bizarras y querido de todos, pierde por solo su mala lengua la mano de la mujer que ama. El fin moral de esta comedia se encierra en los siguientes versos, con que concluye:

Suplico á vuesas mercedes
Miren que *oyen las paredes,*
Y á toda ley, *hablar bien.*

....

CORNEILLE, *frances.*

Elogiando *La verdad sospechosa*, dice:

"El argumento me ha parecido tan ingenioso y tan bien manejado, que he dicho muchas veces que daria dos de las mejores comedias que he compuesto, con tal que esta fuese de mi invencion. . . ." "Sea cual fuere su autor, lo cierto es que ella tiene gran mérito; y no he visto nada en aquella lengua que me agrade mas."

Es bien sabido que Corneille copió *La verdad sospechosa* para componer su *Menteur* (mentiroso); y aludiendo á este hecho, dice

VOLTAIRE, *frances,*

En sus *comentarios* y refiriéndose al tiempo de Corneille:

"Forzoso es confesar que debemos á España la primera tragedia patética, y la primera *comedia de carácter.*"

Alude á la copia que acabamos de notar.

El mismo VOLTAIRE, y con el propio motivo añade:

"No es la citada obra de Corneille sino una traduccion; pero probablemente á esa traduccion es á la que debemos á Molière. Es imposible, en efecto, que Molière haya visto esa composicion sin descubrir al punto la singular ventaja que lleva ese género á todos los demas, y sin haberse dedicado enteramente á él."

MOLIERE, *frances,* decia á *Boileau,* tambien *frances,* en una carta:

"Mucho debo al *Mentiroso* (*Le menteur,* copiado por *Corneille* de *La verdad sospechosa* de ALARCON): cuando se representó este, ya tenia yo deseos de escribir; pero me hallaba dudoso acerca de lo que escribiria; mis ideas aun estaban confusas, y esa obra las fijó. . . ." "En fin, sin el *Mentiroso* hubiera compuesto sin duda algunas comedias de enredo, *El atolondrado, El despecho amoroso;* pero tal vez no hubiera compuesto el *Misántropo.*". . . . . . .

D. Alberto Lista, español, dice:

....

Las comedias que conocemos de él son de varias especies. Entre ellas merecen el primer lugar las de costumbres, y mas que todas, *La verdad sospechosa*, que sirvió de tipo al gran Corneille para escribir su *Menteur*, primer drama cómico del teatro frances que tuviese mérito. Hay otras comedias de *Alarcon* que pertenecen al género trágico, como *La crueldad por el honor, El dueño de las estrellas, Lo que mucho vale mucho cuesta;* las hay en fin de capa y espada, y heróicas. Las dos partes del *Tejedor de Segovia* pueden colocarse en la clase de románticas ó novelescas.

En todas ellas se reconocen como las principales dotes de *Alarcon*, el arte de interesar, que es el alma de la poesía dramática, y la gracia, facilidad y valentía de la expresion con lenguaje esmerado y correcto: esta última prenda es muy poco comun en nuestros escritores dramáticos, ya pervertidos por los vicios del gongorismo, de la sutileza y de los conceptos de su siglo, ó ya obligados por la precipitacion á dejar mal limadas sus obras. Podrán tal vez notarse algunos trozos demasiado poéticos, mas no aquellos otros defectos. Tiene nobleza y sencillez, versificacion pura y sostenida; adapta el lenguaje al carácter del personaje; en fin, puede mirarse como uno de los padres del idioma en una época en que ya comenzaba á pervertirse.

La direccion de la fábula es la misma que la de Calderon, á quien tomó por modelo en esta parte; pero le excede en la descripcion de los caracteres, muy poco variada en aquel rey de la escena. *Alarcon* los supo variar y contrastar, y tres de sus comedias, *La verdad sospechosa, Las paredes oyen* y *La prueba de las promesas*, pueden sufrir la comparacion con las de Terencio, á quien se parece mucho nuestro autor en la elegancia de la direccion y en las intenciones morales de la fábula.

Calderon le excedió en la fuerza poética y en el arte de anudar y desenlazar la accion, Lope en la ternura, Tirso en

la malignidad, Moreto en la sal cómica, Rojas en las situaciones trágicas. A todos los demas es superior en estas dotes; y á los colosos que van nombrados, en la correccion sostenida de la frase. El gusto de *Alarcon* estaba mas exento de vicios, aunque su génio no fuese tan fecundo en bellezas.

Las comedias que hemos leido de él son todas originales, ya en cuanto á los argumentos, ya en cuanto á las situaciones. Leyendo á Moreto, nos acordamos de Lope y de Tirso, aunque mejorados. Calderon se copió muchas veces á sí mismo. *Alarcon* no copia á nadie ni se repite. Sus situaciones son siempre nuevas, lo que parecia imposible despues de las mil y ochocientas comedias de Lope de Vega. Sus recursos dramáticos están bien graduados y en proporcion con las situaciones. Su diálogo es vivo, interesante, lleno de gracias y de respuestas inesperadas en las situaciones cómicas, y de emociones terribles en las trágicas.

D. Ramon Mesonero Romanos, español, dice:

Sumario pintoresco español, año 1851, número perteneciente al dia 30 de Noviembre.

Don Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, uno de los seis grandes nombres del teatro del siglo XVII, á pesar del relevante mérito de sus composiciones dramáticas, y acaso por su misma correccion y filosofía, que hoy las enaltece á los ojos de la crítica sensata, no debió merecer de sus contemporáneos gran favor y nombradía, y acaso sus sucesores le hubieran continuado en tan injusto olvido, á no ser por el gran *Corneille*, que imitando, ó mas bien traduciendo, la preciosa comedia de *La verdad sospechosa* (*Le Menteur*), reveló á los críticos españoles y extranjeros, entre ellos al mismo Voltaire, la importancia y valor de nuestro *Ruiz de Alarcon* como autor filósofo, ingenioso y correcto.

De todas estas dotes características suyas hizo alarde este autor singular, en contraposicion á los grandes extravíos de sus contemporáneos y rivales. Todas sus comedias respiran

una intencion moral (cosa tan rara entre nuestros primeros dramáticos), todas se distinguen por una admirable economía y sencillez en la accion, sin dejar por eso de ser en extremo interesantes, y todas van engalanadas con una pureza tal del lenguaje, con una correccion tan esmerada del estilo, que en este punto ninguno le aventaja, y pocos, muy pocos, y en contadas ocasiones, le igualan.

D. Antonio Gil y Zárate, español.

"Hay personas que, sin embargo de hallarse dotadas de gran mérito, tienen la desgracia de no alcanzar la reputacion que sus obras merecen. *Don Juan Ruiz de Alarcon* se encuentra en este caso. En vida fué escarnecido hasta por ingenios que, como Lope de Vega, no tenian el defecto de la envidia, y solian prodigar elogios excesivos á los mas medianos poetas; sus mejores obras se las atribuyeron á otros; y despues de muerto no se le ha apreciado como era debido, prefiriéndosele otros muchos. No obstante, merece ser colocado entre nuestros primeros escritores dramáticos; y si aquí hubiéramos de seguir nuestro propio gusto, tal vez le prefeririamos á todos, porque en él brillan mas que en ninguno las cualidades que constituyen la verdadera comedia. No es tan abundante como Lope ni tan poeta como Calderon; pero tiene mas profundidad, mas gusto, mas correccion, mas filosofía. El corto número de sus obras lleva tal sello de originalidad y de vigor, que es imposible no distinguirlas de las demas. Si con álguien pudiera confundírsele á veces, seria con Moreto; ambos se dedicaron, en efecto, con preferencia á los asuntos morales; y si Moreto ostenta mas arte, *Alarcon* es mas lógico y mas enérgico."

Y mas adelante añade:

"Si las obras de un autor pueden presentarse como el retrato de su alma, sin duda la de *Alarcon* debió ser bellísima; porque en general sus comedias se dirigen á reprender los vicios y ensalzar las virtudes. Ya se muestra el campeon de

la *verdad* manifestando que quien falta á ella la llega hasta hacer *sospechosa* en sus lábios; ya confunde al maldiciente y le impone el castigo digno de su lengua viperina, como en *Las paredes oyen;* ya ensalza la fidelidad en cumplir su palabra, como en *Ganar amigos;* ya pone en escena el mas noble desprendimiento de la amistad, como en el *Exámen de maridos;* ya en la *Prueba de las promesas* demuestra lo que estas tienen de sagrado: en todo ostenta siempre sentimientos de pundonor, generosidad y delicadeza. Sus pensamientos son grandes y sus sentencias profundas; sus planes bien pensados, aunque tal vez se desearia en ellos mas regularidad; y su versificacion, llena, fácil, sonora, exenta de afectacion y culteranismo, resplandece por la pureza, sencillez y naturalidad, mereciendo servir de modelo, con preferencia á todos nuestros antiguos poetas dramáticos, en el modo de manejar el habla castellana."

ADOLFO FEDERICO DE SCHACK, aleman.

(*Historia de la literatura y arte dramática en España*, tomo II, páginas 624 y 625).

"Las comedias de *Alarcon* propiamente dichas descuellan sobre la mayor parte de las del teatro español por lo vivo é individual de sus caracteres, siendo célebre con especialidad *La verdad sospechosa*, prototipo del *Mentiroso* de Corneille, quien por cierto solo reprodujo una débil sombra del original.... La tendencia moral notable de esta composicion debe ser lo que la ha valido tanto con algunos críticos, que la han declarado la mejor comedia española; opinion con que nosotros no estamos de acuerdo: Lope, Tirso, Moreto, Rojas y el mismo *Alarcon* escribieron comedias con invencion mas rica, con mucha mayor finura y gracia en el chiste. No por eso deja *La verdad sospechosa* de tener un mérito raro, y debe ser considerada como una de las pocas piezas en que se va directamente á un fin moral, sin perjuicio de la poesía. Lucen mas sus primores si se le compara con la seca y des-

colorida imitacion de Corneille, en la cual han quedado destruidos casi todos los rasgos de inteligencia y graciosos movimientos del original; y un bosquejo que brota vida por cada línea, se ve desfigurado y convertido en un fastidioso proverbio moral."

Hé ahí como la posteridad ha sido justa con el mas insigne de los poetas dramáticos, hijo de México, que floreció en España en el siglo XVII, que con sus comedias resucitó la buena habla castellana prostituida por el gongorismo, que creó la comedia moral, sirviendo de modelo á los dos mas célebres autores franceses de aquella época, y á quien sus contemporáneos no supieron, ó no quisieron hacer justicia.

VI.

La vida de ALARCON, como la de todos aquellos que se dedican á las letras, carece de los grandes acontecimientos que forman la de los guerreros, de los políticos y de los viajeros. Con frecuencia, en medio de los triunfos ó de las derrotas literarias, hay en aquellas vidas amarguísimas decepciones, desdichas verdaderas, dramas íntimos que llenan de desazonadora hiel el alma del escritor. Pero esas tribulaciones no las conoce la sociedad, y por esto carece de un interes trágico y palpitante la narracion de la existencia superficial de los poetas.

Alarcon, como la inmensa mayoría de los que buscan la gloria literaria, pasó por una série de adversidades que pusieron á prueba su paciencia, que acrisolaron su valor. Despues de haber sido en México comisionado de la Real audiencia y correjidor de la ciudad, emprendió su segundo viaje á España en la servidumbre del Marqués de Salinas, fiado en que bajo la sombra de ese personaje tan querido del monarca, obtendria algun empleo que le permitiera vivir descansadamente. Pero *Alarcon* ignoraba que los favores de la fortuna, no se adquieren por los pobres sino á fuerza de do-

blegarse; que su físico era un obstáculo casi insuperable para que pudiese alcanzar puestos de alta representacion; y que, los que fiados en su saber y en sus méritos pretenden, ya tienen que esperar mucho tiempo para conseguir, si acaso, lo que desean. De ahí que el *poeta jorobado*, empleara *doce años* de su vida en pretender en la córte, y que al cabo de estos *doce años* solo obtuviera un puesto secundario; porque su defecto corporal le impedia ser colocado en una magistratura, en que tuviera que representar una grande autoridad, segun dijeron en su informe los ministros del Consejo Real de las Indias. Acaso á ese desamparo de la suerte se debe que *Alarcon* se dedicara á escribir para el teatro, y se debe tambien que la literatura castellana se enriqueciera con las comedias de aquel ingenio que dieron un nuevo giro al arte, no solo en España, sino en Francia y en Italia; pues ya hemos visto, por confesion de Corneille, de Voltaire y de Chasles, que *La verdad sospechosa* fué imitada por el primero en el teatro frances, y por Goldoni en el teatro italiano; y que, eminentes críticos, tanto españoles como de otras naciones, reconocen como cualidad dominante en las obras de *Alarcon*, la filosofía de que carecen las de sus contemporáneos. Y no fué la pobreza la única desgracia que persiguió al poeta. La envidia tambien clavó su envenenado diente en aquella alma. Acusáronle de imitador de Calderon, cuando Calderon nacido en 1600, no podia haber escrito antes que *Alarcon*, que en aquella época se recibia de bachiller en Cánones; y que por consiguiente, debe suponerse que cuando Calderon dió su primera comedia, ya *Alarcon*, desde 1613 habia hecho representar algunas. Ademas, Calderon, segun el entendido y juicioso literato español Alberto Lista, se copió muchas veces á sí mismo; y ALARCON *no copia á nadie ni se repite.*

Algo debia tener de original, de grande su ingenio, puesto que Lope de Vega y casi todos, si no todos, los poetas sus contemporáneos, le hicieron una guerra á muerte, le befaron, le escarnecieron echándole en cara los defectos de su cuerpo, llegando sus rivales hasta hacer representar en el teatro una

indigna farsa intitulada *Los corcovados*, toda llena, no de alusiones, sino de injurias en contra del bardo mexicano.

No les bastó aún todo eso para lastimar el corazon de quien tan noble lo tenia: aliábanse los poetas envidiosos, y cada representacion de las comedias del jorobado, era una salva de silbas, con que le aturdian los oidos y con que le atormentaban el alma; y llegó la mala voluntad que le tenian, hasta el extremo de haber, en la representacion del *Anticristo*, que por cierto, no es una buena obra de *Alarcon*, recebado las candilejas del teatro, con un aceite de muy mal olor y casi mortífero, logrando con esto que la gente, no pudiendo permanecer por mas tiempo en el salon, lo abandonara, y que no viese el fin de la comedia.

¿Cómo, se pregunta uno, con tantas silbas, con tantos contratiempos, insistia *Alarcon* en que se representaran sus dramas, y se atrevian á estudiarlos y á ponerlos en escena las compañías de cómicos de esa época? El Sr. Guerra y Orbe, que ha hecho un estudio prolijo de aquellos dias, nos da la clave de este enigma. Si los hombres, y sobre todo, si los poetas y los amigos de estos, se confabulaban para deprimir y para silbar á *Alarcon*, las damas gustaban de sus comedias; y como ellas acudian al teatro, acudian tambien los hombres, que ya se sabe que en donde van ellas, allá van ellos; y si esto es en todos tiempos, mas en aquellos en que estaba tan en uso la galantería. Las damas, pues, vengaban á *Alarcon*, quien, segun parece por sérias inducciones y datos recojidos por el mencionado literato español, amó y fué amado, á pesar de sus jorobas y sobre la envidia de sus coetános.

Todavía en su vida tuvo *Alarcon* otras pesadumbres. No contentos con haberle denigrado, con haberle aturdido á silbas, cometieron contra él un robo literario atribuyendo sus comedias á otros que se las dejaban atribuir, lo que prueba que no las creian malas: así sucedió con *El exámen de maridos*, y con *La verdad sospechosa*, que Lope de Vega dejó que corriera impresa con su nombre.

Todas esas adversidades llenaron de hiel el alma del joro-

bado, quien aprovechó la ocasion de desahogarla en el prólogo de la primera parte de sus comedias, impresa en Madrid en 1628, en la oficina de Juan Gonzalez y á costa de Alonso Perez, librero de S. M. Allí se leen estos conceptos, que revelan las muchas injusticias de que fué víctima *D. Juan Ruiz de Alarcon:*

El autor, al vulgo.

"Contigo hablo, béstia fiera, que con la nobleza no es menester, que ella se dicta mas, que yo sabria. Alla van esas comedias, trátalas como sueles, no como es justo, sino como es gusto, que ellas te miran con desprecio, y sin temor, como las que passaron ya el peligro de tus silvos, y aora pueden solo passar el de tus rincones. Si te desagradan, me holgaré de saber que son buenas, y si no, me vengará de saber que no lo son, el dinero que te han de costar."

Y al frente de la segunda parte, impresa en Barcelona en 1634, para reivindicar su derecho á las comedias que le habian robado, dice:

"Cualquiera que tu seas, ó mal contento ó bien intencionado, sabe que las ocho comedias de mi primera parte y las doce de esta segunda, son todas mias, aunque algunas han sido plumas de otras *cornejas* como son *El Tejedor de Segovia, La verdad sospechosa* etc. etc."

Mr. Philaréte Chasles, en sus *Estudios sobre la España*, publicados en Paris en 1847, dice:

"Por una de esas circunstancias caprichosas debidas al acaso de la palabra, dirigiéndose *Alarcon* en su prólogo á sus contemporáneos, y usando jocosamente una fórmula familiar en su lengua, profetizó lo que le habia de suceder veinte años despues. Sin saber que la mayor parte de su celebridad le vendria del gran Corneille, (*Corneja* en español), se expresó en estos términos: (los que acabamos de citar)."

Así fué como *Alarcon* recobró lo que otros, envidiosos de

su gloria, le habian arrebatado, y pudo esperar tranquilo el juicio de la posteridad.

Sin embargo, el poder de su génio fué tal, que aun pocos de los rivales que tanto se burlaron de él, entre ellos Lope de Vega, le hicieron algunos elogios; aunque es verdad que estos se quedaron muy atras de las diatribas que contra él escribieron el mismo Lope, Quevedo, Góngora, D. Antonio de Mendoza, D. Juan Perez de Montalban, D. Luis Velez de Guevara, Mira de Améscua, Fray Gabriel Tellez, Alonso Salas Barbadillo, Fray Juan Centeno, Alonso Castillo y Solórzano, Alonso Perez Máximo, etc. Y aunque Hartsenbusch cree que ello no pasaba de broma, todos los demas literatos que han escrito sobre la vida de *Alarcon*, ó sobre la de alguno de estos poetas sus contemporáneos, aseguran que eran veras, hijas de la envidia que tenian á aquel jorobado; y esta opinion adquiere mas fuerza, cuando se recuerda que otras *cornejas* se apropiaban sus comedias, cosa que no habrian hecho si le hubiesen apreciado.

Y no se conformaron con herirle en su físico, con hacerle silbar sus comedias, que llevaron su envidia hasta pretender ponerle en ridículo, por haber usado el *Don* antes de su nombre. La sátira le hirió tanto, que al fin le obligaron á hablar de su linaje:

—"Yo vengo, dijo, de Ferran (1) Martinez de Cevallos, el que ganó el fuerte de Alarcon en las márgenes del Júcar; y vengo de Garci-Ruiz de Alarcon, el que defendiendo la casa de Trastamara contra la de Lancáster, venció en campo á Enrique el inglés, año de 1390; y vengo de los Mendozas, señores de Cañete, valentísimos en la conquista de Antequera y en las de Guadix y Granada, vireyes de Nueva-España, y el Perú, domadores de Arauco en siete batallas campales; yo...."

(1) *Ferran* y no Perran como por error se dijo al principio de esta biografía.

Esa defensa le valió que Juan Fernandez, queriéndola echar de irónico y de agudo, escribiera y propalara esta quintilla:

Tanto de corcova atras
Y adelante, Alarcon, tienes,
Que saber es por demas
De dónde te corco–*vienes*
Y *á dónde* te corco–*vas.* (1)

Lope, el fecundo, el gran talento de Lope, degradó su inteligencia hasta el extremo de escribir en la dedicatoria de la *Tercera parte* de sus comedias, un *indigno tropel de injurias* (2) contra el vate jorobado. Y era que Lope, con toda su fecundidad, y con todo su talento, tenia una *envidia mortal* al autor mexicano; y se la tenia porque conocia la superioridad de su mérito y la pequeñez de sus fuerzas para elevarse hasta él; y prueba de lo que decimos es, que Lope dejó que los impresores, ó caso se los aconsejó, le atribuyeran varias comedias de Alarcon, que de haber sido malas, habria renegado de ellas; y prueba de su insuficencia para alcanzar á la altura á que se elevó el giboso, que nunca logró ó acaso intentó imitarle.

Pero llegó al fin la posteridad, y ha hecho justicia á aquel gran talento. Si muchos en su vida fueron injustos con él, muchos mas son hoy los que han reconocido su mérito. No solo le han juzgado y elojiado, como hemos visto, por el carácter general de sus obras, sino que literatos como D. Manuel Bernardino García Suelto, D. Alberto Lista, D. José Amador de los Rios, D. Vicente Salvá, Corneille, Voltaire, Chasles, y otros cuyos nombres seria largo enumerar, han analizado cada uno de los dramas, y adjudicado la inmortalidad á aquel á quien confiesan que el teatro español debe su regeneracion, y el teatro frances su primer comedia.

(1) Fernandez Guerra y Orbe, en su obra sobre Alarcon.
(2) El mismo en la propia obra.

En cuanto á nosotros, séanos permitido enorgullecernos, de que quien tales obras creó, haya nacido en nuestra patria; y séanos permitido anhelar que llegue un dia, en que en todos nuestros teatros, y en todos los salones literarios, se miren, el busto de D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA, y escrito con letras de oro el nombre del poeta.

P. Tovar.

ALARCON.

Tú bebiste en el cáliz en que liba
El ángel el licor de la terneza;
Diste al vulgo lecciones de nobleza,
Y el vulgo te pagó con la diatriba.

El imbécil gritaba cuando iba
A silbarte al teatro con vileza:
—"¿Qué vale la moral? Qué la grandeza
"De quien es mexicano y tiene giba?....

Y *béstia fiera* te befó iracundo
Porque vió que tu faz era irrisoria:
Moriste al fin; mas tu saber profundo

Hizo eterno el vivir de tu memoria,
Y dos siglos despues, al nécio mundo
Deslumbraron los rayos de tu gloria.

Pantaleon Tovar.

México, Febrero 1º de 1855.

PINTORES MEXICANOS DEL SIGLO XVII.

I.

UNA vez que el arte hubo arrojado su primera semilla sobre el Nuevo-Mundo, se pudo reconocer que no era estéril el terreno que habia escojido para fructificar.

Desde que Baltasar de Echave hubo traido á México las primeras nociones de estética en el arte pictórico, desde que los Juarez, sus primeros discípulos, hubieron dado pruebas de que lo bello podia ser fácilmente comprendido en un país que, aunque nacido recientemente para la civilizacion, no era escaso en inteligencias y en sentimiento, apareció una pléyade de pintores que, á pesar de que carecian de los elementos necesarios para llegar á la perfeccion, no obstante ser hijos de una escuela viciada y de una inspiracion mezquina, die-

ron un paso gigantesco en la senda del arte: de la nada, hicieron mucho, y, quién sabe hasta donde habria llegado la nueva escuela, si los elementos de muerte que alimentaba en su seno, no la hubiesen conducido insensiblemente á su propia destruccion.

Una escuela que tenia exclusivamente por base la inspiracion teológica y por objeto la propaganda del fanatismo, no podia vivir. Por mas que se diga, las vidas de los santos y las leyendas piadosas ofrecen un aliciente muy mezquino para que un artista pueda elevarse á las sublimes concepciones de lo bello; y así como no es el objeto principal del arte presentar la naturaleza bajo un punto de vista agradable, tampoco lo son, ni pueden serlo, las ridículas supersticiones con que en todos tiempos la teología se ha complacido en engañar á la humanidad.

La estética tiene aspiraciones mucho mas elevadas: de siglo en siglo sus creaciones sublimes deben desarrollar la inteligencia humana y hacer palpitar el corazon de millares de generaciones. Mientras que el mundo viva, cada artista debe pensar en eternizar su propio pensamiento, y en dar una forma precisa y duradera á su personalidad en lo que tenga de mas exquisito, de mas sentido, de mas elevado. Cuando la imaginacion se levanta, arranca á los hombres de la prosa de las preocupaciones vulgares, les hace concebir ideas mas nobles, y, poblando sus recuerdos con grandes sentimientos, les obliga á ser mejores. Por mas que los errores estén revestidos con el manto de la belleza, por mas que encanten la vista y hagan soñar el alma, no dejan de ser errores: solo la verdad puede ser hermosa, y á ella sola deben tender los esfuerzos del artista digno de tal nombre; porque ¿quién si no la verdad es capaz de perfeccionar el mundo moral?

Falta de estas cualidades, la escuela mexicana de pintura no podia ser de larga duracion, porque no expresó ideas propias ni verdaderas; porque desconoció completamente su naturaleza y el fin á que debia marchar.

El arte no puede ser esclavo; no puede respirar otra atmósfera que la de la independencia y el desinteres: la perfeccion de la forma es el objeto principal de su existencia, y debe llegar á la belleza, como la literatura á la depuracion y al perfeccionamiento del idioma.

El estilo, es decir, esa manera elevada, fuerte, absoluta, divina, digámoslo así de expresar las ideas y los sentimientos, faltaba entre los pintores mexicanos. Cuando las artes se proponen algun objeto exclusivista, puramente práctico ó puramente ideal, se extravian, é insensiblemente caminan á la muerte; y el arte mexicano llevó á tal grado la exageracion de las ideas metafísicas, que, una vez llegado á un límite que no podia traspasar, tuvo por fuerza que retroceder y que morir.

Es necesario convenir en que el arte no se aplica exclusivamente á las ideas, sino tambien á los objetos materiales; y para dar una nocion exacta de las primeras, para revestir las concepciones metafísicas con un aspecto que pueda hacerlas perceptibles á los sentidos del hombre, para dar, en una palabra, la idea verdadera de las cosas representándolas bajo su apariencia mas perfecta, es necesario que se consagre al estudio de la forma.

Ahora bien: una ciencia insuficiente, el desprecio absoluto de la belleza material, la falta de estudio y de contemplacion de los tipos y de las costumbres de la vida comun, y, sobre todo, el inmenso predominio que ejercieron las preocupaciones dogmáticas, causaron la rudeza de la ejecucion de la primera escuela de pintura mexicana, rudeza que no deja de tener cierto encanto, si se atiende al singular contraste que forma con la delicadeza ideal que preside en la concepcion de las obras que creó.

A pesar de todos estos inconvenientes, México produjo artistas de gran mérito, artistas que, si en otro siglo hubiesen existido, ó si hubieran estado rodeados de otros elementos, no habrian sido indignos de ser colocados al lado de los grandes artistas italianos del siglo XVI.

En una breve reseña, vamos á hablar de los que mas se distinguieron entre ellos; y como, por desgracia, los datos biográficos faltan absolutamente, nos limitaremos á tratar de las principales obras que ejecutaron, suplicando á nuestros lectores tengan en cuenta lo que dijimos al tratar de los Juarez: los hechos mas notables de la vida de un artista son sus obras.

II.

SEBASTIAN DE ARTEAGA.

Por un cuadro de este pintor, que representa á Cristo en la cruz y que actualmente se encuentra en la Colegiata de Guadalupe, se sabe que existió por los años de 1643, es decir, que fué contemporáneo de José Juarez, aunque no de la misma escuela.

Notario del Santo Oficio, como consta por la firma que lleva su principal obra, el "Santo Tomás," el carácter sombrío que su tétrica profesion debe haber impreso en él, se comunicó á sus cuadros.

En nuestro concepto, este artista es uno de los mas distinguidos de la antigua escuela mexicana de pintura; y no vacilamos en afirmar que fué uno de los muy pocos que supieron elevarse á cierta originalidad. Hay tal fuerza y vigor en su pincel, tal energía en su dibujo, tal atrevimiento en el contraste de la luz y de la sombra, que mas parece un discípulo de la escuela de Bolonia, con toda la audacia de génio

de Carraccio, que un pintor mexicano del siglo XVII, cuyas dotes son el misticismo y el éxtasis.

Dos cuadros muy notables, aunque de estilo muy diferente, se conservan de su mano.

El uno, "Santo Tomás introduciendo la mano en las llagas de Cristo", parece una obra auténtica del Españoleto.

Una composicion espontánea, feliz, encontrada con facilidad y sin fatiga alguna; colorido sóbrio, á pesar de que el barniz que la cubre hace que se pierda en gran parte; dibujo correcto, tales son sus principales cualidades. La figura de Jesus es altamente interesante: la mirada del espectador se fija involuntariamente en ella, como en el punto principal del cuadro: es la imágen tranquila y grandiosa que tantas veces hemos evocado desde el fondo de nuestra alma: las cabezas de los Apóstoles son sentidas y en absoluto carácter, siendo de lamentarse que se encuentren un poco atormentadas en su agrupamiento. A no dudarlo, el Santo Tomás es el mejor cuadro de la escuela mexicana.

El segundo, "Los Desposorios de María", es precisamente el extremo contrario. Ya en él no se encuentra la misma espontaneidad de composicion que en el anterior. Todo es estudiado: las figuras están agrupadas en una simetría que produce mal efecto. Un sacerdote, colocado precisamente en el centro del cuadro, toma para unirlas las manos de María y de José, situados á igual distancia en ambos lados, y para que nada venga á romper el equilibrio y la monotonía de la composicion, algunos ángeles llenan los vacios de las extremidades haciéndose contrapeso. No hay en esta obra ningun estudio del modelado. En cambio el colorido feliz que recuerda algo de los tonos del Ticiano, y la figura celestemente ideal y fina de María y la cándida expresion del rostro de José, hacen que se perdone á Arteaga los errores en que incurrió.



S. HRNANDEZ. LITOG.º

LIT. DE H. IRIARTE, MEXICO

JUAN RODRIGUEZ JUAREZ.

BALTASAR DE ECHAVE.

No es este el pintor español reputado como el maestro y fundador de la escuela mexicana, sino su hijo, segun se cree generalmente. Ningun dato biográfico hay de este artista, conocido únicamente por dos ó tres cuadros, entre los cuales el "Entierro de Cristo," representa el primer papel.

Recuerda esta obra el estilo de Miguel Angel Caravagio, por ese empeño que el artista manifestó en buscar el efecto á toda costa. La composicion es oscura, atormentada, confusa, el dibujo incorrecto, el modelado no existe; pero el color, que aunque falso es bello, un magnífico partido de claro oscuro, y masas de luz verdaderamente grandiosas, hacen que este cuadro fije desde luego la atencion del espectador.

NICOLAS CORREA.

De este artista, á quien es necesario no confundir con Juan Correa que existió á principios del siglo XVIII, y cuyo fuerte no era la estética á pesar de su gran fecundidad, no tenemos otra obra que un cuadro que representa á "Santa Rosalía," dotado de todos los defectos y de todas las cualidades de la escuela mexicana. La figura de la santa es sentida y llena de expresion, y aunque el modelado no existe y la composicion es débil y el colorido falso, la obra produce en el espectador cierto sentimiento de uncion tierna y elevada: es el alma en éxtasis que sueña con Dios.

NICOLAS RODRIGUEZ JUAREZ.

Segun se cree, este artista era eclesiástico y pintaba por los años de 1690, segun consta por la firma que se lee abajo del cuadro de "Santa Gertrudis," que no vacilamos en llamar su obra maestra.

La santa, arrodillada ante un altar en que se vé un Crucifijo, ofrece á Dios su corazon. La composicion es bastante buena y hay en ella novedad: la expresion de la figura principal es sentida, delicada; los ángeles que bajan están representados de una manera espiritual. El colorido es bellísimo y digno del mejor pintor de la escuela veneciana. ¡Lástima que la absoluta falta de modelado opaque tantas bellezas!

El retrato que de un niño hizo el mismo pintor, es notable por la correccion de dibujo, por el buen modelado y por el excelente color, que parece que fué el fuerte del artista.

JUAN RODRIGUEZ JUAREZ.

Conservamos de este pintor, hermano de Nicolás y que de tan gran reputacion disfrutó en México, que fué llamado el Apeles mexicano, tres cuadros sumamente notables. Es de advertir que habiendo nacido á fines del siglo XVII y muerto por los años de 1728, su estilo participa de las bellezas y de los defectos de las escuelas de ambos siglos.

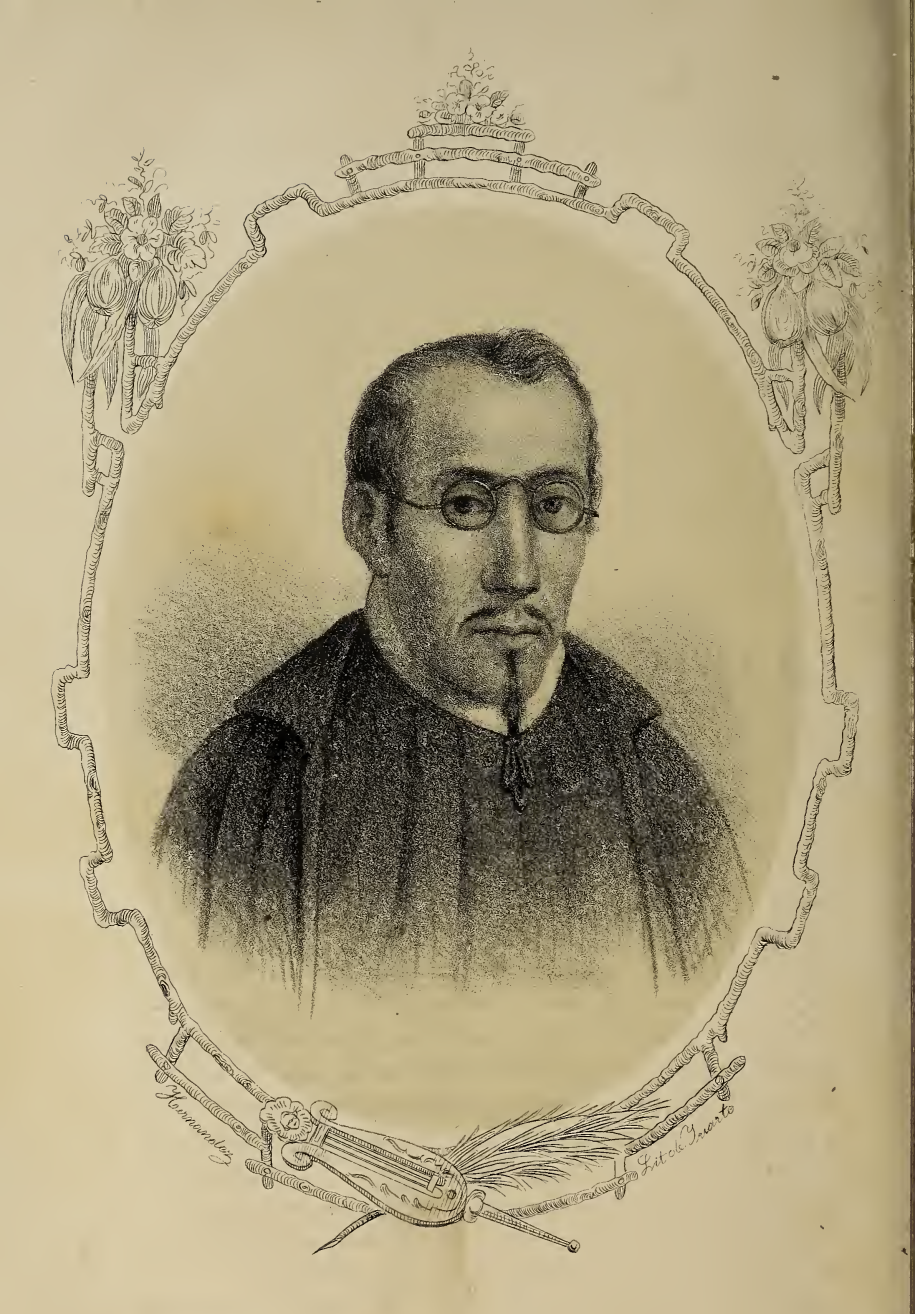
El "San Juan de Dios," que parece haber sido una obra de juventud, es uno de los mejores cuadros de los artistas mexicanos de aquellos tiempos, y recuerda la manera de ejecutar de Murillo. La figura es espiritual, llena de dulzura y de sentimiento: el colorido es bueno y verdadero, la entonacion bastante bella y el dibujo correcto. Participa en cuanto á la ciencia del modelado del defecto de las obras todas de aquella época.

"La Asuncion" y "La Epifanía," del mismo autor, son dos cuadros ejecutados en pleno siglo XVIII. Se nota ya en ellos esa composicion tormentosa, ese dibujo incorrecto, esos colores crudos de la escuela de Ibarra; y ninguno de los dos mereceria la atencion, si no existiese respecto al de "La Epifanía" la tradicion de que el artista se retrató en él.

III.

Con los Rodriguez Juarez termina dignamente la primera escuela mexicana de pintura. Como hemos dicho antes, á pesar de los grandes errores en que incurrió, tiene tantas cualidades, tal idealismo, tal carácter sostenido casi hasta la exajeracion, que siempre será considerado el siglo en que existió, como una de las épocas mas felices del arte mexicano.

Francisco G. Cósmes.



CÁRLOS DE ZIGÜENZA Y GÓNGORA

D. CARLOS DE SIGÜENZA Y GÓNGORA.

I.

DURANTE la dominacion española, es raro ver á algunos mexicanos elevándose sobre el vulgo de sus compatriotas, y formándose un nombre que haya podido romper aquellas tinieblas, y llegar hasta nosotros en alas de la fama. Y no solo debe esto parecernos extraño, sino verdaderamente extraordinario, si se tiene en cuenta que, en aquella ominosa época, la política del gobierno colonial no consistia únicamente en conservar los vastos dominios conquistados, sino en mantener á los mexicanos en la mas completa ignorancia, sin mas elementos de enseñanza que el aprendizaje del Catecismo de Ripalda, segun la expresion del virey marqués de Branciforte, ni mas porvenir en la carrera de las letras, que el estado eclesiástico, que era considerado como el solo tér-

mino á que podia aspirar la juventud, no para penetrar al templo del saber y de la moralidad, sino para proporcionarse una cómoda subsistencia, puesto que segun el decir de D. Lúcas Alaman, el historiador mas clerical que haya escrito sobre México, el clero de aquellos tiempos era en lo general ignorante y escandalosamente prostituido.

Pero México, como el cementerio de la aldea de Gray, encerraba génios que, en otra atmósfera que no fuera la de la servidumbre, habrian descollado sobre la humanidad para serla útil con su saber y con sus obras; génios extraordinarios que luchando contra la política dominante, contra el fanatismo de la época, contra la ignorancia general, todavia alcanzaron á darse á conocer, todavia contribuyeron con su luz á rasgar el velo de la supersticion, para mostrar á sus compatriotas el sendero de la verdad, el horizonte espléndido de ese cielo sin nubes que se llama la ciencia.

Si á estas consideraciones agregamos las de que en aquellos tiempos las puertas de la república estaban cerradas á la inmigracion, y prohibida la entrada de libros extranjeros, como heréticos ó sospechosos por lo menos, se comprenderá que el hombre consagrado al estudio de una ciencia, cuando lograba apoderarse de sus principios y poseerla en toda su extension, casi habia tenido que inventarla con su génio, que crearla, digámoslo así, falto de las fuentes que en los países europeos facilitaban su adquisicion. Y si con el desarrollo de verdades luminosas, si mezclado con el buen juicio, hallamos en esas obras cierto tinte de fanatismo ó de superstición, culpa es esa de aquella época y de aquel estado social, que no de los hombres ilustres que solo merecen consideracion y respeto por sus heróicos esfuerzos.

No queremos establecer un paralelo que una severa crítica podria hallar atrevido, entre uno de los matemáticos mas extraordinarios que el mundo haya producido, y un oscuro sacerdote mexicano, consagrado á la misma ciencia: entre Newton y D. Cárlos de Sigüenza y Góngora; y si cuando tratamos de bosquejar la biografía del segundo ha brotado de

nuestra pluma el nombre del filósofo ingles, perdónese este arranque de nuestro patriotismo, siquiera sea porque viviendo ambos en el mismo siglo, habiendo nacido casi en el mismo año, el uno era ciudadano del país mas libre de la tierra, y el otro súbdito, á "quien no le tocaba mas que callar y obedecer;" aquel contando con bienes bastantes de fortuna, este luchando con su pobreza; Newton bebiendo al lado de distinguidos profesores las fuentes del saber en la grande escuela de Grantham y en la Universidad de Cambridge, y discutiendo sus teorías con sábios como Leibnitz, en tanto que D. Cárlos de Sigüenza y Góngora adivinaba los principios de la ciencia en un colegio clerical establecido en Tepotzotlan, teniendo por maestros á los teólogos del país y por contrincantes en sus polémicas, al padre Kino, entre otros, que sostenian la doctrina de que los cometas ejercen grande influencia en las acciones humanas. Pero si Newton escalaba los cielos para descubrir el gran sistema de la gravitacion universal, sea permitido á nuestro orgullo nacional, escribir junto al nombre de aquel gigante de la ciencia el del ilustre matemático, arqueólogo y astrónomo D. Cárlos de Sigüenza y Góngora que, haciéndose superior á las preocupaciones de su época, y cuando la astrología reinaba aún en la Europa y presidia en las decisiones de la Iglesia católica, medía el tiempo y fijaba fechas remotísimas por medio de los cálculos matemáticos; y demostraba que el universo se rige por leyes inmutables, sin que los astros sean circunstancias ni atenuantes ni agravantes del pecado original.

La vida de los sábios, agena de ordinario á los embates y peripecias que afectan á la de los hombres públicos, corre apacible y *en escondida senda,* consagrada á la meditacion y al estudio.

II.

D. Cárlos de Sigüenza y Góngora, hijo de D. Cárlos de Sigüenza, nació en la ciudad de México el año de 1645. Desde su niñez dió muestras de su elevada inteligencia y de una circunspeccion y un buen juicio harto precoces. No era necesario mas para que los jesuitas, á caza siempre de monopolizar en su provecho y de conducir al fin que ellos se proponian á todo jóven que revelase algun talento, sedujesen á Góngora, que á los *diez y siete* años de edad hizo sus votos en la misma casa de Tepotzotlan. Hemos dicho que Góngora se vió seducido por los jesuitas, porque tres años despues, sin que ninguno de sus biógrafos haya podido averiguar la causa, abandonó la Compañía de Jesus, y sin perder su vocacion al sacerdocio, fué á encerrarse, obtenida su secularizacion, en el Hospital del Amor de Dios. Allí, en los ratos que le dejaban libres su consagracion á los enfermos, su solicitud para con los pobres entre quienes repartia su escaso dinero, se entregó con una dedicacion, entonces sin ejemplo, al estudio de las matemáticas, de la física, de la amena literatura y de la crítica; allí se perfeccionó en el apredizaje de las lenguas muertas, y allí, asociado de su amigo—su hermano como

él le llamaba,—D. Juan de Alba Ixtlixochitl, hizo el estudio del idioma, de la historia y de la arqueología de México, que llegó á poseer con tanta perfeccion.

La fama de sus conocimientos fué bien pronto sabida de todos. La Universidad de México le nombró catedrático de matemáticas, Cárlos II le confirió el título de cosmógrafo régio, y el gran rey Luis XIV le invitó á que pasase á su córte, señalándole pensiones y empleos que Góngora quiso rehusar para ser mas bien útil á su patria que á un país extranjero.—Mas tarde, el virey marqués de Galve lo asoció al general de la armada D. Andres de Pez, para el reconocimiento y descripcion del Golfo de México, que verificaron juntos hasta entrar en el rio Mississípi, en cuya comision prestó Góngora tan importantes servicios, que mereció se diera su nombre por la tripulacion á uno de los cabos de la costa.

Poco antes de su muerte, segun refiere uno de sus biógrafos, D. Cárlos de Sigüenza y Góngora *se decidió* á volver al seno de la Compañía de Jesus; por lo que es de creer, que los jesuitas no omitieron empeños para *decidir* al hombre mas notable de aquella época, á que volviese á las filas de la Orden, siendo muy breve esta satisfaccion, porque el 22 de Agosto de 1700 falleció en su querido hospital del Amor de Dios, á donde se habia hecho trasladar. Honda sensacion causó la noticia en la ciudad: la Compañía de Jesus desplegó todo su lujo en los funerales que hizo en honor de uno de sus miembros; pero antes habian regado el cadáver las lágrimas sinceras del pueblo, de los pobres, á quienes el pastor daba todo cuanto tenia.

Algunos escritores extranjeros contemporáneos de Góngora hicieron de él honoríficas menciones, y Boturini y Gemelli Carreri le debieron datos preciosos para escribir sus obras.

Las de D. Cárlos, numerosas y variadas, no se imprimieron todas por falta de proteccion del gobierno, tan necesaria en aquel tiempo en que no habia lectores, porque el mismo gobierno negaba la instruccion á las masas; y las pocas que se

dieron á la estampa, lo fueron en tan reducido número, que sus ejemplares están hoy agotados. Por fortuna, debemos á la laboriosidad y erudicion de Beristain, un índice de esas obras, que copiamos en seguida, para que se vea la variedad de conocimientos que enriquecian la ciencia del sábio mexicano.

III.

Las obras impresas son: "Primavera indiana." México, 1662, 1668 y 1683, en 4º Es un canto en 77 octavas, en que refiere la aparicion de Nuestra Señora de Guadalupe de México. "Glorias de Querétaro." México, 1668, en 4º "Teatro de virtudes políticas que constituyen un buen príncipe." México, 1680, en 4º Libro simbólico, histórico y poético, lleno de la mas selecta erudicion europea y americana, en que describió el arco triunfal que erigió México á la entrada del virey conde de Paredes, marques de la Laguna.—"Triunfo Partenico." México, 1683, en 4º Historia de las fiestas y justas poéticas que celebró la pontificia universidad literaria de México en honor del misterio de la Concepcion Inmaculada de la Vírgen María.—"Paraiso Occidental." México, 1684, 4º mayor. Es la historia de la fundacion del monasterio de Jesus María de México, con las vidas de sus venerables religiosas, con noticias apreciables de la antigüedad mexicana. —"Manifiesto filosófico contra los cometas." México, 1681, en 4º Dió motivo á este ópusculo, el cometa que comenzó á verse en México el mes de Noviembre de 1680. Reinaba todavia en el vulgo de los filósofos la opinion de que estos fenó-

menos eran fatal anuncio de alguna desgracia pública; y nuestro autor, como mejor físico y astrónomo, y crítico ilustrado, trató de despojar á los cometas del imperio que tenian sobre los tímidos, y de refutar vulgaridades. Pero contra dicho manifiesto aparecieron tres impugnadores. El primero fué D. José Escobar Salmeron, doctor médico, á quien no quiso contestar nuestro Sigüenza. El segundo fué el P. Eusebio Kino, jesuita aleman que acababa de llegar á México. A este contestó D. Cárlos en un opúsculo intitulado: "Libra astronómica." México, 1690, en 4º Otro impugnador fué D. Martin de la Torre, caballero flamenco, que se hallaba desterrado en Yucatan, y contra este escribió Sigüenza. "El Belerofonte Matemático, contra la quimera astrológica de D. Martin de la Torre." Quedó manuscrito este opúsculo (otros le citan impreso); pero segun lo que de él refiere en el prólogo á la *Libra astronómica*, el peritísimo náutico é hidráulico D. Sebastian de Guzman, discípulo del insigne matemático Ruesta, contenia cuantos primores y sutilezas gasta la trigonometría en las investigaciones de las paralajes y refracciones, y la teoría de los movimientos de los cometas, ya sea por una trayeccion rectísima en el sistema de Copérnico, ó ya por espiras cónicas en los vórtices cartesianos.—"Relacion histórica de los sucesos de la Armada de Barlovento de fines de 1690 á fines de 1691." México, 1691, en 4º En ella se describe la victoria de las armas españolas contra los franceses en la parte septentrional de la isla de Santo Domingo, con el incendio del Guarico.—"Trofeo de la justicia española contra la perfidia francesa." México, 1691, en 4º Es una exacta y hermosa narracion, de los gloriosos hechos militares de los españoles en la isla de Santo Domingo contra las incursiones de los franceses.—"Los infortunios de Alonso Ramirez." México, 1690, en 4º Este Alonso Ramirez era natural de San Juan de Puerto Rico. Fué apresado por unos piratas en los mares de Filipinas, desde dónde librándose prodigiosamente, navegó solo y sin derrota hasta las costas de Yucatan, habiendo dado casi una vuelta al globo.—"Mercurio vo-

lante: papel periódico." México, 1693, 4 tomos.—"El oriental planeta evangélico." Impreso en México despues de la muerte del autor, 1700, en 4º Es un poema en elogio de San Francisco Javier, escrito desde 1688.—"Piedad heróica de D. Hernando Cortés." Es la noticia de la fundacion del hospital de Jesus Nazareno, con su descripcion y muchas especies útiles y curiosas sobre la primitiva ciudad de México. Este opúsculo se cuenta comunmente entre los manuscritos de Sigüenza; mas no hay duda de que se imprimió. Así lo refiere Cabrera en su *Escudo de armas de México*, núm. 663, y nosotros solo hemos visto un ejemplar incompleto, sin principio ni fin, por lo que no podemos fijar el año de la impresion.—Manuscritos: "Descripcion de la bahía de Santa María de Galve (antes de Panzacola) de la Mobila, y rio de la Palizada ó Mississípi, en la costa septentrional del Seno mexicano." Tambien se dice hallarse impresa en fólio; mas no podemos afirmarlo.—"Tratado sobre los eclipses del sol."—"Apología del poema intitulado Primavera indiana."—"Ciclografía mexicana." Obra de mucho mérito, en la cual, por el cálculo de los eclipses y cometas de que hacian memoria los papeles de los indios, ajustó Sigüenza exactamente sus épocas á las de Europa, y expresó el verdadero modo de contar sus siglos, años y meses. Ignoro si es la misma obra ó distinta la titulada "Año mexicano" que otros citan entre los escritos de nuestro autor. "Historia del imperio de los Chichimecas." En ella se describia el paso de los indios del Asia á la América, conducidos por su jefe Chichimecatl, su primer establecimiento en el país de Anahuac y el aumento de su imperio por los ulmecas, tultecas, etc.—"El Fénix de Occidente." Disertacion histórica en que el autor se propuso probar la predicacion del apóstol Santo Tomas en el Nuevo Mundo.—"Genealogías de los reyes mexicanos."—"Anotaciones críticas á las obras de Bernal Diaz del Castillo y Torquemada."—"Teatro de la Santa Iglesia metropolitana de México."—"Historia de la Universidad de México."—"Tribunal histórico."—"Historia de la provincia de Tejas."—

"Vida del V. Arzobispo de México, D. Alonso de Cuevas Dávalos."—"Elogio fúnebre de la célebre poetisa mexicana, Sor Juana Ines de la Cruz."—"Tratado de la esfera," en 200 fojas.—"Informe del virey de México sobre la fortaleza de San Juan de Ulúa."—"Reducciones de estancias de ganado á caballerías de tierra, hechas segun regla de aritmética y geometría," en fólio.

IV.

Hay en la vida de Sigüenza y Góngora un episodio interesante que vamos á mencionar.

Era el año de 1692, año terrible para la ciudad de México, porque el hambre reinaba sobre sus habitantes, y el pueblo pobre era, como siempre, la víctima predilecta de las enfermedades y de la muerte. Por el mes de Junio pudo convencerse la muchedumbre, de que los ricos y los empleados habian introducido ocultamente grandes cantidades de maíz, para venderlo á precios elevados; y en la noche del 8 se amotinó la plebe, y despues de haber apedreado las ventanas del palacio y cometido otros insultos, segun refiere el P. Cavo, insultos que no pudieron impedir ni los vecinos de mayor autoridad ni el arzobispo, pegó fuego al palacio del virey, á las casas de Cabildo y al Parian. La audiencia, correjidor y alcaldes corrieron á juntar gente para apagar el incendio, pero sus diligencias fueron inútiles, y el fuego continuó toda la noche.—"La voz de que se quemaban las casas de Cabildo, llegó al retiro de D. Cárlos de Sigüenza y Góngora, y este literato, honor de México—continúa diciendo el P. Cavo—excitado del amor de las letras y de la patria, considerando

que en un momento iban á ser consumidos por las llamas, los monumentos mas preciosos de la historia antigua y moderna de los mexicanos, que se conservaban en aquel archivo, con sus amigos y alguna gente moza y denodada, á quien dió cantidad de dinero, partió para la plaza; y viendo que por las piezas bajas no era dable subir al archivo, pues el fuego las habia ocupado, puestas escaleras y forzadas las ventanas, aquellos hombres intrépidos penetraron á las piezas, y aunque el fuego se propagaba en ellas, en medio de las llamas asiendo de aquí y de allí los códices y libros capitulares, los lanzaban á la plaza, en cuyo ministerio tan arriesgado continuaron hasta que no dejaron monumento de los que no habian sido devorados por el fuego."

Este rasgo de la vida de Sigüenza y Góngora, exponiendo su existencia y gastando sus cortos recursos para salvar del fuego los monumentos para la historia de México, nós ha traido naturalmente á la memoria la conducta del arzobispo Zumárraga, arrojando á las llamas las antigüedades mexicanas, esos datos preciosos para juzgar del orígen de los hechos notables de los primitivos habitantes de este país. Es que para Sigüenza y Góngora, en esos papeles estaba la luz de la historia, y para Zumárraga, aquellos geroglíficos eran arte del demonio. Es que Sigüenza era la inteligencia, y Zumárraga el fanatismo.

Eduardo Ruiz.



SOR. JUANA INES DE LA CRUZ.

Tomado de un retrato pintado por ella misma.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ.

I.

QUÉ mucho que en el siglo de Jorge Sand y Delfina Gay, de la Avellaneda y la Marin de Solar, se eleve la mujer á los estadios del talento y de la gloria, si hoy, en medio de la hecatombe de los antiguos principios, cuando el derecho que nos legó Roma agoniza al impulso de nuevas teorías, todos proclaman la emancipacion de un sexo esclavo, y se le imparte la ilustracion á manos llenas? Pero que en medio de la dominacion colonial del siglo diez y seis, en una sociedad reflejo pálido de otra sociedad llena de preocupaciones y que marchaba á su decadencia adornada con los oropeles de una falsa gloria, brillase una mujer no tanto por su natural talento, como por su amor al estudio y su vasta erudicion, he aquí lo que sorprende y maravilla á los que juzgan sin pasion á la que en el claustro y en la república de las letras llevó el nombre de Sor Juana Inés de la Cruz.

¿Qué era la Nueva España en aquella época? Una colo-

nia, receptáculo de todo lo malo, de todo lo detestable de su metrópoli. Á poblarla venian los aventureros de la península, los labriegos y campesinos ambiciosos de una fortuna, los galeotes y los frailes; en la vasta extension de su territorio vegetaban las poblaciones indígenas, sin ilustracion alguna, fanatizadas por los curas españoles y sirviendo de instrumentos á los hacendados europeos; en los grandes centros de poblacion residian las autoridades peninsulares, los ricos, los aventureros que sin instruccion alguna se encontraban de repente dueños de un gran caudal y gozando de prerogativas fundadas en el hecho de haber nacido en España; el que nacia en México, por solo esta circunstancia era considerado como un sér inferior, aunque fuese hijo de padres españoles, y como los hombres que dominaban por su autoridad é influencia eran esclavos de rancias preocupaciones, pertenecian al clero español, el mas retrógrado de la Europa entera, ó eran personas iliteratas por las circunstancias en que habian arribado á las playas de la colonia, la instruccion pública, si tal puede llamarse á la que se impartia en la Nueva España, se reducia á una rutina nécia y á ciertos conocimientos tan atrasados respecto de España, como los de España estaban respecto de Europa. Todos los habitantes de la colonia vivian ó contentos ó ignorantes de aquel embrutecimiento social, y los cerebros educados en él seguian su impulso, aislados del mundo civilizado é imitando servilmente las costumbres de la metrópoli. Tal fué el centro en que apareció la mujer extraordinaria que mereció de sus contemporáneos el dictado de *La Décima Musa.*

II.

Juana Inés de Asbaje y Cantillana, nació en San Miguel de Nepantla, pintoresca poblacion situada en la falda del Popocatepetl y á la entrada de la tierra caliente, el año de 1651, siendo sus padres D. Pedro Manuel de Asbaje, natural de Vergara en la provincia de Guipúzcoa, y Dª Isabel Ramirez de Cantillana, nacida en Nueva España. Teniendo apenas tres años acompañaba á una hermana suya á la escuela, que suplicó á la maestra le enseñase á leer: una compasiva sonrisa fué la respuesta que obtuvo; pero Juana, cuya pronunciacion aun no era correcta, fingió un recado de su madre y en dos años supo leer, escribir y contar, y lo que entonces era el complemento de la educacion primaria, bordar y coser. Hé aquí como describe ella misma este repentino aprendizaje, en la carta dirigida al obispo de la Puebla de los Angeles, Manuel Fernandez, en contestacion á otra del mismo firmada bajo el pseudónimo de Sor Filotea de la Cruz: *Prosiguiendo en la narracion de mi inclinacion (de que os quiero dar entera noticia) digo, que no habia cumplido los tres años de mi edad, cuando enviando mi madre á una hermana mia, mayor que yo, á que se enseñase á leer en una de las que llaman* AMIGAS, *me llevó á mí*

tras ella el cariño, y la travesura: me encendí yo de manera en el deseo de saber leer, que engañando en el parecer á mi maestra, la dije: QUE MI MADRE ORDENABA QUE ME DIESE LECCION: *Ella no lo creyó, porque no era creible; pero por complacer al donaire, me la dió. Proseguí yo en ir, y ella prosiguió en enseñarme, ya no de burlas, porque la desengañó la experiencia, y supe leer en tan breve tiempo que ya sabia cuando lo supo mi madre, á quien la Maestra lo ocultó, por darle gusto por entero, y recibir el galardon por entero: y yo lo callé, creyendo que me azotarian, por haberlo hecho sin órden.... Acuérdome, que en estos tiempos, siendo mi golosina la que es ordinaria en aquella edad, me abstenia de comer* QUESO, *porque oí decir que hacia rudos, y podia conmigo mas el deseo de saber que el de comer, siendo este tan poderoso en los niños.* Por esta carta escrita con tan poética sencillez, sabemos que á los siete años, y habiendo oido decir que habia en México una Universidad en que *se estudiaban las ciencias,* rogaba incesantemente á su madre para que cambiándola de traje la mandase á ella. Juana obraba en todo esto impulsada por un secreto móvil, por un afan inmenso de saber y de escribir, y con aquella fé ciega pero grande de los cerebros privilegiados, que necesitan satisfacer ese secreto instinto, cualquiera que sea el medio que les rodee. *Lo que sí es verdad,* dice en la carta citada antes, *que desde que me rayó la primer luz de la razon, fué tan vehemente y poderosa la inclinacion á las letras, que ni agenas reprensiones (que he tenido muchas) ni propias reflejas (que he hecho no pocas) han bastado á que deje este natural impulso.*

III.

Juana habia nacido poeta; su organizacion delicada, su cerebro privilegiado habian crecido ante el espectáculo mas grandioso que puede presentarse en la Mesa Central; en efecto, aquellas serranías cubiertas de pinos, que resguardaran su cuna; el aspecto de los volcanes con sus eternas nieves, sus cambiantes de luz, con sus tendidas y esmaltadas faldas, tienen é inspiran un sentimiento profundo de grandeza, y sobre todo en aquel que naciendo en medio de ellos, recibe desde la cuna sus inspiraciones. No hay como los grandes paisajes para desarrollar las facultades poéticas: los bosques de las sierras, los horizontes del mar, las selvas de los trópicos, la soledad del campo ó de la playa, es lo que hace á los grandes poetas; la poesía, cuyo sublime destino es pintar con el ritmo y la palabra la belleza de las cosas ó su impresion en nuestra alma, no crece, no vive sino al impulso de grandes inspiraciones. Nuestro cerebro parece una plancha de Daguerre, que segun la luz que la ilumina, segun su calidad, trasmite mas ó menos bien los hechos que percibe, y el secreto del génio consiste en escoger estos hechos, y sorprender en la naturaleza lo que es verdaderamente grande y bello.

Juana tuvo esa feliz circunstancia: la tempestad con sus armonías sublimes, las cascadas de la sierra, el murmurio de los bosques, las melancólicas nieblas de los paisajes alpinos, y el grandioso espectáculo de los dos volcanes, hubieron de contribuir en gran manera al desarrollo de esas facultades poéticas que llegaron á ser el asombro de propios y de extraños. Tal vez algun libro, alguna coleccion de comedias del siglo de oro de la literatura española cayó en sus manos al acaso, y despertó aquel instinto, pues á los ocho años compuso una loa bastante perfecta, y de cuyo hecho fué testigo Fray Francisco Muñiz, vicario de Ameca, poblacion situada en la falda del Popocatepetl y distante cuatro leguas de San Miguel Nepantla. A esa edad fué llevada á México al cuidado de un abuelo suyo: *yo dediqué el deseo*, dice ella misma, *en leer muchos libros vanos que tenia mi abuelo, sin que bastasen castigos, ni reprensiones á estorbarlo: de modo que cuando vine á México, se admiraban no tanto de mi ingenio, cuanto de la memoria y noticias que tenia, en edad, que parecia que apenas habia tenido tiempo para aprender á hablar.* Su afan de aprender la guiaba en esa carrera, le infundia valor, y ni las reprensiones de su familia al principio, ni las de sus superiores en el convento despues, la arredraban en aquella tarea extraordinaria para su época. En medio de la sociedad colonial donde la instruccion era nula, donde el clero dominaba en absoluto las conciencias, esa mujer, sin maestros, sin guías, cortándose el cabello para no abandonar el estudio, llegó con su erudicion á ser el asombro de la corte vireinal. Su figura simpática y atractiva, las galas de sus siete años que le daban un talle esbelto, unos ojos negros y rasgados, un color apiñonado tan dulce como el cielo de su patria, una cabellera de azabache cayendo en sedosas trenzas, unos labios apenas entreabiertos y que semejaban los pétalos de un clavel, hubieron de impresionar á los galanes de la corte, y como reunia á estas prendas personales la dulzura de su carácter, lo insinuante de su talento y lo vasto de su instruccion, pronto, muy pronto fué el ídolo de los salones de Palacio y

de las fiestas de los próceres españoles. El virey marques de Mancera la hizo dama de honor de la vireina, y asombrado de que una mujer casi niña poseyese la suma de conocimientos de Juana, reunió un dia en Palacio á cuantos hombres profesaban las letras en México, para que decidiesen si era ó no ciencia infusa la de Juana. Los teólogos sutiles, los frailes pedantes, los poetas religiosos de la época, los abogados rutineros, los magistrados presuntuosos que componian entonces la falanje literaria de la colonia, quedaron maravillados de Juana, quien segun las frases del mismo marques de Mancera, *á la manera que un galeon real se defenderia de pocas chalupas que le embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas, que tanto y cada uno en su clase le propusieron.*

Todos los hombres que valian algo pretendian la mano de aquella mujer, y ella en su comedia *Los empeños de una casa*, describe así su posicion brillante en la corte del virey de Nueva-España:

Inclineme á los estudios
Desde mis primeros años,
Con tan ardientes desvelos,
Con tan ansiosos cuidados,
Que reduje á tiempo breve
Fatigas de mucho espacio.
Conmuté el tiempo industriosa
A lo intenso del trabajo,
De modo, que en breve tiempo
Era el admirable blanco
De todas las atenciones:
De tal modo que llegaron
A venerar como infuso,
El que fué adquirido lauro.
Era de mi patria toda
El objeto venerado,
De aquellas adoraciones
Que forma el comun aplauso:

Y como lo que decia
(Fuese bueno, ó fuese malo)
Ni el rostro lo deslucia
Ni lo desairaba el garbo,
Llegó la superstición
Popular, á empeño tanto,
Que ya adoraban deidad
El ídolo que formaron.
Voló la fama parlera,
Discurrió reinos extraños,
Y en la distancia segura
Acreditó informes falsos;
La pasion se puso anteojos
De tan engañosos grados,
Que á mis moderadas prendas
Agrandaban los tamaños.
Víctima en mis aras eran
Devotamente postrados
Los corazones de todos
Con tan compresivo lazo,
Que habiendo sido al principio
Aquel culto voluntario,
Llegó despues la costumbre
Favorecida de tantos,
A hacer como obligatorio
El festejo cortesano....
Entre estos aplausos yo
Con la atencion zozobrando
Entre tanta muchedumbre
Sin hallar seguro el blanco,
No acertaba á amar á alguno
Viéndome amada de tantos.
Sin temor en los concursos
Defendia mi recato
Con peligro del peligro,
Y con el daño, del daño.

IV.

¿Qué causas la pudieron llevar al claustro? Ella dice que su aversion al matrimonio, su deseo de vivir sola y su aficion al estudio, y mas que nada los consejos del jesuita Antonio Núñez, de gran fama por aquel entonces, la determinaron á abrazar la vida monástica. ¿Pero es posible que aquella mujer cruzase por el mundo sin que una pasion alumbrase su corazon, que dejase por propio instinto aquellos espléndidos saraos del virey, que á imitacion de los de Felipe IV, servian de centro de reunion á los mas doctos y á los mas galanes, y prefiriese á ellos la soledad del claustro? Pueden los desengaños marchitar el alma, pueden las nieves de la vejez matar las ilusiones; pero en medio de la juventud, con la imaginacion poética de aquella mujer, no se renuncia fácilmente al *festejo cortesano* y al *comun aplauso*. Juana amó tal vez y con delirio, amó quizás á un caballero como el D. Cárlos de *Los Empeños de una casa*, hermoso, arrogante, discreto, y lo pintó tal vez en ella como se pintó á sí misma. A él tal vez dirigia aquellos tiernos versos *En una Ausencia:*

Si del campo te agradas
Goza de sus frescuras venturosas,

Sin que aquestas cansadas
Lágrimas te detengan enfadosas;
Que en él verás, si atento te entretienes,
Ejemplos de mis males y mis bienes.

Si el arroyo parlero
Ves galan de las flores en el prado,
Que amante y lisonjero
A cuantas mira intima su cuidado,
En su corriente mi dolor te avisa
Que á costa de mi llanto, tiene risa.

Si ves que triste llora
Su esperanza marchita en ramo verde,
Tórtola gemidora,
En él y en ella mi dolor te acuerda,
Que imita con verdor y con lamento,
El mi esperanza y ella mi tormento.

. . . .

¿Cuándo tu voz sonora
Herirá mis oidos delicada,
Y el alma que te adora,
De inundacion de gozos anegada,
A recibirte con amante prisa
Saldrá á los ojos desatada en risa?

. . . .

Pero por mas que quiera la imaginacion romper los velos del pasado, por mas que busque la crítica en sus escritos un fundamento para este aserto, no se encontrará. El que haya sentido una de esas pasiones que trastornan la vida, que matan con la fiebre del deseo y hacen del sér amado el objeto de toda una existencia, podrá decir que la mujer que escribia versos semejantes, que hablándole del amor á un celoso decia:

Doctrínanle tibiezas y desvíos,

y que sabia pintar con tan bellos rasgos á un personaje amado como el D. Cárlos de *Los Empeños de una casa*, debió amar, y como aman las imaginaciones ardientes y los grandes corazones. De otro modo tendrian razon los que decian que la ciencia de Juana era ciencia infusa, y por negar un afecto natural en la mujer se asentaria un absurdo como el de suponer que se pueda expresar bien una pasion que no se ha sentido. Propio es de las almas juveniles querer y querer con delirio; las meditaciones exaltan este instinto, y el cerebro que mucho abarca y el corazon que mucho siente, buscan siempre un sér que los comprenda, un sér á quien comunicar las propias sensaciones y los anhelos inmensos y vagos, dulces é irrealizables que despierta el cultivo de la poesía.

Que Juana amara ó no; que una pasion la precipitara al claustro, son hechos que el biógrafo puede suponer, pero no afirmar; de uno ú otro modo aquella mujer conocia el corazon humano y sus pasiones como producto tal vez de una triste experiencia. Ella al hablar de su decision confiesa que la hizo titubear la idea de que las obligaciones del claustro sirviesen de obstáculo á su pasion favorita, el estudio. *Pensé que huia de mí misma,* dice, *pero miserable de mí! Trájeme á mí conmigo, y traje mi mayor enemigo en esta inclinacion, que no sé determinar si por prenda ó castigo me dió el cielo, pues de pagarse ó embarazarse con tanto ejercicio, que la Religion tiene, reventaba como pólvora y se verificaba en mí el* PRIVATIO EST CAUSA APPETITUS.

V.

Nada habia mas monstruoso en nuestras antiguas instituciones que la clausura para las mujeres. Que un sér lleno de ilusiones renunciase de repente á los mayores goces del mundo, negase á la naturaleza sus derechos y condenado á una esclavitud perpétua hiciese abstraccion completa de su familia, de sus deudos, de sus esperanzas, con el frívolo pretexto de ser una *Vírgen* del Señor, contra el precepto del Génesis, es no solo antinatural, sino monstruoso; y luego la monotonía de la clausura, la eterna sujecion, las confesiones diarias, aquel hacer siempre lo mismo que convertia al sér humano en una máquina. Desgraciada la mujer que por fútiles consejos aceptaba la vida del claustro! sola, sin afecciones, sin poder calmar esa fiebre de querer que se exalta con la soledad y la meditacion, padeciendo la nostalgia del mundo, vivia ó desesperada ó resignada, pero siempre despues de haber perdido su propia voluntad, de haber llorado por el bien perdido y de haber sufrido insomnios de llanto y desesperacion.

Tal fué la vida que cambió Juana por la vida de fiestas y saraos de la corte vireinal. Creyó tal vez al entrar al claus-

tro que su pasion al estudio la consolaria de la pérdida de tantos bienes, y por decision propia ó intencionados consejos profesó en el convento de San Gerónimo de la ciudad de México, fundado por las religiosas de la Concepcion. Juana entró al convento á la edad de 17 años, y vivió en él 27 sin *retiros estruendos á que empeña el estruendoso y buen nombre de extática,* como dice el primero de sus biógrafos. * En efecto, Juana cumplia con todas sus obligaciones, pero nunca poseyó eso que algunos llaman *amor divino* en Santa Teresa, ni su cerebro se extravió nunca hasta el grado de dirigir á Dios endechas amorosas como se dirigen á un galan, y como lo hacia la santa española.

Cumpliendo sus obligaciones como la primera, aprovechando sus ocios *en el trato de los libros* y ejerciendo la caridad á manos llenas con sus hermanas ó pobres ó enfermas, así se deslizaron los primeros años de la vida religiosa de Juana Inés. Pero el espíritu de la época, las preocupaciones de la colonia, las susceptibilidades de los teólogos y de los confesores, fueron hasta aquel su último asilo á incomodar á una mujer que desde la oscuridad del claustro eclipsaba á todos los potentados y sábios que venian de España.

* El P. Diego Calleja, de la Compañía de Jesus.

VI.

Se le prohibió hacer versos (1) primero, se le aconsejó luego que se abstuviese de estudiar materias científicas, y sus hermanas de claustro no la dejaban un momento sola en su celda. (2) *Enfermó entonces esta prodigiosa mujer,* dice el P. Calleja, *de no trabajar en el estudio: así lo te tificaron los médicos, y la hubieron los superiores de dar licencia para que de fatigarse viviese.* Prohibió entonces que nadie entrase á su celda, y las continuas visitas de reja, las cartas que recibia de ambas Españas, los que solicitaban amena é instructiva conversacion, apenas la dejaban tiempo para seguir su natural inclinacion. Entonces fué cuando escribió la refutacion á un sermon del P. Vieyra que causó gran asombro á los teólogos de su época, y que obtuvo alabanzas de los prelados de la península. Este escrito provocó una réplica que le dirigió el obispo de Puebla bajo el seudónimo de Sor Filotea, réplica en la que el buen obispo aseguraba que una mujer no podia presumir de escolástica, y veia con desagrado la ilustracion de Juana como impropia de su sexo. Juana entonces contestó al obispo en una carta, eterno monumento de su preclaro ingenio. Defendiendo la ilustracion de la mujer, dice

(1) El P. Diego Calleja.

(2) Carta de Sor Juana Inés de la Cruz á Sor Filotea.

en ella hablando de sí misma: *Como, sin logica, sabria yo los métodos generales y particulares, con que está escrita la escritura? Como, sin retórica, entenderia sus figuras, tropos y locuciones? Como, sin física, tantas cuestiones naturales de las naturalezas de los animales, de los sacrificios donde se simbolizaban tantas cosas, ya dudosas, y otras que hay? Como sin aritmética se podrán saber tantos cómputos de años, de dias, de meses, de horas, de hebdomadas tan misteriosas como las de Daniel, y otras para cuya inteligencia es necesario saber las naturalezas, concordancias y propiedades de los números? .... ¿Como sin grande conocimiento de reglas y de partes, de que consta la Historia, se entenderán los sitios historiales? Como, sin grande noticia de ambos Derechos, podrán entenderse los Libros Legales?* y despues de presentar á los ojos de su contrincante esa necesidad de universales conocimientos y de fundamentales principios; despues de apoyar su aserto en eruditas citas de los Evangelios y de los Padres de la Iglesia, alégrase de su inclinacion á las letras y exclama: *Bendito sea Dios que quiso que fuese hácia las letras, y no hácia otro vicio, que fuera en mi casi insuperable; y bien se infiere tambien cuan contra la corriente han navegado (ó por mejor decir han naufragado) mis pobres estudios.* En esta carta alude á las contrariedades que hubo de encontrar su noble afan; en ella habla de persecuciones infinitas, de mortificaciones, de consejos que pretendian detenerla en su camino; en ella, en fin, hace esta reminiscencia que prueba que el fanatismo de su época la persiguió, si no como enemiga de la fé, sí como superior á sus contemporáneos: *Aquella ley políticamente bárbara de Atenas, por la cual salia de su República el que se señalaba en prendas y virtudes, porque no tiranizase con ellas la libertad pública; todavia dura, todavia se observa en nuestros tiempos, aunque no hay ya aquel motivo de los Atenienses; pero hay otro, no menos eficaz, aunque no tan bien fundado, pues parece máxima del impio Maquiavelo; que es aborrecer al que se señala porque desluce á otros. Así sucede y así sucedió siempre.*

Hablando, en fin, de las contradicciones que se le oponian,

refiere que una prelada muy santa, pero muy ignorante, le prohibió el estudio como *cosa de Inquisicion*, y que entonces ella sin tomar un libro se dedicó á observar los caracteres de las compañeras, los juegos de las niñas, haciendo consideraciones geométricas en un trompo que bailaban ó en las líneas paralelas del techo de su celda; observando en medio del silencio de la noche y desde el claustro la misteriosa marcha de las estrellas en el firmamento ó los cambiantes de luz en el crepúsculo, y buscando las leyes de la perspectiva en el movimiento de los cuerpos. Este es el momento mas sublime de la vida de Juana; la ignorancia, las preocupaciones de su época le quitaban los libros de la mano; su superiora en nombre de la religion le prohibia el pan de la inteligencia, y entonces ella, en alas de su génio, tomaba á la naturaleza por libro, á su instinto de observacion por maestro, y sola, grande é infatigable, demostraba que no hay autoridad, ni poder bastante para ahogar ese derecho sublime que se llama *libertad de pensamiento.*

¿Qué pueden las preocupaciones de un siglo contra el génio, qué la tiranía de la ignorancia contra la conciencia? Nada. Todos aquellos séres que rodeaban á Juana, que le arrebataban los libros de la mano, que condenaban con la voz del superior ó con la autoridad del prelado, su estudio y su ciencia, no pudieron reducir su cerebro, no pudieron esclavizar su voluntad, y en una sola carta entregó á la picota de la historia y de la crítica todas aquellas aberraciones de su tiempo, que se levantaban contra ella y que ella pulverizaba ejerciendo la mas santa de las prerogativas del sér humano, la inviolabilidad de la conciencia.

La carta de que hablamos prueba que la vida monástica fué para Juana un prolongado martirio; que superior á sus hermanas de cautiverio, éstas que no la comprendian, eran los principales enemigos del que era el encanto de su vida, el estudio, y que Juana, como todos los séres superiores que nacen en una sociedad atrasada y en una época en que impera el fanatismo, fué un mártir sacrificado en aras de la estupidez.

Aquellos rigores de que habla en su carta no cesaban; un dia se vió privada de sus libros (1) que ordenó se vendiesen para socorrer con su producto á los pobres, y obligada á seguir una vida de penitencia, por su confesor el jesuita Nuñez, el mismo que la habia aconsejado que abrazase la vida monástica. La muerte vino al fin á arrebatarla á una vida tan opuesta á su carácter y á sus gustos; por los años de 1694 á 1695, gobernando la Nueva España D. Gaspar dé la Cerda Sandoval, conde de Galve, se declaró en el convento de San Gerónimo una terrible epidemia, que segun el P. Calleja, *de diez religiosas que enfermasen apenas convalecia una;* Juana dèdicose entonces á socorrer á sus compañeras, hasta que contagiada tambien sucumbió, sin que perdiese el juicio un solo instante, el 17 de Abril de 1695.

Ya en vida su fama era inmensa: sus contemporáneos la daban los dictados de la *Décima Musa* y de la *Fénix americana;* la posteridad, mas justa todavia, le ha concedido los honores debidos al génio, y hoy mismo sus obras impresas en Santa Fé de Bogotá, excitan la admiracion del continente sud-americano.

De ella decia el célebre Feijóo lo siguiente: "Juana Inés de la Cruz es conocida de todos por sus eruditas y agudas poesías; y así es escusado hacer su elogio. Solo diré que lo menos que tuvo fué el talento para la poesía, aunque es lo que mas se celebra. Son muchos los poetas españoles que la hacen ventaja en el númen; *pero ninguno acaso la igualó en la universalidad de noticias de todas facultades*" .... "Si discurrimos por las mujeres sábias y agudas, sin ofensa alguna se puede asegurar que ninguna dió tan altas muestras (que saliesen á luz pública) como la famosa monja de México, Sor Juana Inés de la Cruz."

En efecto, la poetisa mexicana mostraba un gran conocimiento del mundo y del corazon humano; su célebre defensa de las mujeres no tiene rival, y en cuanto á la profundidad de sus máximas rivaliza á veces con el mismo Argenso-

(1) El P. Calleja.

la. En esa su composicion eternamente citada y eternamente bella, dice:

Hombres nécios que acusais
A la mujer, sin razon,
Sin ver que sois ocasion
De lo mismo que culpais.

. . . .

Combatís con resistencia,
Y luego con gravedad
Decís que fué liviandad
Lo que hizo la diligencia.

. . . .

Quereis con presuncion nécia
Hallar á la que buscais,
Para pretendida Thais,
Y en la posesion Lucrecia.

¿Que humo puede ser mas raro
Que el que falto de consejo,
El mismo empaña el espejo
Y siente que no esté claro?

Con el favor y el desden
Teneis condicion igual,
Quejándoos si os tratan mal,
Burlándoos si os tratan bien.

Y preciso es convenir que la mujer que así escribia, tenia sobre una gran intuicion un gran conocimiento de la vida. Uno de sus biógrafos tiene razon al decir que su génio se inclinaba á la poesía cómica y festiva, y en cuanto á sus obras poéticas, pues que las místicas murieron con la época que las inspiraba, justo es defender á Juana de una acusacion que se la hace por los que no han estudiado á fondo ni sus *liras,* ni sus *epígramas,* ni su comedia *Los Empeños de una casa,* ni su *sueño.* Dícese que Juana estaba viciada en la escuela de Góngora; la época y el país en que vivia se prestaban á ello, y á veces para satisfacer el gusto de sus contem-

poráneos daba culto al *culteranismo;* pero su estilo parece mas bien forjado bajo el modelo de Calderon, su intencion filosófica en la de Argensola, ó mas bien en la de Séneca, y en medio de todo se nota una gran originalidad que mal encubren las imitaciones del lenguaje. Pero hay otro aspecto bajo el cual se debe considerar á Juana: su amor patrio; raro parece que en aquella época hubiese ya una profunda division entre criollos y peninsulares, pero el sainete segundo de Palacio que acompaña á la comedia *Los Empeños de una casa*, lo atestigua; en él supone la poetisa que unos actores silban su comedia porque como no era escrita en España era mala, y que otro personaje azorado con la gritería diga que parecen *gachupines acabados de llegar*, terminando con un rasgo cómico de primer órden, y es que un personaje se escusa de silbar, porque como criollo no sabe pronunciar la *c*. Esta ironía profunda, esta maledicencia contra los dominadores, prueba que la division entre criollos y españoles habia ya sembrado profundas aversiones desde que los primeros hijos de españoles nacidos en América se vieron considèrados como inferiores á los peninsulares por este solo hecho.

De Sor Juana Inés de la Cruz se puede decir que los defectos que tuvo fueron de su época, de su época en la que imperaba un horroroso fanatismo, en el que se copiaba servilmente las cosas de España; en la que el clero, dueño absoluto de las conciencias, lo dominaba todo. Reasumiendo el juicio sobre la que mereció el dictado de *Décima Musa*, se puede asegurar como Feijóo, que fué una de las mujeres mas extraordinarias de todos los tiempos y todas la edades: niña, apenas empieza á balbutir, y ya sabe leer; jóven, brilla en la corte de los vireyes, no tanto por su hermosura como por su saber; da por fin culto á las preocupaciones de su tiempo, y en el claustro la persigue la ignorancia, la atormenta, y ella se sobrepone á todo, vence todo y conquista por fin la inmortalidad. Lo que mas notable se hace en Juana, es que su imaginacion exaltada y su clausura no la llevasen hasta los extravíos de Santa Teresa; nunca la monja mexicana po-

seyó eso que los teólogos llaman *amor divino;* el amor de que hablaba era mundano, y fiel observante de las reglas monásticas y dechado de virtudes, de bondad, de trato amable, nunca malgastó su talento en exaltaciones ridículas y éxtasis como los de la monja española.

Sor Juana Inés de la Cruz, que con mayor derecho pertenece á la literatura mexicana que Alarcon y Gorostiza, aun no tiene un monumento digno de su gloria y digno del país que la vió nacer; no hablamos de una estatua, sino de una fundacion que recordase su nombre y sus virtudes mientras existiese nuestra nacionalidad: haber convertido en colegio de niñas el convento de San Gerónimo, haberle dado á este colegio el nombre ilustre de la poetisa mexicana, hubiera sido una accion digna de los reformadores de 1861. Pero al contrario, lo precipitado de la exclaustracion en aquella época impidió que los Sres. Zarco y Tellez sacasen los escritos inéditos de Sor Juana, que existian en el convento segun confesion de la abadesa, y que por mandato del arzobispo de México no se enseñaban á nadie; pero afortunadamente Sor Juana habia alcanzado ya la inmortalidad viviendo todavia, y sus obras que corren impresas bastan para asegurarle un lugar distinguido en el templo de la gloria.

Gustavo Baz.

IBARRA Y CABRERA.

I.

HÉ aquí á dos hombres que han sido, por decirlo así, la expresion, el conjunto y el resúmen del arte pictórico mexicano en el siglo XVIII, y que, á pesar de los graves defectos en que incurrieron, todavia hoy son considerados en nuestra patria como los artistas por excelencia.

Eternos recuerdos han dejado en México estos dos pintores. Sus nombres son aun hoy pronunciados con la mayor veneracion, y las obras que de ellos quedan tenidas en tan grande estima, que los coleccionadores mexicanos buscan un Ibarra ó un Cabrera, como en Europa se busca un Rubens ó un Rafael. Sin participar nosotros de ese exagerado entusiasmo que á tantos errores conduce, no podemos menos que reconocer que Ibarra y Cabrera eran dos excelentes artistas. El período de decadencia del arte mexicano les alcanzó en gran parte. De aquella escuela importada á México por Baltasar de Echave no quedaban mas que vagas tradiciones, una

manera de pintar semejante y el mismo misticismo, aunque un poco adulterado por la gran prosperidad material que en el siglo anterior al presente habia alcanzado la Nueva España. Pero en cuanto al dibujo, en cuanto á la forma, las pocas reglas que á este respecto tuvo la escuela de Echave habian sido olvidadas por completo. No era el modelado el fuerte de los pintores mexicanos del siglo XVII; pero al menos no despreciaban aún la forma al grado que la desdeñaron sus sucesores. No se copiaba el natural; pero se conservaban aún de la forma los recuerdos de las escuelas españolas. En la siguiente centuria, ninguna memoria, nada absolutamente quedaba del modelado. Una mancha de color, sobre la que se habian dibujado ojos, boca y nariz, constituia para los artistas de aquel tiempo una cabeza; los demas miembros del cuerpo humano eran ejecutados de un modo que recuerda mucho las esculturas de madera que cubren los altares: masas de color de carne, sin músculos, sin nervios y sin vida.

Así es que no será bajo el punto de vista de la correccion como juzguemos á Cabrera y á Ibarra; otras serán las cualidades que en cuenta les tengamos, á saber: el sentimiento, la inspiracion, la inventiva y algo de colorido. No fueron artistas consumados; pero en la época y condiciones en que vivieron, comparados con los pintores contemporáneos suyos, es imposible dejar de conocer que ocuparon el punto mas elevado en la escala del arte.

Dicho esto á manera de exordio, entremos en materia.

II.

D. José Ibarra nació en la ciudad de México, si la tradicion debe ser atendida, por los años de 1688. El Sr. D. Bernardo Couto en su *Diálogo sobre la historia de la pintura en México,* parece poner en duda la fecha que se da al nacimiento del artista, como del siguiente párrafo puede deducirse: "Su amigo y colega D. Miguel Cabrera aseguraba en el mismo año de su muerte que habia llegado á una edad respetable, y que habia conocido, no solo á los célebres pintores de su siglo, sino á muchos de los que florecieron en el anterior (Maravilla americana, § 4, pág. 9), lo cual no sé si pueda decirse con propiedad de un muchacho de 12 años, que eran los que debia tener al concluirse el siglo XVII, si efectivamente habia nacido en 1688."

No deja de tener su fuerza la observacion, tanto mas, cuanto que parece indudable que Ibarra fué discípulo de Nicolás Correa, pintor que existió á mediados del décimo sétimo siglo.

Poco se conoce de la vida de este artista, y con excepcion de la gran fama de que disfrutó y que llegó al grado de que se le llamase el Murillo mexicano, no se sabe de él otra cosa si-

no que murió en México el 21 de Noviembre de 1756: así es que, en lo que únicamente nos fijaremos, como digno de atencion, será en sus obras.

Hay la preocupacion, admitida generalmente, de que el carácter distintivo del estilo de Ibarra era la belleza del colorido, *á tal grado,* dicen algunos escritores, *que sus cuadros pueden rivalizar con los mejores de la escuela veneciana.* Sin juzgar con demasiada severidad, no vacilaremos en decir que quien tal opinion se ha formado de Ibarra y de la escuela veneciana, no conoce á ésta sino de oidas.

No era el colorido la dote mas notable de Ibarra, y si decimos que absolutamente no lo conocia, no nos arrepentiremos de nuestro dicho. Esos colores vivos, escandalosos, como los llama un célebre crítico francés, dotados de una crudeza tal que parecen haber acabado de salir de la tienda del mercader, no pueden ser hermosos, no pueden tener verdad alguna.

El vulgo jamas se fija sino en esos rudos contrastes de color que, al herir su vista, producen en él una agradable impresion. Esos colores desvanecidos, esas medias tintas que con tal profusion prodiga la naturaleza, nunca pueden ser de su gusto.

Como ningun sentimiento delicado existe en él, como carece por completo de la finura de observacion, tan indispensable para apreciar las obras de arte en su verdadero valor, necesita para gozar ser conmovido de una manera enérgica. Hé aquí el secreto de Ibarra, y la causa de esa profunda admiracion que el vulgo le tributa. Los dos colores mas hermosos del íris, el rojo y el azul, son prodigados por él hasta la exageracion. Abigarrado conjunto de colores vivos y agradables, pero sin dulzura, ni verdad alguna; el estilo pompeyano aplicado á una miniatura de porcelana de Sajonia, tales son las pinturas de Ibarra. El ignorante en estética, incapaz de analizar y de sorprender las delicadezas del detalle, percibe á primera vista un mosaico multicoloro, y declara á Ibarra un gran colorista.

Otras son las cualidades de este pintor, y que no se le tienen en cuenta por desgracia. Ibarra quizá sea de todos los pintores de su época el de mayor imaginacion é inventiva: tenia cierta facilidad para componer, que hace que sus cuadros pertenezcan á un estilo enteramente distinto del que se usaba en la época en que existió.

Así como en el colorido, sus conocimientos en dibujo eran escasos: la forma era completamente descuidada por él, y raras son las obras de este artista en que se descubre algun estudio del modelado.

Como seria empresa sumamente difícil hacer un estudio detenido de todos sus cuadros, la mayor parte de los cuales se encuentran en la catedral de Puebla, nos fijaremos únicamente en dos de los mas notables, que reasumen en sí todas las cualidades del pintor, y en los que sus defectos son menos visibles.

La "Presentacion del Cristo en el templo" es un pequeño boceto, tan acabado, que bien merece los honores de cuadro.

Hay en esta obra un sentimiento exquisito, un gusto que, si se hubiese refinado con el estudio, habria hecho de Ibarra un artista de primer órden. La composicion es sumamente feliz; las figuras están agrupadas con arte; el dibujo es bastante correcto, y para que nada falte, hasta el colorido, que tan duro es en otros cuadros del mismo pintor, es en el que nos ocupa al presente, dulce, verdadero y armonioso.

"La Purísima" del mismo autor es, sin duda alguna, el cuadro mas notable que produjo su pincel. Recuerda algo á Murillo en la manera de pintar los ángeles y en esos maravillosos tonos de color que eran el gran secreto del artista sevillano. El dibujo es correcto, hay bastante modelado y la composicion es excelente.

El 21 de Noviembre de 1755, como dijimos antes, murió en México este artista, que con otros elementos, habria merecido bien el nombre de Murillo mexicano, que sus contemporáneos le dieron.

III.

Vamos á pasar ahora á Cabrera, el gran artista, el pintor por excelencia, como el Sr. Couto le llama.

La fama que Cabrera alcanzó en su época no ha muerto aún; y hoy todavia, su nombre es la personificacion del arte pictórico en México. Y, cosa extraña, ningunos datos se tiene acerca de su nacimiento y de su muerte, y aun hay disputa sobre el lugar en que ambos acontecimientos se verificaron.

La tradicion refiere que era un indio zapoteca nacido en Oaxaca; aun cuando el Sr. Couto asegura que en su juventud oyó decir que era natural de la villa de San Miguel el Grande, en el Estado de Guanajuato.

Respecto de su muerte, se cree que debió acontecer por los años de 1770, pues existe un retrato de su mano que llevaba la fecha de 1764.

Ocupémonos, pues, de sus obras, y para hacerlo, fijémonos en sus cualidades y defectos principales.

El primer don de Cabrera, como artista, fué la fecundidad, que no ha tenido rival ni entre los creadores génios del Renacimiento.

"Formar la lista de sus obras, dice el Sr. Couto en el libro tantas veces citado, seria cosa imposible; porque materialmente llenó de ellas el reino, y no solo las hay en todas las grandes poblaciones, sino que suele encontrárselas hasta en las pequeñas, y aun en el campo. Esta fecundidad no provenia únicamente de lozanía de imaginacion, sino de una facilidad y soltura de ejecucion que hoy no podemos concebir.

"Entre sus obras clásicas ocupa señalado lugar la Vida de San Ignacio, que dejaron los jesuitas en los corredores bajos del primer patio de su casa profesa. Son 32 grandes cuadros al óleo, cada uno con muchas figuras, casi todas del tamaño natural, trabajadas con esmero y bien concluidas. Yo me quedé admirado cuando leí en los cuadros que la obra se habia empezado el dia 7 de Junio de 1756 y se habia terminado en 27 de Julio de 57; es decir, en menos dc 14 meses, tiempo que apenas bastaria hoy á un artista ejercitado para pintar tres ó cuatro de aquellos lienzos."

Es de advertir en cuanto á esta fecundidad, que la mayor parte de los pintores mexicanos tomaban de estampas de la época los asuntos de sus cuadros, y que Cabrera no fué una excepcion de esta regla general; sin embargo, aun en este caso, es necesario convenir en que ha sido uno de los artistas que mas han producido.

Cabrera se distinguió igualmente por una gran dulzura y suavidad en la ejecucion; estaba dotado ademas de gran sentimiento; y su colorido, aunque relativamente, es muy superior al de todos los pintores de su tiempo. ¡Lástima que la forma y el dibujo hayan sido descuidados completamente en sus obras!

Enumerarlas todas seria imposible: haremos con él lo que con Ibarra: detenernos en las dos mas notables que de su mano existen en la Academia Nacional de Bellas Artes de México.

En la "Vision del Apocalípsis" encontramos una regular composicion, en la que se notan grandes bellezas: las figuras del arcángel y del Padre Eterno, expresan ideas sumamen-

te mezquinas; pero en cambio, las de la Vírgen y el Niño son bellísimas de expresion y sentimiento. El dibujo es extraordinariamente débil: como en todas las obras de Cabrera, no hay conocimiento alguno de la forma ni del modelado. El color es sumamente verdadero y feliz.

En una imágen de San Anselmo, encontramos magnífico colorido, una figura dulce, apacible, sentida, regular dibujo, y aunque el modelado no es perfecto, hay sin embargo bastante exactitud en él.

IV.

Tal fué Cabrera. Juzgado de una manera absoluta, no nos atreveremos á decir que fué un gran maestro; pero relativamente, teniendo en cuenta la época en que vivió, los escasos elementos de que disponia, y sobre todo, su inmensa superioridad sobre los pintores contemporáneos suyos, no podemos menos que ver en él á uno de los mas grandes artistas que México ha producido.

F. G. Cosmes.




UNIVERSITY OF FLORIDA
3 1262 07206 8009

